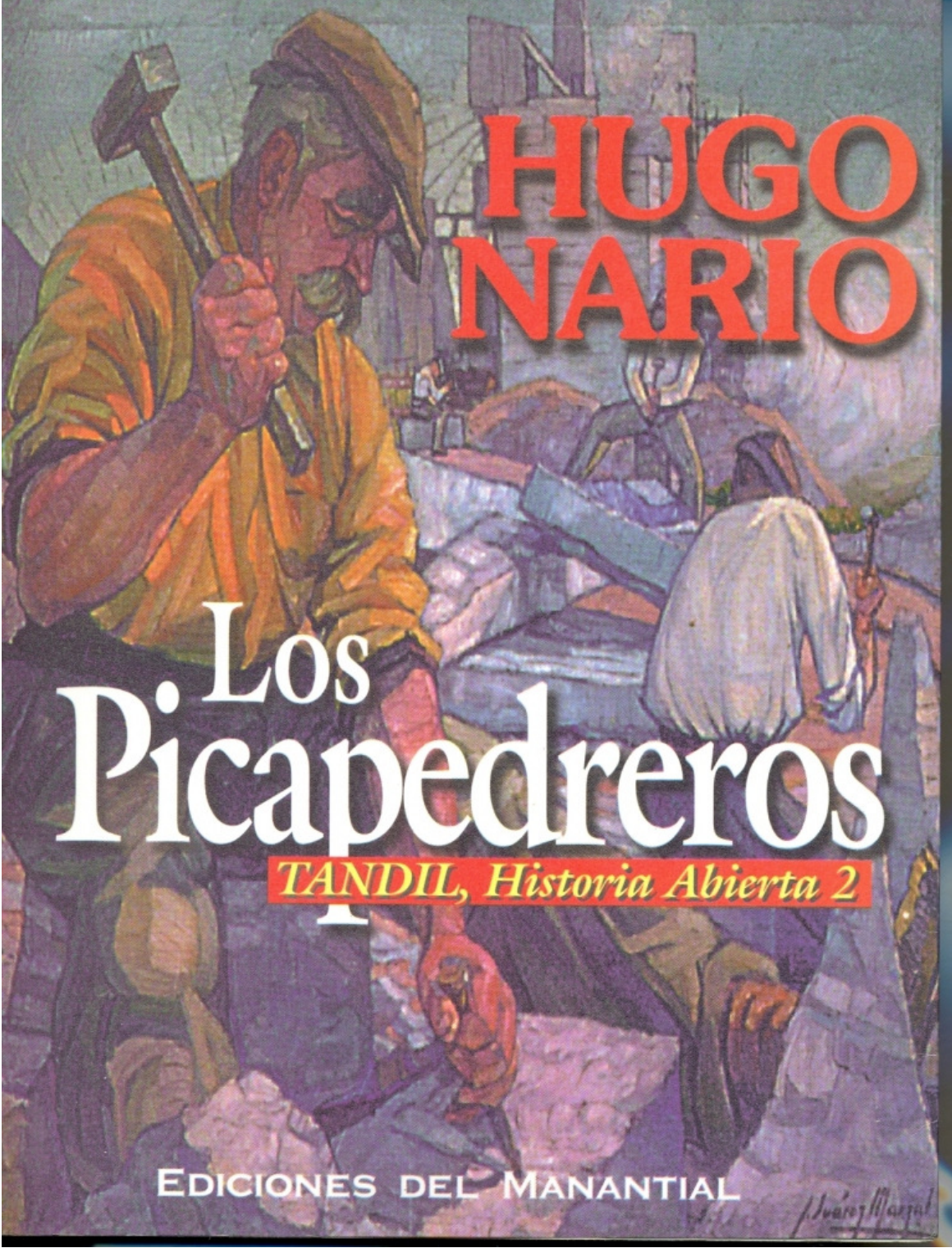




HUGO
NARIO

Los
Picapedreros

TANDIL, Historia Abierta 2

EDICIONES DEL MANANTIAL

Juan José Marzari

HUGO NARIO

Los Picapedreros

(Tandil, Historia Abierta II)

PROLOGO

Justificación y Deuda

La Justificación

Entre finales del siglo pasado y primera mitad del actual, se desarrolló en las serranías del sudeste bonaerense, y particularmente en Tandil, una actividad manufacturera de tecnología singular, cuya gravitación socio-económica fue muy llamativa.

Era la industria de la piedra.

Su expansión coincidió con los planes de progreso edilicio que alentaba la Argentina a partir del afianzamiento jurídico para su inserción en los mercados europeos como proveedora de alimentos y subproductos de origen agropecuario. Centenares de pueblos adoquinaron sus calles y la ciudad de Buenos Aires marchó a la cabeza de esa demanda.

La industria pedrera perfilaba dos caracteres: era primaria, por cuanto sus lugares de trabajo se hallaban en minas de extracción a cielo abierto. Y al mismo tiempo era manufacturera, ya que el material extraído se elaboraba como adoquines, granitulos y cordones, al pie de cada explotación.

Trabajar la piedra requería especialidades y destrezas que no se aprendían en escuelas técnicas, sino en la transmisión de padres a hijos, de maduros a jóvenes, de diestros a noveles. Miles de hombres aprendieron las casi dos decenas de especialidades que reunía cada explotación, y constituyeron un grupo humano poco común. Como estas especialidades no eran oriundas de la Argentina, a muchos canteristas de la primera época se los trajo desde sus aldeas italianas donde trabajaban la piedra. Luego se sumaron españoles y yugoslavos. Para 1920, muchos hijos de canteristas extranjeros que habían nacido aquí, los sucedían.

Su presencia en el Tandil coincidió con el despertar social en el mundo, y particularmente en el país. Distintas ideologías cruzaron sus caminos para organizarlos sindicalmente. Y ellos mismos dieron muestras de madurez, inteligencia y practicidad -tanto como de heroísmo- para llevar adelante sus luchas reivindicatorias. Conocieron la represión, la desocupación, la prisión, el exilio y la muerte.

Pero tras el rojo estandarte del Sindicato marcaron a fuego los empeños de mejoramiento y dignificación de la primera media centuria transcurrida.

Ese trasplante cultural al pie de las serranías tandilenses modeló un pequeño mundo que en tiempos prósperos (1909 a 1913) redondeó las diez mil almas. Allí confluyeron costumbres, modalidades, sentires, expansiones, alegrías y duelos, en tumultuoso acontecer.

Curiosamente, hasta los mismos tandilenses tenían sólo vaga idea de su intimidad. En un principio, como las canteras funcionaban cercadas por altas alambradas y los trabajadores y sus familias eran alojados en sus campamentos, nadie pudo penetrar en sus vidas. Luego, cuando tras las huelgas con las que conquistaron su libertad económica, pudieron comprar en Tandil, se conoció su potencia adquisitiva.

Pero la generalidad de los vecinos vino a tener acceso (aunque parcial y discontinuo) a aspectos de aquel mundo increíble, paradójicamente cuando entraba en lenta disolución como grupo humano diferenciado, tras la decadencia y abandono de la explotación manual de las

canteras. Fue cuando centenas de picapedreros desocupados y sus familias buscaron en la ciudad el sustento que les había empezado a faltar.

Confío en que sociólogos, historiadores y psicólogos encuentren en este libro materia útil para sus investigaciones sobre lo que de permanente y universal tienen las conductas humanas. Quizá también sirva para comprender las actitudes y resistencias a los cambios en la ética de la lucha social que se produjeron cuando promediaba este siglo en la Argentina. El lector común - destinatario específico de los desvelos que dieron origen a este libro- comprobará una vez más que hay una historia silenciosa de heroísmos que nunca ha clamado por bronces ni por mármoles.

Aguardo también el efecto multiplicador de su lectura, y me ilusiono pensando que, a partir de ella, aparecerán nuevos testimonios, propuestas, rectificaciones y ampliaciones, a las que no tuve acceso por lo inédito del tema, demasiado rico para un solo intento.

La Deuda.

Este libro, de responsabilidad personal, es en esencia de nutriente colectiva y múltiple.

Enumero las fuentes principales:

Fueron tres los hombres que me hablaron inicialmente sobre el tema, en mi adolescencia: MANUEL NARIO, mi padre, que como maquinista ferroviario condujo durante años convoyes de carga en el servicio de canteras de Tandil; Don JUAN MANUEL CALVO, que había sido maestro en Cerro Leones, la más importante de nuestras Canteras; y AMADOR ISASA, cuando dirigía y animaba la Biblioteca Rivadavia de Tandil, a la que yo concurría y en la que me formé.

Don BOGDAM VUCOMANOVICH, picapedrero y luchador social, fue en el verano de 1964, mi primer testigo directo.

Debo particularmente a JOSÉ AMÉRICO GHEZZI, FILIBERTO SATTI Y HUMBERTO MARCOVECCHIO, su infatigable compañía, la localización de muchos de los informantes, y su presencia amical que desarmó resistencias y desconfianzas. Los dos primeros además, con paternal paciencia, han escuchado reiteradamente lecturas de cada capítulo, sugerido enmiendas y propuesto ampliaciones informativas.

En la Hemeroteca de la Biblioteca Rivadavia y en la del Museo Histórico del Fuerte Independencia de Tandil, en la de la Biblioteca Nacional y en la de la Universidad Nacional de Montevideo, pude consultar diarios y periódicos de contenido social donde se registraron hechos que aquí se inscriben.

ANTONINO PELLITERO y JORGE SARAVI fueron responsables de búsquedas en archivos y recuerdos. Los hombres que animan y conducen la Federación Libertaria Argentina, y las autoridades tandilenses de AOMA son otros generosos acreedores de su factura.

Dos valiosos libros sobre la historia del movimiento obrero argentino, el del gremialista SEBASTIÁN MAROTTA y el del historiador japonés HIROSHI MATSUSHITA dieron el marco generalizador a las investigaciones en el campo social.

Finalmente mi reconocimiento se centraliza en la setentena de informantes que me revelaron sus recuerdos. Muchos de ellos habían sido canteristas. Otros eran sus descendientes. Unos pocos, gente que vivió vinculada alguna vez a su quehacer. Algunos eran muy ancianos. Unos cuantos habían nacido en Italia, España o Montenegro. No faltaban los que jamás creyeron que sus recuerdos fueron imprescindibles; ni que lo que naturalmente habían hecho toda su vida -picar piedra- constituyese una epopeya.

Ninguna fuerza interior hubiese sido capaz de movilizar en mí este proyecto, sin el aliento de PERLA CALVO, mi mujer, nieta de picapedreros y albacea emotiva de su espíritu.

HUGO NARIO
Tandil, Enero de 1997

Voy transitando entre peñascos, por senderos que yuyales y ventoleras han escondido.

Lo he hecho tantas veces, en estos veinte años! Todavía me ilusiono con que se alzaré un trueno de barrenos; que oiré llover cascajos y cascotes tras la voladura, y que habrá un aleteo de faldas maternas en los patios, protegiendo a los niños en las casillas donde viven, hasta que pase el petardeo. Esos niños que juegan todo el día a ser prematuramente hombres, con herramientas que los adultos descartan, ensayando el oficio sobre piedras que nadie aprovecha.

En la cava donde se ha formado esa laguna, ¿nadie ha vuelto a blanquear a puño la ropa en sus orillas?

No hay duelos, ni derrumbes, ni operarios aplastados por un bochón. Como caminos de hormigas, los senderos se buscan, se suman en brazos mayores y desembocan en calles que conducen al pueblo. ¿Será aquella mancha bermellón que se desliza y avanza, el rojo pendón del sindicato demandando mejoras y expresando agravios?

Todo está quieto, sin embargo. Habla -sin auditorio- el Viento.

He andado días y días invocando fantasmas. Pero no han acudido: me sospecharon forastero.

Los fantasmas que busco deben estar dentro de mí.

CAPITULO UNO

LOS AÑOS DEL INICIO

Bastó que el ferrocarril llegara al Tandil, el 18 de Agosto de 1883, para que la fiebre de la piedra comenzase.

De golpe, la aldea que veinte años antes era aún un rancharío en torno a un fortín de frontera, pavimentaba sus calles. La población, lentamente engrosada a medida que renacía la confianza y se alejaban las indiadas, se llenó de gringos. El paisaje, apacible y rural, se nubló con polvaredas de granito, su silencio de siglos se quebró con el bombardeo cotidiano de los barrenos, y como todo eso quedaba a algunos kilómetros del poblado, en núcleos circunscriptos al pie de los cerros, con lenguajes y tecnologías forasteras, el asunto quedó lleno de misterios, de inconfesos temores, de estupefacciones y recelos, aunque con cierto orgullo secreto por eso de la covecindad con los milagros.

El ambiente había cambiado, eso sí, desde cuando más de una década atrás, don Manuel Partassini ensayara su primer intento de explotar la piedra de los cerros del Tandil¹.

Partassini, que había nacido en 1851 en Pergine, entonces territorio austriaco, había venido al Tandil alrededor de 1870. Aquí había encontrado a un paisano suyo, apellidado Papini, y con él y algunos más, se habían puesto a trabajar la piedra del Cerro de los Leones, una formación granítica, entonces espectacular, de tres imponentes picos, que se hallaba a unos cuatro kilómetros al sudoeste de la ciudad en campos de los Gómez Figueroa, descendientes de primitivos pobladores enfiteutas del Tandil.

Por aquellos días de 1870, esa zona de la campaña bonaerense experimentaba una sorda pero tangible agitación contra los extranjeros, preludio de las matanzas que desencadenaría en la madrugada del 1.º de Enero de 1872, una banda que se decía inspirada en el curandero Tata Dios². Partassini se ausentó, al parecer, antes de tales sucesos, pero muchos años después evocaba ante sus hijos, el clima aquel y cómo debió hacer la “pata ancha” cuando en el Cerro de los Leones aparecían gauchos a caballo y los hacían objeto de pullas mientras trabajaban, o cuando debía cruzar armado la Plaza principal para ir hasta la Municipalidad, porque recostados en los árboles los criollos asumían actitudes de parecida agresividad.

En aquél período Partassini y sus subordinados labraban adoquines para enviarlos en carreta a Buenos Aires donde la Municipalidad pavimentaba las calles importantes. Aquel clima hostil desalentó a Partassini, que abandonó la explotación pedrera. Desde entonces y hasta las vísperas de la llegada del ferrocarril no se registraron nuevas actividades sistemáticas en la extracción y labranza de la piedra.

La euforia del progreso, adoquinar las calles

Con la fundación de La Plata, en 1882, como nueva capital de la provincia de Buenos Aires, se ponían en marcha los planes de progreso que alentaba aquel grupo de gobernantes y conductores de la sociedad que luego se dieron en llamar de la Generación del '80. Desde allí, su creador Dardo Rocha irradiaría medidas para fomentar el mejoramiento edilicio de los

¹ Testimonio de Luisa Partassini de Marcovich, en la entrevista del 28-12-76, en Villa Laza.

² Cf. HUGO NARIO, “Tata Dios, el Mesías de la Última Montonera”, Plus Ultra, Buenos Aires, 1976.

pueblos de campaña y de la propia capital. En Setiembre de 1883 el gobierno provincial sancionaba una ley para alentar a los municipios y sus respectivos vecindarios a adoquinar sus calles. El Poder Ejecutivo bonaerense participaría del esfuerzo “conduciendo gratis la piedra - decía su artículo segundo- hasta el pueblo cuyas calles van a ser empedradas”.

El propio municipio de La Plata elaboraba planes de pavimentación de sus calles y diagonales recientemente abiertas y otro tanto hacía, un mes después, la Municipalidad de Buenos Aires en una Ordenanza que de tan minuciosa hasta especificaba las dimensiones de los adoquines.

El 18 de Agosto de 1883 llegó -como dijimos- el ferrocarril al Tandil. No más de diez horas de viaje lo separaban ahora de Buenos Aires. La apertura del mercado interno para la colocación de piedra tandilera hallaba en el camino de hierro su colaborador más eficiente.

A apenas unas diez cuadras del centro de la ciudad, hacia el sudeste, 30 años atrás -en 1850- el pionero dinamarqués Juan Fugl había sembrado el primer trigo del sud bonaerense y había erigido su vivienda y su molino. En esa zona, al tiempo de llegar el ferrocarril al Tandil, tenía su chacra Don Manuel Eigler. Dentro de su perímetro había unas cerrilladas, en cuyas faldas un empresario porteño, Agustín Rodríguez, abrió cantera pocos meses después del arribo de aquel portento de progreso. Los adoquines que elaboraba con su gente, los enviaba a La Plata. Dieciocho picapedreros y un herrero que afilaba sus herramientas integraban la dotación laboral del inicio³.

En sus proximidades, un italiano avecindado en el Tandil, don Martín Pennachi, había practicado con suerte su extracción, y había enviado muestras al Club Industrial de Buenos Aires⁴. Pennachi había nacido en San Romano de la Garfagnana, Sima al Paese, donde había aprendido el oficio. A lo largo de la intensa historia canteril, el nombre de esa población italiana se repetiría como una constante en el recuerdo de los más antiguos picapedreros que de allí procedieron.

Pennachi, canterista experimentado, decidió no perder tiempo en el lugar de los ensayos iniciales y buscó yacimientos más propicios.

Junto al macizo donde por entonces aún se columpiaba la Piedra Movediza que daba nombre a todo el paraje, arrendó la parte de un cerro que quedaba en predio de don Adolfo Petersen, y con su hermano Pellegrino comenzaron la tarea. Uno de ellos viajó a Italia y convenció a varios paisanos de su propia aldea para que vinieran al Tandil a trabajar en la piedra. Al poco tiempo ya contaban con una planta manual de 150, y poco tiempo después, el movimiento inicial generaba seguidores.

Justino Sabarí, por ejemplo, unos diez años atrás había comenzado su actividad en el Tandil para edificar el templo parroquial y había contratado con la empresa del Ferrocarril del Sud para construir la estación de pasajeros. Tras la llegada de la locomotora comenzó la explotación masiva de la piedra y Sabarí se vinculó a la actividad pedrera poco después*. En Cerro de los Leones se radicó Abelardo Maderni, y fue quien concibió la idea de llevar ramales ferroviarios desde la estación a las canteras. De su peculio construyó la línea a la Movediza, de la que se desprendió un ramal a Cerro Leones, con lo que los dos centros de explotación más

³ EL ECO DE TANDIL, edición del 20-01-1884.

⁴ EL ECO DE TANDIL, edición del 29-09-1883.

* La extracción de la piedra estaba estrechamente vinculada en Europa a la construcción de viviendas. En España llamaban cantero indistintamente al que extraía la piedra y al constructor que la usaba para sus obras. Generalmente una misma persona hacía las dos tareas.

importantes quedaron unidos al transporte. Seis meses después el F.C.S. compraba la línea en 160 mil pesos⁵.

A Pennacchi en la Movediza siguieron o se sumaron poco después Fidel Giannotti en Cerro Leones, y luego el mencionado Maderni. Tras él vino José Cima, el más poderoso, altivo y probadamente el más capacitado de los patronos de su tiempo. Y en otros lugares, Spreafico, Domingo Cassini, José Papini, Lorenzo Poli, Barbé, Rosello, Tonetta, Bieliza, Seguin, Salvi, Polledo, Carrau, Fernández, entre otros que quedaron sin registrar todavía^{**}.

La piedra era un negocio tentador y entre los nombres de inmigrantes corajudos que iniciaban aquí la explotación, aparecían comerciantes tandilenses que se sumaban a la aventura de la piedra, e invertían parte de sus ahorros en la empresa, a veces demasiado temerariamente. Los avatares económicos dejarían a muchos de ellos en el camino.

El poblamiento.

En los años que siguieron al arribo del ferrocarril al Tandil se produjo un sustancial aumento en la demanda de piedra y en consecuencia de la mano de obra. Centenares de canteristas llegaban al Tandil. Otros patronos, también italianos, comenzaron nuevas explotaciones y la mano de obra la proveyeron sus respectivas aldeas de origen: Vezza D'Oglio, Brescia, Novata Mezzola, Ponte nelle Alpi, Ancona, Massa Carrara. En cambio los contingentes más importantes de españoles se registran en la memoria de antiguos pobladores al comenzar este siglo, paralelo al de la radicación del mayor número de montenegrinos.

Catalina Sarti, por ejemplo, fue traída al Tandil en 1886, para trabajar como mucama en casa de Martín Pennachi en La Movediza, en donde un hermano de ella, Alfredo, que vino viudo y con dos hijos, trabajaba como picapedrero⁶.

También era toscano, del mismo pueblo que Pennachi, Michele Angelo De Lucía, herrero que llegara alrededor de 1884 a La Movediza.

Detrás de las alambradas.

En un principio los hombres venían solos y se alojaban en barracas de madera y chapa. Cuando la aventura se hubo consolidado, muchos trajeron a sus mujeres y a sus hijos que habían quedado en la aldea europea, aguardando el llamado. Entonces los patronos comenzaron a construir casillas individuales para los casados, y los campamentos canteristas, transformándose en radicaciones estables en los que la vida familiar fue posible, tomaron el ritmo de villas y pueblitos.

Llegaban los pobladores y sus familias a un medio desconocido, con otro lenguaje, otras costumbres, otra dieta, otras ropas, y los alojaban en el campo, al pie de sierras distantes cinco, diez, veinte kilómetros de la ciudad. Ellos, a su vez, habían traído todo: su modo de trabajar, de hablar, de vivir, de vestir, de cocinar y hasta de amar y de odiar, lo que no hizo sino acentuar el aislamiento característico de las comunidades mineras: solidarios entre sí, hostiles y desconfiados a todo lo que viniera de afuera.

5 WILLIAM ROGIND. "Historia del Ferrocarril Sud". Establecimientos Gráficos Argentinos. Buenos Aires, 1937.

** Estos nombres aparecen en la memoria de antiguos pobladores, en crónicas periodísticas de la época y sobre todo en el cuño de las "plecas", las monedas internas de circulación en cada cantera (Colecciones de Jaima Magret y del autor).

6 Testimonio de Ángela Piagentini de Biaggioni, en la entrevista del 24-07-1976.

Por lo mismo, con el patrono se estableció una íntima dependencia, desde el comienzo, nacida de la circunstancia de que era frecuentemente paisano de ellos, había facilitado el traslado del hombre y luego su reunión con la familia. Entonces, ¿a qué ir al pueblo, por ejemplo, para comprar en negocios donde quizá se burlaran de su condición de extranjero? Seguramente -pensaban- se aprovecharían de ellos y les cobrarían más de lo debido. El patrono, que al principio les daba la comida a cuenta de sus jornales, luego se habrá hecho cargo de las compras, y lo que en un comienzo pudo haber nacido como una atención o servicio personal a sus paisanos dependientes de él, luego se transformó en un negocio complementario cuando abrió almacén dentro del predio de la cantera. Pero, ¿para qué pagarles con un dinero que no sabían manejar si finalmente lo que necesitaran podrían obtenerlo en el almacén de la empresa? Así se implantó el pago con vales, que en las canteras del Tandil tomó forma de moneda propia -las plecas- piezas de bronce acuñadas con caracteres distintivos para cada establecimiento y circulación sólo válida dentro de cada cantera. Y para “proteger el todo y separarlos de la agresión del mundo exterior -pudo argumentar- para que nadie entrare a tentarlos, amenazarlos, robarles o estafarlos” el vasto predio arrendado en cuyo interior quedaba comprendida la cantera, se alambró con un cerco muy alto, que por un tiempo impediría asimismo la infiltración de ideas sociales que perturbaren el orden establecido.

El alambrado, las plecas, el aislamiento y la ignorancia, permitieron establecer una economía de ciclo cerrado o redondo, en la que el producido del esfuerzo laboral se consumía dentro de ella y las ganancias del patrono se multiplicaban. Lo que al principio quizá nació como un aparente servicio para los obreros, en el fondo se trocaría paulatinamente en una forma complementaria de dependencia.

Mucho tiempo después de radicadas las familias canteristas de los tiempos iniciales, en la cantera de Cerro Leones (no encontramos testimonios de otras, pero tampoco afirmaciones en contrario) a los solteros seguía alojándose en barracas de varias camas donde guardaban, además, sus pocas pertenencias. Y un viejo canterista de la época anterior a la huelga de 1908 (la “huelga grande”) aseguraba que los hijos de las familias que ya vivían allí, cuando ingresaban a trabajar en la empresa, debían irse a vivir a las barracas de solteros, por cuyo alojamiento se les descontaba un alquiler, y comían en la fonda misma de la cantera junto a los que no tenían familia. Aunque los domingos fueran a comer con los suyos, igualmente se les cobraba la pensión de ese día⁷.

Durante muchos años siguieron incorporándose nuevos contingentes de obreros y todos aceptaban ese estado de cosas. No era extraño: ellos habían conocido en sus propias aldeas relaciones de dependencia parecida, sin rebelarse ni condenarlas.

¿Era una actitud realmente paternalista, protectora, la de los patronos, o un circuito económico cerrado que inventaba el empresario para incrementar sus ganancias y hacer que lo pagado en salarios retornara en consumos a través de sus almacenes de compra obligatoria?

Ese mismo sistema se ha conocido en otros lugares, sobre todo en la explotación de tipo “plantation” (caña de azúcar, yerba mate, explotación de bosques), con sus caracteres de aislamiento y monoproducción. Pero con una diferencia fundamental: la explotación canteril exigía un nivel de inteligencia y destreza superior y especializada que, indirectamente, estaba preparando a los obreros para modificar el clima de semiesclavitud que es una constante de la “plantation”).

⁷ Testimonio de Abilio Lázaro Ortega, en la entrevista del 05-06-1976.

Perfiles particulares

La explotación de la piedra tenía perfiles particulares que la diferenciaban de otras explotaciones en casi todos los niveles de su organización. Por ejemplo:

Patrono: era, habitualmente, un picapedrero, más habilidoso para los negocios y con aptitudes de conductor.

Mano de Obra: era altamente especializada, por lo menos en el 50 por ciento de las plazas. No cualquiera llegaba a ser picapedrero y llevaba varios años aprender el oficio.

Mercado: el producto -adoquines, granitullo y cordones- era casi totalmente consumido por el Estado directamente o en forma indirecta a través de los municipios (que no tenían otra función que la de intermediarios) y muy pocas veces por particulares, y la demanda en consecuencia estaba supeditada a los planes de gobierno, las decisiones políticas y la prosperidad financiero-económica en general.

Organización de la producción: mientras la producción fue artesanal, manual (porque la demanda esencial era la piedra labrada) no hubo posibilidades efectivas de aumentar la producción y en consecuencia el rendimiento de los salarios y el valor agregado del producto estaba constituido especialmente por el salario. Sólo cuando las técnicas de pavimentación incorporaron la piedra triturada mecánicamente al concreto asfáltico y al hormigón (alrededor de 1930), hubo posibilidad de mecanizar la producción a través de la molienda que redujo sustancialmente la proporción de la mano de obra en el producto final.

Rentabilidad de la empresa: la explotación de la piedra sólo fue rentable y estable mientras no hubo organización sindical. Al provocar ésta la mejora de los salarios, la reducción de la jornada laboral, el pago en moneda efectiva y la libertad de comprar fuera del predio canteril, su rentabilidad quedó sujeta a los avatares del mercado y a la situación económica general.

En lo que el factor humano hace a la rentabilidad de la empresa, el esquema reconoce limitaciones nacidas de la alta cuota con que integraba la producción y así podía comprobarse cómo las situaciones personales hacían variar la suerte de las empresas de acuerdo con la capacidad de los propios empresarios, más allá de la eficiencia general del sistema.

De cualquier modo, aún cuando las alambradas perimetrales, la moneda interna, la economía cerrada, las barracas para solteros, los comedores comunes y la presencia tangible e inevitable del patrono hasta en aspectos de la vida íntima de los asalariados, tentase a mencionar palabras tales como “feudalismo” o “medievo” será bueno recordar que el patrono de cantera no era el Señor de la tierra, sino un arrendatario de campos con cerros, que contrataba mano de obra que no se ligaba a él sino por el salario. Los asalariados, a su vez, cumplían dos tipos de producción: una netamente primaria, la extractiva; y otra de elaboración parcial: el labrado de la piedra, lo que si bien no modificaba su naturaleza intrínseca, le agregaba mano de obra en alta proporción. Todo ello, más la no delimitación de las funciones, los vínculos socio-económicos entre el empresario y sus obreros, cierta relación entre ambos casi familiar y la propia fragilidad de la rentabilidad de la explotación, la definen como una empresa precapitalista.

Para atravesar aquel alambrado perimetral del que hablamos, había una tranquera, casi siempre con candado y gruesas cadenas, y a veces hasta con guardia armada (para los tiempos de conflicto, al menos).

Mientras la cantera fue un predio cercado, las compras en el almacén fueron obligadas. Luego, la huelga que se desarrolló entre 1908 y 1909 trastrocó este ambiente, y los obreros comenzaron a cobrar en dinero efectivo (salvo los adelantos que siguieron haciéndose en

plecas hasta 1920, cuando el sindicato logró la abolición definitiva de la moneda interna). Muchos siguieron por comodidad comprando en el almacén de la cantera, pero algunos recordaban que cuando el rigor de la alambrada se abrió en portillos que ya nunc se repararon y los maderos de la tranquera -ya sin candados- se pudrieron, todavía se controlaba casi subrepticamente a quienes compraban en el pueblo.

Con el tiempo, con capitales independientes de los de la empresa, se abrieron algunos almacenes más pequeños⁸.

Un episodio catastrófico sirve para reflexionar asimismo, y preguntarse hasta dónde alimentaban los obreros un sentimiento de clase y hasta dónde ese mismo sentimiento hallaba límites en los fuertes lazos afectivos y de solidaridad nacidos en la comunidad canteril, más allá de la diferencia entre obreros y patronos.

Una mañana, los pobladores de Cerro Leones oyeron repetidos balazos, indicadores de una desgracia, seguidos por gritos de alarma: el almacén de José Cima estaba incendiándose.

Todos olvidaron entonces que en sus mostradores habían dejado obligadamente el sudor de muchas jornadas y acudieron a sofocar el siniestro.

(Alguna vez habían planeado -como se verá más adelante- colocar una bomba bajo la vivienda del patrono. Quizá hubieran amenazado con incendiar sus pertenencias, como lo hicieran otros camaradas suyos en actitudes de lucha. Pero cuando el incendio -como en este caso- fue accidental, emergieron otros sentimientos fuera de la órbita de la lucha de clases, o sencillamente del rencor social).

En aquel episodio hubo quienes pugnaron por bajar al sótano, lleno de tanques con alcohol, para evitar que fueran presa del siniestro y el propio Cima debió interponerse para impedirlo ¡Chi se piante la piata, ma que no muora nessuno! gritaba atajándolos⁹.

Del almacén sólo quedaron las cenizas y las cerraduras de la cantera carcomiéndolas el orín. Cima no lo reconstruyó nunca y la cava del sótano donde guardaba los tambores de alcohol y las bordelesas de vino, fue usada por los niños para jugar. Ella quedó, desde entonces, como una gran cicatriz memorativa en el seno del predio canteril.

⁸ Testimonio de Domingo Agostini, en la entrevista del 23-07-1976.

⁹ Testimonio de María Catalina Fortunati de Poli, en su entrevista del 08-05-1976.



ARRIBA: Otro prodigio. Corte del legendario «bochón» de la cantera Azucena. Medía 8 metros de alto, por 16 de ancho y 25 metros de arco. Fue cortado de una sola vez con 291 «pinchotes» «en seda de cabeza».



IZQUIERDA: Picapedrero «cortador». Está «rayando» la cara superior del bloque con el scarpel, para reducirlo luego a adoquines. Obsérvese la suela del botín, claveteada de «brocas» para no resbalar sobre la piedra y evitar el desgaste.

NOTAS Y TESTIMONIOS DEL CAPÍTULO I

Las Plecas

“Entonces no se pagaba en dinero, son con plecas. Si uno se enfermaba iba y le decía a Conti: Mire, tengo la señora enferma. Necesito unos pesos. Bueno, vamos a ir a ver. Iba Domingo Conti a ver si realmente estaba enferma. Entonces le daba en efectivo 5 pesos. El único médico que iba a las canteras entonces era el Dr. Verneti Blina. En el pueblo andaba en bicicleta, pero a las canteras iba en sulky. Cobraba 3 pesos. Y después los remedios. Como Conti tenía como una botica, si le recetaba un remedio que tuviera, no hacía falta comprar. Y si no, le daba uno parecido. Tomá, que esto te va a hacer bien. Para comprarse un vestido, o una ropa, había que decirle; Mire, los pantalones ya no dan más. La camisa está toda rota. A ver si me puede dar algo para ir a la tienda a comprar una nueva. Conti no tenía ropa en el almacén. Cima, sí”.

(Testimonio de LUISA PARTASSINI
DE MARCOVICH, del 28-12-1976 en
su domicilio de Villa Laza)

“Yo me acuerdo cuando en el Cerro Leones pagaban con plecas. Un obrero bueno ganaba 70 pesos. Te pagaban 60 en plecas y 10 pesos en moneda buena. Pero me acuerdo que vos con esos 10 pesos agarrabas y te ibas a Tandil a gastarlo y te volvías a pata al Cerro (porque en aquel tiempo no había galera. El Pin vino después) y te veía venir con el paquete el Señor Maderni, que era el escribano que tenía don José Cima, ya te tachaba con tinta colorada. Y a la primera cagadita que te hacías, te echaban. Venían los turcos vendedores de baratijas y no los dejaban entrar. Eso fue hasta la huelga grande”.

(Testimonio de DOMINGO AGOSTINI, el
23-05-1976 en su casa de Las Heras 766)

Transporte de piedra por ferrocarril 1893-1928

Desde 1893 a 1909, las únicas noticias sobre producción de piedra en la Provincia de Buenos Aires, provienen del Ferro Carril del Sud, y de ellas no está desagregada la producción de Tandil.

Las cifras son:

Toneladas

1893	82.305 (incluye sal, cal, minerales)
No hay información hasta	
1897	154.586 (incluye carbón, minerales y cal)
1898	99.413 (incluye piedra de cal)
1899	270.972 (incluye piedra)
1900	295.039 (incluye piedra de cal)
1901	230.112 (incluye piedra de cal)
1902	140.403 (no especifica ni discrimina)
1903	114.887 (incluye piedra de cal)
1905	105.566 (no especifica ni discrimina)
1906	no figuran datos
1907	211.966 id.

1908	257.723 id.
1909	328.331 id.

A partir de 1910, los datos los provee la Dirección Nacional de Minería, cuya información es mucho más precisa, ya que no sólo la brinda ciudad por ciudad, especificada en material de piedra, sino asimismo, cantera por cantera. Este es el total de piedra producido en Tandil año por año.

	Toneladas
1910	315.717
1911	382.401
1912	376.049
1913	410.872
1914	241.172
1915	313.947
1916	201.335
1917	131.482
1918	136.231
1919	142.701
1920	226.043
1921	152.261
1922	115.615
1923	138.545
1924	273.465
1925	175.241
1926	169.766
1927	no figura
1928	6.430 (sólo arena)
1929	16.766 (no especifica)

Algunas observaciones

Si bien hasta 1909, la información suministrada por F.C.S. daba globalmente toda la producción transportada en la provincia de Buenos Aires, la del año siguiente es muy parecida a la producida sólo por Tandil, por lo que podría suponerse que casi toda la producción era pedrera y de aquí. Los niveles de producción comienzan a caer en 1925, y su peor registro fue el de 1929, su producción ya no se recuperará, y a partir de entonces será reemplazada por la piedra triturada (para hormigón armado y concreto asfáltico).

CAPITULO DOS

EL ALUCINANTE MUNDO DE LA PIEDRA

A) LAS MANOS MILAGROSAS

Los años de la euforia de la piedra labrada

La producción de piedra, tímida, titubeante en un principio, debió crecer, hasta transformarse hacia el filo de los dos siglos, en un tumultuoso, incontenible torrente de adoquines y cordones, una fiebre parecida a la del oro, sólo que más recatada y quizá más sólida. Si bien no había ricos de la noche a la mañana, hubo muchos que se tentaron para transformarse en empresarios de la piedra, movidos por las ganancias presuntamente fáciles que comenzaban a obtener los primeros experimentados patronos de cantera.

Aunque los datos estadísticos no son todo lo precisos que debieran para una producción tan importante, las cifras ayudan a orientarnos.

Hasta 1910 no hubo estadísticas oficiales, y hay que valerse de las que llevaba el entonces Ferro Carril del Sud, que empezó a informar sobre ellas a partir de 1893, para toda la Provincia. Para ese año registraba 82.305 toneladas de piedra transportadas en sus distintos ramales, pero en esa cifra seguramente estaría comprendido el transporte de sal, cal, y otros minerales. En cuanto a la piedra, también incluiría la producida en Olavarría. Sólo a partir de 1897 se registra, desagregado, el transporte de piedra, aunque sin discriminar su origen. Las cifras –que aquí repetimos- habían evolucionado así:

1897	154.586 toneladas
1898	199.413 toneladas
1899	270.972 toneladas
1900	295.039 toneladas

La última cifra registrada en los anales del F.C.S. daba 328.331 toneladas para el año 1909, siempre sin discriminar de cuáles de los partidos de la provincia de Buenos Aires procedían¹.

Poco después, la Dirección de Minería comenzó a llevar registros mucho más minuciosos y para 1913 Tandil acusaba una producción anual transportada de 410.087 toneladas².

Esa fue la cifra más alta que se conoce, el mayor nivel de producción que tuvo Tandil y el grado máximo de su euforia. Los canteristas del Tandil pasaban por ser los obreros mejor pagados de la Argentina. Cinco años antes aún vivían aherrojados tras las alambradas de la cantera. Pero en 1913 aprovechaban impensadamente la embriaguez por empedrar las calles de cada ciudad que crecía en importancia. Un año después, en 1914, con el desajuste que provocaría la contienda bélica europea, las finanzas nacionales se achicaron, las obras públicas se suspendieron y la demanda, al restringirse, redujo la producción prácticamente a la mitad. Muchas empresas cerraron y algunas canteras ya no volvieron a abrirse. Y aún cuando alguna prosperidad temporaria en la década de 1920 alentó la esperanza de días mejores, ya nunca volvieron a vivirse los años del esplendor que corrieron entre 1910 y 1913. (Ver en Apéndice: “Debate Parlamentario sobre protección a la Industria Pedrera”).

¹ Ferrocarriles Argentinos. Archivo Histórico, en Plaza Constitución. Memorias de distintos años.

² Dirección de Minería. Ministerio de Economía de la Nación. Estadísticas anuales.

El matrimonio del hombre con la piedra

A partir de ahora comenzaremos a ver el tácito connubio entre el hombre y la piedra.

Hasta que se mecanizó la producción de piedra mediante la incorporación de las máquinas trituradoras y los aparatos neumáticos para perforar, la relación entre la piedra y el hombre fue estrictamente manual y muchas veces artesanal.

La de los picapedreros, como quedó dicho en el capítulo anterior, era la única actividad minera –a cielo abierto- que comprendía una etapa primaria, extractiva, y la otra secundaria, el corte y labrado de la materia.

Pero esa naturaleza imponía particularidades. La forma estrictamente manual hacía que la producción estuviese en relación directa con la cantidad de mano de obra. Se producía más, no con mejores máquinas y métodos, sino con más horas-hombres. En consecuencia, la actividad extractiva estaba limitada por la capacidad manufacturera de las dotaciones de obreros.

Esa misma limitación imponía el carácter pre-capitalista de la explotación, e impedía el paso a niveles francamente industriales.

Pero el valor agregado en mano de obra no modificaba la naturaleza intrínseca del material extraído, por lo que el producto final no se desvinculaba de las manos del obrero o de su destino.

Nuestros ancianos informantes seguían reconociendo la presencia de sus manos en los alardes de artesanía que habían producido: el zócalo labrado de un edificio, los adoquines o granitillos que se hicieron especialmente para determinadas calles que ellos conocían y que habían disfrutado con los demás vecinos, como bien común en que se transformaban como imperio de la pavimentación de que formaban parte. Pero como esta producción, además, era masiva –quinientos, mil, dos mil obreros- la inter-relación laboral, su participación en las distintas etapas del proceso, el espíritu de solidaridad que nacía de una tarea común, el marchar atados a un mismo destino y sobrellevar el peso de las alternativas del mercado, creaba un mundo cuyos elementos integrantes no diferenciaban exactamente sus propios límites³.

El “destape” de una cantera

Las formaciones graníticas destinadas a la explotación se encuentran en bloques llamados bocones o mazos que emergen, semidesnudos, en las sierras, o bien en los grandes macizos que constituyen el cuerpo de los cerros, habitualmente cubiertos total o parcialmente por tierra, arena, cascajos y vegetales, o piedras de calidad inferior, generalmente no aprovechables.

Para dejar al descubierto la piedra viva, los peones debían trabajar a pico y pala. Luego, con carretillas o vagonetas (zorras) se apartaba la tierra para dejar libre, o “destapar” el frente de la cantera.

El trabajo podía demandar días, semanas o meses, según el espesor de la tierra que cubriera a la piedra y la anchura del frente que iba a destaparse.

Luego subían los capataces, recorrían el futuro frente, descifraban el juego de vetas y contravetas de la piedra, estimaban a ojo el tamaño de cada bloque a cortar, levantaban un plano mental de todo, calculaban hacia dónde se desprendería cada bloque cuando fuese cortado y si no hallaría obstáculos que lo impidieran; y si la calidad de la piedra, por último, justificaría la inversión en esfuerzo, tiempo y dinero.

³ Testimonios de: AMÍLCAR BATELLI (02-05-1976), JOSÉ ULLOA (11-05-1976).

Un día, como sacerdotes de un sacrificio del que dependía la suerte de toda la colonia canterista, tomaban la decisión: aquí un barreno, allá un corte. Dictaminarían la profundidad, la dirección, el sentido; si sería a plomo –de cabeza- o lo harían “de levante”, es decir, transversal, y tras estimar también al tanteo la carga de pólvora que llevaría y el número de detonaciones que harían en cada corte, la tarea comenzaba.

Quince especialidades para una tecnología

Quince eran las especialidades, algunas muy modestas, otras muy refinadas, en la tarea de labrar la piedra.

A la cabeza marchaba la “aristocracia” del oficio, los **picapedreros**, integrados en grupos o **Compañías** de tres o cuatro hombres.

Las Compañías estaban integradas por un **cortador** (al frente), un **refrendador** (al medio) y uno o más **adoquineros o cordoneros** (atrás), según las necesidades de material⁺.

Y luego continuaban las otras:

Barrenistas: la otra importante especialidad, en grupos de tres, integrando una Cubia, encargada de perforar la piedra en el mazo para desprenderla y que cayera en cancha al alcance de los picapedreros.

Herreros: uno cada 15/18 picapedreros. Afilaban las herramientas. Disponían de peones para encender la fragua y otras tareas menores.

Marroneros: con un **marrón**, maza de unos 10 kilogramos, partían los restos de piedra que por su tamaño no podían entrar en la boca de la trituradora.

Patarristas: especializados en hacer agujeros en los trozos de piedra de mayor tamaño que las anteriores, no aprovechables para labrar, en cuyo interior se les colocaba uno o más cartuchos de dinamita (los petardos o “patarros”) para romperlas en trozos menores.

Foguines: de los barrenos y de los patarros. El que encendía ambos. Solía ser una misma persona. Sabía calcular, con la opinión de los capataces, la carga de pólvora que necesitaba un barreno. Con la brasa de su cigarrillo encendía la mecha de los patarros, corriendo entre las piedras como un gamo y buscaba en contados segundos refugio antes que se produjeran las voladuras en serie que acababa de preparar.

Bochas: de las Cubias, peoncitos que llevaban al hombro los barrenos utilizados para que los afilara el herrero. El Bocha de los patarros ayudaba en el tacado y encendido de éstos.

Seguían otras especialidades que no tenían que ver con la elaboración de la piedra ni con el afilado de sus herramientas, sino con su transporte. Eran ellas:

Zorreros: temporarios conductores de las vagonetas o zorras que, de a pares, descendían por los rieles desde lo alto del cerro, cargadas de adoquines o cordones. El zorrero iba parado entre las dos zorras, sobre sus plataformas, manejando los frenos según las pendientes y curvas que obligaban a aminorar la marcha o a acelerarla.

⁺ Se supone que los obreros se agrupaban espontánea y voluntariamente según sus preferencias personales. Este derecho debió ser expresamente anotado en un convenio suscripto en 1928 para explotar Cerro Chato, en tiempos en que comenzaba a escasear el trabajo. El convenio señalaba que “se reservaban el derecho de elegir a sus compañeros, previo aviso a la Administración”.



Cuarateadores: el trabajo inverso al del zorrero, con las vagonetas vacías. Debían subirlas a tiro de caballo por las cuestas de los cerros hasta la “cancha” donde las Compañías de picapedreros elaboraban material. Luego descendían con los caballos desenganchados por el mismo camino, en tanto las zorras bajaban vertiginosamente cargadas de material, como se ha descrito. Eran casi siempre criollos, quizá por su relación acostumbrada con el caballo.

Vieros o arreglavías: eran los que cambiaban el curso de los rieles, según las necesidades de la explotación descalzándolos y calzándolos de nuevo, según pendientes y curvas y dentro de márgenes de seguridad para el descenso de las zorras cargadas de material, calculados a ojo e intuición.

Peones: se les reservaban tareas menores, y más pesadas como el destape del frente de cantera del que hemos hablado, y la limpieza de escallas que iban acumulándose en cancha.

Dentro de esta generalidad, se hallaban los **areneros** que extraían, habitualmente a pala, la llamada **arena brava** (o de cantera, para diferenciarla de la de mar o río) y en algunos casos la zarandeaban para separarla del cascajo.

Maquinistas y fogoneros: los que accionaban las calderas de vapor que ponían en marcha los mecanismos de las trituradoras de piedra (acostumbraban a llamarlas “rompedoras”).

Desgallador: solitario como un águila, debía descender de los peñascos más altos, atado a una sogá. Como un acróbata, armado de una barreta, tanteaba minuciosamente tras una voladura, cada roca, para desprender las que no ofrecieran seguridad, de modo que luego no fueran a precipitarse por sorpresa sobre las Compañías que estuvieran trabajando debajo, en la cancha.

Sucedía que, a veces, en principio, una roca no cedía a sus palanqueos, él seguía descendiendo y luego la piedra rodaba sobre él arrastrándolo y condenándolo a una muerte segura⁺⁺.

En cada cantera importante, no menos de la mitad de su personal eran picapedreros; y la otra mitad se integraba con todas las demás especialidades, lo que corrobora el carácter manual de la explotación.

La pericia de los barrenistas

Se recurría a los barrenos cuando se abría el frente de una cantera o cada vez que la necesidad de material obligaba a hacer grandes cortes en la piedra viva del cerro o en los grandes bocones que debían ser trabajados.

Una Cubia de tres barrenistas procedía a perforar la piedra con barras de acero de sección circular, cuyas puntas afiladas y templadas según el grado que cada herrero sabía por las características de las rocas de cada cantera, iba abriendo un agujero, a plomo o transversalmente (de **cabeza**, o de **levante**, según cada caso) en el sitio indicado por el capataz o por el patrono en persona (que solía ser el que más entendía de todos ellos), según el tamaño del bloque a cortar. Uno de los barrenistas sostenía el hierro y los otros dos golpeaban alternativamente, con sendas mazas de 15 kgs. cada una, mientras el primero, tras cada golpe lo hacía girar con sus manos un cuarto de vuelta. Caía una maza, giraba un cuarto, caía la otra maza, giraba otro cuarto, y así una hora, dos, tres. Periódicamente, el barrenista que sostenía el acero lo sacaba del agujero y con la **spacetta** (un cucharín hecho con un alambre uno de cuyos extremos se había enrollado en espiral) extraía el polvo de piedra que resultaba de la perforación. Una hora y otra golpeaban los barrenistas sobre la cabeza del barreno y la punta iba penetrando lentamente. Pero no habían avanzado más que unos veinte centímetros y la punta ya estaba desafilada. El bocha de la cubia cargaba los barrenos desafilados y los llevaba a la herrería, mientras los barrenistas trocaban puestos y seguían la tarea, por otros veinte centímetros, nuevo barreno desafilado y a la herrería, y otro nuevo, más largo que el anterior lo reemplazaba. Desde lejos podía reconocerse a quienes integraban una Cubia, por el ritmo, por el modo de golpear y hasta de florearse, como los que pegaban de revés, o los que lo hacían sin mirar, con la precisión de un martinete.

⁺⁺ Ver en el Capítulo VIII: “Los Accidentes”, la referencia al desgallador Lancini.

A medida que la profundidad del barreno crecía, usaban barras de acero más largas. La del barrenista que sostenía con sus manos el barreno no era una función pasiva, ya que además de hacerlo girar tras cada golpe, vigilaba en todo momento el emplazamiento exacto de la herramienta y su dirección.

Los canteristas llamaban indistintamente **barreno** al agujero que hacían y a la herramienta con que lo practicaban. Una Cubia muy diestra llegaba a perforar hasta un metro por día. En La Movediza memoraban uno que había superado los seis metros.

El capataz y el foguín de los barrenos medirían luego a ojo el tamaño del bloque a desplazar, de muchas toneladas y varios metros cúbicos, y estimarían la cantidad justa de pólvora que debía llevar. Se usaba pólvora –y no dinamita- porque se buscaba, no el estallido en todas direcciones, sino que la piedra “abriese”, es decir, se rajase por su veta en un sentido determinado y quedara intacta su estructura molecular interior, para luego ser susceptible a cortarse en tamaños menores. Con un palo, el **borrón**, “tacaba” la pólvora en el agujero. (El metal estaba proscripto porque una chispa podía encender prematuramente el explosivo). Colocados el fulminante y la mecha, que debía sobresalir de la boca del barreno, tacaban rellenando todo con arena bien compactada. Luego el ayudante del foguín subía a lo alto del cerro, desde donde fuera visible, y agitando una bandera colorada gritaba ¡Barreenooo! con todos sus pulmones, para que la gente se pusiera a prudente resguardo.

El foguín encendía entonces un cigarrillo y con su brasa le daba fuego a la mecha e inmediatamente, por precaución buscaba reparo bajo la caja de una zorra llena de tierra o de piedra, en una cueva o en casamatas que luego se construyeron ex profeso, cuando comenzó a usarse la dinamita y la voladura llegaba a mayor distancia.

El barreno detonaba con un ruido sordo, no espectacular, porque debía actuar a modo de cuña, abriendo la piedra y no volándola.

Muy rara vez caía el bloque tras la voladura. A veces, especialmente cuando el barreno actuaba en bocones o mazos, se hacía primero una detonación pequeña y se esperaba para que la rajadura tuviera un efecto lento, demorado, de modo que la brusquedad no fuera a abrir la piedra en dirección inconveniente porque entonces habría mal aprovechamiento del material. En los grandes frentes la precaución no era tanta, pero aún así se la estudiaba cuidadosamente. Era fama de Cima usar el mínimo de barrenos en los frentes de cantera y recurrir a los cortes con **pinchotes** para que el aprovechamiento fuese total.

Abierta la piedra por el lugar deseado, luego de la explosión continuaba el estudio para hacer los sucesivos cortes que, combinados, desprenderían, ahora sí, el bloque que iría a caer en la cancha, al pie del frente de la cantera, para que las Compañías lo redujeran sucesivamente de tamaño hasta convertirlo en adoquines, cordones o granitullo.

Hasta 1930 las voladuras se hicieron casi exclusivamente para obtener bloques de los que se extraerían cordones y adoquines o granitullo. A partir de entonces comenzó la demanda creciente de piedra triturada que con el tiempo se convertiría en la actividad principal de la cantera. Por ese tiempo se hicieron los primeros ensayos de perforar la piedra con máquinas neumáticas, pero por muchos años sólo se las reservó para hacer patarros, debido a que su tamaño inadecuado y su excesivo peso hacían dificultoso trabajar en las alturas y en posiciones incómodas. Los barrenos para voladuras se hicieron a partir de la necesidad de piedra triturada, con dinamita, pero la perforación siguió haciéndose a mano con la misma técnica descrita. Y cuando las barrenas accionadas con aire comprimido reemplazaron a los hombres y los superaron en eficiencia y velocidad, el principio para penetrar en el seno de la piedra siguió siendo el mismo: rotación y percusión.

Las escondidas vetas de la piedra viva

La piedra podía cortarse según tres sentidos: por la **seda**, por el **trincante** o por el **filgús**.

La **seda** no es otra cosa que la veta, alineamiento molecular predominante de granito, sobre todo del feldespato, que es su componente oscuro (el “carbón” como decían ellos) y que hace visible la seda. Contra la opinión de geólogos a los que consulté, todo canterista del trabajo tradicional afirma que la piedra no movida de su emplazamiento geológico original en un cerro, tiene orientada su seda de Este a Oeste, es decir, en el plano de la órbita solar (o del sentido de rotación de la Tierra). La seda es el corte más fácil pero no siempre el propicio o posible, según el emplazamiento relativo de ese bloque con sus vecinos y la posibilidad de desprenderse. La seda que mira al cielo es la **seda de cabeza**. Pero su prolongación que desciende por la cara vertical adyacente constituye la **seda de botonera**, llamada así porque los agujeros de los pinchotes vistos uno debajo del otro en forma vertical semejan los botones de una camisa gigantesca.

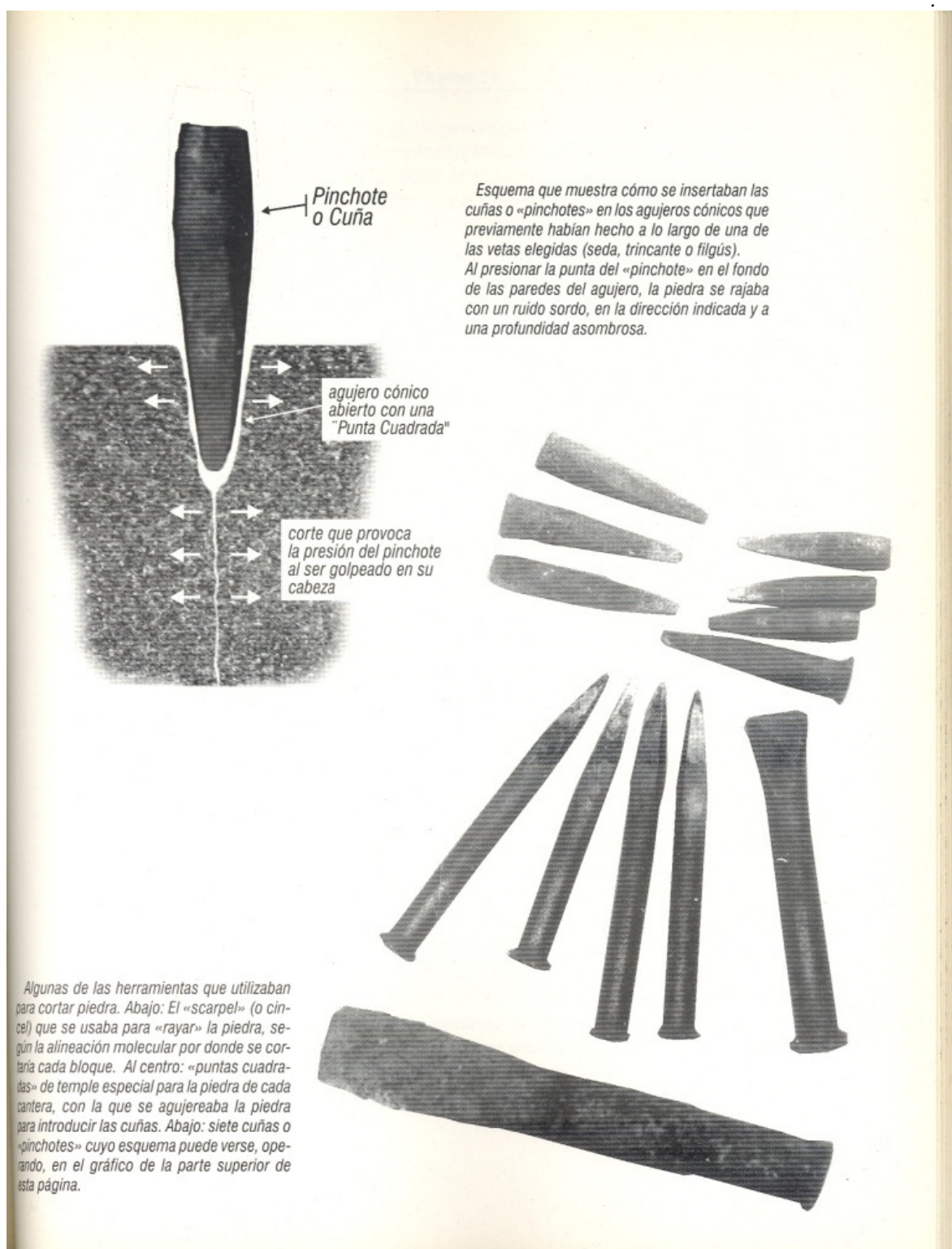
Perpendicularmente a la línea de la seda se halla la del trincante, ordenamiento molecular menos definido, pero igualmente viable de cortar. Si está en la cara superior es **trincante de cabeza**, pero cuando corta a la seda de botonera en una de las caras verticales lo hace transversalmente y es un **trincante de levante** que abre horizontalmente la piedra. La prolongación de las caras adyacentes del trincante es el **filgús**. Si el filgús corta a la cara vertical de arriba abajo es, por supuesto, también de botonera, pero si lo hace horizontalmente será **filgús de levante**.

Esto, aún narrado con estricta sencillez, parece complicado y lo dicho antes deberá leerse varias veces para entenderlo y cotejar con gráficos ilustrativos, pero en sus tiempos lo sabía cualquier canterista analfabeto, y lo aprendían los niños cuando iban a la cantera para llevar a sus padres la merienda.

Cuando la piedra se la corta como la manteca con un cuchillo caliente

Y así llegamos a la prodigiosa manera de cortar la piedra en tamaños menores, mediante una técnica muy primitiva, pero a través de cuya destreza, observación y experiencia acumulada de generación en generación, se había transformado en un acto de precisión casi rutinaria: el método de los **pinchotes** o **cuñas**.

Determinado sobre qué línea se haría el corte (fuese en el mazo vivo de la cantera, sobre un bochón, o sobre los bloques obtenidos de ambos por cortes anteriores) el **cortador** de cada Compañía tomaba el bloque asignado y tras estudiar las caras disponibles y las vetas que ostentaban, determinaba en cuál de ellas practicaría el primer corte, y si lo haría en **seda** o en **trincante**. Trazaba luego con una tiza o con el carbón de las pilas en desuso, la línea por la que haría el corte, para lo que se ayudaba con la **riga** (regla). Con el **scarpel** (cincel) marcaba la raya, que se percibía blanca y brillante. Luego, valido de una **punta cuadrada** (cuyo temple se determinaba para la dureza de la piedra de cada cantera) abría en pocos minutos un agujero perpendicular a la cara de la piedra sobre la línea recién trazada con el scarpel.



Cada agujero era de sección ligeramente triangular, pero tendría una profundidad proporcional a la del corte. Si se buscaba que este corte no fuera más profundo que los tres metros, bastaba con que los agujeros se hicieran de 6 a 7 centímetros. Los agujeros se iban haciendo, uno a continuación del otro, sobre la línea marcada, con una separación que nunca superaba los 4 centímetros. Concluida la sucesión de agujeros, a lo largo de la línea de corte, se

colocaba en cada uno de ellos una cuña de acero, el **pinchote**. La línea quedaba erizada de barritas metálicas que sobresalían unos 4 a 5 centímetros.

Llegaba el momento culminante. Con una maza de 4 o 5 kilos comenzaba a golpear los pinchotes –lo que se llama “templar el corte”- como si quisieran hacerlos penetrar a fondo en los agujeros donde se los había instalado. Intoque a cada uno, sin mayor violencia, y a esperar para ver “cómo trabajaba la piedra”, es decir, cómo iba marcándose el corte. A veces, según la profundidad requerida y la naturaleza de la piedra, eran necesarios dos o tres toques más. Las cuñas penetraban en los agujeritos recién abiertos, pero su extremo cónico debía presionar sobre las paredes del agujero de piedra que lo alojaba, sin que la punta propiamente dicha llegase al fondo del agujero, porque de lo contrario, si llegaba a hacer tope en él, el corte no se producía.

La maza golpeaba sobre la cabeza de cada pinchote e iba desprendiendo un sonido casi musical que aumentaba de frecuencia, se hacía más agudo, ascendía en la escala y cada pinchote penetraba imperceptiblemente unos milímetros más en la piedra, como lo que era: como una cuña. De pronto, un ruido sordo sucedía al tintinear de los pinchotes y de inmediato el corte se abría según el plan requerido, por la línea marcada, hasta el fondo, hasta la cara opuesta, sin otra huella de la mano humana que los semiagujeros –uno para cada mitad- de los pinchotes recién hechos para producir el prodigio.

La operación se completaba con cortes transversales a cada cara, hasta dejar el bloque convertido en un paralelepípedo de caras casi perfectas.

La tarea del cortador estaba cumplida. Ahora el bloque pasaba al refrendador, que corregía las **bugnas** o protuberancias más salientes y perfeccionaba los efectos del corte en cada cara, con la **punta cuadrada** si era necesario, o con la adoquinera (una maza de aristas muy afiladas con las que cortaba la piedra). El mismo operario o el cortador reducían el bloque al tamaño de varias **plotas** o **pilastrines**, nuevos prismas pétreos de medidas exactas que se entregarían a la tercera fila de picapedreros de la Compañía para que los transformase en **adoquines** o **granitullo**, mediante el mismo método. El **adoquín** medía 20 centímetros, por 15 o 14. Según se hubiera tenido cuidado al cortárselo, podía tener una **cara buena** y dos rengas. Era el **común**, de poca calidad de trabajo. El **adoquín especial** ostentaba todas sus caras correctamente cortadas y su resultado se advertía en cómo quedaba el pavimento. El adoquín no es, como se supone, cúbico, sino prismático, de seis caras, desiguales de a pares, achatado. El cúbico es el **granitullo**, un bloquecito más reducido, de unos 7 a 10 centímetros de arista. Se lo usó por primera vez en Tandil en 1916 para pavimentar las calles que rodean a la Plaza Independencia y se lo asentó en ondas de gracioso efecto⁺⁺⁺.

Un operario común producía hasta 250 adoquines por día o en su defecto, entre 900 y 1000 granitulos.

Durante un tiempo hubo demanda de un adoquín más chato llamado **planeta** de 30 por sólo 5 centímetros de altura, con los que se pavimentaban los sectores de las calles por donde corrían los rieles de los tranvías.

Los **Cordones**: para flanquear las aceras y separarlas de las calzadas, se usaron los cordones. Eran bloques cuyas medidas rondaban entre los 70 y 120 centímetros, con una altura de 40 a 42 centímetros, y cuyo ancho podía ser de 14 o 18 centímetros según fura común o especial, respectivamente. La habilidad extra requerida e incorporada como valor agregado, era que las

+++ Un canterista dijo que la onda se usó no con fines estéticos sino como modo más eficiente de disimular las irregularidades que generaba los defectos del labrado. No hemos podido corroborarlo.

superficies que, luego de colocados serían visibles, eran pulidas a golpes de **Martelina** primero, y de **bucharda**, después, si el trabajo así lo exigía.

El mismo cortador de la Compañía reparaba los bloques destinados a ser transformados en cordones, con el **escabezador**. Luego, ayudado por una **escuadra**, el cordonero **entreguadaba** las dimensiones exteriores, con la **uñeta**, similar a la **punta**, pero con dos de las caras opuestas más aplanadas. Luego elegía la mejor de las caras angostas del cordón, destinada a ser visible cuando se lo instalase en el borde de las aceras, y la alisaba progresivamente con más cortos y más anchos y con ambos filos en el mismo sentido, es decir, transversales al mango. Con sus bordes golpeaba toda la superficie a alisar, la que iba emparejándose progresivamente. Si quería un acabado más prolijo aún, o cuando se trataba de bloques para revestir zócalos de edificios al pie de monumentos, usaba la **bucharda**, una pequeña maza o martillo, cuyas caras de ataque tenían dientes que venían en tres grosores, según el grado de alisamiento que se requería.

Un cordonero hábil labraba entre 2.50 y 3 metros de cordones por día.

B) MODESTIAS Y PRODIGIOS

En la primera parte de este capítulo hemos descrito los trabajos ordinarios y básicos de la actividad pedrera: la elaboración misma del producto específico de la explotación: adoquines, granitulos y cordones.

En esta segunda parte hablaremos de los oficios que no cortaban piedra pero que funcionaban como imprescindibles en toda organización canteril, y de algunos hechos prodigiosos protagonizados por aquellos titanes de la piedra.

Los herreros: Los picapedreros solían disputarse el concurso de los mejores herreros de la cantera, porque de su habilidad y conocimiento dependía el buen temple de las herramientas y en consecuencia, el rendimiento de su trabajo. Y por el contrario, llegaban a cuestionar hasta en el seno del sindicato a los que no ponían especial cuidado en su desempeño.

La tarea de los herreros o **fabros** era permanente y delicada y la totalidad de las herramientas de la cantera eran afiladas por ellos. El herrero debía conocer el temple exacto que necesitaba cada herramienta, según la naturaleza de la piedra destinada para cada cantera, y la función específica que cumpliría cada herramienta.

Cada dieciocho picapedreros había un herrero.

Debía afilar las puntas cuadradas y las uñetas, las caras de las adoquineras (ya que éstas trabajaban con el filo) los bordes de las martelinas y las puntas de los barrenos que –según ya se dijo- se desafilaban tras penetrar 20 centímetros en el seno de la piedra.

Mientras estos temples eran duros, de un índice establecido a puro tanteo –pero de exactitud rigurosa- adecuado a la dureza de la piedra de cada cantera, los pinchotes debían ser de temple blando, debido a que, si duros en exceso, rebotaban y zafaban de los agujeros, “espaban”, es decir, arrancaban escallas en la boca de éstos, lo que estropeaba el material y lo hacía inservible.

Los herreros tenían a su disposición dos tipos de acero: al alemán Bocker y el italiano Bianchetti. Llegaban en barras de distintos grosores a almacenes de ramos generales del Tandil que debieron incluirlos Nexus stocks entre porotos, fideos, yerba y bebidas.

El Bocker era duro y necesitaba ser tratado más caliente. Herreros de aquellos tiempos, preferían el Bocker para hacer marrones y el Bianchetti para martelinas y puntas.

Cada herramienta y cada trabajo requerían un temple distinto.

La punta, por ejemplo, se calentaba unos diez centímetros, arreglaban sus formas a golpe de martillo hasta volverle a formar las cuatro caras. Luego, se los metía en una tina con agua, pero sólo unos 5 o 6 centímetros. Por último, se los dejaba, apoyados por su extremo afilado, en el **bañil**, una piletita, perfectamente nivelada, con unos pocos milímetros de agua. Sobre ella había soportes de alambre en los que iban apoyándose las puntas afiladas, cada una en la fila que correspondía a cada Compañía de picapedreros, para que no perdiese identidad ni destino. El agua era la natural, habitualmente recogida en manantiales, y no se le echaba sal ni componente alguno. (Pero cuando querían embromar a alguien, solían ponerle un poco de jabón en el agua, y luego la punta rebotaría en la piedra sin poder marcarla).

El pinchote (o cuña) llevaba el mismo proceso de calentamiento, pero en lugar de meterlos en el agua de la tina, lo tiraban al suelo para enfriarlos lentamente sobre la tierra del piso, y no iban al bañil.

A los barrenos los calentaban justo en el filo. Se los metía en el agua y estrictamente al tanteo de cada herrero se los dejaba trabajar. No era fácil trabajar con ellos: hubo barrenos de 5 y 6 centímetros de largo. Los **barrenos de primera** tenían un diámetro de 7 centímetros, los de **segunda**, de 5 y medio, y los de **tercera**, los patarritos eran de 3 a 4 centímetros de diámetro, destinados a hacer pequeños agujeros en las bochas chicas o restos que por demasiado grandes –como quedó dicho– no entraban en la boca de la rompedora.

La adoquinera, en cambio, se calentaba primero de un lado, la arreglaban procurando que siempre quedara derecha. La daban vuelta y la calentaban del otro y la arreglaban también. La calentaban nuevamente, ahora de los dos lados y después la ponían en agua a esperar que enfriase. No la sacaban caliente porque podía quebrarse en un golpe seco.

Al scarpelo o scarpel no había que ensancharle el filo sino siguiendo los límites del contorno exterior. El trabajo dependía de la calidad del acero. El filo debía ser biselado como de hacha (o de cuchillo).

Después de arreglado lo dejaban enfriar, y tras calentarlo un poco, lo sacaban, “esperando un rato el temple”, tras lo cual lo mojaban y lo arrojaban al piso.

Cuando se utilizaban pinchotes de primera, para los grandes cortes de piedra, se usaban barras de acero nuevas. De lo contrario, se aprovechaban escarpelos inservibles. Un corte corriente lo hacían con “puntas” descartadas. Había que calentarlas previamente, y luego se las **recalcaba** poniéndolas en un molde verticalmente y golpeándolas en la cabeza con un martillo pesado, hasta engrosarlas, ya que si se usaba con el diámetro de la punta o del escarpelo se quebraban porque eran más finos. En realidad, se los compactaba molecularmente.

Las **puntas** duraban según su temple y el canterista que las usare. Un picapedrero corriente hacía de 3 a 4 agujeros con una sola punta. Una Marcelina perdía su filo tras tallar cuatro metros de cordón. Una martelina se afilaba en diez o doce minutos. Un herrero presumía haber afilado unas 120 puntas por hora, lo que parece proeza exagerada: una punta cada 30 segundos⁴.

4 Referencias técnico-testimoniales de los herreros: JOSÉ DE LUCÍA (15/05/1976), JESÚS NUÑEZ (27-06-1976, en Villa Lynch, Partido de San Martín, Pcia. de Buenos Aires).



Una cubia de barrenistas interrumpe momentánea la tarea, mientras abre un barreno de levante. El que está sentado sostiene con su mano derecha el barreno, que sus dos compañeros golpean alternativamente. El que lo sostiene hace girar un cuarto de vuelta al barreno tras cada golpe. Los hombres se alternaban en la tarea mientras el acero iba penetrando lentamente en la piedra.

Cada picapedrero, al comenzar la jornada, iba con su cajón de herramientas –**la caseta**– a la herrería, y recogía las herramientas afiladas que usaría durante la jornada. Pero era corriente que en su transcurso fueran desafilándose. Entonces, uno de los picapedreros de la Compañía – generalmente el del medio, o refrendador, para no interrumpir la producción– las llevaba a la herrería correspondiente para que quedaren afiladas para el día siguiente.

La profesión de herrero tenía un hálito de prestigio. No han quedado los nombres de quienes trajeron la técnica artesanal del afilado al Tandil, pero cuando en 1883 el porteño Rodríguez explotaba aquella inicial canterita en la quinta de Eigler, poco después de llegado el ferrocarril, las crónicas periodísticas indicaban que tenía 18 canteristas y un herrero⁵ lo que guarda la proporción exacta con la de años después). Por los recuerdos recogidos, se coincide ñeque para 1910, casi todos los herreros inactividad habían aprendido el oficio en la cantera.

Humberto Luzardi fue el herrero por antonomasia, aunque no significa con ello que fuera el mejor ni el más antiguo. Él aprendió su oficio aquí, cuando se instaló en la cantera que administraba Domingo Conti, en La Movediza. Es improbable que antes hubiese conocido fragua y bigornia. Pero fue maestro, sí, de muchos otros herreros y llevó para siempre, entre sus paisanos, el nombre de su oficio: “Fabritto” (diminutivo de herrero en italiano) con que se le conoció hasta su muerte. La persistencia de tal nombre, exclusivo y definidor, revela hasta dónde se extendía el prestigio de los herreros de cantera. Michele Angelo De Lucía, Jesús Núñez y más joven que ellos, Teodoro Palazzo, cubrieron un largo tramo en la historia canteril de los herreros.

Las tareas humildes

Las tareas comentadas hasta ahora, eran de oficiales, gente que dominaba técnicas hasta un nivel que a veces exponía exquisiteces artesanales para labrar la piedra; conocían el secreto de la onda expansiva de la pólvora en las vetas dormidas de la piedra, o el temple adecuado de las herramientas para cada tarea, para cada piedra y hasta para cada estilo de trabajo. Pero había funciones más humildes y rudas, desde las que a veces se remontaba penosamente el hombre que quería progresar, o de las que no se salía nunca según la torpeza de sus manos o la lentitud de su cerebro.

El peón, en la más amplia acepción de la palabra, era el destinado a hacer la limpieza en todos los lugares y facilitar el trabajo de los especializados. Horquilla, pala, pico, barretín, carretilla, eran sus elementos de trabajo junto con sus brazos de gladiador para quitar el cascajo, trasladar la tierra del destape, amontonar las escallas y cargarlas para que fuerana la trituradora.

Dentro de la peonada, existía uno por cuya modalidad de trabajo se lo consideraba casi picapedrero: era un **marronero**, un hombre fuerte y rudo que tenía por misión romper con un marrón las piedras que no servían. El marrón era una maza de 8 Kgs. de peso y un mango de cerca de 80 centímetros.

Para utilizar el marrón golpeaba las piedras con el canto (que debía ser vivo) y no con la cara, siguiendo aproximadamente la línea de las vetas, y las partía con gran facilidad, no por la fuerza que empleaba, sino por la precisión, forma de ataque y lugar donde golpeaba.

Los **bochas** eran los jóvenes asistentes de las cubias de barrenos. Llevaban hasta la herrería los barrenos desafilados o traían los que estaban listos para usar.

Un insólito pedazo de pampeanía, de inusitada criollez, introducía la primera etapa del transporte de materiales: subir las zorras o vagonetas vacías hasta lo alto del cerro, por las vías tendidas ex profeso.

Las zorras se enganchaban de a dos, a una yunta de caballos, al pie del cerro, y el **cuarteador**, habitualmente un muchacho (en esta tarea se reclutaban especialmente a los criollos, hijos del país, seguramente por su aptitud casi innata en el manejo de las cabalgaduras). El **cuarteador** montaba en uno de los matungos y taloneando y azuzándolos, los animales subían el par de zorras vacías hasta la cancha, donde les aguardaba el material listo para ser

⁵ EL ECO DE TANDIL, edición del 10-11-1884.

cargado. El cuarteador entonces, desenganchaba los caballos y los llevaba abajo, de donde habían venido, por la cuesta de la sierra.

Allí comenzaba la tarea del **zorrero**, que había subido hasta el cerro en una de las chatas vacías, acompañando pasivamente al cuarteador.

Cargaba las zorras el **zorrero**, a veces ayudado por los picapedreros, echando en ellos unos 150 adoquines por vehículo, tras la cual, el zorrero empujaba las zorras hasta que casi imperceptiblemente comenzaba la pendiente del descenso. En movimiento las zorras, el zorrero corría a la par y de un salto se trepara a una de ellas, y allí comenzaba lo más difícil de su tarea y casi siempre el riesgo: por su propia inercia, el par de zorras comenzaba a cobrar velocidad a lo largo de ese tobogán caracolado que eran los rieles descendiendo en torno de cerro para aprovechar sus pendientes, salientes y curvas. El zorrero con un pie en la plataforma de cada zorra manejaba los frenos de ambos vehículos –que eran unos volantes con manija, implantados horizontalmente y cuyas zapatas, accionadas con una barra, abrazaban los ejes y aminoraban su girar. Soltaban los frenos en los llanos y los cerraban según la velocidad disminuyera o aumentara con la pendiente. Frenaba en las curvas, aflojaba el freno en los pocos tramos rectos y llegaba en su peligroso juego de aceleraciones y pendientes hasta el llano del pie, con la carga, para volcarla, y esperar a que el cuarteador enganchara los caballos y subieran, cuarteador arreando y el zorrero como pasajero, hasta lo alto, en la cancha, para iniciar nuevamente el ciclo, a lo largo de toda la jornada, un día y otro, un año y otro, durante toda la vida, o por lo menos, mientras hubiere demanda de piedra en las obras públicas y privadas. O hasta que un exceso de confianza acabase con la audacia y temeridad de algunos zorreros, que se embriagaban con el poderío aparente que les daba la velocidad, descarrilaban en los precipicios y caían rodando aplastados por el material; o una rueda de la zorra los atrapaba arteramente cuando ellos la empujaban y lo hacían mal o con descuido. Muchos zorreros perdieron la vida en el rudo tobogán de las canteras⁶.

Armados de **barretines, macetas, chavetas y palas**, los **vieros** o **arregla vías** parecían jugar con el destino de los hombres y de los trayectos modificando el curso de las vías por sobre las que corrían las zorras, pero no eran ellos sino los capataces quienes indicaban las nuevas trazas.

La estirpe de los Carreros

Pero mientras no llegó la posibilidad de instalar zorras y carriles, el descenso de los adoquines y cordones debió hacerse con el concurso de los **carros**. La profesión de **carrero**, tan menoscabada injustamente como llena de sutilezas e impensados recursos para obtener de cada animal de tiro la fuerza suficiente y oportuna y armónicamente combinada con la de todos juntos, alcanzaba en los de las canteras, verdaderos niveles de proeza.

En la Movediza y Cerro Leones, los Marcovecchio constituían una dinastía de carreros. La familia llegaba a reunir una flota de hasta 24 carros, que solían conchabarse para épicas cosechas de trigo o de maíz cuando la parálisis afectaba a las canteras. En Cerro Chato (cerca de donde hoy se levanta el Parque Industrial) vivían unos catorce carreros, en campos de cuyas inmediaciones pastoreaban sus poderosas tropillas de percherones⁷.

Juan Gómez tenía su campo operativo en la zona de Los Corrales, ya que como hasta allí, ni al resto del cordón que integraban esa cantera y las de La Aurora, Montecristo y El Centinela,

⁶ Testimonio de FILIBERTO SATTI del 24-04-1976 (su padre fue zorrero en La Movediza).

⁷ Testimonio de HUMBERTO MARCOVECCHIO, entrevista del 18-07-1977.

jamás habían llegado ramales ferroviarios, había que transportar el material en carro hasta la estación de cargas del ferrocarril⁸.

Vida dura la de los carreros. A las dos de la mañana salían a buscar los caballos, los encerraban, racionaban y ataban al carro, para luego trasladarse hasta las canchas donde trabajaban los picapedreros.

Esa tarea demandaba unas tres horas. A las cinco ya estaban en la cantera. Les insumía una hora a los canteristas cargar los 500 adoquines que entraban en la chata. Luego, era hartito peligroso bajar la empinada cuesta, porque con la carga aumentaba la inercia y una vez que el carro salía de control, ya nada podría contenerlo. A Juan Gómez, cierta vez, se le cortó el freno. La chata cobró velocidad y la catástrofe fue inminente. Pero el carrero no perdió la cabeza y dejó a los caballos correr locamente, empujados por la propia chata acelerada por la carga. El carrero esperaba una curva con un llano contiguo, apropiada para volcar el carro. En el momento de entrar en ella torció el cadenero, el carro se inclinó, el carrero soltó las riendas y se dejó caer desde lo alto de la descontrolada nave, cuando ya perdía el equilibrio y volcaba. Tres hermosos percherones perecieron ahorcados por sus propias riendas en la extrema maniobra a la que los arrastró la chata al volcarse⁹.

Cerro Leones, La Movediza, Albión y San Luis tuvieron servicios ferroviarios que canalizaron el transporte de material desde el seno mismo de las canteras. Pero no llegaban en cambio a las canteras del denominado Cordón de los Libertarios ubicados al sudeste de la ciudad y formado por los cerros de Montecristo, El Centinela, La Aurora, Centenario, Pusca, El Águila, El Tigre y Los Corrales. Desde siempre el transporte debió hacerse en carro. Los de Montecristo venían hasta La Porteña, por el camino actual, torcían –sin pasar por El Centinela– hacia el camino del Asilo, cruzando por el costado (no por el frente) de la hoy Quinta Belén. Y de allí descendían hasta Avellaneda, donde se encontraban con los que provenían de El Centinela, ya que no podían hacer el rodeo desde La Porteña a Villa Laza, porque aún no se había abierto el camino.

En 1918 convencieron a Tilio Corsi para que se hiciese carrero, ya que él nunca había querido ser canterista como su padre ni como sus hermanos, y se había ido a trabajar de peón al campo. Compró una chata en mal estado y seis caballos muy castigados y flacos en 325 pesos. Arregló el vehículo, mejoró los tiros y engordó a los animales, hasta que ganó lo suficiente como para mandar a hacer una chata nueva, cuyas ruedas grandes tenían tres metros con 30 centímetros de diámetro y su caja era de 18 pies de largo, capaz de cargar entre 1000 y 1200 adoquines¹⁰.

Por aquel entonces eran carreros, en el Cordón de los Libertarios, Miguel Álvarez, Miguel Curuchet, Vicente Moya, Pedro Delbaile, Telésforo Nogués y su padre Martín Nogués, los hermanos Flamenco, los hermanos Lemos, Miguel Reyes, Francisco Lariazábal, Domingo Carmona, Baudilio Vilanova y Pedro Vilanova.

El viaje, entre la cantera y la estación del ferrocarril, se cobraba entre 2,50 el cien de adoquines desde las canteras más cercanas y 2,80 pesos por las más distantes.

Era un trabajo riesgoso y lleno de cuidados. Al carrero Goroso el vehículo se le escapó, cayó del pescante y se mordió la lengua. Se la salvó de cortársela del todo, porque le atravesaron una vaina en la boca para que no se la mordiera. Otro carrero, Eloides, de un banquinazo, cayó al suelo y una rueda lo aplastó.

⁸ Testimonio de JOSÉ GÓMEZ, entrevista del 03-10-1976.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ Testimonio de DOMINGO CORSI, el 19-02-1980.

Tilio Corsi fue el último en abandonar el acarrero de adoquines en el Cordón de los Libertarios. Corría 1936. Ya no había más trabajo, y el poco material producido que había lo sacaban con camiones. Hasta 1940 siguió acarreando cereales.

En esa fecha, Nogués se hizo adaptar especialmente una chata para transportar veintidós bloques de granito de 11.000 Kilos cada uno que cortó y labró Lucas Manestar, eslavo o alemán, con algunos obreros que tomó a su cargo. La chata había sido una “torera” (para transportar toros) y le sacaron los costados. Le diseñaron ruedas especiales, de un metro de diámetro por 15 centímetros de ancho, y cargaba un bloque por vez. La arrastraban ocho caballos.

Cómo se ataba un carro

Solían atarse entre 14 y 16 caballos, seis de ellos al pecho y ocho o diez laderos.

Corsi no necesitó **caballos a la retranca** porque tenía buen freno.

“Pero en el repecho había veces que a los laderos les sacaba el recado por la cola con tanta fuerza”, nos dijo.

El conjunto se manejaba con sólo dos pares de riendas, una para el **cadenero** y otro para el **varero**.

El cadenero era el caballo más importante del conjunto, e iba adelante, atado con tiros de sogas torcidas al par de varas del carro. Detrás de él, entre las varas, iba el **varero**. A cada lado de éste, un **tronquero**, cuyos tiros se ataban a los ganchos del balanzón. A 30 centímetros de la punta de cada vara había una grampa, y ahí se enganchaban los balancines, uno a cada costado, con lo que se completaban los seis caballos de pecho.

En las cuatro puntas de los ejes había unos grilletes a los que se enganchaban las **cuartas**, para atar a los **laderos**. A éstos se los ensillaba como a caballos de montar, con recado, y a las argollas de la encimera se ataban las cuartas enganchadas en las puntas de los ejes. Y con esto quedaba completado el tiro, tarea que se cumplía en 40 o 50 minutos, cada amanecer.

El cadenero, era, además, el único animal cuyos vasos se herraban.

A los tres años un animal estaba en condiciones de trabajar y si sabía cuidárselo podía prestar servicios por 25 años más. Con el trabajo se distinguían aquellos que eran sobresalientes, porque en el trabajo hay de todo, mañeros, haraganes, “fríos de pecho”.

El trabajo más delicado era el de enseñarle las riendas y para ello había que atarlo a la baqueta. Esto era: se le ponía **pechera** y se lo ataba a otro animal de inferior calidad, también con pechera, anca contra anca. Cada animal cinchaba por sí, a ver quién llevaba al otro. Así, el buen animal se encelaba para el trabajo y aprendía a hacer fuerza, sosteniéndose con la punta de los vasos en el piso, que es el modo de hacer fuerza, tanto para arrancar como para afirmarse en la cuesta arriba, sobre todo cuando, empezando a llover, la tierra se ablanda.

Un cadenero atado a una chata cargada era capaz, solo, de moverla.

El cadenero llevaba además, **pechera** más reforzada y **yuguillos** hechos de fresno.

Corsi no dejaba que se le “pegara” el sudor en los pechos y en el lomo y los rasqueteaba después de trabajar. Y cuando los ataba los cepillaba para despojarlos del polvo que se les pegaba cuando, en libertad, se revolcaban. Esto y el buen estado de sogas y aperos evitaban las mataduras. Cuando iba en la huella, para acarrear cereal, paraban cada cinco leguas y los soltaban durante unas tres a cuatro horas. En la huella comían el pasto del camino, pero

trabajando en la cantera los tenía a pastoreo en el campo, a ración de avena y con afrecho cuando a 20 centavos la bolsa o menos, podía comprárselo en el Molino¹¹.

NOTAS Y TESTIMONIOS

Técnica para agujerear pinchotes

“Es importante el manejo de la punta con el dedo meñique que lo va acomodando.

José Fadón se admiraba. Era un gigante de dos metros quince. Su muñeca era como dos de las mías. Una gran fuerza.

- Ma, porca donna! ¿Como hace este chiquilín para ganarme a mí? –decía, y torcía las puntas con sus golpes formidables.

Yo nunca tuve callos en las manos, de invierno y verano no se me rajaban ni agreteaban (sic).

La práctica es dar el golpe que usted pega, que saque, que no sé en el vacío, tiene que tener vista, empezar de adelante para atrás.

Usted golpea aquí, firme, y saca la escalla. Y ya está. El asunto es la primera. Y viene para atrás, y golpea hacia delante, y las escallas van saltando con facilidad, como lo encuentran vacío adelante. Lo primero es apretar bien la punta, el empuñante, y golpe que pega, golpe que saca”.

(Testimonio de LEONARDO PUGGIONI, el 03-06-1978
en su casa de Garibaldi 45, Tandil)

Reconocer el estilo por las obras

Parece que algunas facturas eran tan delicadas y personales que había entendidos que llegaban a reconocer su autoría por la calidad.

Por otra parte, un artesano no sólo recordaba dónde se habían colocado sus adoquines y cordones, sino que hasta podía verlos, reconocerlos y transitar sobre ellos, destinados como estaban al servicio público. Amílcar Batelli sabía qué granitulos de los que pavimentaban el entorno a la Plaza Independencia habían sido hechos por él. Y José Ulloa podía reconocer la piedra pulida a buharda por él y por su hermano en el zócalo del Palacio Municipal de Tandil.

Pero el testimonio más sorprendente me lo transmitió la educadora Adela Ciapusci (06-06-1982): creció en la cantera La Azucena, donde su padre, que tenía allí un negocio, vivía enamorado de la habilidad de aquellos rudos artesanos de la piedra. Solía pasear con ella, muy pequeña, recorriendo adyacencias de la cantera, incluso cuando ya el trabajo había cesado. De pronto, se agachaba, recogía un adoquín de caras casi perfectas y exclamaba: “Este es del Paulo”, “Este lo hizo Giovanni”, y reconocía en vaya a saber qué secretos detalles los signos de su autoría.

“Leer” en la piedra

“Yo trabajaba en Compañía de los dos Furnayín, los Agostini.

¹¹ Ibídem.

Y usted sabe que no hubo dos como ellos. Que el José era cosa seria, lo más grande que hubo en las canteras. Un monumento tendrían que levantarle. El José escupía la piedra, le desparramaba la escupida con la mano y miraba lo que la saliva mojaba la piedra. "Por aquí va la seda" decía. "Esto es el trincante". Y nunca le erraba.

Una vez con el patrón teníamos un bochón hermoso. 'Córtelo en seda' le dijo el patrón.

'- No. Voy a cortarlo en trincante', dijo José. Y no explicó por qué.

Al patrón no le gustó mucho pero era tanto lo que era José, que no se animó a hacerle la contra.

Lo cortamos en trincante. Perfecto, che. Y descubrimos que en el fondo había un mazo. Si lo hubiéramos cortado en seda, la piedra hubiera ido para cualquier parte. Y de afuera no se veía. Yo no sé cómo fue que lo adivinó José. Después, el patrón decía:

- Este José tiene los rayos Equis en la vista".

(Testimonio de ELISEO SATTI,
en su casa de Villa Laza, el 05-02-1981)

Secretos del Temple

"Después salieron unas martelinas anchas, que no servían, porque hacían a media luna sin naides se dar cuenta. Es decir, se cortaban en la boca. Pero había que entenderlas. Había que calientarlas para templarlas y había que correrle la temple para el medio. Y enfriar las puntas de un lado y de otro como se podía. Todos querían las martelinas que eu afilaba!... Eu las levaba a un color no vivo, con el fuego. Un color más apaciguado, más decaído. El color frío es negro, casi negro. Y el otro color era más bien rojo. Cuántas veces llegaron los patrones, el finao Bertagno! Pero ¿qué le hace las martelinas?...

¿Qué le hajo? Nunca tan buena fuera que fuese tan deseado. Es feo que o diga: todos los canteristas me querían de herrero. Estaban más contentos".

(Testimonio de JESÚS NUÑEZ, nacido en Galicia
en 1883. Entrevista del 26-07-1976 en Villa Lynch, partido de San Martín)

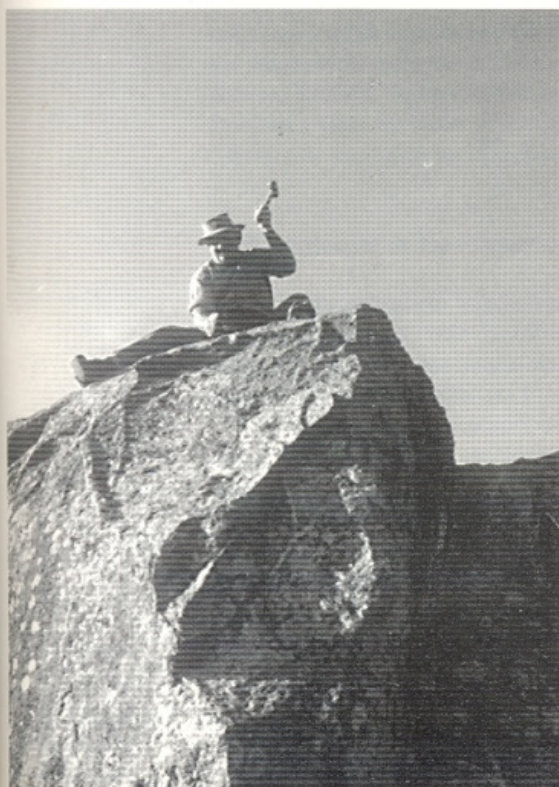
Un legendario corte de pinchotes

Aquellos titanes que polemizaban diariamente con la piedra bruta tenían por hazañas algunos portentos de su propio trabajo, cuya memoria formaba parte de la épica y hasta de la leyenda oral de la que se maravillaban hablando, aunque muchos no hubiesen conocido a los protagonistas ni a sus frutos.

Hubo cortes míticos. El mayor que se haya conocido se halla en la cantera La Azucena. Se hablaba de él, en la memoria de los más viejos, como de algo milagroso, casi improbable, y nadie podía dar referencias de él hasta que en 1942 el picapedrero y marmolero Tomás Jarque lo descubrió casualmente. Era un bochón enorme, de un diámetro aproximado a los 16 metros y una altura en su parte descubierta de 8 metros. El sector visible del arco pétreo era de 25 metros, que fue lo que se cortó con pinchotes, en seda de cabeza. 291 pinchotes hechos a mano, con una profundidad precisa, en la dirección exacta, con la correcta orientación de la veta dieron un corte perfecto! La operación debió ser de una espectacularidad estremecedora cuando los hombres, trepando como gusanos por la superficie casi lisa del bochón, comenzaron la tarea.



Con barrenos de pólvora y fantásticos cortes de pinchotes, los hombres fueron desprendiendo bloques que no ofrecían rajaduras interiores, lo que permitía su aprovechamiento integral para ser labrado como cordones, adoquines y granitulos. La foto fue tomada por Miguel Jarque en 1942, a cuyas órdenes trabajaban los operarios José y Domingo Agostini y Eliseo Satti, tres hombres de alta destreza canteril.



Sorprendido en pleno trabajo, sobre lo alto de un peñasco, Eliseo Satti abre pinchotes en la piedra. Era zurdo. La foto fue tomada a fines de 1981, para ser utilizada como tapa para la revista Todo es Historia. Eliseo Satti fue, probablemente, el último de los más diestros picapedreros de Tandil. Murió en Enero de 1994.

Puede haber sido el más vasto alarde de técnica tradicional que seguramente conoció Tandil, sólo equiparable por su magnitud a la carbonera de 1905 en Cerro Leones, que describiremos más adelante.

Avelino Ghezzi (02-02-1982) creía que el corte había sido hecho por José Solavaggione, Rossi, Manuel Poli y Juan Solavaggione (éste último como herrero), todos del Cerro Leones, y

había tenido como objeto proveer bloques para construir el castillo de la Estancia La Azucena de la familia Anchorena, a quien pertenece el cordón serrano donde otrora funcionó la cantera y al que corresponde el bochón del relato. Tenemos nuestras dudas porque el bloque presenta un corte posterior, aunque bastante antiguo, que pudo haberse hecho para extraer el material de producción ordinaria de la cantera. Hacer un corte tal, para nada más que el castillo hubiera sido un alarde desmedido y un derroche inútil. Más lógico sería suponer que lo cortaron para producir adoquines y cordones para la cantera que allí funcionaba muchos años antes del castillo de los Anchorena. Pero entre 1928 y 1929 fueron contratados Emilio González, Alberto Restelli, Pedro Pierucci (el “Pulenta”), los cuatro hermanos Buscella y Benjamín Ghezzi, todos de La Movediza, para cortar postes con los que se alambraría –según se les dijo– parte de la estancia.

El trincante de los Furnayín

Hubo otro corte, aunque menos espectacular, mucho más difícil aún que el de Azucena. De él sólo quedaba –al tiempo de hacerse este trabajo– un testigo vivo: Eliseo Satti (que murió en Enero de 1994). Él había participado de la hazaña, en la “Compañía” de José y Domingo Agostini, los “Furnayines”.

El corte fue en trincante de levante, se hizo en la cantera La Aurora, en 1941, bajo la presencia de Tomás Jarque, que al año siguiente descubriría el bochón de Azucena.

Aquel corte llevó la friolera de 115 pinchotes. Hubo que hacer una “canaleta” por donde iría el corte, porque los pinchotes eran de primera, con una profundidad superior a los 7 centímetros. Debieron trabajar “colgados” de unos andamios apoyados sobre rieles del ferrocarril implantados previamente en la base del mazo. No se tienen noticias de otro prodigio semejante.

La “carbonera” más grande de la historia

Cuando, con el concurso de barrenos y pichotes, se cortaba el bloque en la piedra viva, destinado a hacerlo caer en la cancha para reducirlo a sucesivos bloquecitos, plotas y pilastrines, solía suceder que un **repié**, o la posición misma del corte y su grado de inclinación, hiciera insuficiente la separación, y como no lo podía desplazar, debían recurrir a la **carbonera**.

La **carbonera** consistía en una operación de tacado y colocación del explosivo adecuado para producir, por abajo, el desplazamiento suficiente del bloque, de modo que, venciendo el obstáculo que le impedía caer, quedara libre cuando sufriese la presión expansiva de la pólvora. En la más o menos estrecha abertura producida se preparaba la “carbonera”. En cada extremo del espacio se calzaban unos tacos de madera para completar el “cajón” que formaría con las dos caras enfrentadas a la piedra. Se rellenaba con pólvora en la cantidad calculada, no sólo por el tamaño del bloque a desplazar, sino por la proporción del desplazamiento mismo que se buscaba (Canteristas de La Movediza recuerdan un estupendo bloque que necesitaba una carbonera para caer en cancha. El foguín lo cargó con exceso de pólvora, y el bloque dio un cuarto de vuelta más de lo debido, cayó sobre una “cara mala” y nunca más pudo ser aprovechado). Se compactaba la pólvora tacándola, es decir, golpeándola con un palo o borrón. Se colocaban las mechas, las que debían sobresalir verticalmente de la abertura. Y luego se cubría la pólvora con arena y tierra, que debían compactarse prolijamente, y que funcionarían como un gran tapón puesto a lo largo de la carbonera. Esta operación era delicada por lo minuciosa ya que si dejaban la tierra floja en algún sector, la fuerza expansiva escapaba por allí y el trabajo fracasaba. Al detonar, la pólvora actuaba como una gran cuña expansora aplicada en la base misma del bloque afectado. Si todo había sido bien calculado, el bloque caía en cancha, o

se separaba lo suficiente del núcleo madre, como para que entonces sí fuesen efectivas las barretas y la propia mano del hombre empujándola hasta caer.

La carbonera más grande de que se tenga memoria fue detonada en el Cerro Leones, y se estima que aconteció alrededor de 1905.

Se la hizo por encargo del propietario de la cantera Giuseppe Cima, en una gigantesca partenza que rajaba a todo lo largo, uno de los tres picos del cerro. Nadie ha podido precisar el largo que pudo tener esa partenza pero sí del tiempo que demandó hacerla (aunque esta estimación puede tener un riesgo de error considerable): 15 días. Hablan de más de 500 kilogramos de pólvora. Habrían participado de ella Abraham Cadona y Domingo Corsi, entre otros. La partenza donde debió hacerse la carbonera estaba en lo más alto del cerro, a un centenar de metros de su pie, la cantera era virgen allí y no había tierra, arena ni cascajo para aprovecharlos como tapón, por lo que hubo que subir arena desde el pie. Pero como todo esto estaba en piedra viva, y no había rieles, ni zorras, ni camino para carros tampoco, hubo que embolsar la arena en las proporciones gigantescas que puede uno imaginarse para subirla. Los obreros, con las bolsas de arena al hombro, treparon trabajosamente durante esos quince días al Cerro. Subían con la arena al hombro, la descargaban en la zanja de la piedra, bajaban y volvían por otras bolsas cargadas para continuar la operación, que se parecía a un suplicio de Tántalo en plena pampa americana o a una hazaña de liliputienses.

Mientras, los obreros a las órdenes de los capataces de Cima, tacaban, primero la pólvora, luego la arena sobre el explosivo, pero ¿qué borrón pudo ser lo suficientemente grande para tacar con alguna eficiencia semejante cantidad de material en el gigantesco zanjón pétreo dentro del cual se trabajaba? Como no hubo estaca adecuada, cortaron troncos de álamos jóvenes que crecían en las cercanías, que llevaron al hombro hasta la cima. Iba la caravana de hombres con las bolsas de arena sobre sus espaldas trepando el cerro, e intercalados hombres con troncos de álamos, todos en una sola fila, como en un fabuloso camino de hormigas; apenas hormiguitas debían parecer, vistos desde la distancia, aquellos hombres que trepaban con su carga por las piedras, y bajaban por ellas, en demanda de nuevas cargas.

Cima tenía los mejores capataces que hubo en aquellos tiempos en el Tandil, casi todos italianos que habían llegado aquí con larga experiencia. Pero nadie podría afirmar si los obreros tenían conciencia de la magnitud del esfuerzo que realizaban y que con él se estaba poniendo en juego la posibilidad de trabajo por varios años, si lograban colocar en condiciones de ser labrada, una de las mejores piedras graníticas de que dispuso Edmundo para pavimentar; pero sin duda vivieron intensamente la última jornada, y con ella el apuro, la angustia y la tensión, ante la amenaza de que todo el trabajo se echara a perder: estimaban que ese día concluirían la tarea. La última caravana de bolsas subía y bajaba, después de haber bajado y subido centenares, miles de veces, sobre las espaldas de hombres como toros, con cada brazo grueso y nudoso como el mismo tronco de álamo que empuñaban.

El día había amanecido demasiado límpido y caluroso.

Luego el sur empezó a tomar un tinte violáceo. Era manifiesta la nublazón al mediodía. Comenzaron a mirar con aprensión hacia el lado de la tormenta. ¡Apuren!, empezó a cundir la orden. ¡Apuren! el presentimiento de lluvia se tornó certeza. Si el agua llegaba a mojar la arena inutilizaría la pólvora. Habría que descargar la frustrada carbonera, lo que llevaría muchos días para reemplazar la carga que con la lluvia quedaría inutilizada, y luego repetir la operación.

Febrilmente se apuró la tacada, ya que tampoco podía dejarse incompleta o imperfecta, porque el fracaso sobrevendría lo mismo.

Casi con las primeras gotas se dio fin a la tarea. Los obreros buscaron refugio al pie del cerro. Ahora, todo quedaba en manos del foguín, cuya era, asimismo, la responsabilidad en la proporción de la carga para que no sólo detonara, sino que abriera la piedra en la magnitud exacta.

Con la brasa de un cigarrillo según era la costumbre encendió las mechas, cuyos largos distintos habían sido calculados para que, compensando la diferencia en el tiempo de encenderse, todas llegaran a un tiempo a la pólvora y la detonación fuese simultánea.

Cuando encendió el último, corrió a esconderse en un reparo. La carbonera nunca daba ruidos espectaculares ni voladuras. Se habrá escuchado un trueno sordo, casi subterráneo. Y el alivio de que una parte de la misión estaba cumplida habrá distendido parcialmente los ánimos.

Pero el resultado definitivo no se conocía aún, ya que esta carbonera no se había hecho para voltear al bloque y empujarlo a que rodara por la falda del cerro hasta la cancha (lo que hubiera sido riesgoso en extremo, y costosísimo) sino para abrir la piedra y dejarla en su lugar.

Desde abajo nada se sabía. Se largó a llover. Y dicen que, impacientes los capataces y el propio Cima, subieron bajo la lluvia al cerro, para verificar la suerte del corte: una grieta nueva, recién abierta a ambos lados de la carbonera con los bordes rígidos de una herida de cristal, como para un dinosaurio, sólo visible para los ojos experimentados, marcó el éxito del operativo.

Se había consumado una hazaña, que ningún parte de guerra recogería, sino esta incompleta referencia que pudo rescatarse noventa años después de producido el prodigio.

El gigantesco bloque que abrió la carbonera fue prolijamente cortado en bloques menores con el sistema de pinchotes. Barrenos, en lugar de pinchotes, hubieran abierto otros recovecos a la piedra y hubiera sido mayor el desperdicio.

(La reconstrucción del recuerdo de esta hazaña fue hecha especialmente con los relatos que le hiciera a Avelino Ghezzi, su amigo “el finao Bianchi”, con referencia a la participación de Abraham Cadona, tío de Ghezzi. Y a los datos que conservaba en su memoria Domingo Corsi, que los había recibido de su padre, partícipe de la hazaña)

Un carrero espera postrado, la Muerte

Papá se llamaba José Marcovecchio. Había nacido en Tandil pero era hijo de calabreses, en la llamada Chacra de Marcovecchio, cerca de donde ahora está la fábrica Maggiori. Medía más de 1.80.

Había hecho el servicio militar en la Escuela Mixta de Ametralladoras, en Campo de Mayo y su uniforme incluía un kepi francés, de visera recta. Pero en la vida civil, nunca usó sombrero, sino un kepi similar al de su vida militar, de color azul. Vestía poncho, bombacha y bota de acordeón. Pero también llevaba una capa de corte militar, azul, con forro de paño gris, con cuello redondo, volcado sobre un hombro, con dos medallones de plata, y cadena, para cerrarla al cuello.

Nunca me dijeron cuál era su enfermedad; decían que no sabían. Pero yo creo que era una enfermedad “mala”, y para que yo no supiera inventaban cosas. Así, un tío me dijo que una mañana lo habían encontrado acostado sobre el carro con la espina dorsal rota y que por eso debió estar en cama hasta su muerte.

Como era muy habilidoso con las manos, hacía cualquier cosa. A mí, siendo yo muy chico y estando ya en cama, me hizo un carro igual a los de él, de juguete.

Tenía una tropa de 24 caballos, de los que ataba entre 12 y 16 a la chata, cuyas ruedas traseras medían 2 metros y medio de diámetro y en las que cargaba entre 500 y 600 adoquines, aunque a

veces no llegaba a tanto porque la chata, al pasar por los angostos caminos de cornisa de las sierras, se inclinaba peligrosamente y podía volcar.

Había tenido mucha puntería. Con su cuñado Francisco, el hermano de mamá, se echaban los dos de espaldas, con la escopeta en la mano y cuando pasaban los chimangos, los volteaban sin incorporarse.

Desde que enfermó, no quiso parar el carro. Venía un amigo, Gaspar el Paraguay, que le ataba los caballos para hacer trabajar el carro. Todas las madrugadas, invierno y verano, lo hacía, y tenía que dejar la puerta abierta de la pieza, para que papá, de memoria, le indicara cómo atar los caballos. Pero yo creo que no hacía falta, porque Gaspar sabía cómo hacerlo y mientras papá le indicaba, él canturreaba invariablemente "Pobre mi madre querida".

Era un eximio acordeonista. Muchas veces papá tocaba horas, en la cama, el acordeón. Una mañana, Mamá me dijo:

- Andá a ver a tu padre, qué le pasa. Ha dejado de tocar el acordeón. Fui a verlo. Papá estaba muerto. Y el acordeón la tenía sobre el pecho.

(Testimonio de HUMBERTO
MARCOVECCHIO, del 23-06-1980)

CAPITULO TRES

EL DESPERTAR SOCIAL

Protohistoria sindical en Tandil

Hasta el momento de escribir estas líneas no se conocía documento alguno que demostrare que con anterioridad a 1906 haya habido algún indicio de organización sindical en las canteras de Tandil.

Crónicas de periódicos libertarios capitalinos registran que en 1896 el ideólogo anarquista italiano Pietro Gori había realizado una gira por el sudeste bonaerense que incluyó a Mar del Plata y el Tandil. Las noticias informaban que el doctor Gori había mantenido una entrevista con obreros de las canteras tandilenses, pero no decía que hubiese organización sindical alguna que los nuclease¹.

Años después, en 1904, un periódico tandilense daba la noticia de que el 1.º de Mayo de ese año se había celebrado la gesta obrera. Uno de sus oradores había sido el anarquista Rodolfo González Pacheco, nacido en el Tandil. El acto, al parecer, había sido poco concurrido y no se consigna la participación de canteristas².

En el invierno de 1906 un obrero carpintero llamado Luis Nelli se instaló provisoriamente en Cerro Leones, con su patrono y otros compañeros de su oficio, seguramente para construir más casillas de madera y chapa para los obreros. Nelli estaba nutrido del ideal acrático y, no bien comenzó a conversar con ellos, pudo detectar a los más esclarecidos. Luego comentaba entre sus familiares que había sido invaluable el apoyo que encontró en la inteligencia y conciencia de Roberto Pascucci³. Este era un picapedrero que a lo largo de una larga y límpida militancia, se transformó en una figura patriarcal, contra la que nunca se atrevieron sus adversarios más cerrados. La idea de organizar un sindicato que agrupase a los trabajadores de las canteras cundió y el 30 de Septiembre de 1906 concluyó al mediodía lo que debió ser la reunión preparatoria de la Asamblea General Constitutiva que tendría lugar el 6 de Octubre. El acta decía que la reunión se había hecho con los picapedreros, herreros, barrenistas y peones de Cerro Leones. Y de ella había surgido una comisión provisoria, que presidía Luis Nelli (pese a su condición de carpintero) y era su Secretario Roberto Pascucci.

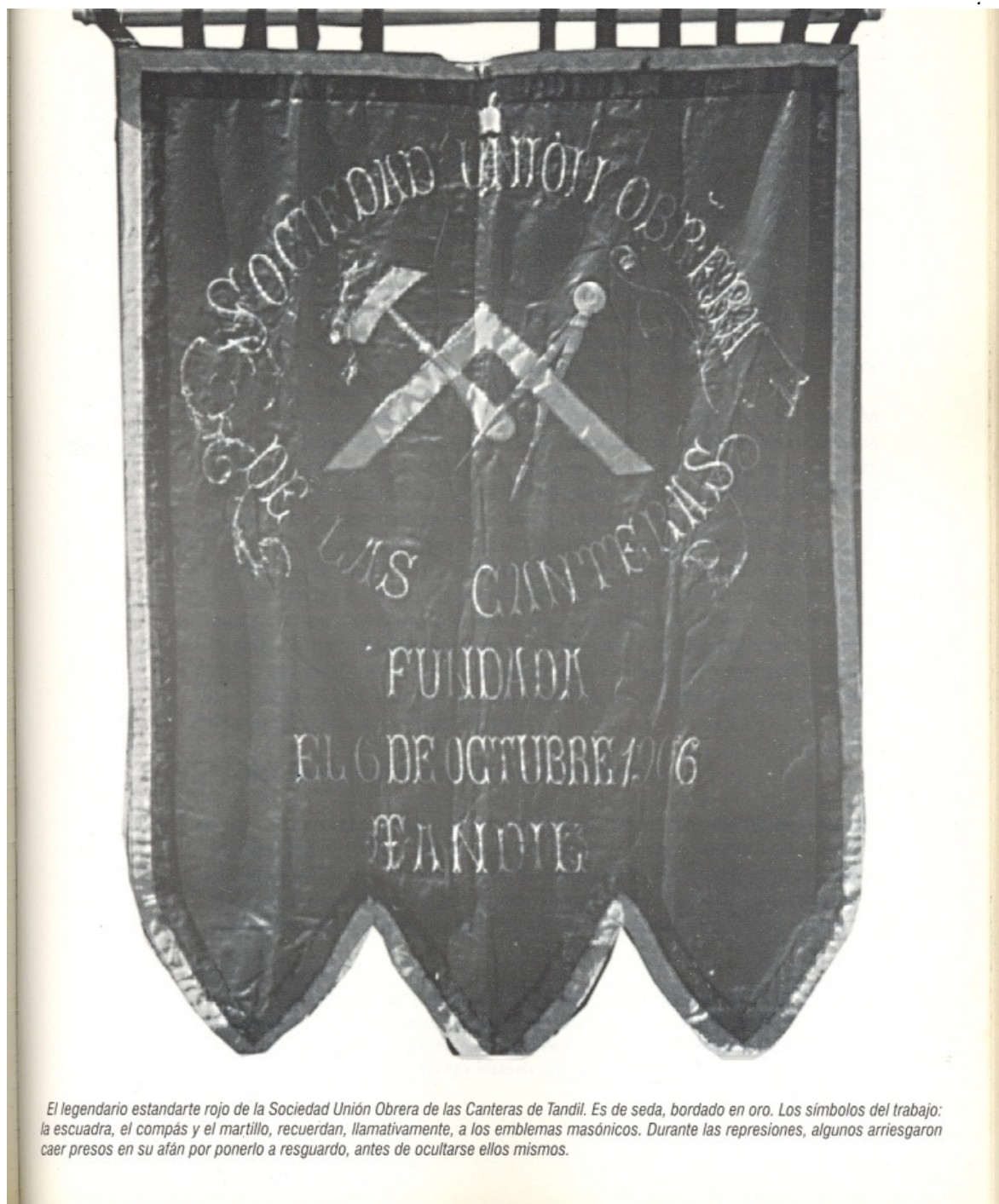
El acta tenía 146 firmas lo que hace suponer que la reunión habría sido una verdadera asamblea preparatoria. Pero igualmente se creyeron con derecho a facultar a la Comisión provisoria a dirigirse a sindicatos de Buenos Aires para pedirles estatutos que pudieran servirles de modelo⁴.

¹ La Protesta, 1896.

² La Democracia, Tandil, Mayo de 1904.

³ Testimonio de Haydée Nelli de Guillot, en entrevista del 05/08/1980.

⁴ Libros de Actas del C.C. de R., Acta N° 1, del 30/09/1906.



6 de Octubre: nace la Sociedad Unión Obrera de las Canteras

Se sabe que era sábado, pero no qué fue lo que expresaron sus principales oradores porque no se ha conservado el acta original*.

* El libro más antiguo que conserva el sindicato data de 1911, cuando se organizaron federativamente. Ese libro de actas trae una síntesis muy ilustrativa de varias anteriores, numeradas todas. La que lleva el N° 1 está fechada el 30 de Setiembre de 1906. del 6 de octubre no hay síntesis ni noticia alguna.

Pero pudo rescatarse que la asamblea se hizo en una sala de las calles que cortan a la principal que conduce al caserío. Frente al lugar elegido había un rancho donde funcionaba una fonda, la de Soto, que también era canterista. Los oradores hablaron parándose sobre una mesita que pidieron prestada al mismo Soto⁵.

El primero en hacerlo fue Pascucci, luego lo hizo Nelli, y al parecer también un directivo sastre, de apellido Giovanetti.

Luego de constituido el sindicato alquilaron por espacio de dos años una pieza del rancho donde funcionaba dicha fonda, aunque antes construyeron una casilla de madera que quedaba a mitad de camino entre el Cerro de los Leones y el de La Mucediza, como si ubicarle en terreno equidistante sellara la unidad sindical de las dos concentraciones más numerosas de picapedreros.

Se nota que la organización inicial fue unitaria, pero que, asimismo la población obrera del Cerro Leones constituía el grueso de los afiliados, de donde habían salido los directivos, y esto llevó a originar temporarias confusiones cuando, cinco años después se dieron forma federativa, porque en un comienzo la antigua comisión directiva de la Sociedad pasó virtualmente a ser el Comité Seccional del Cerro Leones. De cualquier modo, bajo su responsabilidad, las campañas iniciales de esclarecimiento y afiliación se extendieron paciente pero inexorablemente a los otros lugares.

El primer pliego de condiciones de su historia

La primera batalla decidieron darla en casa y presentaron un pliego de condiciones al patrono de Cerro Leones, José Cima. Tampoco se conserva documentación que informe sobre las cuestiones planteadas, pero hay razón para suponer que exigirían que el patrono reconociera al Sindicato y se aviniera a negociar con él. ¿Qué otras reivindicaciones quedaban por plantear o se hicieron? Puede suponerse que se vincularían a la libertad de los jóvenes obreros solteros para alojarse en la casa paterna y comer donde quisieran: en la barraca donde dormían (propiedad del patrono, por la que cobrara un alquiler) comer allí si no tenía familia, o en la fonda de la cantera, indistintamente, donde también pagaba como pensionista⁶.

En diciembre de ese año presentaron el pliego de condiciones al patrono de Cerro Leones. Cima, por supuesto, lo rechazó. Entonces, declararon la huelga. Quizá era la primera vez que aquellos hombres decidían parar sus actividades. Era un desafío al futuro y una ruptura con un pasado de sumisión, frente al “padre padrone” que caracterizaban las relaciones laborales campesinas y mineras en Italia. Cima resistió más de lo previsto. Por algunos cálculos indirectos se estima que el conflicto se prolongó tres meses. Los directivos obreros perdieron las esperanzas de hacerlo desistir por las buenas, y echaron a rodar rumores de represalia. Cima se enteró y finalmente aceptó firmar el pliego⁷.

Hacia la consolidación de las tareas organizativas

El tiempo siguiente fue el de la ardua preparación para consolidar la posición del sindicato, su crecimiento, el desarrollo de ideas estratégicas para que los movimientos siguientes -que debían ser naturalmente más importantes-, alcanzaren también la victoria final.

El 2 de diciembre de 1906 acordaron exigir a las empresas que únicamente dieran trabajo a los obreros organizados, es decir, afiliados al sindicato. El 30 de diciembre de ese año afirmaban

⁵ Testimonio de Esteban Luis Corradi, en entrevista del 24/05/1976.

⁶ Testimonio de Abilio Lázaro Ortega, en entrevista del 05/06/1976.

⁷ Testimonio de Haydée Nelli de Guillot, id.

tener 536 afiliados. El 13 de enero de 1907 aprobaban ingresar en la F.O.R.A. (Federación Obrera Regional Argentina) en ese tiempo todavía bajo control anarquista⁸.

En las anotaciones de caja figura el pago de gastos por presos en tiempos de una huelga que no consta en libros de actas, por lo que puede suponerse que se debió a un suceso en el que intervino la policía, quizá en cumplimiento de órdenes generales de represión. El sindicato ya estaba en sólida posición económica y podía costear no sólo la defensa de los presos, sino asistir a sus familiares y reponerle los salarios caídos por la prisión⁹.

Pero también se sabe que aún no gozaban del descanso dominical. Lo revela el debate que registran las actas del 6 de Agosto de 1907, en el que se sostuvo que se postergaba reclamar su implantación para tiempos más propicios. Debieron esperar hasta el 5 de enero del año siguiente, 1908, para que la asamblea aprobara pedir la implantación de ese beneficio.

La formación de la conciencia societaria

La Sociedad Unión Obrera de las Canteras nació como organización unitaria. Más aún: la iniciativa había partido de los obreros de Cerro Leones, entonces la concentración más numerosa. Ellos habían sido el núcleo desde el que posteriormente se extendió el movimiento y con él la afiliación dentro de las otras canteras que funcionaban en parajes distantes 10, 15, 20 kilómetros o más, algunos muy aislados entre sí, en aquellos tiempos en que no había otros medios de comunicación que el caballo o los senderos.

En 1906, cuando se constituyó el Sindicato imprimieron en el establecimiento gráfico “El Progreso” de Nicolás Vitullo, en Tandil, un “Reglamento” en cuyo texto, al expresar su objeto, decía:

“El móvil de esta sociedad tiene por objeto defender los intereses de sus asociados y proporcionarles por cuantos medios estén a su alcance y cuando sea necesario recabar leyes que mejoren la actual situación de los trabajadores de las canteras”¹⁰.

El artículo 14 establecía que en asamblea general los socios nombrarían semestralmente la comisión directiva que sería reelegible.

Esta comisión se componía de un presidente, un secretario y un tesorero y sus respectivos vices, y un vocal por cada 20 socios.

Debió haberse instituido virtualmente alguna forma de subsidio para los casos de huelga, porque en el artículo 32 establecía que sólo correspondería otorgarlo a los obreros en huelga, que su monto sería fijado por la C.D. y que empezaría a correr después de cinco días de haberse declarado el conflicto.

Con un criterio harto realista en el terreno de la estrategia de lucha, advertía en su artículo 34 una condición inexcusable para que los movimientos de fuerza triunfasen: la demanda favorable de mano de obra. Ello quedaba claramente señalado al expresar cautamente:

“En el momento de escasez de trabajo y habiendo obreros desocupados que pertenezcan a la Sociedad, como asimismo cuando hubiere evidente imposibilidad de hacer triunfar una huelga, se transigirá a lo dispuesto en el artículo 27, reservándose la Sociedad el momento oportuno

⁸ Libro de Actas del C.C. de R., Acta síntesis del 31/01/1907.

⁹ Libro de Caja.

¹⁰ “Reglamento” de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras de Tandil. Imprenta El Progreso, de N. Vitullo, 1906. (Archivo del Autor).

de parar el trabajo a los transgresores o imponerles una indemnización por el abuso cometido”¹¹.

Este artículo 27 hacía alusión a que si los patronos no pagaban mensualmente se les declararía la huelga.

Hasta entonces, el pago de los salarios se hacía muy irregularmente, por el uso abusivo que los patronos hacían de los vales o “plecas”. Había patronos que iban anticipando vales a cuenta de los salarios y pasaban hasta dos años sin reajustar la liquidación. Si la huelga para que se pusieren al día llegaba a fracasar los obreros proponían aplicar una sanción moral: se los desacreditaría como malos pagadores por medio de circulares o por la prensa.

La organización federativa en 1911

Los obreros tuvieron algunas experiencias muy intensas, especialmente la denominada huelga grande, de once meses, entre 1908 y 1909. Esos y otros hechos demostraron que era muy difícil coordinar la acción de los obreros de canteras ubicadas a distancias considerables. Quizá los grandes problemas podían tratarse en conjunto de una u otra forma, pero las cuestiones parciales de cada cantera, o de cada empresa, no podían contar, para solucionarse, con el concurso de todo el cuerpo sindical. Por eso, en 1911 se llegó a la conclusión de crear seis secciones: Cerro Leones, La Movediza, La Aurora, Cerro Vicuña (luego Albión), Cerro San Luis y Azucena.

La reforma fue sancionada el 15 de enero de 1911 y expresaba “que las distancias entre las diferentes canteras son un poderoso obstáculo que se opone al buen desarrollo” de la organización y justificaba la formación de las secciones¹².

En el nuevo Reglamento que se sancionaba, el artículo 3ro. Establecía la creación del Comité Central de Relaciones que regiría los destinos generales de la Sociedad, en una acabada muestra de madurez para concebir la división de poderes y jurisdicciones, salvadas las discrepancias iniciales en cuanto a su funcionamiento y facultades.

El artículo 4to. establecía con claridad esas facultades:

- a) Vigilar escrupulosamente el desenvolvimiento orgánico de las Secciones.
- b) Intervenir directamente en cualquier cuestión interna o externa que afecte la dignidad o los intereses de algunas de las Secciones.
- c) Recibir y transmitir toda la correspondencia interna o externa que se relacione con el interés general de la organización.
- d) Discutir todas las cuestiones que se relacionen con la organización en general debiendo someter su fallo a la sanción de las Secciones.
- e) Solamente en circunstancias anormales y de acuerdo con las CC. DD. de las secciones y siempre que se tratare de cuestiones que no pudieran ser aplazadas sin perjuicio de la organización, podrán ser válidas sus deliberaciones.
- f) Encargarse de hacer que las Secciones se atengan en todo momento o circunstancia a lo establecido en el presente reglamento y en el pliego de condiciones, pues ha de tenerse en cuenta que tanto uno como otro representan la voluntad de la mayoría de los

¹¹ Ibídem.

¹² Libro de Actas del C.C. de R., Acta del 15/01/1911.

compañeros que componen esta organización. Por cuya causa, ninguna Sección podrá ampliar o modificar sus bases sin el consentimiento de las demás Secciones¹³.

El comité, al reservarse la actitud de vigilancia, no invadía la soberanía de las Secciones, ya que la limitaba a llamar la atención de la Sección que incurriera en esas faltas, pero si no fuere atendido lo pondría en conocimiento de las otras, para que tomaren -a través de la asamblea general- las medidas que el caso requiriese.

Se aseguraba a las Secciones la libertad de iniciativa. En tal caso, la Sección que alentare un proyecto, debería comunicarlo por escrito al Comité Central de Relaciones para que éste lo examinase, y luego lo comunicase a las demás Secciones. Estas deberían dar su respuesta lo antes posible, y en cada caso indicaría el número de votos que había tenido a favor o en contra de la petición, resultados que debían hacerse conocer discriminadamente, a cada Sección.

El Comité Central de Relaciones se integraba con tres delegados por cada Sección, un total de dieciocho, y eran elegidos anualmente en la primera asamblea de Enero. Los miembros del Comité reunidos en sesión nombrarían semestralmente de entre ellos mismos la Comisión Directiva, los que podían reelegirse.

Para sostener los gastos del CCR, las secciones abonarían mensualmente un tanto por sindicato.

Ya para entonces se había previsto la creación de una Biblioteca que sería administrada por el CCR y contaría con aportes proporcionales al número de afiliados.

El Comité sería el encargado directo de atender las necesidades de las familias de los afiliados que sufrieren prisión, persecución o destierro por haberse demostrado activos en la defensa de los intereses de la colectividad. También correría por su cuenta organizar la defensa legal de los detenidos.

Mejora la definición de los objetivos

Los artículos 16 y 17 del nuevo reglamento definían más concretamente los objetivos del Sindicato.

En el primero de ellos expresaba que el sindicato debería:

- a) Elevar el nivel económico e intelectual de sus sindicatos.
- b) Luchar por la elevación del salario y la disminución de las horas de trabajo hasta llegar a la total emancipación de los trabajadores.
- c) Luchar por la abolición del trabajo a destajo y demás sistemas parecidos por ser perjudicial a la distribución del mismo y a la salud de los trabajadores.
- d) Iniciar una activa propaganda tendiente a obligar a los patronos a que aseguren a sus obreros contra los accidentes de trabajo.

Sabida es la sistemática oposición del anarquismo a toda adhesión a partidos políticos o entidades oficiales e instituciones públicas (ver capítulo siguiente) ya que en todos los casos consideraba que eran expresiones burguesas del régimen que explotaba a los trabajadores, aún aquellos partidos que se proponían representarlos ante dichas estructuras e instituciones "burguesas". Pero para 1911 la ideología sindicalista había avanzado lo suficiente, las ideas sobre el reformismo parlamentario comenzaban a aceptarse en sectores menos intransigentes, el

¹³ Reglamento de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras del Tandil, Pcia. de Buenos Aires, 1911 (Archivo del Autor).

Partido Socialista ya reunía un interesante número de votantes en lugares de mucha concentración urbana y obrera y contaba con representantes en el Parlamento.

La Sociedad Unión Obrera de las Canteras se mantenía adherida a la C.O.R.A.** cuya inestable equidistancia tendría vida muy precaria. Esto era consecuencia de que el sindicalismo comenzaba a predominar en los cuadros directivos de los picapedreros tandilenses. Esa equidistancia, al fin pragmática, se concretaba en el artículo 17, equilibrado, pero aséptico en política. Expresaba así:

“En sus asambleas queda prohibida toda discusión política y por lo tanto el Sindicato no podrá adherirse a ninguna agrupación política, ni tomar parte en Congresos Políticos, quedando cada uno de sus miembros libres de hacer individualmente lo que le convenga, siempre que con sus acciones no perjudiquen el buen nombre y la buena marcha del sindicato”.

El carnet: Programa y “Memento”

El reglamento de 1911 venía incluido en una libreta de tapas duras de color rojo que había sido impresa en los Talleres de Aquilino Hnos. de Buenos Aires. Esa libreta colorada constituyó el orgullo de muchísimos canteristas para quienes su tenencia equivalía a documentar su militancia en el arrogante y glorioso sindicato de la piedra. A manera de acápite traía impresa en una de sus páginas iniciales: “La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos”.

Luego anunciaba el “Programa”:

“Nuestro sindicato tiene por objeto el mejoramiento y la final emancipación de los trabajadores; no tiene miras políticas”.

Y para que no quedaren dudas no sólo sobre su prescindencia política sino sobre la falta de fe en su acción, expresaba textualmente:

“Por consiguiente no favorece ni combate a ningún partido sino que marcha directamente hacia su objeto sin preocuparse de las oportunidades momentáneas, puesto que ningún partido de explotadores puede tener intereses comunes con nuestra condición de explotados”.

No era el tinte antipolítico del anarquismo, sino la actitud más pragmática de la ideología sindicalista: los objetivos son propios, los medios, heterodoxos. “Ni favorece, ni combate a ningún partido”.

El programa expresaba que por esa razón se ha adherido a la C.O.R.A. cuyo programa es idéntico -dice- al nuestro y en esta forma estamos unificados al proletariado argentino y mundial, el cual luchador ese mismo fin ***.

Expresaba, asimismo, que se haría solidario con los compañeros de otras partes por medio de la ayuda pecuniaria, etc., “para protestar en contra de los abusos de las autoridades, como para conseguir que se supriman leyes anticiviles que nos oprimen”.

Procuraría la elevación de la dignidad de hombres libres evitando que sus componentes abusaren del alcohol; constituiría una Biblioteca para aumentar la cultura de los socios y usaría

** C.O.R.A. (Confederación Obrera Regional Argentina). Véase para mayor detalle el Cap. IV.

*** Es llamativo que en la tapa, y la portada de la libreta sindical se leyese al pie “República Argentina”. Como se recordará la ideología anarquista no admitía la división política del mundo en países. Esta inscripción lo estaba aceptando y por consiguiente se separa al menos del rigor ideológico de la acracia.

todos los medios que su organización indicare para la ilustración, que se haría extensiva a los niños y a las mujeres “puesto que los niños de hoy serán los hombres de mañana y las mujeres son la mitad de nuestra fuerza”.

“La lucha de los hombres fuertes y de voluntad -concluía- no puede terminar sin la victoria. Entonces seremos dueños de lo que producimos” (con lo que reaparecía la ideología anarquista).

¿Qué extraños bríos habrá brindado, en la intimidad de su conciencia a cada uno aquel “Memento” insertado en el carnet del sindicato? Le recordaba que el sindicato era el centro de sus propias fuerzas porque ahí estaban las fuerzas de sus hermanos de lucha. Los exhortaba a no trabajar a un precio inferior al estipulado, ni fuera de horario. A leer, estudiar y aprender, a no depender de favores de los capataces ni de los patronos; a no dejarse dominar por el alcohol “consuelo de los esclavos”.

“Dios, patria, ley, derecho, autoridades y ciencia” son todas “invenciones para engeguercer a los trabajadores”, y añadía: “Nosotros no podemos esperar nada de nadie. Nuestra fuerza deberá hacerlo todo. La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos” (subrayaban y repetían).

NOTAS Y TESTIMONIOS

La asamblea constitutiva

La asamblea se hizo afuera, frente a la laguna, un poco a la izquierda, en una callecita que nace ahí. Nos reunimos frente al rancho del viejo Soto. Soto era un compañero nuestro, picapedrero, que después tenía una fonda allí.

El primero en hablar fue Roberto Pascucci. Le pedimos a Soto una mesita y los que hablaban se paraban arriba de la mesa. Algunos habían venido a caballo, la noche antes. Después de la asamblea nos fuimos cada uno a su casa. La Comisión hizo un salón de chapa y madera donde nos reuníamos, cerca de la Furlana, entre el Cerro y La Movediza. Pero por un tiempo estuvimos en lo de Soto, que le alquilamos una pieza.

(Recuerdos de ESTEBAN LUIS CORRADI, único sobreviviente de la Asamblea Constitutiva, cuando fue entrevistado, el 24 de mayo de 1976).

Recuerdo sobre el descanso dominical

La gente trabajaba los días de semana diez horas y más. El domingo a la mañana yo me acuerdo que mi papá se levantaba temprano como si fuera a trabajar, preparaba todo el trabajo para el lunes a la mañana. Así que tenían medio día de descanso nada más.

(Recuerdos de ISOLINA POLICH DE LAMEIRO, nacida en las canteras el 8 de marzo de 1896)

Las diez horas y “más” de las jornadas equivalían al “de sol a sol”, jornadas entre 10 y 15 horas, según fuese invierno o verano. “Preparar el trabajo para el día siguiente” podía incluir: afilado de las herramientas, cosa que debía hacer el herrero y no el picapedrero, o el

acomodar, rayar o marcar plotas y pilastrines con los que seguirían haciendo adoquines. O bien, limpiar de escallas el lugar donde tenía su banco de trabajo, porque no se hubiera especificado hasta entonces que esas tareas correspondían a los peones y no a los oficiales.

Se constituyen las seccionales

La primera seccional en organizarse y constituir su Comisión Directiva fue La Movediza. Lo comunicó en la reunión del 21 de mayo de 1911, y la integraban:

Secretario:	AGUSTIN GREGORINI
Vice:	ROBERTO SALVETTI
Tesorero:	BENITO ARAUJO
Vice:	ANDREA MARHONICH

No consignaban los tres delegados al C. C. de R.

Hasta ese momento, el Comité Central y la Directiva de la Seccional Cerro Leones debieron ser uno solo. En esa reunión en la que se recibe la comunicación de La Movediza, Güerino Conforti sostiene que es tiempo de nombrar la C. Directiva del Cerro. Quedó integrada así:

Secretario:	CELESTINO TOLOSA
Vice:	PEDRO CONFORTI
Tesorero:	MANUEL VUCOVICH
Delegados del Comité Central:	ROBERTO PASCUCI, CESARE MOLLAR, GÜERINO CONFORTI.

La Aurora lo comunicó por nota que entró al C. C. R. el 4 de Junio de 1911:

Secretario:	BENITO CASTIÑEIRAS
Vice:	JUAN ZAMPATTI
Tesorero:	BENITO CALOFFE
Vice:	JUAN ANDRES

Delegados del Comité Central: JACINTO BIANCHI, REMIGIO ZAMPATTI, GUMERSINDO MONTESOLO.

En la Sección 17 de junio de 1911 se reunieron los delegados al C. C. R. y las autoridades máximas del sindicato quedaron así constituidas:

Secretario Gral.:	ROBERTO PASCUCI
Vice:	CESARE MOLLAR
Tesorero:	JUAN CONFORTI
Vice:	GUMERSINDO MONTESOLO

En esa primera reunión constitutiva del Comité Central de Relaciones se asignaron números de las libretas para los socios de cada una de las secciones:

del 1 al 1000:	Cerro Leones
del 1001 al 1800:	La Movediza
del 1801 al 2300:	La Aurora
del 2301 al 2450:	La Azucena, San Luis y Vicuña



LUIS NELLI, el carpintero anarquista que promovió la organización de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras del Tandil, tras la asamblea del 6 de Octubre de 1906.



ROBERTO PASCUCCI, el paradigma del luchador sindical desde la primera hora del sindicato, disciplinado, prudente pero aguerrido. Padeció prisión, estuvo a punto de ser deportado varias veces, pero nunca claudicó.

Asambleas Clandestinas

Yo me acuerdo que hacíamos asambleas clandestinas, en medio del campo o en el hueco dejado por un bochón. Alumbrados con un farol. Y pese a todas las precauciones, teníamos que salir disparando porque los centinelas nos avisaban que venían alguien.

(MILOVAN YUQUICH, en Don Bosco, Prov. de Buenos Aires, en casa de Lucas Pavicevich).

La Primera Huelga

Formaron una comisión el finado Pascucci y el finado Nelli, y vinieron los dos y me agarraron a mí. “Che, acompañanos. Traete el plato”. Esa noche habían hecho hígado. Yo me acuerdo que me daban abundante de comer. No era malo. Pero pedían la libertad, porque en ese tiempo todo había que comprar con plecas, y ningún turco ni vendedor podía entrar al cerro. Bueno, fuimos a la oficina de cima. “Dejá el plato”, me dijeron. “Está bien, andate”. Yo lo puse a medio comer en el escritorio y me fui con mis compañeros de cuarteadores a la pieza. Al otro día hicieron una asamblea en el campo de Cima que dejaba el campamento afuera. Informaron lo que habían hablado en la noche anterior. Yo era chico y no entendí bien. Pero sé que habían pedido que se suprimieran las plecas, que se pagara en efectivo y que se diera libertad de comer y dormir donde uno quisiera. Y como no se aceptó, se declaró la huelga. Duró tres meses. Cima empezó a traer carneros, pero ninguno les servía. Quedaron algunos poquitos carneros de los nuestros. Y los perdonaron cuando aceptaron que salieran sus retratos en los cuerpos de una oveja. Ganamos la huelga y entonces Cima aflojó en todo lo que pedíamos y los solteros compraron entonces el que quiso un calentador a bomba y cocinaba en su pieza.

(Testimonio de ABILIO LAZARO ORTEGA, entrevista del 5 de Junio de 1976. vivió en Cerro Leones desde 1905 con su padre. Puede que recuerde, confundido, las reivindicaciones. Pero como él era soltero llama la atención la precisión con que se refiere al hecho de tener los solteros la obligación de comer en la fonda de la empresa).

Texto del acta de la sección preparatoria

Que se levanta en la ½ pm. Con los compañeros trabajadores picapedreros, hereros, barenistas y peones del Sero León.

Reunidos a las 172 se levanta la discusión proponiendo primeramente la forma de la Comisión Provisoria y se propone a voto general lo siguiente:

Presidente:

LUIS R. NELLI

Secretario:

ROBERTO PASCUCCI

Tesorero:

COME STINGHINCH

Vocales: Juan Spinardi. Vicente Palacios. Francisco Bilbao. Andrea Marhonic. Mateo Vidas. Satti. Humerto Luzzardi. Antonio Alonso. Luis Raimondi. Lorenzo Mollar. Zacarías Rizzardi. Mateo Galban. Gaetano Bonicelli.

El Fundador del Sindicato

Papá se llamaba Luis Ricardo Nelli y era anarquista. Trabajaba de carpintero y una vez fue a construir casillas en la población del Cerro de los leones y vio tanta explotación que le dio lástima y habló con varios obreros para la idea de crear un sindicato. Muchos tenían miedo, pero algunos se hicieron amigos, y después le ayudaron.

Había un tal Palacios de Montecristo. Y el otro fue Roberto Pascucci, que papá siempre lo recordaba. Enseguida le presentaron un pliego de condiciones a Cima, pero el patrón se negó a aceptarlo. Entonces decidieron ponerle una bomba. Era diciembre de 1906. sortearon los papeles para ver quién iba a colocársela y a papá lo excluyeron porque se casaría poco después. Pero no hizo falta la bomba porque el día indicado Cima firmó a la caída del sol.

(Testimonio de HAYDEE NELLI DE GUILLOT, entrevista del 05/08/1980 en su casa de Brandsen 821.)

CAPITULO CUATRO

LAS IDEOLOGÍAS TIENDEN SUS LÍNEAS

El despertar ideológico

Cuando en Octubre de 1908 más de un millar de picapedreros de todas las nacionalidades que trabajaban en las canteras del Tandil pararon las tareas, e izaron una bandera roja en la casilla donde funcionaba el sindicato, estaban concretando, sin comprenderlo en ese momento, la más espectacular de las epopeyas de la zona y de su tiempo por la reivindicación de sus derechos.

A partir de entonces, en todo el país, y más allá de sus fronteras, la fama de los picapedreros del Tandil cobró dimensión legendaria.

Los partidarios de variadas posturas sociales los veían como a titanes de la lucha por la revolución social. Los sostenedores del orden establecido los imaginaban embozados, torvos, tirabombas.

La verdad, como muchas veces, estaba alejada de los extremos.

Aquellos brazos, esas manos, tales inteligencias, en tanto debatían los problemas que les afectaban y asumían actitudes combativas de variado tipo, estaban labrando cada día millares de adoquines. Con ellos se pavimentarían las calles de todo el país lanzado a la conquista de los objetivos de progreso material que le fijaran los planes de la generación política social que asumió los resortes del poder en 1880.

En lo individual, cada uno procuraba afirmarse en la vida con uñas y dientes y como casi todos eran inmigrantes, no sustentaban otro concepto de patria ni de “tierra de promisión” que el que derivaba de las posibilidades de su propio bienestar.

Pero la respuesta activa a las condiciones que padecían en su vida y en el trabajo (en realidad se pasaban la vida trabajando) no fue un hecho aislado. Por el contrario, sus ideas ahora se las puede ver -en perspectiva- insertas en la textura general de la trama histórica argentina y americana, y sus vasos comunicantes con los sucesos europeos son inocultables.

Las ideologías predominantes

Tres ideologías incursionaban en el campo obrero argentino al acercarse a la finalización del siglo XIX: la del socialismo reformista o parlamentario. La del anarquismo. Y la del sindicalismo, que en la Argentina adquiría caracteres diferenciados del de Europa y cuya acción aquí hasta ahora en general ha sido poco estudiada. Una cuarta, la del comunismo, debió esperar al triunfo de la revolución rusa para alcanzar significación en el campo obrero de este país.

En Tandil y en el País

La problemática social en la Argentina -como en Europa- se corporizaba en dos áreas: la política y la obrera.

La política sería transitada especialmente por las corrientes “parlamentaristas”, es decir, las que fijaban su acción de lucha en la modificación gradual del estado de cosas a través de una legislación social que fueran imponiendo las representaciones, supuestamente crecientes, de las franjas obreras en la sociedad política.

En la Argentina fue el Partido Socialista, fundado por el Doctor Juan B. Justo, en 1896, la agrupación que encarnó esas ideas.

Aunque aspiraba a constituirse en la “clase obrera políticamente organizada” no alcanzaba a superar las limitaciones representativas de jóvenes profesionales, intelectuales y escritores, a la espera de que la cultura y la educación ensancharen su brecha en el terreno obrero.

En ese campo, el anarquismo conservaba aún una presencia activa y virtualmente hegemónica, ya que habiendo entrado como un viento mesiánico y arrasado con toda disquisición teórica, miles de obreros se alineaban espontáneamente tras las banderas acráticas y hacía soñar a sus inspiradores con la inminencia de una revolución social de la que sucesivos conflictos serían su creciente preludio y en el que la huelga general constituiría el instrumento básico y supremo del cambio que se aguardaba con más tintes de milagro que de evolución histórica concreta.

En la aún no organizada clase obrera de una población del interior como Tandil, las primeras manifestaciones de la ideología social, provinieron, con toda seguridad, de los anarquistas, ya que el Partido Socialista se fundó en Tandil el 1.º de Mayo de 1912 y por lo mismo su nacimiento fue posterior a la organización del sindicato canteril. Y únicamente en los primeros años de su vida política, el socialismo tandilense tuvo un contacto muy estrecho con los canteristas.

En cambio, el sindicalismo, como corriente de pensamiento social y de acción, se manifestó con cautela al principio, pero luego avanzó en forma creciente hasta dominar hegemónicamente el panorama a partir de 1920.

Con diversidad de matices, el ámbito local respondía o reflejaba el tendido de líneas que se producía en el orden nacional.

El socialismo como ideología y como acción

En 1896 el Doctor Juan B. Justo había fundado el Partido Socialista, denominado originariamente Partido Socialista Obrero Argentino¹. Descreía de la huelga general como método final de lucha, según la propiciaban el anarquismo y el sindicalismo. El propio Justo -cuya iniciativa había sido inspirada en la concepción del marxismo del revisionista Eduardo Bernstein calificaba a la huelga general como “agitación coercitiva, destructiva y a veces sangrienta”, si bien admitía que en determinadas circunstancias robustecía la conciencia de fuerza de la clase trabajadora. Pero como los socialistas confiaban en la acción educadora de la militancia política y en la eficiencia de las reformas sociales y económicas obtenidas por vía de la ley, llegaron a desautorizar las acciones violentas de tal modo que deploraron, por ejemplo, la huelga contra la resistida “Ley de Residencia” (que facultaba la expulsión de los agitadores extranjeros considerados indeseables por el gobierno) a la que suponían derogable tan pronto el Socialismo alcanzare a ser mayoría en el Congreso de la Nación.

¹ WEINSTEIN, Donald: Juan B. Justo y su época. Buenos Aires, 1978 y VEZEILLES, José: Los socialistas. Bs.As.

Mientras los anarquistas aspiraban a reducir el papel del Estado a un rango meramente administrativo y aún esto con sentido muy restringido, el Partido Socialista procuraba fortalecer, legalizándola, su ingerencia en los problemas gremiales, para llevarla a niveles de arbitraje y vigilancia de la legislación social.

Era explicable que en esa época -fines del siglo pasado- el socialismo momentáneamente perdiese terreno en el campo sindical. Pretendía coordinar la acción gremial y compartir inquietudes con los obreros, pero manteniendo la independencia de ambas áreas, lo que naturalmente desembocaba en desencuentros y contradicciones que neutralizaban su accionar y su capacidad de reclutamiento. Así, en 1903 -manifestada ya la hegemonía anarquista en la central obrera creada en 1901 y denominada entonces Federación Obrera Argentina (F.O.A.)- discrepó a través de sus directivos sindicales socialistas contra la metodología de lucha propiciada por la mayoría; y con los sindicatos sobre cuyos directivos influía, crearon la Unión General de Trabajadores (U.G.T.). Las ideas de los animadores estaban claramente entroncadas con el pensamiento socialista expresado en sus recomendaciones liminares: declararse contrarios a la huelga general y recomendar que “independientemente de la lucha gremial los obreros se preocupasen de la lucha política y conquistasen leyes protectoras del trabajo dando sus votos a los partidos que tuviesen en sus programas reformas concretas en pro de la legislación obrera”².

Pero tres años después, la U.G.T. cambiaría gradualmente de matiz y se transformaría en un dominio de los sindicalistas. Así, perdida -o al menos reducida- su base de sustentación sindical, el socialismo debió abocarse al proselitismo en el campo político. Años más tarde, en 1918, reunidos los socialistas en un congreso que tuvo lugar en la ciudad bonaerense de Avellaneda, se planteaban una definición que acentuaba esa contradicción: mientras por un lado sostenían la necesidad de contar con una “perfecta unidad de miras y una constante armonía entre el Partido Socialista y las organizaciones obreras”, por el otro sostenían que debían ser “independientes”. El prurito socialista no fue fácil de respetar y en la práctica resultó incongruente, y sólo a merced del prestigio personal de algunos de sus militantes más destacados, que eran a su vez directivos obreros, pudo conservar efectivos canales comunicantes con el campo sindical argentino.

Las especiales condiciones del anarquismo en la Argentina

Tras un período en que pioneros del anarquismo argentino fueron cerradamente antiorganizativos y rechazaban hasta la posibilidad de que los obreros se estructuraran en sindicatos “porque se aburguesarían” y teniendo que elegir conductores acabarían por admitir el “autoritarismo”, luego, tras la visita a la Argentina del ideólogo italiano Pietro Gori, avanzó aquí la tendencia organizativa y entonces se dieron ciertas características y delineamientos que el historiador japonés Hiroschi Matsushita, en su trabajo sobre el sindicalismo argentino³ puntualizó del modo siguiente:

- I) Ponía su acento en la acción colectiva antes que en la individual, tendencia ésta que había predominado en el anarquismo hasta 1890. La acción colectiva se concebía como la acción del sindicato o de las organizaciones obreras. Lo que equivale a sostener que el anarquismo reconoció la “necesidad que tiene el proletariado de organizarse para combatir con éxito a la clase capitalista”.
- II) La acción directa. Con esta expresión, muy cara a los pensadores ácratas, expresaban su confianza especialmente en los efectos de la huelga general y rechazaban en

² MAROTTA, Sebastián: *Historia del Sindicalismo Argentino*. Buenos Aires, 1960, T.1, pág. 150 y sig.

³ MATSUSHITA, Hiroschi: *Movimiento Obrero Argentino 1930/1945*. Siglo XX, Buenos Aires, 1983, pág. 21.

consecuencia la acción parlamentaria propiciada por el socialismo. “La huelga general a través de sindicatos -expresaba la FOA en su congreso constitutivo de 1901- es el único medio para derribar a la burguesía” y la calificó como la “base suprema de la lucha económica”.

- III) Antipoliticismo. En el IV Congreso de la FOA (1904) se expresó que “Nuestra organización, puramente económica, es distinta y opuesta a la de todos los partidos políticos burgueses y políticos obreros, puesto que así como ellos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que los Estados políticos y jurídicos actualmente existentes queden reducidos a funciones puramente económicas”.
- IV) Internacionalismo muy marcado. El V Congreso de la F.O.R.A., realizado en 1905 (ya había modificado su nombre anterior de FOA con la “R”, de “región” ya que el anarquismo negaba la existencia de naciones, a las que calificaba sólo como “regiones”, de ahí lo de Federación Obrera Regional Argentina) afirmaba que “las fronteras que separan a los pueblos no tienen razón de ser para los que no reconocen otra patria que el mundo entero, para los que no ven en los hombres nacidos en otros países, enemigos sino hermanos”.
- V) Contenido ideológico. Era expreso el deseo de darle un contenido ideológico al movimiento obrero. La F.O.R.A. del V Congreso (1905) se definió expresamente por el “comunismo anárquico”*

Algunas razones de ser del anarquismo en la Argentina

Había razones que explicaban el éxito inicial del anarquismo en la Argentina, el país sudamericano donde la ideología alcanzó mayor influencia, comparable sólo a la difusión y prestigio que había obtenido entre los obreros de Italia y España.

Una de las tales razones era que la inmensa mayoría de los inmigrantes procedían precisamente de España e Italia, donde ya habían sido influidos por el anarquismo.

Otra era el inevitable “desencanto americano” que sobrevenía a la comprobación de que aquella visión idílica con que los agentes de propaganda y reclutamiento de las empresas colonizadoras los habían fascinado, iba haciéndose polvo en manos de la especulación, la improvisación y la mentira con que estafaban a los incautos.

El resultado inmediato fue la marginación política. Los extranjeros tenían derechos constitucionales de tipo económico, pero nada podían esperar de la vida política argentina (que por entonces se apoyaba esencialmente en el poder de las estructuras rurales sobre sus peonadas)** ningún gesto de sensibilidad social que fuera más allá de una caridad pretendidamente cristiana. Pero aún ni los obreros nativos podían esperar de la acción política, cuando el fraude electoral -única práctica comicial conocida en la Argentina hasta 1912- marginaba la libre expresión de sus voluntades.

* En “La Protesta Humana” del 15/01/1899 se definía así al comunismo o “socialismo anárquico”: La injusticia económica sólo desaparecerá con el socialismo anárquico: reivindicación por la sociedad entera, contra toda forma de propiedad privada en manos de pocos privilegiados; y por la toma de posesión por parte de los trabajadores, de todas las fuentes de riqueza: tierra, máquinas, instrumentos de trabajo, medios de cambio, de comunicación, y organizada sobre la base de la colaboración de las fuerzas sociales, con la modalidad oportuna y merced al libre acuerdo sobre la producción y el modo de gozar ampliamente de la misma.

** A partir de 1865-70 se habían ido confiriendo derechos políticos municipales a los extranjeros, pero este ejercicio no alcanzaba a las masas ya que las expresiones políticas locales sólo representaban al poder ganadero y a los sectores burgueses.

Asimismo, el precario desarrollo de la industria nacional aún permitía la preeminencia del factor artesanal. Por eso mismo, la identificación del obrero con el producto final de su trabajo acentuaba el carácter individualista del trabajador, y aunque antropológica y socialmente aquel producto no pudiera considerársele como de factura artesanal, el hecho ayudaba a que sus obreros se instalaran cómodamente en los postulados libertarios. Según informa Dorfmann en su *Historia de la Industria Argentina*, los talleres artesanales representaban el 60% de los establecimientos industriales, y el 59% de las personas ocupadas en la actividad fabril⁴.

Es notorio que los años inmediatos a 1912 -fecha en que se sanciona la Ley Electoral inspirada por el Presidente Roque Sáenz Peña, que implanta el voto obligatorio, universal y secreto- coinciden con el cenit y la posterior declinación de la influencia anarquista en los medios obreros. Como lo puntualiza agudamente un historiador extranjero como el japonés Matsushita⁵, a la libre expresión de la voluntad política de las masas nativas se irían sumando las de los extranjeros que consideraban que valía la pena naturalizarse para emitir el voto. Pero la capitalización electoral luego iría tras la figura carismática de Hipólito Yrigoyen, el hacedor y líder de la Unión Cívica Radical, más que tras los postulados reformistas y educadores del Partido Socialista. Y el campo obrero quedaría para la corriente sindicalista que, aunque descreyera en general de la política, muchas veces coincidiría circunstancialmente con el socialismo y conviviría razonablemente con el radicalismo, carente como el sindicalismo, de una vertebración filosófica o ideológica.

El surgimiento del sindicalismo

Se estima que las ideas sindicalistas se introdujeron hacia 1903, por vía de Julio A. Arraga, y otros disidentes socialistas, desde Europa para sostener la acción autónoma e independiente de los sindicatos de toda ingerencia extraña: estatal, política, burguesa o eclesiástica.

La ideología sindicalista había surgido en Europa como una reacción contra la tendencia reformista y parlamentaria de los partidos socialistas: el sindicalismo se autoadjudicó el papel revolucionario en la lucha obrera contra el régimen capitalista y exaltó a la huelga como el más eficaz medio de esa lucha. Ese mismo espíritu pragmático permitió a los sindicalistas elaborar estrategias de abordaje y también tácticas y procedimientos, que los llevaron muy pronto a la conducción máxima de la mayoría de los organismos obreros. Así lograron primero la hegemonía de la U.G.T. (que como dijimos había nacido por inspiración socialista, en discrepancia con los anarquistas instalados en la F.O.R.A.). Luego, unidos a anarquistas y socialistas en 1909, llegaron a controlar la C.O.R.A. (Confederación Obrera Regional Argentina). en 1914 propiciaron la fusión de la C.O.R.A. con la F.O.R.A. (anarquista) y a partir de allí afianzaron su hegemonía, coronada en 1914 cuando en oportunidad de reunirse el IX Congreso de la F.O.R.A. lograron imponer la declaración de su carácter sindicalista, al pronunciarse expresamente por la prescindencia política, afirmando que:

“La F.O.R.A. no se pronuncia oficialmente partidaria ni aconseja adopción de sistemas filosóficos ni ideologías determinadas”⁶.

Esta declaración, que contradecía abiertamente la sancionada en el V Congreso de la F.O.R.A. (favorable al “comunismo anárquico”) determinó por untado la separación progresiva del anarquismo de los máximos niveles conductores del movimiento obrero, y por el otro, la

⁴ DORFMAN, Adolfo: *Historia de la Industria Argentina*. Buenos Aires.

⁵ MATSUSHITA, Hiroshi: op. cit., pág. 26.

⁶ Declaración del IX Congreso de la F.O.R.A. (1915) en MAROTTA, op. cit., Tomo II.

formidable expansión del sindicalismo “forista” que en 1918 había crecido de 66 sindicatos iniciales a 166^{***}.

La F.O.R.A. del IX Congreso era más flexible a la nueva realidad político social argentina producida desde la sanción de la Ley Sáenz Peña y la consecuente irrupción de las clases populares en la Argentina a la vida política, especialmente a través del radicalismo yrigoyenista. El elemento nativo (hijo de aquellos extranjeros, anarquistas muchos de ellos) ahora se sentía políticamente representado, y nacionalmente incorporado al cuerpo político de la República. En consecuencia, el sindicalismo que inspiraba a la F.O.R.A. del IX Congreso era una vía de adhesión menos belicosa y más negociadora compatible con su nueva condición de ciudadanos con derecho garantizado a elegir^{****}.

El radicalismo, quizá por su naturaleza de unión nacional (o si se prefiere “movimientista”, como diríase hoy), carecía de una doctrina social y en consecuencia sus actitudes de gobierno fueron contradictorias. Sus enemigos desde la izquierda enarbolan aún el recuerdo de la dura represión armada en casos como el de la Semana Trágica o los presuntos levantamientos de la Patagonia, pero nadie niega que el radicalismo yrigoyenista introdujo en las prácticas políticas gubernativas, la intervención del Estado en los conflictos sociales, y que muchas veces, como en el caso de la memorable huelga ferroviaria de 1917/18 la actitud del Presidente facilitó la victoria obrera. Por primera vez (con las excepciones locales inevitables) los directivos obreros dejaron de ser vistos como delincuentes más peligrosos que los ladrones y tan execrables como los asesinos y los que conspiran contra la Patria. El sindicalismo encontró en esa actitud del gobierno radical campo propicio para su predisposición negociadora, y apoyó la legislación obrera que propiciaban las banderas socialistas (lo que no eximía a la dirigencia sindicalista de asumir actitudes contradictorias y oportunistas como la que en 1924 se opuso al proyecto de ley de jubilaciones, propiciado por Alvear, y lo hiciera fracasar).

Otros factores extrasindicales, especialmente la propia evolución tecnológica que provocaba la expansión industrial, y el poder que daba la concentración cada vez mayor de las fuerzas obreras, favoreció la aglutinación que derivaría en los grandes gremios nacionales, como el de marítimos y el de los ferroviarios, que fueron desplazando y reemplazando a los gremios pequeños donde el anarquismo aún reclutaba adeptos. La estratificación de la clase obrera era notoria y creciente pero asimismo, los antiguos sindicatos por oficios fueron reemplazados paulatinamente por los sindicatos por industria que apuntalaron la concepción sindicalista, a partir de la década de 1920.

Nebulosa doctrinaria y eficiencia negociadora

El sindicalismo argentino, en tanto iba ocupando hegemoníicamente los espacios de la conducción obrera, fue perdiendo contenido filosófico.

^{***} Modelo de concepción sindicalista -ecclético y pragmático- es el programa y reglamento de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras de Tandil sancionado en 1911, cuando expresa textualmente: “Nuestro Sindicato tiene por objeto el mejoramiento y la final emancipación de los trabajadores; no tiene miras políticas. Por consiguiente no favorece ni combate a ningún partido, sino que marcha directamente hacia su objeto sin preocuparse de las oportunidades momentáneas, puesto que ningún partido de explotadores puede tener intereses comunes con nuestra condición de explotados (Sociedad Unión Obrera de las Canteras, Programa y Reglamento, pág. 5 (Archivo del Autor).

^{****} En el Sindicato de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras de Tandil, eran notorios radicales los hermanos Espinosa, probablemente Recuna y sin duda alguna Severiano Gavilán, todos militantes activos de la dirigencia sindicalista y, por supuesto, argentinos nativos.

Esto favorecía la adhesión de las nuevas promociones de trabajadores que no pretendían definiciones programáticas o ideológicas precisas, sino conquistas materiales y libertad personal para usar su tiempo libre según sus preferencias****.

Por lo mismo, no era extraña la afinidad de muchos de sus miembros con el radicalismo, ya que careciendo ambos de precisión ideológica, a veces coincidían en grandes intuiciones*****. En cambio, la belicosidad de la polémica se manifestaba en los choques frontales con los anarquistas de dura verba y con el ademán docente del socialismo.

Pero cuando en 1922 se creó la U.S.A. (Unión Sindical Argentina) -su hechura más depurada- el sindicalismo aceptó la colaboración temporaria de socialistas y comunistas, para neutralizar definitivamente a los anarquistas.

Eso no implicaba perder énfasis declamatorio en sus antiguos propósitos de la conquista obrera del poder. Así, al constituir la U.S.A., expresaba textualmente:

“Las luchas puramente mejorativas han culminado su período. Hoy se plantea a los trabajadores el problema de la conquista integral de sus derechos. Ya no aparecen frente al capitalismo como un conjunto de descontentos, sino como el sucesor obligado para asumir la responsabilidad de la dirección y contralor de la nueva situación social determinada por la inevitable y cercana caída del régimen capitalista”.

Eran expresiones optimistas, de tono casi mesiánico, inspiradas seguramente en la euforia que había producido la revolución rusa de 1917 en el ánimo de millones de obreros en todo el mundo. Pocos años después llegarían las primeras noticias desalentadoras sobre la verdadera naturaleza de la denominada “dictadura del proletariado” y cuando aquel delirio inicial fue apaciguándose, la mentalidad práctica del “aquí y ahora” relegó a un hipotético tiempo de advenimiento las aspiraciones revolucionarias.

La irrupción de los comunistas

En la Argentina, al comunismo de inspiración marxista-leninista, tal como se lo conoció en todo el mundo, debe diferenciárselo del movimiento anarquista que se nucleaba entre los partidarios del V Congreso de la F.O.R.A. que había proclamado su adhesión al “comunismo anárquico”, y que era un movimiento incuestionablemente ácrata y no marxista.

En cambio, la gestación del comunismo marxista en nuestro país, no se debió a aquella apuntada euforia inicial provocada por la revolución rusa, sino a la actividad disidente de algunos jóvenes socialistas de tendencia extrema, y esto en los primeros años de la década de 1910.

Estaban disconformes con la actitud revisionista del socialismo de Justo, y sostenían que debía acentuarse el carácter obrero del Partido⁷. Cuando se produjo el estallido de la conflagración europea de 1914, Justo y sus seguidores habían adoptado una posición aliadófila, contraria a Alemania y a Austria, lo que equivalía a renunciar al neutralismo “internacionalista” que entendían debía ser consigna en el socialismo. Los jóvenes socialistas calificaron la actitud

**** “Venían a hablarnos de revolución social y de la toma del poder por los obreros. Nosotros lo que queríamos era trabajar, ganar bien y el domingo poder ir a pescar o a cazar o quedarnos a jugar a las bochas”. Declaraciones del-excanterista Achile Maretoli, al autor, el 2205/1976.

***** “Me sentí atraído por el drama tremendo de los que nada tienen y sólo anhelaban un poco de justicia que representa el mínimo de felicidad a que tienen derecho los proletarios de todo el mundo”. HIPÓLITO YRIGOYEN en “Mi vida y mi Doctrina”, Raigal, Bs. As., 1957.

⁷ CORBIÈRE, Emilio J.: *Historia del Partido Comunista en la Argentina*.

de Justo como “belicista” y en 1918 se separaron del partido Socialista, con lo que constituyeron la simiente del comunismo en la Argentina⁸.

Pero cuando ingresaron en la U.S.A. habían alcanzado una llamativa influencia que quedó manifestada en el primer congreso de esa Central Obrera en 1924: los delegados comunistas llegaron a tener la mayoría de las representaciones (aunque no la de los cotizantes) por lo que los sindicalistas debieron imponer el sistema de votos por cotizantes en vez del número absoluto de representantes delegados, para contrarrestar el desequilibrio.

Actitud crítica de los comunistas

En general los comunistas criticaban que el sindicalismo no reconociera el carácter político de la lucha de clases o de la lucha por las mejoras económicas. Hacían gala dialéctica, cuando decían que “no hay lucha política que no sea lucha económica y viceversa”.

Asimismo, sostenían que la neutralidad política del sindicato alejaba al movimiento obrero de las políticas revolucionarias y lo transformaba en un apéndice de los partidos políticos burgueses. Ese neutralismo -sostenían- daba oportunidad a los capitalistas y al gobierno para enfrentar con ventajas a la clase obrera. En este sentido, no resultaba claro en qué diferenciaban su posición de la de los socialistas, reformistas y parlamentaristas. Aunque el comunismo afirmaba que “como vanguardia de la clase trabajadora” el partido comunista debía conducir la lucha, parecía que reservaba a su participación en el parlamento, el papel de destruir el estado burgués, al contradecir y acentuar sus aspectos negativos. Y en esta actitud parecía coincidir con los sindicalistas y hasta con los anarquistas, si bien cambiaba en los fines últimos: ya que el comunismo proclamaba la dictadura del proletariado, y el anarquismo la abolición de todo sistema coercitivo.

Anti-imperialismo y nacionalismo económico

Curiosamente, una necesidad estratégica del comunismo internacional enarboló en su proselitismo en la Argentina (como en el resto de los países de economía dependiente) la bandera de la lucha contra el imperialismo.

Lenin había introducido en el pensamiento marxista una nueva acepción de la clásica voz “imperialista”, al darle contenido económico y sostener que en el presente desarrollo final del capitalismo conducía al “imperialismo económico” y culminaba en él, sometiendo a las naciones pobres, económicamente subdesarrolladas, al imperio de las grandes potencias capitalistas.

Un ataque parecido procedía desde la ultraderecha europea en contra de la concepción liberal de la política y la economía, a la que responsabilizaban de esa deformación del régimen capitalista, en franca añoranza de las estructuras corporativas medievales. El nacionalismo económico no sólo encontraba adeptos entre países que competían contra el imperio inglés en Europa -como Alemania e Italia- sino en países de economía subdesarrollada, que dependían del poderío norteamericano cuya ingerencia en la política de esas naciones (caso típico de los latinoamericanos) era cada vez más notoria. El nacionalismo económico acentuó su prédica a partir de la crisis económica mundial de 1930 porque allí cada uno se replegó dentro de sus fronteras en clara opción aislacionista, aún en países como Estados Unidos, donde la idea del autoabastecimiento campeaba y determinó su conducta en esa década tan penosamente iniciada.

⁸ Ibídem.

A veces se mezclaban las jergas fascistas y comunistas en su común ataque -por distintas razones- a los imperios económicos, aunque luego disputaren entre sí el terreno político.

En el caso argentino, la crisis de 1930 desnudó la verdadera naturaleza de la dependencia económica en que vivía el país, relegado a su condición de exportador de materias primas alimentarias. La euforia de la abundancia de las dos décadas anteriores, fue sustituida por una angustiosa falta de precios en un mercado mundial azorado y con hambre. La propia preparación de las naciones europeas para una guerra que todos juraban negar, permitió a las incipientes industrias de sustitución en la Argentina mayor campo para colocar internamente sus rudimentarios productos y mejorarlos con la reinversión de sus ganancias. En poco tiempo, las grandes ciudades fueron polarizando la migración de humildes pobladores del interior, decepcionados hasta la angustia por la falta de nuevas oportunidades de una estructura rural que había fundado su prosperidad sin atender el sacrificio de miles de chacareros y peones. Fueron encandilados por las promesas de una urbanía que los redimiría para siempre del aislamiento, la ignorancia y la soledad en la que habían vivido inmersos hasta ese momento.

Esta migración interna, sumada a la incorporación de los hijos nativos de aquellos extranjeros de principios de siglo, acentuaron el carácter nacional de las nuevas falanges obreras. Sus gustos, sus aspiraciones, sus requerimientos eran otros. Pero también sabían que transitaban un camino sin regreso. No podrían volver a Europa, ricos como soñaban o decepcionados, como algunos de sus padres, ni podrían retornar al campo recientemente abandonado. Su destino estaba adelante, y en el país urbano.

Esto acentuó su carácter nacionalista, lo hizo sensible y, aunque minoritariamente propicio a la prédica de las derechas corporativistas que descreían -por otras razones- de la democracia parlamentaria y del liberalismo europeo, pero que al mismo tiempo alzaban como consignas nuevamente, como en los tiempos iniciales de la nación, el espíritu patriótico, incompatible hasta entonces, con la acracia y el internacionalismo humanista de las izquierdas de variado cuño que habían predominado en las primeras décadas del nuevo siglo*****.

En 1929 se había creado la Confederación General del Trabajo que tomó su configuración definitiva en su primer congreso constituyente de 1936, pero que muy pronto acabó por dividirse al transformarse en campo ideológico donde se discutían las posiciones internacionales frente a la guerra mundial, lo que demostraba el divorcio de los conductores sindicales con los verdaderos intereses de las “mayorías silenciosas” obreras, que en 1945 se prepararon a manifestarse estentóreamente en su apoyo a las propuestas del coronel Juan Perón.

***** Un dato curioso parecería confirmarlo: desde sus inicios, la Sociedad Unión Obrera de las Canteras de Tandil, en 1906, portó un estandarte de seda color rojo, con bordaduras en relieve, que cuidaron con singular esmero al punto de esconderlo, con todo el valor de un símbolo, de las más inverosímiles maneras durante las persecuciones policiales. Era su único lábaro, tras del que desfilaban, y que presidía las reuniones y asambleas. Tuvieron que esperar hasta 1950 para comprar una bandera argentina según consta por primera vez, en las anotaciones de caja. Irreconciliablemente anticlericales, no pudieron evitar la religiosidad hogareña, a veces subrepticia, de sus esposas y madres, aquella “mitad de nuestra fuerza”. Pero en 1952 el sindicato hacía rezar misas por la salud de Eva Perón.

CAPITULO CINCO

LA HUELGA GRANDE

El país marginado se prepara para luchar

En 1906 una ola de huelgas había estremecido las estructuras del país hasta entonces apacibles. El año anterior, en su quinto Congreso, la F.O.R.A. había proclamado su adhesión al comunismo anárquico, lo que implicaba una clara profesión de la ideología anarquista, mientras rechazaba la propuesta del Pacto de Solidaridad lanzado por la U.G.T. que se había creado en 1902, en el mismo año en que el Congreso de la Nación sancionaba la llamada Ley de Residencia y amenazaba con la deportación a centenares de agitadores obreros de nacionalidad extranjera. Ese mismo año de 1906 se caracterizaba por un significativo número de conquistas sociales en distintos gremios y la violenta represión del movimiento sindical en diversos lugares, como cuando efectivos de la Marina tiroteaban a manifestantes obreros en Bahía Blanca. También en ese año, Tandil había visto nacer, en Octubre, la Sociedad Unión Obrera de las Canteras.

En 1907 se habían acentuado las huelgas, y se intensificaban los contactos entre la F.O.R.A. y la U.G.T. en busca de la unidad, gestiones que fracasarían al año siguiente.

Los canteristas de Tandil habían finalizado en 1906 con una victoria rotunda -la primera- sobre el patrono de Cerro Leones, José Cima, (como ya se describió en el capítulo III) y tras decidir su adhesión a la C.O.R.A. anarquista (hasta entonces la única), obtenían la sanción del Descanso dominical y preparaban la unidad del sindicato con la intención de encarar conquistas más importantes aún.

Mientras ese hervidero social gruñía como un trueno sordo y subterráneo, del que llegaban a percibirse incluso algunos estremecimientos de superficie, los grupos socio-económicos que conducían el país suponían estar en el mejor de los mundos.

Superadas las conmociones críticas del derrumbe financiero de 1890, afirmados en lo que suponían sería una realidad inmutable, los grupos que gobernaban la Argentina vivían la euforia de la abundancia sin examinar demasiado su verdadera naturaleza ni analizar sobre qué bases se estaba edificando. La Argentina colocaba holgadamente sus carnes en Europa, tras la novedad del frigorífico que le habían añadido un impensado valor a las exportaciones ganaderas, deslumbradas hasta fines de siglo pasado por la fiebre de la lana. La Argentina había entrado con otro factor protagónico en el mercado mundial: la agricultura. Descubierta casi de golpe, como complemento de la ganadería que necesitaba refinar sus praderas, una lluvia de oro se estaba derramando sobre la Argentina. Los estratos directivos trocaban sus austeras casas solariegas de la capital, por suntuosos palacetes, para los que todo se importaba: desde los herrajes hasta los cristales, y pronto esa capacidad expansiva, llevada al campo, también sembró de “chateaux” las estancias, allá donde hasta hacía unas pocas décadas, anchas paredes, rejas, aspilleras, mangrulllos y ventanucos para tiradores, protegían a sus moradores de los ataques de las indias.

Pero los palacetes con que comenzaron a echarse las bases del Barrio Norte porteño no podían levantarse frente a calles de barro. Y se apresuró la pavimentación iniciada originariamente como medida higienizante tras el azote de la fiebre amarilla.

La modernización de Buenos Aires se acentuó cuando los años se aproximaban a 1910, porque las élites gobernantes pensaron que la celebración debería ser tan solemne como se pudiere. Príncipes y Presidentes vendrían a saludar a la Argentina opulenta. Sus carrozas, en consecuencia, deberían rodar sobre calzadas firmes.

Buenos Aires comenzó a pavimentarse febrilmente. La importación de piedra desde Uruguay y desde Suecia no dio abasto y la demanda interna comenzó a crecer.

En 1907, sólo el Ferrocarril del Sud había transportado 211 mil toneladas destinadas a Buenos Aires, cifra que al año siguiente había aumentado a 257.000 y en 1909 a 328.000. La sed de adoquines que experimentaba Buenos Aires parecía insaciable.

Este dato fue fundamental para los hombres que conducían la Unión Obrera del Tandil.

La preparación de la Huelga Grande

Vamos a entrar ahora en el acto que los canteristas tandilenses de todos los tiempos han juzgado como el hecho más significativo de su historia.

En su memoria los habrá más sangrientos, como el tiroteo de 1911 frente a la Comisaría; más beneficiosos como la huelga de 1913; más penosos, como el balaceo entre obreros en el Salón de Villa Laza, en 1923, más prolongados, como los largos años del hambre de 1930. pero ninguno encajaba en el recuerdo como aquel perfecto dispositivo de lucha que los transformó de sometidos casi esclavos en los obreros mejor pagados de la Argentina y sus luchadores sindicales los más prestigiosos. La huelga que se declaró el 26 de Octubre de 1908 y que finalizó victoriosamente en Setiembre del año siguiente, es la que denominaron tanto por su duración, como por su importancia, la Huelga Grande. Fue una especie de Mar Rojo, de camino sin regreso de los picapedreros tandilenses, hacia su brillo de mayor magnitud, su esplendor, su decadencia y su ocaso silencioso, veinte años después.

La huelga contra Cima, declarada a fines de 1906, había demostrado a los obreros que la acción solidaria les daba una fuerza incontrastable; que podían hablar con el patrono en un plano de igualdad sin agachar la cabeza, y que no necesitaban que las cosas les fueran concedidas individualmente y por favor, sino como derechos que emanaban de su condición de trabajadores.

Pero esta victoria, en lugar de envalentonarlos, los había llevado a preparar minuciosamente la conquista de mejoras sucesivas que vendrían a modificar sustancialmente las hasta entonces relaciones paternalistas y casi feudales que mantenían los patronos con sus obreros, y cambiarían incluso hasta el carácter de la vida cotidiana, con la supresión de las alambradas, la libre entrada y salida a los predios, la abolición de la moneda interna y la libertad de comprar donde quisieren.

Las circunstancias les habían confirmado la sabiduría de las advertencias contenidas en el artículo 34 del Reglamento de 1906, ya comentado, sobre la necesidad de estudiar el momento oportuno para desencadenar un conflicto.

Los planes de pavimentación de la Municipalidad de Buenos Aires creaban esas condiciones favorables. No había obreros desocupados que pudieran reemplazar a eventuales huelguistas, y las perspectivas de buenos negocios ablandarían la resistencia de los patronos.

¿Por qué, no obstante, aguardaron casi dos años para manifestarse a través de un movimiento de tanta magnitud? La explicación podría hallársela en el tiempo que llevó adoctrinar a la mayoría de los obreros, seguramente de las otras canteras, con exclusión de la de Cerro Leones, que por ser la iniciadora del movimiento debió contar con trabajadores más

propensos a convencerse que el resto. (La lectura del testimonio de Isolina Polich de Lameiro, incluido al final de este capítulo como “Notas y Testimonios” puede dramatizar la idea).

No nos han quedado pruebas fehacientes sobre las tareas de reclutamiento porque -según ya lo advertimos al analizar la documentación del Sindicato- las primeras anotaciones válidas son de 1911, y la síntesis que procede a las correspondientes a ese año no contiene referencias ni a afiliación, previa a la Huelga Grande, ni a su declaración o desarrollo posterior.

Declaran la Huelga

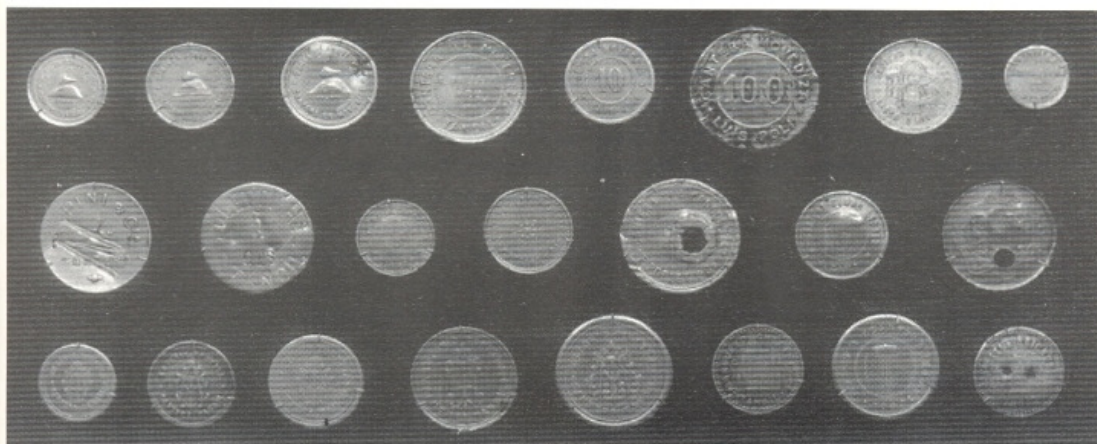
Debe suponerse que en los días previos a la presentación del pliego de condiciones cuyo rechazo desencadenaría el conflicto, se reiteraron las reuniones preparatorias e informativas, a juzgar por los recuerdos de algunos de sus contemporáneos. El 26 de Octubre de ese año de 1908 tras haber tirado a suertes en la víspera a cuál de los patronos le entregarían el pliego (ya que éstos aún no se habían organizado en cámara empresaria) fueron hasta el administrador de Polledo, uno de los que explotaba el cerro de La Mucediza¹. ¿Qué incluía el pliego? No ha sido posible reconstruirlo fehacientemente, pero hay motivos para afirmar que contenía el reconocimiento del sindicato por parte de los patronos, la reducción de la jornada de trabajo a 8 horas en invierno y 9 en verano, el pago en dinero, la supresión de las plecas y la libertad de comprar fuera del predio de cada cantera². No hay cómo saber, en cambio, si se contempló o por lo menos fue tema de discusión, la supresión del trabajo a destajo, pero si se tiene en cuenta que esta conquista recién se logró diez años después, todo lo que puede aventurarse es que pudieron solicitar una reducción en la cantidad estipulada de producción de la jornada, y un aumento general del 20% en las remuneraciones.

¹ Testimonio de ESTEBAN CORRADI, entrevista del 24/05/1976.

² EL ECO DE TANDIL, edición del 27/12/1908.



Histórica nota gráfica tomada el 17 de noviembre de 1913. En el terreno de Villa Laza, recién adquirido, una asamblea de obreros canteristas decide levantar una larga huelga de seis meses que fue solucionada con la intervención del intendente conservador Antonio Santamarina, en cuya equidad confiaron los trabajadores.



Colección de «plecas» (monedas internas de canteras) que perteneció a Djalma Magret. Hasta finalizar la huelga grande, en 1909, fue el único medio de pago que recibían los trabajadores de la piedra y que, por lo mismo, estaban obligados a comprar en la proveeduría de la empresa. Precisamente, uno de los motivos del histórico paro fue para que se les pagara en dinero nacional. Cada cantera tenía su cuño propio, y algunas eran de economía tan sólida que habrían tenido valor de cambio en bancos y comercios de la ciudad.

Quizá también en respuesta a una actitud previamente concertada entre los patronos, el administrador de Polledo les cerró virtualmente la puerta en las narices. Parecería que los distintos pasos hubieran estado previstos como en una apertura de ajedrez demasiado conocida, porque al rechazo patronal sucedió el abandono automático del trabajo por parte de los obreros de La Movediza y todos se encaminaron hacia el pequeño salón sindical que habían

habilitado ese año en un predio denominado “de la Furlana”, equidistante entre esta cantera y la de Cerro Leones³.

Llegados al salón, izaron una bandera. Era la señal convenida.

Alguien estaría apostado en el Cerro Leones esperando verla flamear. La voz corrió por los recovecos del cerro, y el trabajo se fue paralizando de grupo en grupo hasta quedar silenciosa la cantera. Todos abandonaron sus tareas y se encaminaron también al Salón sindical⁴.

Seguramente salieron emisarios hacia las otras cuatro canteras que trabajaban. Vicuña*, San Luis, Azucena y Aurora.

La respuesta patronal, al día siguiente, fue el lock out, traducido en que el simbólico toque de campana que desde la herrería de cada cantera tañía indicando el comienzo de la jornada, esa vez no sonó.

El conflicto estaba formalmente entablado. Ahora comenzaba la puja por ver quién aflojaría primero.

Las represalias de los patronos

Es de suponer que el hecho, por su magnitud, era inédito en las canteras de Tandil, y que la propia ciudad no conocía un episodio de esa extensión. Aún cuando el sistema de economía cerrada impedía hasta entonces que el poder adquisitivo de los canteristas se volcare sobre el comercio tandilense en forma directa, había un consumo básico, principalmente alimentario, para el que los empresarios con almacenes y fondas debían proveerse en Tandil. Pero asimismo, en tiempos en que los conflictos sociales sacudían las estructuras del país, hasta entonces apacibles, lo de Tandil, por el alto número de mano de obra comprometida, debió ser muy significativo.

Los patronos jugaron las últimas cartas que tenían en su mano: expulsaron del trabajo a todos los obreros en huelga, y dispusieron su desalojo allí donde los campamentos eran propiedad empresaria⁵.

El éxodo de Cerro Leones debió ser espectacular. Puede estimarse que por aquel tiempo, el número de familias se aproximaba al millar, o quizá lo superase.

Durante varios días, hombres y mujeres y sus chicos, todos según la usanza, vestidos de oscuro, llevaban sus pertenencias, a caballo, en carritos, o sobre sus espaldas. Los gruesos botines de los hombres resonarían con acento lúgubre sobre el camino compactado por el múltiple tránsito de esos días. Según recuerdan antiguos pobladores que siendo niños protagonizaron la marcha, muchas mujeres lloraban, porque tras unos años de arraigo volvían a transhumar con trastos y críos, como si errar sin techo, fuese una lacra de la que no podían desembarazarse. Quizá los hombres, en cambio, llevaban el gesto tenso. Pero la cohesión sindical debió ser muy fuerte porque pese a la dura sanción patronal, ninguno renegó de su causa⁶.

Algunos se fueron al pueblo a trabajar en otros oficios, casi todos como albañiles. Muchos pusieron rumbo a Uruguay, donde hallaron trabajo en las canteras de Carmelo, en el departamento de Colonia. Pero muchos más se pusieron a trabajar por su cuenta tras arrendar

³ ESTEBAN CORRADI, cit.

⁴ Ibídem.

* Más conocida después como Albión.

⁵ LA PROTESTA, Buenos Aires, 29/11/1908, pág. 1ra.

⁶ Testimonio de MARÍA CATALINA FORTUNATI de POLI, entrevista del 08/05/1976.

pedacitos de cerros a propietarios de campo para quienes hasta entonces la piedra no había sido sino desperdicio de campos consagrados al pastoreo o a la agricultura **.

Hubo episodios conmovedores, como el que protagonizaron obreros que vivían en el campamento de La Movediza. Al contrario del Cerro Leones, donde las casillas destinadas a vivienda eran de la empresa, allí los patronos habían permitido a muchos obreros levantar las propias, todas de madera y chapa, sobre pilotes, como se estilaba entonces.

Una noche, los obreros propietarios de las casillas -que también habían sido expulsados del trabajo y en consecuencia del campamento- saltaron el alambrado. Los hercúleos picapedreros removieron los pilotes con sigilo, y alzando las casillas en vilo, las pasaron semiarmadas por sobre el alambrado y las volvieron a instalar, ya fuera del predio canteril cercado⁷.

Hazañas de fuerza de ese tipo se repetirían a lo largo de la historia de las canteras, quizá con menos dramatismo que el que motivaba tan insólito rescate de la vivienda conflictuada.

Las repercusiones inmediatas: violenta incidencia

La primera repercusión de aquella época la encontramos documentada en el periódico “El Eco de Tandil”, que en su edición de 29 de octubre informaba en un pequeño suelto aparecido entre las noticias de su página 2, bajo el título de “Por las Canteras”, que la paralización se había producido porque los obreros pedían la disminución de la jornada de trabajo. El gacetillero añadía -es de suponer que por su cuenta- que entre los obreros había diferencias de opinión sobre la justicia de la pretensión laboral.

El domingo 1.º de Noviembre, a cuatro días de declarada la huelga hubo un acto público organizado por socialistas y anarquistas, según refieren las crónicas de la época. El periódico “La Protesta” en su edición del 29/11/1908 decía que el acto había sido organizado en adhesión a los obreros canteristas en huelga⁸. Pero de eso nada publicaría el periódico local “El Eco de Tandil”, que pormenorizaba en las crónicas las incidencias, la intervención de una oradora ácrata, Virginia Bolten, que había atacado duramente a las autoridades y un oficial de policía la había increpado. Generalizado el desorden verbal, intervinieron otros policías, sonaron disparos (hubo más de veinte) y además machetazos, bastonazos y trompis en abundancia. El saldo fue un vecino, Agustín V. González, gravemente herido en el vientre. Antonio Giovanetti, corresponsal de “La Protesta”, de estrecha vinculación con los canteristas, acabó con serias contusiones en la cabeza, y además, preso⁹.

Pero ese violento preludio no respondió a la forma apacible en que se desarrollarían a posteriori los acontecimientos, a lo largo de once meses, signados por sucesivas y frustradas negociaciones.

Días más tarde se produciría en Tandil la detención del directivo obrero Juan Loperena, figura nacional de orientación sindicalista, cuya presencia en el Tandil debe vincularse a la huelga de picapedreros¹⁰.

El 15 de Noviembre llegó al Tandil, procedente de Buenos Aires, un piquete de 14 soldados y un teniente, para preservar el orden en las canteras paralizadas, pero el clima reinante no justificaba la intervención armada.

** El sindicato llegó a autorizar a sus afiliados adheridos al conflicto a que abrieran por su cuenta pequeñas canteras y les permitió tener bajo su dependencia hasta unos 12 o 20 operarios. No puede saberse todavía si, además, los obligaba a cumplir con el salario y condiciones fijados por el pliego presentado (Esteban Corradi, cit.).

⁷ [8 en versión impresa xque 7 es el fin de la nota anterior] Ibídem

⁸ LA PROTESTA, Buenos Aires, del 29/11/1908.

⁹ EL ECO DEL TANDIL, del 05/11/1908.

¹⁰ Id. del 12/11/1908.

Frustrada intervención de la masonería de Tandil en el conflicto

En la primera quincena de diciembre de ese año se registraba la intervención oficiosa de la Logia Masónica Luz del Sud para producir un acercamiento entre obreros y patronos. Fijaba como punto de reunión la Biblioteca Bernardino Rivadavia. Tres de los patronos más importantes, Cima, Polledo y Conti, aceptaron la mediación de la Logia y sólo aguardaban la fijación de la fecha para la reunión. Pero la propuesta fracasó: el sindicato de picapedreros la rechazó argumentando que así como los empresarios habían cerrado las canteras porque era su voluntad, también podían abrirlas cuando se les ocurriera, lo que confirma que en realidad había sido un lock out patronal y no una huelga obrera lo que diera comienzo al conflicto¹¹.

La preocupación por la prolongación del conflicto obrero en las canteras del Tandil llegó a las esferas provinciales y nacionales.

El diario “El Pueblo” de La Plata, noticiaba que la Municipalidad de la Capital Federal había remitido una nota al Ministerio del Interior para solicitar la mediación del gobierno nacional en la solución del conflicto. El titular de la cartera política remitió a su vez una nota del Gobernador de la Provincia para que conciliare los intereses en pugna¹².

Se explicaba que la prolongación del paro de actividades dificultaba el aprovisionamiento de adoquines que demandan los planes de pavimentación de la Comuna Metropolitana empeñada - como apuntóse antes- en embellecer su aspecto ante la inminente celebración del centenario de Mayo.

La respuesta fue inmediata. En los primeros días de Diciembre se había producido la gestión de la Municipalidad de Buenos Aires. y el lunes 21 de ese mismo mes ya se encontraba en el Tandil el Inspector de Policía Chaumeil para explorar si era posible un entendimiento. El optimismo general renació porque a la actitud negativa de los obreros sucedió la presentación de una nota de la Sociedad Obrera a la Logia Masónica Luz del Sud en la que aceptaba la mediación anteriormente ofrecida y posteriormente rechazada.

Los días transcurrieron, las reuniones se sucedieron, los patronos comenzaron a ceder, y los obreros a plantear nuevas exigencias.

Concretaron sus aspiraciones en una reducción de la jornada de trabajo a 8 horas en invierno y 9 en verano, a un aumento del 20 por ciento en todos los jornales y a una indemnización de 120 mil pesos. Es de suponer que esta indemnización debería ser abonada al Sindicato por todas las empresas en conjunto para resarcirlo de las ayudas y subsidios que debió acordar a sus afiliados en el transcurso de la huelga. Los patronos aceptaron la reducción de la jornada laboral pero rechazaron el aumento y el monto indemnizatorio, por lo que todo volvió a quedar en el fracaso.

Al promediar enero se supo que habían reanudado las conversaciones y que los obreros habrían manifestado su disposición a no cobrar la indemnización requerida, pero quedaba en pie el aumento del 20% que se transformó en un duro obstáculo hasta el final. Las esperanzas volvieron a desmoronarse a fines de ese mes, porque se dijo que los obreros exigían nuevamente la indemnización.

Al noticiar estos acontecimientos, “El Eco de Tandil” afirmaba que, según sus informes, “los que más dificultaban el arreglo son los pequeños propietarios de canteras, surgidos de la misma sociedad, a quienes de ninguna manera -expresaba el periódico- conviene la terminación de la

¹¹ Id. del 10/12/1908.

¹² Ibídem.

huelga, pues tan pronto esto sucediera, se irían los obreros a las grandes canteras donde ganan más y de lo contrario los improvisados patronos tendrían que pagar más jornal”.

El viernes 29 de Enero de 1909 a las dos de la tarde volvían a reunirse patronos, obreros y comisión mediadora en la Biblioteca Bernardino Rivadavia.

Las pretensiones obreras quedaron concretadas así:

1ro.) Aumento general del 10 %.

2do.) Pago de una indemnización (no se hablaba de monto).

3ro.) Despido del trabajo de los peones y capataces que trabajaron durante la huelga, aún cuando no hubieren pertenecido a la Sociedad Obrera.

4to.) Reconocimiento patronal de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras del Tandil.

A su vez los patronos se cerraron en un aumento del 5 % en general, reconocerían a la sociedad obrera siempre que ésta, a su vez, lo hiciera con la sociedad patronal y depusieran la exigencia de arrojar de la Cantera a los obreros que estaban trabajando por cuanto no pertenecían a la sociedad obrera. Agregaban que muchos de ellos, recién llegados de Europa, no podían estar interiorizados del conflicto.

Fracasadas estas negociaciones, los patronos lanzaron otra propuesta, con la esperanza de debilitar a la sociedad obrera: dirimir directamente con los obreros las cuestiones, aceptar el horario de 8 horas en invierno y 9 en verano, aumentar un 5 % la mano de obra picapedrera y convenir con los demás los jornales y por último, eliminar de todo convenio a la Unión Obrera de las Canteras. Su esperanza residía en que los obreros, cansados de la lucha, abandonaren la organización sindical y volviesen al trabajo.

La maniobra patronal fracasó y el conflicto continuó sin variantes.

Otro periódico local, “La Comuna”, transcribía el contenido de notas enviadas por varios propietarios de canteras, en los términos ya conocidos, a la Logia Luz del Sud, la que, luego de su primer fracaso parece que había vuelto a su gestión mediadora o quizá nunca la había abandonado. Pero para marzo la Logia rendía sus pretensiones conciliatorias.

Mientras tanto, se advertía una consolidación de los pequeños empresarios de cantera -ex obreros que mantenían agrupados hasta unos veinte obreros bajo su dependencia- y que hacía casi nula la demanda de plazas para trabajo, porque los obreros hallaban fácil colocación o se ponían a trabajar por su cuenta.

Una de las pocas situaciones de violencia se produjo el martes 16 de Marzo de ese año de 1909 cuando un piquete de huelguistas fue a insultar a un núcleo de trabajadores que estaba desplegando tareas en la cantera del Ferro Carril Sud. Dos gendarmes allí destacados, detuvieron a tres de los alborotadores y el resto del grupo -más de 60 huelguistas- pretendió rescatarlos. Se generalizó el desorden, hubo más de 50 disparos, y muchas pedradas. Hubo intervención de refuerzos policiales. Todos los policías resultaron ilesos, pero un obrero, por lo menos, resultó herido. Jaco Poconac, Celestino Álvarez, José Alonso, Sebastián Epio y Antonio De Pármuni, fueron detenidos y remitidos a La Plata acusados de atentar contra la autoridad.

Un corresponsal del diario anarquista “La Protesta” daba un panorama singular de la situación del conflicto en una nota publicada en el periódico el 5 de Marzo de ese año.

Había asistido a una reunión que se hacía para considerar la posibilidad de levantar la huelga. Sobre el local sindical a dos leguas del pueblo (la casilla entre La Movediza y Cerro Leones) ondeaba una bandera roja, y desde lejos se escuchaban las voces de los sindicatos.

A esa reunión asistían los directivos Cuomo y Filipponi, ambos de orientación sindicalista, y vinculados a la conducción nacional de la U.G.T.

La propuesta patronal que se consideraba era la de las ocho horas en invierno y nueve en verano con el 5 % de aumento y el reconocimiento de la Sociedad, más la admisión de todos los que habían tomado parte en el movimiento. La cuestión “carneros” debería someterse a un arbitraje.

La crónica se refiere en tono notoriamente despectivo a la tónica de la asamblea, quizá porque la presencia de los dos líderes sindicalistas la descalificó ante el juicio del corresponsal anarquista. Dice que “todo se aprobaba sin discusión, debido a que se encontraban en un ambiente de inconscientes, sin ninguna orientación sana para la lucha más que para conseguir el miserable centavo de aumento” y agregaba que “lo demuestra el hecho de que poco después de estar declarada la huelga, ya todos trabajaban, ya fuere en otro oficio o haciéndose pequeños burgueses muchos de ellos, los cuales daban trabajo a los mismos huelguistas, sin importárseles un bledo de que algunos carneros traicionaran el movimiento”¹³.

Pese a la huelga, el trabajo continuaba. Lo revelaba el hecho de que en los últimos días de Marzo habían salido un día desde la estación local rumbo a la Capital Federal 200 chatas cargadas de adoquines.

Los patronos mejoraron la propuesta, el 3 de Abril: con el mismo horario y el mismo aumento, admitían la libertad de fonda o almacén, el pago del Iro. al 15 de cada mes, la admisión de trabajo de cantera a todos los obreros sin excepción. Los comentarios periodísticos subrayaban que esas condiciones eran mejor que las que tenían los obreros antes del conflicto.

En mayo se registraba otro hecho: el número de canteras se multiplicaba y ahora se abordaba la explotación en la zona de la Sierra de las Ánimas.

Se veían casillas donde vivían los obreros picapedreros, y se tendía la vía ferroviaria que comunicaría al nuevo lugar con la estación local.

En los primeros días de Setiembre, los patronos capitularon. Faltan las crónicas periodísticas y las actas sindicales que digan sobre cuáles condiciones los obreros retornaron al trabajo. Se sabe que la última exigencia que debió ser aceptada, fue que los patronos se trasladaran a la sede del sindicato (la “casilla de la Furlana”) a suscribir el pliego de condiciones.

Las condiciones no se difundieron pero algunas de sus consecuencias tomaron estado público, cuando se supo que las empresas declaraban cesantes a los obreros que habían estado trabajando durante el conflicto. Era explicable que los obreros en huelga lo exigieran.

La situación, por lo que puede deducirse, se derivó, aproximadamente, así: la Sociedad Obrera reclamó que sólo trabajaren los sindicatos. En consecuencia, las empresas cesantearon a los que no lo estaban. A su vez, la Sociedad condicionó el ingreso de los nuevos a su actitud frente a la huelga.

La conducta del comercio del Tandil

Varios factores habían incidido favorablemente para asegurar el triunfo de los obreros. Uno de ellos fue la actitud tácita del comercio tandilense, que asumió medidas favorables en la práctica al desarrollo y prolongación del conflicto con beneficio de la parte obrera.

Los comerciantes del Tandil se veían perjudicados por la economía cerrada en que se desenvolvían las canteras hasta antes del conflicto, ya que la provisión de mercaderías de los almacenes de las empresas era obligada por la doble rienda del cerco físico de las alambradas y el pago en moneda interna con validez sólo dentro de ese predio. Debe suponerse que a una población potencial cercana a las diez mil almas (sobre un total de no más de treinta mil) le quedaba sustraída la libre voluntad de comprar donde quisiera, y que no sería extraño que mucha de la mercadería que colmaba las estanterías de las proveedurías patronales se adquiriese en Buenos Aires por lo que la capacidad adquisitiva de los canteristas -aunque no fuere mucha, individualmente- quedaba frustrada para el consumo local.

Cuando se produjo la huelga, los comerciantes tardaron poco en comprender que el adoquín y el cordón tenían el valor de la moneda corriente, en esos tiempos en que había tanta demanda en la Capital Federal por el material tandilero. Seguramente cada día, llegarían compradores para llevar a cualquier precio los adoquines que demandaba Buenos Aires con creciente urgencia, y pronto se formalizó un mercado paralelo: los canteristas en huelga que trabajaban por su cuenta, vendían los adoquines a los almaceneros y tenderos que los proveían, y estos a su vez convertían el material en dinero en efectivo, quizá con diferencias a su favor.

Esto permitió prolongar la resistencia obrera indefinidamente.

El premio lo obtuvieron los comerciantes cuando, concretado el triunfo de los trabajadores, éstos volcaron su poder adquisitivo sobre la ciudad como un torrente de ávida abundancia. Los años sucesivos -por lo menos hasta 1914- fueron de una euforia tal que resultó memorable la prosperidad de hoteles, bares, casas de comida y de ropas que gozaron de las preferencias de los canteristas.

NOTAS Y DOCUMENTOS DEL CAPÍTULO V

Cronología periodística de la Huelga Grande en EL ECO DEL TANDIL:

(Las fechas entre paréntesis indican la de la edición periodística).

26 de Octubre: Declaración de la huelga (ed. del 29/10/1908).

5 de Noviembre: El Nacional de Buenos Aires informa sobre el conflicto, con datos distorsionados, según EL ECO. Se habla de 1.600 obreros afectados (08/01/1908).

s/d Detención de LOPERENA (12/11/1908).

15 de noviembre: Un piquete de 14 soldados y un teniente, arriba a Tandil (19/11/1908).

s/d Se registra la primera intervención conciliadora de la masonería tandilense. Los obreros la rechazan y son censurados por EL ECO (10/12/1908).

Diciembre: "El Pueblo" de La Plata, transcribe una nota de la Municipalidad de Buenos Aires al Ministerio del Interior para pedir la mediación del Gobierno Nacional y resolver la huelga de picapedreros de Tandil. Lo hizo, pero ante el Gobierno de la Provincia, para pedir su

intervención amistosa y conciliar los intereses en lucha. El conflicto estaba afectando los planes de pavimentación de la Capital Federal (10/12/1908).

Diciembre: Se confirma el rechazo obrero a la intervención masónica (13/12/1908).

22 de Diciembre: Ya se alude a una “Sociedad de Empresarios de Cantera”. Los obreros cambian su tesitura y aceptan la mediación masónica (24/12/1908).

26 de Diciembre: Aún no se arriba al arreglo esperado. Los obreros piden un 20 % de aumento en todos los jornales y una indemnización de 120 mil pesos. Negativa patronal. Fracaso (27/12/1908).

26 de Diciembre: Los empresarios habían aceptado una reforma en los horarios (no hay noticias anteriores que hablen de esa exigencia obrera, ni cuáles eran esos horarios). Pero la exigencia de ese día hizo fracasar el entendimiento (31/12/1908).

Enero 1909: Se habrían allanado casi todos los inconvenientes. Quedaría pendiente el 20 % (10/01/1909).

En una Asamblea, los obreros habrían aprobado desistir de la indemnización, pero ahora volvía a insistirse en ella.

Se registran obstáculos creados al parecer por pequeños propietarios de canteras (¿“patroncitos” nuevos u obreros autorizados por el Sindicato para tener operarios a su cargo?) que no quieren -según EL ECO- una solución al problema, porque se quedarían sin los obreros que volverían con las empresas grandes (31/01/1909).

29 de Enero: A las 2 de la tarde se reúnen en el local de la Biblioteca Bernardino Rivadavia, ambas Comisiones Directivas.

Los obreros plantearon: 10 % de aumento. Indemnización.

Despido de peones y capataces que trabajaron durante la huelga. Reconocimiento de la Sociedad Obrera por los patronos.

La propuesta patronal fue:

5 % de aumento.

Reconocimiento de la Sociedad Obrera si ésta reconocía a la patronal.

No despido de los operarios que trabajaron durante la huelga.

No hubo acuerdo y se rompieron las negociaciones (31/01/1909).

9 de Febrero de 1909: Manifiesto patronal, propone los siguiente puntos:

1ro. Cualquier cuestión, dirimirla entre los obreros y su patrón.

2do. Horario: 6 meses (invierno) 8 horas.

6 meses (verano) 9 horas.

3ro. Aumento 5 % sobre adoquines y todo trabajo que se haga a contrato.

4to. Herreros, barrenistas, peones, a convenir de común acuerdo, entre éstos y su patrón.

5to. Eliminar de todo convenio a la Sociedad Obrera (14/02/1909).

Marzo: El ECO comenta la situación planteada por los patronos que quieren negociar directamente con sus obreros (11/03/1909).

Marzo: EL ECO dice que los pequeños empresarios se afianzan cada día más, extienden su radio de acción ocupando mayor personal y vendiendo sus productos en mejores condiciones que al principio.

Dice también que muchos obreros han adoptado por abandonar el Tandil (18/03/1909).

16 de Marzo: Un piquete de huelguistas insulta a rompe-huelgas. Eran unos sesenta. Intervino la policía. Refriega con palos, piedras y más de 50 disparos. Un obrero herido: Marcelino Debeta (Debeza?). Cinco detenidos (18/03/1909).

Precisan que el incidente fue en la cantera del F. C. Sud y los detenidos fueron Jaco Poconak, Celestino Álvarez, José Alonso, Sebastián Epio y Antonio Depármini (25/03/1909).

26 de Marzo: Salen para Buenos Aires 200 chatas del F. C. Sud cargadas con material pétreo. Cierran algunas tranqueras que dan acceso a caminos que conducen a sitios donde se elabora la piedra. Un empresario pidió la intervención de la autoridad comunal (1º/04/1909).

3 de Abril: Empresarios lanzan una nueva propuesta:

Horario: durante 6 meses, 8 horas y durante los otros 6, nueve.

Aumento: 5 % en general.

Piedra libre a barrenos hechos antes de la huelga.

Libertad de Fonda y de Almacén.

Pago del Iro. al 15 de cada mes.

Admisión de trabajo a todos los obreros sin excepción (11/04/1909).

Aparece “Destello”, periódico anarquista. (11/04/1909).

Abril-Mayo: La creación de nuevas canteras está compensando el déficit originado por el cierre de las principales.

Nueva empresa se instala en Sierra de las Animas. Ya se ven casillas obreras y se calcula que pronto entrará a producir.

Se suman a las del sector Oeste y Sudoeste existentes de antaño (02/05/1909)

16 de mayo: Pablo Ghezan -18 años comisionista- declara que no está contratando rompe-huelgas en Buenos Aires como se afirma en un libelo (20/05/1909).

Agosto: inminente finalización del tendido de la vía desde la Estación a Sierra de las Ánimas (25/08/1909).

Setiembre: Se confirma que la huelga ha terminado por convenio de las partes.

Los huelguistas lograron imponer a los patronos la decisión de cesantear a los rompe-huelgas (05/09/1909).

Se precisa la versión: la Sociedad Unión Obrera de las Canteras niega el ingreso a los rompe-huelgas.

EL ECO se conduce por esos “centenares de obreros” que ahora quedarían sin trabajo.

Dice que los sindicatos huelguistas eran unos 800 y que las canteras a pleno necesitarán entre 2000 y 3000 hombres (12/09/1909).

Declaran la Huelga Grande

Tiramos a la suerte a ver a qué patrón había que entregarle el pliego. Entonces le tocó a éste de La Movediza, a Polledo. Y entonces fue la Comisión a la mañana, antes de empezar el trabajo. Y cuando se presentó la Comisión, le cerró la puerta y dijo que no quería reconocer a la Comisión ni a nada. No era propio el patrón, era un encargado. El “Gamba Seca” que le decíamos.

Entonces vinimos de La Movediza y nos fuimos al Salón, y pusimos una bandera arriba del salón. Y los del Cerro Leones lo que vieron la bandea se vinieron todos. Dejaron el trabajo y se vinieron. Y bueno, ahí estuvimos de asamblea casi todo el día. Y al otro día no tocó la campana ningún patrón.

Acá adentro en La Movediza había gente que estaba viviendo en sus casillas en terreno que era del patrón. El patrón los echó a todos y entonces de noche se levantaban las casillas sin desarmar, entre unos cuantos, casitas de madera, y las llevaban nomás para el otro lado del alambrado y las plantaban.

- ¿De qué color era la bandera que pusieron sobre el Salón?

- Y... era ¡una banderita colorada!

(Testimonio de ESTEBAN CORRADI, 24-05-1976)

El poeta de la huelga

Sobrevivían en la memoria de los ancianos entrevistados y de muchos de sus hijos, al tiempo de hablar con ellos, las mordaces cuartetas escritas por el obrero italiano Mateo Galbassini, para zaherir a quienes se oponían al movimiento obrero.

Entre las rescatadas del olvido, una de ellas es la única documentación que quedó sobre la fecha exacta en que comenzó la Huelga Grande, ya que en ninguna otra anotación fue posible registrarla. Debió ser escrita en 1909, y decía así:

*En las canteras del Tandil
el trabajo se paró
el día 26 de Octubre
del año que ya pasó.*

En aquellas circunstancias, algunas personas con un poco de capital se habían improvisado empresarios para aprovechar el paro de las canteras. Los obreros los llamaron “bolicheros” y merecieron, junto con los patronos “grandes”, la repulsa poética:

*Abajo Conti, Abajo Cima,
Rosello, Nocetti y Polledo,
y para terminar más pronto
¡abajo los bolicheros!*

Entre esos “bolicheros”, hubo quienes merecieron el azote individualizado:

*Ahí lo tiene a Bartolussi
hombre de “gran capital”.
Tiene tres carros sin ruedas
y se metió en la patronal.*

Aunque no fue fácil conseguir rompehuelgas, algunos empresarios llegaron a reclutarlos. Galbassini lanzaba así su pulla:

*Qué me dice de don Tonetta,
con toda su carnerada,
que los mantiene a galpón
por guardarlos de la helada.*

Aludía a los galpones en los que el empresario Tonetta, de La Movediza, alojaba a los rompehuelgas.

Hubo una cuarteta que pervivió en la memoria de casi todos los entrevistados. Aludía a Conti, administrador de otra de las canteras que funcionaba en La Movediza, la más importante después de la de Cerro Leones.

Conti había contraído enlace con una bella montenegrina. El casamiento que había concretado durante el larguísimo paro de actividades, también cayó bajo la flecha de Galbassini, que redondeó esta cuarteta casi folklórica en las canteras del Tandil:

*El señor Domingo Conti,
caramba, no me acordaba,
por pasar mejor la huelga
se buscó una novia eslava.*

Los “carneros” retratados

Sin poderse afirmar que correspondiese exactamente a la Huelga Grande, circuló en la ciudad de entonces, un afiche titulado “Los traidores de la huelga del Tandil”, que había sido preparado con fotografías de carneros de exposición, en cuyas cabezas habían sido insertados los retratos de los afiliados que no habían acatado la orden de parar.

Como quedó dicho en la crónica, y especialmente en la cronología periodística, en un principio, no se permitió a los empresarios incorporar o mantener obreros que hubieran trabajado durante la huelga. Pero en la memoria de algunos (sin poder precisar exactamente si se referían a ésta o a otra huelga) se hallaba presente la escena en el sindicato, en la que los presuntos “carneros” habrían expresado su arrepentimiento públicamente en asamblea, y se les había concedido el perdón.

El afiche de referencia se reproduce a continuación.

LOS TRAIADORES DE LA HUELGA DE TANDIL



Mateo Intieri



Francisco Monaco



Juan Leggerini



Bruno Vitette



Juan Ligrini



Domingo Bruno



Carlo Invernizzi



Antonio Banchetti



Luis Baral



Paolo Poli



Pedro Bruno



Mateo Svallina



Giacomo Bonavetti



Nicola Galleni

Mordaz forma de combatir las traiciones obreras: los rompehuelgas fueron retratados con cuerpo de carneros y la ciudad fue empapelada con afiches como el que reproducimos.

CAPITULO SEIS

LOS AÑOS DE LA VIOLENCIA

Dos conceptos de Patria y Nacionalidad

Sobrevinieron años violentos. Las causas fueron varias. La sociedad argentina de entonces era agropecuaria y apenas pre-industrial. Primero contempló con curiosidad los movimientos sociales, casi como si le fueran ajenos. Luego comenzaron a preocuparle sus alcances.

Sólo los grupos económicos vinculados directa o indirectamente al sector agrícola-ganadero accedían entonces al poder. Sobre sus intereses se había edificado el país que luego vino en llamarse “Modelo de 1880”.

En lo cultural y político, aquellos grupos gobernantes habían descubierto o puesto en boga un sentido muy exclusivo de la nacionalidad que se proclamaba en las escuelas y desde los discursos, que se afirmaba en el dibujo cartográfico, en el uso de los símbolos y en ciertos aspectos de la organización defensiva, pero que al estructurarse en lo económico e insertarse en las grandes metrópolis importadoras de materias primas (particularmente alimentos) arriaba banderas que se habían vinculado con una concepción más primitiva de la soberanía, existente en tiempos anteriores de Caseros y que, todavía próximos a 1880, se sostenía, aunque en retirada y hacia el ocaso en las economías regionales del interior secularmente agrícolas y ahora moribundas.

El despertar social que en el campo obrero se registraba a partir de 1872, en los tímidos intentos de proscriptos franceses que fundaran en Buenos Aires la Sección de la Asociación Internacional de Trabajadores, se había manifestado en algunas huelgas aisladas y en creaciones estructuradas específicamente, como La Fraternidad Ferroviaria (de inspiración socialista) o la de Panaderos (marcada por la ideología anarquista). La actividad organizativa había ido creciendo hacia 1894 con la creación de la Federación Obrera Argentina (FOA) y el registro de 47 gremios, 26 de los cuales produjeron actos de fuerza que movilizaron a 24 mil hombres¹.

Naturalmente, la mayor parte de estos obreros -si no todos- eran de procedencia extranjera, europeos en su mayoría, portadores de las ideas sociales entonces en boga, o permeables a ellas. Muchos habían llegado a la Argentina perseguidos por la represión que se había desatado en algunos países como consecuencia del crecimiento del accionar proletario y de las reiteradas manifestaciones de violencia extrema vinculadas o no con el quehacer sindical. En 1902, en la Argentina, -cuyas élites conductoras disfrutaban apaciblemente de los beneficios de su asociación con los intereses del Reino Unido como productores de carnes y cereales-, la agitación social se había manifestado lo suficiente como para que se decidieran a sancionar la denominada Ley de Residencia que llevó el número 4144. Por su imperio, todo extranjero al que la autoridd considerare que amenazaba perturbar el orden social

¹ MAROTTA, Sebastián: Historia del Sindicalismo Argentino, 1960, T. I.

podía ser deportado a su país de origen. Como se ve, en el principio, la preocupación represiva se limitó a los extranjeros, ya que se los responsabilizaba de la difusión de las ideas de agitación en los sectores más modestos de la sociedad argentina. Para ellos no corría considerarlos “hombres de bien que quieran habitar el suelo argentino”, como reza el preámbulo constitucional.

Era evidente que para los asalariados del mundo, los intereses de cada nación, incluso la suya, les sonaban ajenos. Para ellos, sólo había existido hasta entonces, la explotación allí donde hubiesen estado trabajando. No disponían de otro patrimonio que el de sus brazos, y el de su fuerza de trabajo. Su propia condición de migrantes (no sólo por la persecución de los gobiernos represivos sino por falta de fuentes estables de trabajo) los desarraigaba del lugar en que vivían, los desvinculaba de su historia y sus tradiciones oficiales. Las otras, las de su cultura popular -cantos, comidas, destrezas, modos de ser, de creer, de divertirse, de amar y hasta de odiar; su folklore- las llevaban consigo, con sus genes y sus aprendizajes familiares, en el prieto atado a sus ropas.

De ahí que en los más esclarecidos, la bandera del país donde trabajaban no era el símbolo de la patria -natal o adoptiva- sino el de las fuerzas del orden que reprimían sus intentos reivindicatorios. En consecuencia, campeaba un internacionalismo que se simbolizaba en el color rojo de sus estandartes (rojo como su propia sangre, decían, que es igual a la de todos los hombres del mundo) y en el puño airadamente cerrado, símbolo de la protesta, la rebeldía y la lucha.

Debieron sucederse varias generaciones para que las primeras ideas de nacionalidad (confundida a veces con las del nacionalismo autoritario) fueran aceptadas definitivamente entre los trabajadores y sus líderes.

El hecho vino a coincidir en la década de 1940 con: a) La presencia creciente de trabajadores argentinos en los cuadros directivos. b) La difusión de ideas nacionalistas y antiimperialistas -contra EE. UU. y contra Inglaterra- a cargo, coincidentemente, de la extrema derecha y la extrema izquierda. c) La aparición, virtualmente mesiánica, del peronismo en la Argentina.

Había abandonado ese terreno, dos décadas antes, en el campo político, la conducción paternal y carismática de Hipólito Yrigoyen, que había revivido en muchos de ellos los viejos sentimientos nacionalistas (antiextranjeros) del tiempo de las montoneras, y el fervor de la “chusma” porteña inspirada en otros momentos en los arrebatos oratorios de Adolfo Alsina.

En 1909, el país visible y oficial, su aristocrática cabeza, se preparaba, según hemos puntualizado, a celebrar el centenario de la Revolución de Mayo. Los agitadores sociales que catequizaban a los sectores más humildes eran de origen extranjero. Esa celebración podía sonar a burla si para ellos no había un lugar bajo el sol argentino con un poco de justicia.

Masacre obrera y muerte del Coronel Falcón

El 1.º de Mayo de 1909 hubo una gran concentración obrera en la plaza Lorea de Buenos Aires para celebrar el Día de los Trabajadores. De pronto, la policía

comandada por su jefe, el Coronel Ramón Falcón, cargó contra los manifestantes. Fue una represión durísima: 105 heridos y 8 muertos. El 3 de mayo la FORA y la UGT (Unión General de Trabajadores) declararon la huelga general. El 4 de ese mes, se realizó el sepelio de las víctimas y las crónicas de la época hablaron de 300 mil personas. El 9 de Mayo se levantaba la huelga con la victoria obrera: abolición de un Código de Penalidades dictado por la Municipalidad de Buenos Aires, libertad a todos los presos por causa de la huelga y reapertura de todos los locales obreros². Pero el reguero del odio estaba tendido: el 14 de Noviembre, el ácrata Simón Radowitzky -casi un adolescente- arrojaba una bomba al paso del coche que conducía al Coronel Falcón y a su Secretario Juan Lartigau. Ambos morían en el atentado y Radowitzky no sólo fue a la cárcel sino que pasaría a transformarse para los obreros y pensadores de izquierda en el símbolo del heroísmo reivindicatorio, así como para los sectores del orden, en uno de los torvos ejecutores del odio de clases.

Se decreta el estado de sitio

En Tandil, el atentado sorprendió a las canteras apenas reorganizadas tras la larga huelga que coronara la victoria. Los sindicalistas habían logrado que las empresas tomaran únicamente a los obreros afiliados a la organización. La represión preventiva a raíz de la muerte de Falcón tuvo efectos secundarios. Era evidente que el atentado no obedecía a un plan general de perturbación. No obstante, y pese a no haber constancias de actas de reuniones en las que se tratase el problema, en las anotaciones de los libros de caja en el balance del cuarto trimestre de ese año de 1909, consta un giro a la U.G.T. por días de comisión para solicitar por los presos en tiempo de Estado de Sitio, por valor de 171 pesos, y un telegrama al Ministerio del Interior en que se solicitaba la libertad de esos presos que les costó 22 pesos. En el primer trimestre de 1910 -no podríamos precisar si como consecuencias de éstas u otras detenciones- pagaban 200 pesos para conseguir la libertad de Loureiro y de Pascucci. A lo largo de todo 1910 hay nuevos gastos por detenciones de directivos sindicales³.

Finalmente, el centenario pudo celebrarse con todos los fastos programados.

Los palacetes del flamante Barrio Norte fueron inaugurados con gran pompa: el Palacio de los Paz, en el Retiro (hoy Círculo Militar); el Palacio de los Anchorena (hoy Cancillería), el de los Ortiz Basualdo, y el de los Alvear (hoy sede de la embajada de Francia), entre otros. Los carruajes portadores de nobles europeos y aristócratas porteños rodaban sobre empedrados cuyos adoquines habían sido provistos en buena parte por las canteras del Tandil. Mientras la celebración se preparaba para alcanzar todo su esplendor, el 13 de Mayo, en Buenos Aires, redactores de La Vanguardia y de La Protesta eran detenidos. Entre el 14 y el 16 grupos de “niños bien” asaltaron las imprentas de las respectivas publicaciones, y con la complicidad policial ingresaron en varios locales obreros y en el de la C.O.R.A. y destrozaron su interior.

El 27 de Junio se sancionaba la Ley de Defensa Social, por la que se prohibía ingresar en el país a extranjeros con condenas, a anarquistas, etc.. Para ellos se disponía el confinamiento y la deportación. Las asociaciones o personas que desearan realizar reuniones públicas, en locales cerrados o al aire libre, deberían solicitar autorización a

² *Ibídem.*

³ Sociedad Unión Obrera de las Canteras, Libro de Caja.

la policía de su localidad; había penas de arresto de seis meses a un año para quienes violaren esta disposición.

En Tandil seguramente se repitieron las detenciones. En el libro de Caja aludido se consignan en el segundo trimestre de ese año de 1910 (Abril, Mayo y Junio) y se habla en ellos de gastos de proceso, y también por días de detención a varios directivos. En el tercer trimestre (Julio, Agosto y Setiembre) y también en el cuarto, se remiten los gastos por detenciones y procesos⁴.

1911: Tiroteo con canteristas frente a la Comisaría

Los primeros días de 1911 llegaron signados de presagios.

El 15 de enero, la Unión Obrera de las Canteras del Tandil había adherido a la C.O.R.A. (Confederación Obrera Regional Argentina). Por todo el país corrían noticias de huelgas, violencias y represiones armadas.

El domingo 26 de Febrero, el sindicato canteril realizó en Cerro Leones una asamblea. El permiso policial –que de acuerdo con la Ley de Defensa Social, debía ser solicitado previamente- fue extendido por el Comisario de Tandil, Vicente Lezama, sólo hasta las 12. “Mire que la asamblea puede durar más”, advirtieron al policía. “Aténgase a las consecuencias. El permiso caduca a las 12”.

La reunión se extendió más allá de lo autorizado. Acusados de violar la Ley de Defensa Social, tres directivos del sindicato, Güerino Conforti, César Mollar y José Romay, fueron detenidos⁵.

Cuando los obreros supieron la novedad en Cerro Leones, acordaron parar el trabajo y tras comunicarse con La Movidiza, concretaron una concentración en el Puente del Azul (hoy Figueroa y Del Valle), en las afueras del pueblo. Enviaron una delegación a la Comisaría, donde los tres directivos sindicales se hallaban presos, y exigieron su libertad. La conversación con el Comisario Lezama resultó infructuosa y ante la negativa de liberarlos, toda la fuerza obrera resolvió avanzar hacia la Comisaría, ubicada entonces donde ahora se levanta el Palacio Municipal.

Una desgraciada coincidencia acentuó el alto riesgo y algunos creen que fue el factor que desencadenó el drama: a la misma hora, desde la Cantera San Luis había bajado otra columna para protestar por la forma descomedida con que un compañero suyo había sido desalojado de su casilla por la policía*.

La tensión fue creciendo por grados. Los picapedreros comenzaron a avanzar desde la plaza central, hacia la Comisaría, que se hallaba enfrente, calle por medio. El Comisario Lezama, temiendo el desborde, armó a todos, incluso vigilantes y escribientes y los parapetó en los techos y ventanas del edificio. Aseguran las crónicas

⁴ Ibídem.

⁵ CONFORTI, Güerino. Sus recuerdos, en El Eco de Tandil, 05-06-1961.

* No hay documentos que confirmen esta aseveración, pero esto fue lo que esgrimían, cincuenta años después, sus protagonistas procedentes de Cerro Leones y de San Luis cuando los entrevisté (ver Notas y Documentos al final de este capítulo).

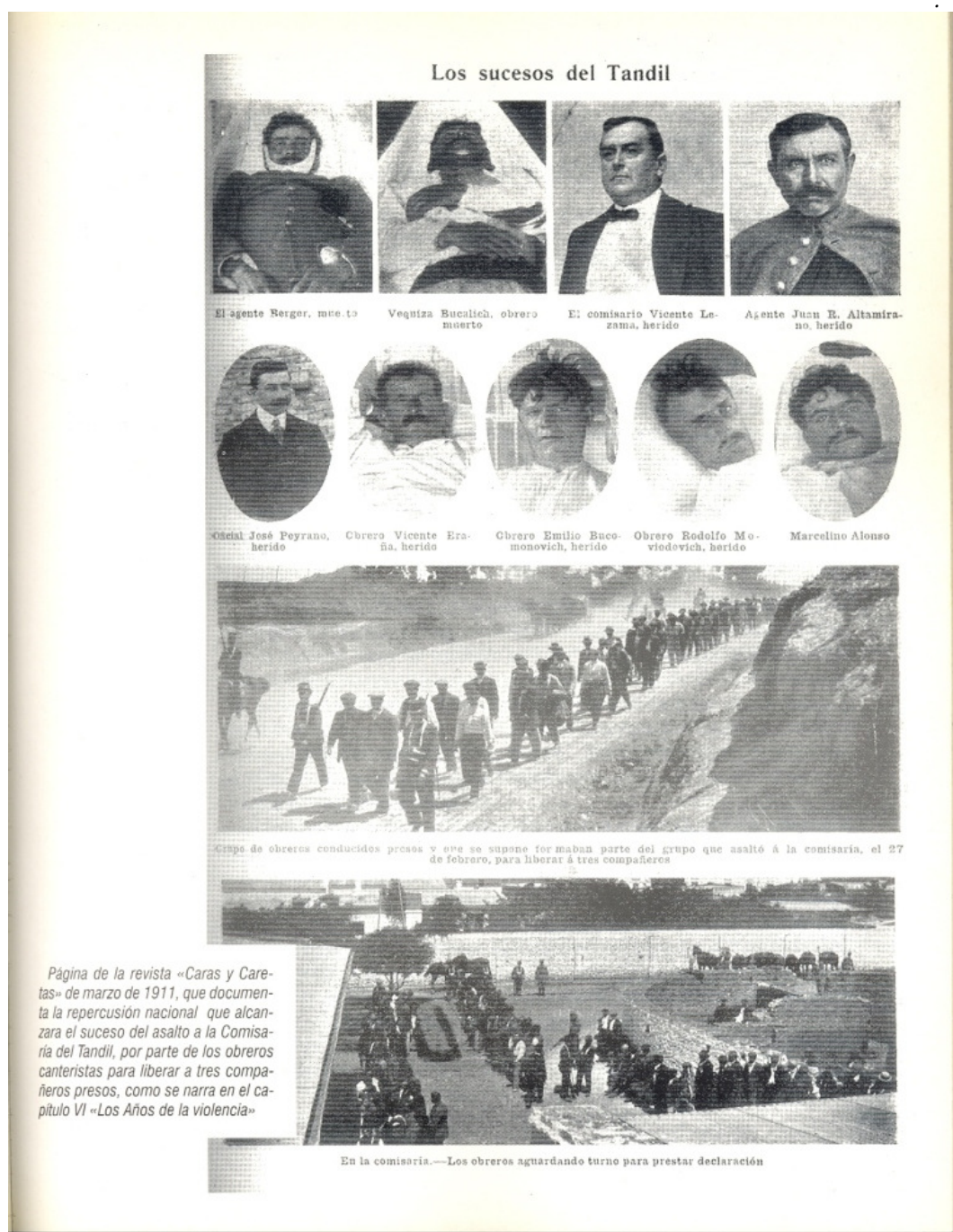
—oficialistas— que Lezama hizo un último llamado ala cordura. La multitud obrera ya se agolpaba frente al edificio^{**}.

De pronto sonaron dos tiros, “cuya procedencia se trata de averiguar” dijeron después la policía y los diarios. La policía disparó —afirman que al aire— para intimidar a los manifestantes, algunos de los cuales replicaron con tiros de revólver. El tiroteo se generalizó⁶.

Un obrero quedó tendido en el empedrado, frente a la Comisaría. Algunos policías fueron alcanzados por los balazos. El propio Comisario Lezama recibió una herida superficial en la nuca, cerca de la oreja derecha, que le hizo perder momentáneamente el sentido.

^{**} Según periódicos de la época, el número de manifestantes había llegado a 2.500, cifra improbable porque de acuerdo con los registros de afiliados, los obreros sindicados eran muchos menos, pero sin duda sobrepasaban el millar.

⁶ El Eco de Tandil, Id.



Pero lo notorio y general fue la desbandada de los obreros, muchos de los cuales “manaban sangre dejando un reguero en calles y veredas” dice EL ECO DEL TANDIL en su edición del 2 de Marzo al comentar los sucesos. La crónica agrega:

“Sombreros, palos, revólveres, fierros y hasta alpargatas se encontraron en el sitio de la pelea (...) probando esos revólveres, fierros y palos que los obreros iban preparados para cualquier eventualidad”. Hubo también un policía muerto -Martín Bergen- y varios heridos.

Cacería de picapedreros

De inmediato, las autoridades solicitaron por telégrafo, refuerzos a la Capital y a La Plata. En el tren de la mañana del martes, llegaron el Inspector Chaumeil y 40 hombres de Infantería y Caballería, armados de máuser y al mando del Capitán Podestá. La Jefatura de Policía dispuso además que el comisario Gallardo, de Juárez, se desplazara hasta Tandil con ocho vigilantes. También se trasladaron elementos sanitarios, encabezados por el Doctor Torrent con un practicante y un botiquín completo, pero sus servicios fueron innecesarios porque en Tandil los Doctores Gatti, Vitón y Tuculet habían curado ya a los heridos.

El Inspector Chaumeil, acompañado por personal local (el oficial Gómez y el sargento Amestoy) y medio centenar de soldados, se trasladó el mismo martes por la mañana hasta las canteras de Cerro Leones. Muchos obreros habían desaparecido buscando refugio en las sierras aledañas. Pero a las 7 de la tarde, las partidas represoras habían egresado y tenían alojados en los patios y dependencias de la Comisaría a 244 detenidos, algunos de ellos, incomunicados. En los días siguientes siguieron las “razzias”. Muchos obreros eran traídos a pie, al trote, desde varios kilómetros, bajo el rayazo del sol de febrero, arreados a caballo por las fuerzas policiales.

Informaciones oficiales consignaban que la puerta de la Casa Municipal quedó marcada por las balas, lo mismo que las paredes exteriores e interiores.

Una bala de revólver de fabricación suiza había agujereado el postigo de una ventana y fue hallada en el Salón de sesiones del Consejo Deliberante. Consignaba la policía, asimismo que, próximo al kiosco de La Plaza (parte que daba entonces a la oficina del Telégrafo) habían sido recogidas infinidad de cápsulas de distintos sistemas, lo que probaba de manera fehaciente -agregaba- que allá se cargaron nuevamente revólveres⁷.

Los obreros dieron otras versiones: tres italianos que se habían refugiado en un zaguán, fueron los primeros detenidos. Habían elegido un mal lugar -el zaguán de la casa del comisario- y los acusaban de haber querido atentar contra su familia, aunque ellos arguyeran que estaban desarmados. A otro italiano que arrojaron en el patio de la Comisaría, le habían cortado de un sablazo varios dedos de una mano.

Finalmente en tandas de a 30, los detenidos -105 en total- fueron enviados a La Plata para ser juzgados. El 9 de Marzo estaba todo tranquilo, por lo que regresó a La Plata el Capitán Podestá con parte de los efectivos. En Tandil quedaron nada más que 20 soldados a cargo del Teniente Flores.

Romay, Mollar y Conforti, en cambio, fueron remitidos a Bahía Blanca, para ser juzgados en el fuero federal acusados de violar el artículo 8vo. de la ley de Defensa Social.

Tres días después de los sucesos había llegado a Tandil el sindicalista Juan Loperena, enviado por la C.O.R.A. Pero apenas pisó el andén fue detenido. La C.O.R.A. envió entonces a Sebastián Marotta, quien pudo burlar la vigilancia policial y reunirse con unos 150 obreros, a ocultas, en las sierras. Habían asistido delegados de las distintas

⁷ Ibídem.

canteras. En tanto, Loperena, obligado por la policía a dejar Tandil, se trasladó a Bahía Blanca para organizar la defensa de los directivos trasladados a esa ciudad⁸.

A fines del mismo marzo, el Juez se pronunciaba por la inocencia del centenar de detenidos, lo que causó estupor en algunos sectores de opinión. La Nación, en su edición del 2 de Abril de ese año, puso en tela de juicio la probidad y ecuanimidad con que había actuado la policía, al expresar que:

“Los sangrientos sucesos del Tandil han tenido un epílogo que no coincide ciertamente, con la forma en que desde un principio presentó los hechos la autoridad policial. Ésta estableció culpabilidad que la justicia, al estudiar los sucesos, no ha podido comprobar acabadamente y ha debido entonces resolver la libertad, hecha efectiva desde anoche, de los 150 detenidos que se hallaban en el Departamento de Policía de La Plata”⁹.

El sindicato pagó todos los gastos: fueron 13.173 pesos con 15 centavos, una fortunita para la época equivalente al precio de por lo menos dos buenas casas. El abogado cobró 100 pesos por cada uno de los 106 obreros detenidos. Hasta la cuenta de hoteles y fondas donde se refugiaron algunos manifestantes cuando se produjo la desbandada con el tiroteo, les saldó el sindicato, incluso la tumba para Bekesa Bucolich, el montenegrino muerto en la refriega. Muchos salarios caídos fueron abonados y hubo algunos a los que se pagaron incluso los días que dejaron de trabajar para reunir firmas en favor de los presos que iban a ser deportados, y los posteriores de detención por haberlas recogido.

Octubre de 1913: Una larga noche

Los años siguientes estarían signados por la violencia. El país se conmovía con nuevas huelgas y duras represiones. Algunos conflictos, de larga duración, como el de los obreros ferroviarios nucleados en La Fraternidad, en 1912, culminaron en el fracaso. En julio de ese mismo año, estalló en Alcorta, Santa Fe, el movimiento de los campesinos chacareros y medieros.

En Tandil, 1913 sería el último año de la euforia en la producción pedrera, con la más alta cifra de toda su historia. Pero en el mismo lapso de doce meses comenzaría el decaimiento, la parálisis, y una negra etapa de desocupación que se prolongaría por los cuatro años siguientes. La primera guerra mundial agravaría la crisis, inversores irían tras la quimera de la carne a precio de oro y algunos abandonarían la otrora próspera industria de la piedra. Aunque todo fuere superado, ya nunca volverían a alcanzarse los altos niveles de producción anterior.

En Setiembre de 1913 estalló un nuevo conflicto en la cantera San Luis, con la empresa Vieyra y Cía. El martes 30 de ese mes, la empresa hizo ingresar a obreros no federados para romper la huelga, y los del sindicato los hicieron desistir a pedradas, y a tiros, al grito de “¡Atrás, carneros!”. Los dos policías allí destacaron intentaron intervenir a favor de los rompehuelgas y también fueron atacados a tiros y a pedradas¹⁰.

El 1.º de Octubre, por la mañana, nuevamente arribó una fuerza armada al Tandil. Esta vez eran 50 hombres, que venían al mando del Comandante Podestá y a cargo del

⁸ MAROTA, Sebastián: Op. cit.

⁹ La Nación.

¹⁰ El Eco de Tandil, 01-10-1913.

Comisario Laffite. Su primer contacto con los huelguistas de San Luis fue el mismo: insultos, pedradas y disparos.

El comandante Podestá, a toque de clarín, dispuso sus efectivos, y desconcertó a los obreros. Las fuerzas represoras aprovecharon la sorpresa y ocuparon la pequeña población de casas de piedra, madera y chapa, las desalojaron de sus efectos personales, arrojaron sus muebles a la calle y según denunciaron los obreros, hasta perdieron las libretas de banco con sus ahorros.

Un grupo de obreros, según informaba *El Eco del Tandil*, se apoderó desesperadamente del polvorín y procuró hacerse fuerte en él. Pero no poseyendo armas eficaces para sostenerse, adoptaron una resolución heroica: uno de ellos rodeó su cuerpo con un cinturón de cartuchos de dinamita. Si los represores disparaban, todos los obreros volarían en pedazos.

El Comandante Podestá logró parlamentar y convenciéndolos de que desalojaran el polvorín con garantías de no adoptar represalias, poco a poco tomó el control de la situación.

Pero el conflicto no estaba definido. El 2 de Octubre pararon todas las canteras en solidaridad con los obreros de San Luis, por tiempo indeterminado. El clima represivo volvió a endurecerse a tal grado que de las reuniones del Comité Central del Sindicato no pudieron levantar el acta por lo que ha de suponerse que debieron realizarse a campo abierto, entre las sierras, y probablemente de noche. El 12 de Octubre, una asamblea obrera acordó volver al trabajo cuando se retirase la policía de las canteras. Dos obreros recibieron 100 pesos cada uno, para que pudieran salir del país y evitar que la policía los detuviera y deportara a sus lugares de origen. El 14 de Octubre se cumplió una nueva asamblea porque los otros obreros presos eran trasladados a La Plata. Se insistió en pedir el retiro de las tropas y garantías de que no habría detenciones ni persecuciones. Designaron una comisión que fue a entrevistar al jefe policial. La integraban Pascucci, Saldías y Espinosa y los acompañó Lottito, del Comité Central de la C.O.R.A. Dos días después levantaron el paro, bajo la palabra empeñada por el comandante militar y el comisario de que no habría represalias. Pero el 25 de Octubre una nueva asamblea sindical informaba que los patronos habían cerrado las canteras, cuando los obreros rechazaron el orden del día que ellos propusieran en el seno de las discusiones con las empresas. Se acordó no reconocer comité patronal alguno; los patronos que quisieran aceptar las condiciones deberían dirigirse a cada sección. El 1.º de Noviembre, en una nueva asamblea general informaban que habría varios patronos que habían comenzado a trabajar. Acordaron exigir que ninguno de ellos vendiera material a los grandes patronos en huelga.

Intervención del Intendente Santamarina

El jueves 23 de Octubre *El Eco del Tandil* advertía¹¹ en una nota editorial de su primera página que la solución había sido inesperada:

“Porque si bien es cierto que es el final de una cuestión en la que los patronos en un principio no intervinieron, será innegablemente, principio también para un nuevo conflicto y malestar en la industria pedrera”.

¹¹ *Ibíd.*, 23-10-1913.

El diario vaticinaba que el arreglo fracasaría mientras no se estableciera libremente entre patronos y obreros. Así sucedió: una nueva asamblea, el 10 de Noviembre (el sindicato funcionaba en asamblea permanente) denunciaba nuevos atropellos policiales, esta vez en Cerro Leones, aunque el acta no especificaba en qué habían consistido. La asamblea acordó hacer el 23 de Noviembre una manifestación de protesta en el pueblo de Tandil, en la que tomarían parte hombres y mujeres. Y Hugo acuerdo para varios “boicots”***.

Días más adelante, se acordó suspender la manifestación del 23: había expectativas de arreglo. El Intendente Antonio Santamarina había tomado cartas en el asunto, y a todos pareció un buen árbitro.

Santamarina pidió al sindicato que designase una comisión para hablar con él. Fueron Pascucci, Viel, Bozzone, Espinosa, Saldías y Mollar. No llevaban facultades para tomar una decisión.

El 17 de Noviembre, la comisión que entrevistó a Santamarina, traía noticias alentadoras. Informaba que sólo Seguin (Albion, entonces Vicuña), Franco, Molino, Sala y Piñero (todas canteras menores) se negaban a aceptar las condiciones obreras. Los demás patronos admitían volver alas condiciones anteriores****. La asamblea adoptó otras decisiones realmente curiosas: “condenó al almacenero Ciappa a pagar 2.000 pesos de multa”*****.

En otro orden de cosas, se exigía la admisión en las empresas de los capataces que hubiesen sido solidarios con la huelga y la expulsión de los “carneros”. La policía debía ser retirada.

La prensa tandilense aplaudió esta vez la intervención del Intendente Santamarina. “El Eco del Tandil”, en su edición del jueves 20 de Noviembre expresaba en nota editorial titulada “En vías de solución”: “El Intendente Señor Santamarina se interesó especialmente el lunes ppdo. porque el paro de las canteras, motivado por las causas que ya son de dominio público, llegara a un final, sin menoscabo de ninguna de las partes del litigio y si en beneficio de la tranquilidad general y la normalización del trabajo en las canteras en particular”¹².

De cualquier modo a “El Eco del Tandil” no se le ocultaba que los años de la euforia canteril habían pasado y le preocupaba que las gestiones del Intendente Santamarina fueran a frustrarse: “Si esto ocurriera, después del camino andado sería como para ir pensando en que ha llegado para la industria pedrera tandilense una de las épocas más difíciles, rodeada de todos los caracteres que la hacen semejar a una crisis profunda con amenazas de muerte”¹³.

*** El “boicot” era una sanción muy frecuente en las actitudes sindicales, según el cual se ordenaba a los afiliados no adquirir mercadería en un determinado negocio que hubiese demostrado hostilidad o indiferencia a un movimiento obrero. Toribio Lavayén tenía una cantera con la que mantenían conflicto. En esa asamblea se acordó “boicotear” el almacén “El Águila”, de la que Lavayén era co-propietario.

**** Lo que hace suponer que el conflicto nació por haber desmejorado las empresas las condiciones laborales, en razón de la falta de trabajo.

***** Estas “condenas” o “multas” debieron hacerse efectivas porque a veces figuran como ingresos extraordinarios en los libros de caja del sindicato.

¹² Ibídem, 20-11-1913.

¹³ Ibídem.

Calma aparente y bombas intimidatorias

El lenguaje de las bombas parecía generalizarse en el Tandil de aquel año. El 8 de Octubre, mientras hablaba en el Teatro Cervantes el directivo socialista Nicolás Repetto, estalló una bomba. Como al parecer sólo era de pólvora, no hubo víctimas y apenas pocos daños. El jueves 16 de ese mismo mes, a la medianoche, la ciudad se veía conmovida por una formidable detonación. “El espíritu general, en su mayoría predispuesto a pensar en lo malo con fundada razón, creyó en los primeros momentos que se trataba de un vandálico hecho llevado a cabo en algunas de las canteras locales”, exponía en peculiar estilo un periódico de entonces. Las cosas habían sucedido así: en una fonda de la cantera Albión varios obreros borrachos promovieron un desorden, de resultas del que la fondera fue herida en una mano por la cuchilla de uno de los revoltosos. Estos se dirigieron luego al polvorín de la cantera, sustrajeron una regular cantidad de pólvora y fabricaron una gran bomba que colocaron próxima al edificio de la fonda y la hicieron explotar. El efecto era sólo intimidatorio ya que el artefacto infernal no fue colocado en el edificio mismo. Gran despliegue policial, veinte hombres de tropa armada y la cosa pasó, porque nada tenía que ver con el conflicto que en esos días estaba viviéndose.

En cambio sí tenían destinatario e intención los dos cartuchos de dinamita que le colocaron uno debajo de cada rueda al carro de Fausto Castro, mientras dormía en su chacra. Al mover la chata, los cartuchos estallaron y le destrozaron las dos ruedas. Castro había estado acarreado adoquines durante la huelga de las canteras. Esto había ocurrido en los primeros días de Noviembre.

En los últimos de ese mes hubo otro incidente: éste también parecía intencional. El obrero Francisco Novelli estaba apilando adoquines en la cantera Franco y Compañía. De pronto estalló un cartucho que se supuso contendría gelinita y se habría colocado entre los adoquines que se movilizaban. Novelli salió con heridas en la mano izquierda, quemaduras en el rostro y un gran susto.

Menos dañosa que la dinamita, el público que en la noche del 23 de Diciembre de ese agitado año de 1913, colmaba la sala del teatro Unione Italiana, escuchaba los explosivos versos de Pedro B. Palacios, más conocido como Almafuerte. Hasta la poesía parecía asociarse al clima.

El crimen ciego: Bombas y muertes en la cantera Albión

Pero 1914 iba a iniciarse trágicamente. El 17 de Enero, a la una y media de la madrugada, estallaron dos bombas colocadas debajo de la casilla en la que se alojaban Pedro Gervasoni, su mujer y sus seis hijos, en la cantera Albión, donde la víctima se desempeñaba como capataz.

Uno de los explosivos fue cargado con dinamita y el otro con pólvora. Mientras la primera debía despedazar la casilla, la otra propendería a su incendio.

Dos de los niños, Carlos de 14 años y Mario, de 13, resultaron destrozados. Los demás, exceptuando la madre, Angela Peyrano, y una niña de 9 años, Lucía, resultaron con graves heridas.

La mujer, al tiempo de percibir la explosión, saltó por una ventana y se salvó de una muerte segura. La niñita quedó debajo de unas maderas del tabique que dividía en dos la casilla, lo que seguramente la salvó de ser aplastada. Más de la mitad de la casilla, de

madera y cinc, resultó destrozada. Una de las chapas chocó contra uno de los niños y le dio muerte tras arrojarlo a más de cinco metros fuera de la habitación.

Hubo detenciones, pero la policía estaba desorientada. No halló huellas ni obtuvo declaraciones que dieran indicio de la identidad de los terroristas. La policía envió personal de Investigaciones, pero sus actuaciones no prosperaron. El jueves 22 moría otro de los niños Gervasoni.

La prensa metropolitana se hizo eco de los hechos y los presentó con caracteres monstruosos. No trepidó en responsabilizar a los obreros picapedreros por el atentado.

Los obreros organizados, han sostenido por su parte que se trató de una conspiración patronal y policial para dismantelar el sindicato. Algunos subrayaban, por ejemplo, que Gervasoni había mantenido una actitud favorable a los obreros durante la huelga reciente.

La Unión Obrera de las Canteras emitió un comunicado en el que condenaba el atentado perpetrado en la cantera Albión, mientras advertía que los culpables “no deberían ser buscados entre los dignos y laboriosos compañeros nuestros” sino en el grupo de recalcitrantes enemigos del proletariado organizado de las canteras que ahora explotan el sentimiento público derramando “lágrimas de cocodrilo”¹⁴.

El domingo 25 de enero iba a celebrarse una asamblea para resolver la huelga general, pero en las vísperas todos los detenidos recuperaron su libertad.

Según Marotta, los detenidos fueron Roberto Pascucci, Fortunato Viel, Alfonso Espinosa, Florentino y Celestino Tolosa, José Rivas, Antonio Padellini, Ricardo e Isidoro Caramés, Benito Araujo, Fermín Saldías, Benito García, José García y José Francisco. Los nombrados eran todos conspicuos directivos del movimiento sindical de las canteras. Era evidente que la policía no barruntaba el menor indicio y había descargado un “palo de ciego” para ver qué pasaba.

La desocupación

Pero aunque cesaron las detenciones y las movilizaciones violentas, lo que verdaderamente venía cerniéndose sobre los trabajadores era la desocupación.

Largas semanas y meses sin trabajo sembraron el desconcierto entre trabajadores y comerciantes. Los primeros no atinaban a cambiar de tareas, salvo ante la proximidad de las cosechas. Los comerciantes, que desde 1909, cuando la victoria obrera tras de la huelga grande, habían disfrutado de la prosperidad de su torrente adquisitivo, ahora se veían obligados a restringir los créditos.

El sindicato debía intervenir. En cada sección designaban comisiones para averiguar cuántas familias se hallaban padeciendo necesidades extremas y cuáles de ellas. Además, una comisión integrada por Esteban Illi y Pedro Martínez, recorrería los almacenes que funcionaban en las canteras y que habían cortado el crédito a las familias de los obreros sin trabajo.

¹⁴ MAROTTA, Sebastián: Op. cit.

Corría Mayo de 1914. Se aprobó organizar un acto público contra la carestía y la desocupación que no llegó a concretarse. Más práctico –aunque no conozcamos sus resultados posteriores- fue una cuota extraordinaria de 3 pesos aprobada para recaudar entre quienes aún estaban cobrando sus sueldos porque conservaban todavía su trabajo. Esa cuota sería un empréstito para auxiliar a sus compañeros víctimas de la desocupación*****.

El sindicato vivía su primer momento de contrariedad luego de los años de euforia que sucedieron a su victoria de 1909. Duros debates, críticas despiadadas, recriminaciones, voces airadas que se alzaban contra quienes proponían paros y huelgas.

La recaudación por las cotizaciones de los afiliados caía abruptamente. Mientras en Enero de 1914 cotizaban por 429 pesos, sólo en La Movediza, en Mayo apenas recaudaban 64,50. En un momento dado, la Seccional La Movediza quedaría acéfala. Todos –hasta los directivos- se habían ido a trabajar al campo en las cosechas. Y fue precisamente a partir de esa situación migratoria en que se instituyeron los turnos, que más adelante se explican (Capítulo XV) para garantizar el trabajo a los que por falta momentánea en una cantera, se iban a buscar medio de vida en otra parte.

Las “expropiaciones” de ovejas y vacas

Cuando el hambre adquiría contornos dramáticos, la imaginación y la audacia agregaban ingredientes pintorescos y situaciones grotescas.

Los obreros fueron convenciéndose de que iban a pasar meses sin que el trabajo volviera. La parálisis se prolongó de 1914 a 1918, lapso en que se extendió la situación más penosa, hasta que lentamente se fue reanudando la actividad, si bien sólo parcialmente.

El robo de ovejas y vacas para dar de comer a la comunidad a la que pertenecían fue el más difundido.

Battista Ghezzi memoraba cuando salía a cazar vacas con cartuchos y proyectiles que él mismo preparaba.

En la cantera San Luis la organización era mayor aún: alrededor de 1917 vivían en ella Leonardo Puggioni, entonces veinteañero, y Antonio “Totoi” Del Río, ambos sardenños. Del Río, dueño de una especial personalidad (ver Capítulo XII), disponía de un mal habido catalejo. Al promediar la tarde subía a lo más alto de la sierra y desde allí, con su largavista, observaba en cuál de los corrales encerraban esa noche a las ovejas que formaban el plantel cuantioso de los Pereyra Iraola, con estancia en relativa proximidad. Pasada la voz, al anochecer salía una cuadrilla de “expropiadores” (a veces, aunque solitario, el mismo Del Río incursionaba, aunque siempre a caballo); localizado el corral observado en la tarde, se traían cada uno dos ovejas y hasta tres, vivas y al trote. Pasaban alambradas sin problemas, y para que no escaparan solían atarlas por las manos o las patas, de a dos, como quien las esposara¹⁵.

***** Dos almaceneros, Ocelli y Gotía –según consta en actas de asamblea- pidieron al sindicato una garantía para suministrar comestibles a varias familias de las necesitadas. Después de meditada esta cuestión, y en vista de que eran muchas las que se encontraban en las mismas circunstancias y que sería imposible atender a todas por falta de recursos, se denegó la garantía.

¹⁵ Testimonio de Leonardo PUGGIONI, entrevista del 06-06-1976.

En la cantera habían organizado una carnicería clandestina. Funcionaba en la herrería. Degollaban las ovejas, las cuereaban, las despostaban y salían ellos mismos a dejar, antes que amaneciera, en el umbral de las casillas de los canteristas, una bolsa con un cuarto de oveja adentro, según turnos planificados ya que las ovejas no alcanzaban para todos. La herrería quedaba limpia y sin huellas, hasta la madrugada siguiente, en la que aguardaba otra faena clandestina⁺.

La epopeya del robo de ovejas y vacas para que la población canterista pudiera comer, se recordaba todavía —aunque con discreto pudor— entre los ancianos sobrevivientes entrevistados para este libro, pero algunos, como Puggioni, la exhibían con legítimo orgullo, porque para ellos tuvo un contenido justiciero⁺⁺.

Épica de la violencia

Más allá de la verdad histórica y probada, en la memoria canteril quedó flotando desde aquellos tiempos un aire de leyendas, cuyas versiones solían coincidir, aunque las fechas o los datos discreparan.

Estas tres historias son su prueba.

CINTURONES DE DINAMITA BAJO LA CAPA MONTENEGRINA

Debió ser en tiempos del Comisario Lezama, seguramente durante la década que hemos analizado. Pudo ser un Primero de Mayo, o bien un mitin de protesta por la desocupación o a favor de otras reivindicaciones. Menos probable que se debiera a la celebración del 6 de Octubre, aniversario de la Unión Obrera de las Canteras. Se respiraba en esos días un clima muy tenso, y el Comisario Lezama había advertido que no admitiría desbordes de palabra ni amagos de manifestación. El mitin se hacía entonces en la tradicionalmente denominada “Plaza de las Carretas”, después Martín Rodríguez. Comenzó la concentración, subieron al palco los oradores, y el Comisario Lezama, que había concurrido al acto en una volanta encapotada, hizo subir el carruaje a la plaza y se fue acercando al palco, con los toldos bajados. La volanta estaba llena de policías con armas largas.

El tono de los oradores fue subiendo. La volanta policial quedó muy cerca de ellos. Desde su interior, Lezama advirtió de pronto que un grupo de obreros estaba rodeándolo prietamente. Eran casi todos montenegrinos⁺⁺⁺.

Lezama percibió el peligro y ordenó martillar las armas. Algunos cañones asomaron por las aberturas de los toldos. El aire se tensó más aún. Lezama no perdía detalle. De pronto, los montenegrinos mostraron su propia arma disuasiva: un cinturón de cartuchos de dinamita que cada uno llevaba bajo los pliegues de sus “kavanchas”, mientras miraban sin pestañar al interior de la volanta. Lezama aguantó unos minutos la porfía. Luego la volanta comenzó a retroceder¹⁶.

+ “Yo no dejaría casar a mi hija con un hombre que no se anime a robar una oveja” solía decir Juan Esquer, antiguo poblador de La Movediza. De ese modo privilegiaba su capacidad para sobrevivir en condiciones extremas.

++ Ver Notas y Documentos en el presente capítulo.

+++ Se les reconocía por su gorro típico parecido a un fez turco, con una gran faja negra y una capa esclava que les llegaba hasta la media pierna, la kavancha.

¹⁶ Testimonio de Bautista GHEZZI, entrevista del 08-04-1976.

LA MARCHA DE LOS GIGANTES

Cuando los canteristas venían en manifestación, generalmente avanzaban por la calle Rodríguez, al viento el estandarte de seda roja que portaba José Fadón, un gigante de dos metros y 15 de altura, tan corpulento que cuando murió no hubo ataúd para su medida.

Esas manifestaciones, tras concentrarse en el denominado Puente del Azul (hoy Figueroa y Del Valle) avanzaban cantando viejos himnos libertarios: “Avanti il Popolo”, “Bandiera Rossa”, “El hijo del Pueblo” o “La Internacional”. Resaltaba su marcha, que aparentaba un ejército de cinco mil hombres, un ruido de tachas -las que claveteaban la suela de sus botines-. Muchos de aquellos manifestantes eran enormes, de gruesos y enhiestos mostachos, briosos, arrogantes.

Su paso era anunciado por el estrépito de las persianas metálicas que iban cerrándose antes que la columna llegara, en previsión de una rotura de cristales⁺⁺⁺⁺. El ruido se extendía sucesivamente a lo largo de la calle, como un prelude de la marcha obrera.

UN CURIOSO CRITERIO DE LA INVOLABILIDAD DEL DOMICILIO

Antonio Santamarina, diputado nacional, fue Intendente del Tandil, entre 1913 y 1914. Era joven y comenzaba su brillante carrera política que lo llevaría a transformarse en Senador Nacional por la Provincia de Buenos Aires veinte años después, y una de las conspicuas figuras nacionales del conservadurismo.

Ligado indirectamente al tema canteril, ya que cerros de campos suyos eran explotados por canteras, su intervención en el largo y agitado conflicto de 1913¹⁷ fue memorada por muchos vecinos, y especialmente por los canteristas⁺⁺⁺⁺.

Los obreros aceptaron de buen grado su intervención para solucionar el conflicto, y hasta acordaron acudir a él cuando algunos de los términos del arreglo no fuera respetado por los patronos.

Nunca pudimos corroborar, empero, el grado de veracidad de una versión que recogimos de la memoria de antiguos militantes sindicales -algunos muy esclarecidos como Avelino Ghezzi- según la cual Antonio Santamarina habría esgrimido un curioso argumento para hacer respetar la inviolabilidad del domicilio de los obreros canteristas durante la huelga, varias veces allanados por los efectivos policiales.

Sucedía que en Cerro Leones, la calle principal de acceso a la población y a la cantera era, a su vez, el deslinde de dos propiedades: a la derecha, hacia el noroeste, donde funciona aún hoy la cantera, eran tierras de los Figueroa. Hacia la izquierda, hacia el sudeste, se levantaba la población sobre propiedad de Santamarina.

⁺⁺⁺⁺ “Había que aguantárselas sobre el caballo cuando venían los canteristas”, admitía un bravo policía de otros tiempos, testigo y vigilante de aquellas manifestaciones.

¹⁷ Municipalidad de Tandil, Memoria de los años 1913-1914. administración del Diputado Nacional Antonio Santamarina. Imprenta Vitullo Hnos. y Cía. Tandil, 1915.

⁺⁺⁺⁺ En la minuciosa memoria impresa sobre su labor como Intendente de Tandil 1913 y 1914, Santamarina no menciona esta intervención en su texto, pero sí en la inscripción al pie de una fotografía que documenta la asamblea de obreros canteristas que da por terminado el conflicto, solucionado expresamente con la intervención del Intendente Municipal.

Cuando la policía allanó casillas de los canteristas, Santamarina habría protestado airadamente, y exigido el retiro de la policía y la liberación de los detenidos arguyendo que la intromisión policial se había registrado en campos suyos, con lo que se habría violado -en consecuencia- su propiedad.

Costo del liderazgo canteril: Mariano Díaz. La Federación Obrera local

Esta continua lucha afianzó el carácter combativo de los obreros canteristas, que poco a poco asumieron el liderazgo de las luchas sindicales en Tandil.

Por inspiración del sector sindicalista de las canteras el 3 de Setiembre de 1919 se constituyó la FEDERACIÓN OBRERA LOCAL, que núcleo a los panaderos, molineros y carpinteros. Luego se agregaron los herreros, los plomeros y hojalateros, los oficios varios, la Sociedad de Sastres y los municipales¹⁸.

Además de algunas medidas prácticas como la creación de un periódico y promover la organización de una Cooperativa, plantearon hechos reivindicatorios tales como el apoyo a los mercantiles que a principios de 1921 luchaban todavía por el descanso dominical y la limitación del horario de trabajo¹⁹.

El 2 de marzo de 1921, estallaba un conflicto de los obreros panaderos con los patronos locales, que contó desde su inicio con el apoyo de la Federación local. Pero para entonces llevaban tres meses infructuosos de huelga y negociaciones frustradas. El Intendente Municipal Esteban Maritorena (radical) decidió intervenir para buscar un entendimiento, gestiones que fracasaron el día 11 de ese mes, por lo que el domingo 13 la Asamblea de Delegados de la Federación Obrera Local aprobó iniciar una huelga general por tiempo indeterminado a partir del miércoles 16, a las 6 de la mañana²⁰.

La huelga general tuvo solidaria respuesta. Además de los panaderos, se sumaron los albañiles, pintores y mecánicos, el personal de la Usina de electricidad, algunos mozos de bar, la mayoría de los cocheros y peones municipales.

Delegaciones obreras visitaban las casas de comercio, para invitarlas al cierre. Algunos aceptaron la sugerencia por temer atentados criminales, cosa que no ocurrió, "por el contrario, ha reinado la más completa tranquilidad" documentaban los diarios ese día.

Los obreros en huelga atajaron a los lecheros y verduleros y los invitaron al abandono de los repartos. Pero cuando uno de los lecheros se resistió y quiso seguir, le volcaron la leche en la calle. El jueves interceptaron el paso a los carniceros.

En previsión de desórdenes mayores, la Municipalidad solicitó al Poder Ejecutivo provincial el envío de una dotación de diez hombres del Escuadrón de Seguridad, que llegó al mando de un sargento²¹.

El viernes 18 la tranquilidad se mantenía, salvo algunos desmanes. A las cuatro de la tarde de ese día unos 200 canteristas entraron en la ciudad, muchos a caballo. Se le sumaron albañiles, y avanzando por la calle Rodríguez, hasta Pinto, siguieron por allí hasta Santamarina, desde donde descendieron hasta la Plaza Martín Rodríguez. Unas 800 personas rodearon su tribuna para escuchar a Aurelio Recuna, canterista que

¹⁸ Federación Obrera Local (En custodia en la Seccional Tandil de A.O.M.A.).

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Nueva Era, 03-02-1921, pág. 1ra. y 12-03-1921 pág. 1ra. Federación Obrera Local, libro de actas cit.

²¹ Nueva Era, 17-03-1921, pág. 1ra.

presidía el Comité Pro Boicot constituido para apoyar a la huelga, y al delegado del entonces Departamento Nacional del Trabajo, Doctor Adistardo Figueroa Ozán, enviado para solucionar el conflicto. Tras la desconcentración en orden, el Dr. Figueroa Ozán inició una ardua tarea de negociaciones y entrevistas con obreros y patrones en procura de hallar una solución. Las crónicas de esos días coincidieron en afirmar que la mayor dificultad era la intransigencia patronal. Las reuniones las cumplía el funcionario laboral en dependencias del entonces Palace Hotel, hoy Universidad Nacional del Centro, en Pinto y Chacabuco²².

El sábado y el domingo siguieron las hasta entonces infructuosas gestiones del doctor Figueroa Ozán, mientras la Federación Obrera Local acordaba para el lunes siguiente continuar la Huelga General y realizar un acto público en la Plaza Martín Rodríguez, ese día por la tarde.

Cierre, acto y tragedia

Desde las primeras horas del lunes, piquetes obreros visitaron las casas de comercio para pedirles el cierre de sus puertas y la mayoría de los comercios acordó hacerlo después del mediodía. Circulaba en el vecindario la versión de que después del acto, los obreros provocarían desmanes.

Por la tarde, un grupo de huelguistas que se dirigían al acto que iba a hacerse en la Plaza Martín Rodríguez, descubrieron el carro de un repartidor de leche que se encontraba en el interior del Hotel Maritorea. Espantaron el caballo, que arrastró en su huida el carruaje.

Otro grupo de huelguistas interceptó a la altura de Avda. Colón y Montevideo, el paso de dos carreros del horno de ladrillos que explotaba el vecino Ludovico Actis, pero los conductores se resistieron a abandonar los vehículos. Uno de los huelguistas, según la crónica policial publicada en “Nueva Era”, extrajo un revólver, pero aunque gatilló varias veces no salieron los disparos, lo que dio tiempo a la policía a llegar y dispersarlos.

Organizado por la Federación Obrera Local y el Comité Pro Boicot el mitin se cumplió a las 6 de la tarde. Uno de los oradores criticó al propio Dr. Figueroa Ozán, al que reprochaba no haber actuado con más energía en la solución del conflicto. Una comisión enviada poco más tarde, informaba al público que las gestiones de arreglo se habían reiniciado con buenas perspectivas. Algunos exasperaron más sus ánimos, pero otro de los oradores arengó a los huelguistas, para que guardaran compostura. Y aunque dos oradores más hablaron luego con inusitada violencia “contra los burgueses y las autoridades”, y hasta llegaron a incitar –continúa la crónica de Nueva Era- al asalto de comercio y talleres, no fueron escuchados por los concurrentes, que se disgregaron dentro del mayor orden²³.

Mientras esto sucedía, una patrulla policial mataba a balazos al canterista Mariano Díaz.

²² Id. 19-03-1921, pág. 1ra.

²³ Id. 22-03-1921.

La muerte de Mariano Díaz

La información policial dijo que alrededor de las 18.30, un grupo de obreros se habían estacionado en el local de la carnicería del Señor Campi, en la calle Maipú a la altura de Leandro N. Alem, cuando “llegaron al lugar a fin de poner orden los agentes de policía Demetrio Cáceres, Crispín Correa y Demetrio Giménez”. Agrega el parte oficial que “los huelguistas se desacataron a la autoridad, haciendo varios disparos de revólver, dándose a la fuga”. afirma el documento que “uno de los proyectiles hirió levemente en el cuello al agente Cáceres. Perseguidos por la autoridad, los huelguistas nuevamente habían descargado sus armas sobre los agentes, a la altura de la Sección Quintas, iniciándose un tiroteo de ambas partes, cayendo mortalmente herido uno de los huelguistas de nombre Mariano Díaz, que falleció poco después en la Comisaría²⁴.

Muy distinta es la crónica que envía el canterista Domingo Martínez, a El Picapedrero, y que ve la luz en Montevideo el 29 de Mayo de ese año de 1921, en su página 3.

Dice esta crónica que Díaz se hallaba en una panadería de Maipú y 9 de Julio indicándole al dueño que debía cerrar cuando se presentaron tres policías para reducirlo a prisión. Díaz se resistió y ganó la calle²⁵. Al parecer huyó por Maipú hacia Alem, perseguido a balazos por los policías, que alcanzaron a herirlo. Versiones contemporáneas de los sucesos afirman que ya herido mortalmente y en el suelo, lo ultimaron de dos balazos más.

Resulta sugestivo que si fue sido recogido con vida, como dice la crónica policial, no lo hayan llevado al Hospital para ser atendido.

Mientras Mariano Díaz caía derribado por los plomos policiales, el Dr. Figueroa Ozán redondeaba su triunfo: los patronos aceptaban el pliego de condiciones preparado, y en prueba de ello ponían sus firmas al pie, en nombre del resto de los empresarios, Juan Merani y Antonio Moliner. Por los obreros lo hacían Mauricio Ávila y José Zarini. Refrendaban el acuerdo por el Comité Pro Boicot, Aurelio Recuna, por la Federación Obrera Local M. Dornizaro, y el Intendente Municipal Don Esteban Maritorena. El pliego incluía una nueva escala de remuneraciones y la implantación del trabajo diurno, para cuando se sancionare el proyecto de ley, que debió esperar casi 30 años para tener vigencia.

²⁴ Ibídem.

²⁵ MARTÍNEZ, Domingo: “Un compañero canterista asesinado por la jauría policial”. En El Picapedrero, Montevideo (Uruguay), 29-05-1921, pág. 3.



El dramático entierro del canterista Mariano Díaz, asesinado por la policía en un enfrentamiento a raíz de la huelga general declarada por las fuerzas obreras de Tandil en solidaridad con los trabajadores panaderos. Como se temía una represión sangrienta, los canteristas iban desarmados, pero ocultos en la carroza fúnebre, llevan escopetas y revólveres para defenderse. No hubo incidentes.

El sepelio de Mariano Díaz

Los obreros canteristas no participaban de la alegría general.

Ellos habían tenido que intervenir y constituir el Comité Pro Boicot para volcar favorablemente el conflicto de los panaderos mediante el apoyo de los demás gremios a quienes se los había llevado a una experiencia inédita: la Huelga General. Aunque el triunfo había sido de los obreros panaderos, había caído uno de los suyos. Su sepelio en la tarde del martes, fue imponente. Velaron sus restos en la sede de la Federación Obrera Local, y desde allí, a lo largo de casi una legua, llevaron el féretro a pulso, hasta el cementerio. Representantes de todos los gremios integraron el cortejo. Se estimaba que más de 3.000 personas lo habían formado. La policía tenía órdenes estrictas de no intervenir ni responder a insultos e improperios. Pero los obreros también tenían una carga a caballo de los uniformados. En silencio, tras el estandarte rojo y el ataúd marchaban todos. El fúnebre, cubierto de flores, abría la marcha. Bajo las flores, escopetas, carabinas y revólveres, cargados y listas para disparar si había ataque policial²⁶.

Días más adelante, se iniciaron colectas para auxiliar a su viuda, ayuda que duró por varios años. Sólo una vez no la dieron: fue al año siguiente. En asamblea general, el 22 de Octubre de 1922 negaron a la viuda la ayuda económica que pedía para instalar en

²⁶ Nueva Era, 22-03-1921, pág. 1ra.; y Agustina Orsatti de Restelli, testimonio oral del año 1976.

su tumba una lápida con una cruz. No aceptaban la cruz, por ser un símbolo “contrario a los principios del sindicato revolucionario” según consta en el acta de ese día²⁷

NOTAS Y DOCUMENTOS DEL CAPÍTULO VI

Las Columnas para el 1° de Mayo

En la mañana temprano comenzaba la Banda en el Cerro Leones y en La Movediza. La corneta daba el aviso. Todas las mujeres afuera. Luego, a media mañana nos encolumnábamos y veníamos hasta La Movediza para salir con los compañeros de allí, que ya nos esperaban. Y luego pasábamos por Villa Laza y se incorporaba el resto. Así, hasta el Puente del Azul, donde nos esperaban los compañeros de San Luis y Albión. Y ahí comenzaba la columna, que a veces llegó a 4 o 5 mil personas [el autor supone exagerada esta cifra]. Adelante íbamos nosotros los de la Banda tocando varias marchas de trabajadores. La más importante era Hijo del Pueblo. Era poquito después del mediodía. Íbamos por Rodríguez hasta la Plaza de las Carretas. Venían oradores importantes. El más importante que recuerdo fue Marotta. Al frente iba una corneta aquí, el clarinete acá, y otra corneta. Después, el acompañamiento. Y atrás un bajo o dos, los que fueran.

Después venía Lorenzo Poli, un hombre grandote de Cerro Leones. Llevaba un estandarte del Sindicato. No llevábamos más banderas ni estandartes. Otros oradores han sido Rodolfo González Pacheco, Ibáñez y Hernández.

ACHILLE MARETOLI

Entrevista del 22 de Mayo de 1976

en su domicilio de Lisandro de la Torre 739- Tandil.

Cómo paga el sindicato los gastos de una huelga

En las anotaciones del Libro de Caja de la Unión Obrera de las Canteras correspondientes al segundo trimestre de 1910 (Abril, Mayo, Junio) se registran las siguientes anotaciones:

ENTRADAS Socios \$ 6.016.-

SALIDAS

Gastos atrasados:

Roberto Pascucci, por gastos del proceso \$ 300.-

Primer gasto por los detenidos Bozzoni, Plaza, Mulas,
Cabañas \$410.-

Por el mismo asunto \$ 150.-

Teodoro Bozzoni, 29 días de comisión durante Marzo,
Abril y Mayo \$ 174.-

²⁷ Unión Obrera de las Canteras: Libro de Actas de Comité Central de Relaciones. Asamblea del 22-10-1922.

Por el mismo asunto, entregado a Loureiro (25 pesos)	
gastos varios	\$ 50.-
Teodoro Bozzoni, 29 días de comisión durante Marzo, Abril y Mayo	\$ 174.-
Roberto Pascucci, por viaje a Montevideo y 4 días comisión	\$ 111,70.-
Teodoro Bozzoni, por 8 días de comisión y 12 de detención	\$ 120.-
Efio Mulas, por comisión, detención y gastos varios	\$ 110.-
Julián Cabaña, por comisión, detención	\$ 71,75.-
Juan Cabaña, por detención	\$ 38,50.-
Adolfo Plaza, por comisión y detención	\$ 93.-

En el Balance correspondiente al primer trimestre de 1911, se publican los gastos del proceso originado tras el tiroteo de Febrero de ese año, frente a la Comisaría. Su detalle es revelador del poderío económico del que disfrutaba el Sindicato.

Por el viaje a Ba. Blanca (a Tribunales), de Romay, Mollar y Conforti y gastos de comida	\$50,25.-
Juan Gramuglia por viaje en coche a Romay	\$ 5,00.-
Güerino Conforti, César Mollar y José Bianchi, gastos de viaje a La Plata y ropa llevada a los presos	\$217,45.-
Gastos ocasionados por Jesús Rodríguez nombrado en comisión para ir tres veces a Bs. As. pagando un viaje al Comp. Marotta y otro a M. Lueiro y gastos en Tandil	\$ 250.-
A Victoriano Olivera, comidas durante el trimestre y viandas a la Comisaría	\$ 172,30.-
Dinero girado a la Confederación (CORA)	
	\$ 500,00.-
	\$ 900,00.-
	\$ 4.400,00.-
	\$ 3.300,00.-
	\$ 900,00.-

(Estas remesas debieron ser para los honorarios del abogado: \$ 100,00.- por detenido)

Total: \$ 10.000,00.-

Teresa Patti, por gastos de fonda a José Deida Deliverande por Asamblea del 2 de Abril

\$ 90,00.-

TOTAL DE LOS GASTOS DEL PROCESO \$ 13.173,75.-

Gastos del 4to. Trimestre de 1911 (Octubre, Noviembre y Diciembre)

SALIDAS

Compra terreno cimiterio (sic)	
del finao Vesquiza	\$ 300,00.-
el mármol	\$ 60,00.-
la foto	\$ 50,00.-
Pedro Carrasco, viajes al cementerio por el monumento	\$ 47,00.-
Id	\$ 30,00.-
Benjamín Stambuck	\$ 194,00.-
Cecilio Stambuck	\$ 217,65.-
TOTAL	\$ 898,65.-

(Bequisa Bucolich era el obrero muerto por un balazo en el tiroteo del frente a la Comisaría el 27 de Febrero).

La Huelga de 1913

“Tranquilidad” – Uno que otro grito aislado, que se pierde sin encontrar eco ninguno, es lo que resta de la pasada huelga de las canteras. Vueltos al trabajo la mayoría de los obreros, sólo queda el comentario de los sucesos pasados, de los cuales los empresarios e canteras, los poderes públicos y los mismos obreros, deben sacar enseñanzas que les indiquen clara y terminantemente el camino a seguir en circunstancias análogas a las que unos y otros han tenido que hacer frente.

Aunque no es la nuestra, tierra aparente para que prosperen las profecías, no hay que descansar pensando que el paréntesis a la labor, hecho últimamente, puede ser el postrero. Pensamos que puede repetirse cualquier día y por cualquier causa, y estúdiase detenida, reposada y ecuanimemente la mejor manera de salir del paso, sin que tengan que sufrir los que nada van en el baile, directa o indirectamente.

Pensemos que esos movimientos no deben ahogarse con la fuerza, sino con una ley igualitaria, sin menoscabo de derechos en un país libre como el nuestro.

(EL ECO DEL TANDIL. Nota editorial. Pág. Ira. Domingo 14 Diciembre 1913)

Operativos para comer en tiempo de huelga o de paro forzoso

En tiempos de crisis había que salir a robar para comer. Había tres muy corajudos para hacerlo. Eran Juan Ghironi (que le decíamos “El Barranca”) Miglierini y el Galicia, que no me acuerdo cómo se llamaba. El Galicia parecía una bolsa de papa porque nunca había andado a caballo. Pero se traían una vaca. Y el fabricante de las balas era yo. Primero la mataban a tiros. Y después, la metían en una calle cortada y la carneaban. Desde el 14 hasta el 18 me la pasé con la escopeta, porque no había nada de trabajo. Después de carnear la vaca repartíamos los pedazos.

(BAUTISTA GHEZZI, id.)

No hay que dejar fuera de la historia a Miguel Montenegro, que se llamaba Marcovich. Repartía carne a todo el campamento. Si tenía 20 centavos, los agarraba, y si no, se los dejaba por nada.

(ELISEO SATTI, 08-05-1976)

Miguel Montenegro tenía un perro grande y habilidoso, que agarraba al novillo por la cola, lo hacía dar vueltas y lo volteaba. Después, de grande, Miguel se dedicó a criar chivos, y una vez hasta apareció en un censo ganadero como criador.

(FILIBERTO SATTI, en su casa de Villa Laza. 24/04/1976)

Por la mañana, con disimulo, como estábamos desocupados, recorriamos los alambrados del campo donde íbamos a robar, tanteando los postes. Cuando hallábamos uno medio flojo, traíamos agua y la volcábamos en la tierra donde estaba enterrado. De noche veníamos y lo arrancábamos fácil, trabábamos los alambrados y los levantábamos y la vaca o las ovejas pasaban por debajo.

(ABILIO LAZARO ORTEGA, en su casa de Villa Laza, el 15/06/1976)

Desesperación

En la Herrería, allá en San Luis yo había instalado todo para carnear. Yo confiaba en dos o tres sardeñolos, porque sabía que me cumplían y no me iban a delatar, porque eran sardeñolos como yo. Morirían bajo el hierro pero no delatarían.

Una noche había cuatro capones que habíamos traído. Un paisano cuidaba la puerta para que no viniera la policía.

Y vino Antonazzi. "Pare, amigo, qué quiere", le dijo mi paisano que cuidaba. "Quiero hablar con Leonardo". "Mire, Leonardo está ocupado". "Yo quiero hablar dos palabras con él". Antonazzi tenía siete hijos y estaba desesperado. Yo iluminaba la Herrería con unas latas de querosén que las había llenado de grasa de oveja, con cuatro mechas, y nos daba una luz espléndida. El hombre, cuando vio la carne colgada, se quiso desmayar. "Mirá, hermano, mis chicos hace dos días que no comen. Siquiera dame la cabeza, un pulmón". Yo le dije:

- No. Tú te vas a tu casa, que de las dos a las tres de la mañana, alguien te va a dejar en la puerta alguna cosa. Y, cuidado con la boca!

Cuando se iba, en un descuido nuestro, el hombre metió las manos en la lata de grasa y se metió dos puñados de grasa en el bolsillo del saco de corderoi.

Corté la mitad de un capón grande. Agarré una bolsa, y le dejé la carne en la puerta de su casa.

(LEONARDO PUGGIONI, en su casa de Pellegrini 34, el 06/06/1976)

Giorgio Piaci. Era un canterista soltero que vivía en La Movediza. Usaba barbas largas y melena. Y entre los muchachos decían que estudiaba la "mágica". Militaba en el sindicato. En 1916 fue despedido por su actuación sindical. Le quedaron adeudados jornales y fue a pedir mercadería al almacén de Signorelli, encargado de la cantera, explotada por Cima en ese entonces. La atendía el propio Battista Signorelli. El mismo que como encargado había despedido a Piaci. Piaci envió a su hermano a retirar mercadería a cuenta de los jornales adeudados y Signorelli se los negó. Entonces fue él mismo con el pretexto de tomar algo. Cuando Signorelli se fue para servirlo, le disparó un tiro en la cabeza.

(BAUTISTA GHEZZI y ELISEO SATTI. En casa del

primero en La Florida, Tandil, el 08/05/1976)

Las mujeres durante la huelga

Durante la huelga de once meses, cuando trajeron carneros para trabajar en La Movediza, los alojaron en un galpón. Por la noche, las mujeres no los dejaron dormir con sus ruidos. Los carneros tuvieron que escaparse de noche. En el Cerro Leones, de la Furlana para acá hay un repecho.

Les enjabonaron las vías y los esperaron ahí, las mujeres! ... Les pegaban con piedras y con todo.

(BAUTISTA GHEZZI, Idem)

CAPITULO SIETE

LA VIDA COTIDIANA

Los cambios más importantes en la vida cotidiana de las canteras de Tandil se produjeron a partir del triunfo de la Huelga Grande.

Suprimidos el alambrado, las tranqueras y las plecas, la capacidad adquisitiva de dos millares de familias se volcó sobre la ciudad.

Los proveedores, a la inversa, pudieron entrar libremente a vender sus mercaderías. La expansión del trabajo cobró niveles inusuales por lo menos hasta 1913; y nuevos contingentes de extranjeros —especialmente montenegrinos y españoles, además de la ininterrumpida corriente itálica— siguieron llegando, con su ímpetu de vida, pero a partir de entonces aun medio que ya no padecía las primitivas limitaciones.

La vida fue alegre, impetuosa, fecunda, conflictiva, tumultuosa, llena de ruido y de súbitas explosiones de jolgorio, de furias, de fuerza y de pasión.

La vivienda

Paradójicamente, y encontrarlo de lo que sucedía en Europa, donde la Naturaleza proveía el material de construcción y las viviendas de los canteros se hacían con piedra, aquí —salvo excepciones⁺— se las construyó en chapa y madera, al menos desde que los recuerdos pueden identificar sus elementos. Casi todas tenían techo a dos aguas. Habitualmente se la construía sobre pilotes, también de madera, para que el aire corriese por debajo e impidiera que las tablas del piso se pudriesen.

Esas casillas de madera y chapa justificaban su probable costo mayor en hebreo de que los empresarios de las canteras no eran propietarios de las tierras que explotaban, y podía suceder que, por no renovarse el contrato o por agotarse el yacimiento, tuvieran que cambiar de sitio. Era tan fácil desarmar las casillas, como transportarlas virtualmente armadas, a pie, entre varios.

Originariamente (por lo menos hasta la Huelga Grande) las casillas del Campamento de Cerro Leones en tiempos de José Cima eran de su propiedad. Luego las habrá vendido, seguramente a sus ocupantes, aunque nadie recuerda el hecho ni cuándo fue. Pero se deduce tal cosa porque mucho después, en La Movediza, hubo casillas con las iniciales “J.C.” que alguna vez identificara su propiedad. Las casillas Cima habrán sido vendidas y circunstancialmente trasladadas a donde las conocieron nuestros informantes⁺¹.

⁺ En la Cantera San Luis hubo una veintena de casas o más cuyas paredes fueron de bloques de piedra, y su techo de chapa acanalada de cinc.

⁺⁺ Alrededor de 1920, poco después que se produjera el loteo que dio lugar a Villa Laza, algunos canteristas, particularmente los que trabajaban en la Movediza, desmontaron las casillas que formaban los distintos campamentos de las canteras de ese paraje y todos los domingos, cuadrillas de ocho o diez forzudos se turnaban para llevarlas sosteniendo tirantes que atravesaban por debajo del piso de la casilla.

¹ Testimonios de: Américo Bugna, Rosilda Bugna de Pablovich, Juan Sverjuga, Domingo Valín, María Angela Piagentini de Biaggioni, José A. Ghezzi, Filiberto Satti y Carmen Luzardi de Calvo.

Reunion del Comité C. T. B.

Octubre 1919
 Preside el Sr. Boloto "Suroeste"
 Se abre la Sesión a las 2 p.m.
 Se lee la carta recibida de un
 pichón que trabaja en la Cantera con motivo
 de su sena en vista de no conocer dicho p
 ha al comité Resuelve que el Secretario
 y uno de los señores que
 vaya al Tandil a firmar el Pliego de
 condiciones y presentar una garantía
 de pago para sus Obreros para poder trabajar
 por
 Se trata de la Reunion del trabajo sus
 tiva. Se toma nota de las votaciones en pro
 y en contra de todas las Sesiones
 Resultando en la forma siguiente en fa
 vor de la abolición de la contrata 385
 Encontra 28 en vista del Resultado de la
 votación de las Sesiones el comité y la
 Comision de Hista Se abre al estudio
 de los jornales posibles despues de una
 larga deliberacion en la que tomaron
 parte la mayoria de los C. T. B. Se resue
 la en la forma siguiente

Picapedreros	-	8	6.00
Obreros	-	8	6.00
Peones	-	4	4.50
Charreros	-	8	4.70
Barristas	-	8	4.70
Fuerristas	-	8	4.75
Obreros	-	4	4.75
Botas Peones	-	4	3.50
Ochos Fuerristas	-	4	3.00
Fogones	-	4	5.25
Regla Vias de Gomas	-	4	4.50

Histórico Documento: hoja del libro de Actas del Comité Central de Relaciones, la máxima autoridad ejecutiva de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras de Tandil. Corresponde a Octubre de 1919, y documenta la abolición del trabajo a destajo. Los valores indicados corresponden a los primeros jornales establecidos para cada una de las especialidades.

En poblaciones más densas, como Cerro Leones, La Movediza o Albión, el eje del ordenamiento vertebrador "urbano" eran calles y caminos. Pero en los aglutinamientos menores, solían actuar como núcleos justificadores y fijativos, los ojos de agua, los manantiales y las lagunas. No era extraño que así ocurriese si a lo largo de la Historia, ríos y lagos han fundado ciudades que el tiempo transformó en cabezas imperiales. Las casillas disponían de dos o tres habitaciones —no más— de unos 3,50 mts. por 4 como máximo, y una cocina, con fogón, que también oficiaba de comedor. Durante muchos

años (quizá hasta 1920) no se dispuso de otro elemento para cocinar que un fogón, habitualmente hecho sobre el mismo suelo, con dos filas de ladrillos o de piedras, y unos hierros transversos sobre los que apoyaban la olla de los pucheros y guisos. Se conocían cocinas de leña, que en un principio fueron de chapa y hierro dulce, hasta que en la década de 1920, los hermanos Bariffi comenzaron a fundir en Tandil las primeras cocinas de su marca².

La mayor parte de las casillas siguió siendo de madera y sólo el techo se construía de chapa acanalada. Pese a que la madera era comúnmente de pino en tablas de unos 30 centímetros de ancho, que se clavaban una junto a la otra verticalmente, permanecieron en pie por espacio de 50 a 60 años, sin mayor deterioro.

Algunos solían forrar la pared de madera que daba al sur (cuadrante de los vientos fríos en la zona bonaerense) con chapa acanalada. Otros llegaban a forrar todo el contorno. Y los hubo en años o situaciones personales más prósperas, que las construyeron íntegramente de chapa, y las forraron por dentro con pinotea machihembrada.

Fue corriente ver adosadas a la construcción una cocinita hecha con más o menos prolijidad, cuyos muros se levantaban con bochones de piedra más chicos, o con pilastrines, ligados con mezcla, generalmente de barro.

De ella emergía la chimenea, un tubo de chapa con sombrerito, que correspondía a la pequeña cocina de leña que había en su interior. Quizá se construyeran sólo en piedra las paredes que correspondían al lugar donde se adosaba el fogoncito para quemar leña o carbón³.

El combustible más frecuente debió ser la leña. Pero los campos eran privados y como los montes también pertenecían a sus propietarios, sólo podía disponerse —y con permiso— de las ramas caídas naturalmente.

Las tareas de recolección estaban reservadas a las mujeres y a los niños.

Cuando no cargaban sobre sus espaldas los atados de ramas, o de tallos secos de cardo de Castilla, traían en bolsa las “tortas” de bosta de vaca que, secas, se encontraban en los prados donde los animales habían estado paciendo. Y no faltaba quien, aprovechando la pereza de otros, recogía la bosta, la acumulaba y luego la vendía a 10 y a 20 centavos la bolsa.

Solían comprarse además, en las barracas de la ciudad, bolsas de carbón de leña, marlos de maíz que quedaban después de desgranar las mazorcas, y casi siempre algunas astillas de eucalipto para mezclar con los marlos o la bosta de vaca. Estos dos elementos ardían con fuego parejo. El marlo daba una llamita azul y caliente en extremo. Raimundo Piñero, caudillo radical y empresario que explotó la cantera de Cerro Chato hasta 1909, autorizaba a las familias a entrar para recoger leña y algunos lo hicieron con jardinera.

Fue frecuente, siempre, el brasero de hierro fundido y tres patas, alimentado con carbón. Hasta fines de 1920 no se generalizó en los hogares el calentador de kerosén. La calefacción se reducía a unas latas de las de veinte litros, que se abrían hasta la mitad, y luego se claveteaban en cajones de madera, para que oficiaran de braseros.

² Ídem ant.

³ Ídem ant.

Llenos de carbón encendido y ceniza, se los colocaba debajo de la mesa para calentarse apoyando los pies en los contornos horizontales del cajón⁴.

Las fondas y pensiones

Además del comedor de Cima en Cerro Leones y su específica forma de funcionar, fueron muchas las fondas que hubo en las proximidades de las canteras, algunas también habilitadas como almacenes. Eran los centros de reunión, y no sólo de aprovisionamiento.

En las noches, y particularmente los domingos, se convertían en los puntos de socialización masculina, a través de los juegos de naipes, las bochas, la “murra” (juego con los dedos de la mano) y el tres-siete, la bebida, las charlas y las apuestas.

Hasta 1909, las fondas eran propiedad de las empresas canteriles y daban de comer a los obreros que no tenían familia. Eran amplios barracones, generalmente de madera y chapa de cinc, acanalada, con piso también de pinotea, como la totalidad de las viviendas canteriles, con tres o cuatro ventanas. Una mesa larga, de madera, blanqueada cada día a puño, cepillo agua y jabón, con sendos bancos largos a cada costado, eran el mobiliario de la fonda. Se les servía mate cocido, infusión a la que muy pronto se aficionaron los extranjeros⁵ con grandes trozos de galleta y de queso. La hora de almorzar era anunciada en algunas fondas por un empleado de la cantera que recorría sus inmediaciones tocando un largo cuerno. Al toque del cuerno los chicos dejaban sus juegos y se congregaban tras quien lo portaba en una extraña procesión que se repitió diariamente mientras se mantuvo aquella relación de dependencia⁶.

Al mediodía, tras servirse la comida se repetía invariablemente otra operación: las mujeres sacaban las mesas del comedor y volvían a cepillarlas y la espuma era un voladizo mantel que las cubría, hasta que el viento, el sol, o los grandes estropajos las secaran. Una o dos veces en la semana, asimismo, era el piso del comedor el atacado por la limpieza. Con los años y la fricción continua de cepillos y abrasivos caseros, la madera tomaba extraño aspecto: las partes blandas de sus vetas habían ido desprendiéndose y entonces la superficie quedaba como labrada por pequeñas e infinitas acanaladuras que se arremolinaban en torno de los nudos.

Algunos antiguos pobladores creen que don José Cima, el patrono que por más tiempo explotó Cerro Leones, prefería tener obreros solteros porque a éstos les pagaba una parte de sus jornales en plecas y la otra en alojamiento y comida.

En cambio, los jefes de familia comían en su casa, y aunque la mercadería la compraban obligadamente en el mismo almacén de la cantera, era menor la ganancia de la empresa.

Sólo después de organizado el sindicato, cuando en 1907 tuvo que soportar la primera huelga de la historia canteril, accedió a que los solteros comieran afuera o cocinaran en sus piezas, aunque el comedor siguió funcionando por largo tiempo⁷.

⁴ Testimonios de Domingo Valín, Juan Sverjuga, José A. Ghezzi y Filiberto Satti.

⁵ Testimonio de Isolina Polich de Lameiro

⁶ Id. de Domingo Agostini

⁷ Id. de Isolina Polich de Lameiro, Abilio Lázaro Ortega, Humberto Marcovecchio, Carmen Luzardi de Calvo.

La dieta del comedor de Cima era, invariablemente, sopa y puchero de carne, sin papas, zapallo ni otras legumbres. Venían con ollas enormes, llenas de sopa y servían un gran cucharón a cada uno en un plato de lata. Tras ello, grandes fuentes (una chapa de hierro con sus bordes doblados hacia arriba) con grandes trozos de carne hervida. Esto, y galleta. Cima era minucioso, recorría asiduamente el comedor a la hora del almuerzo, y se enfurecía si hallaba en el suelo un trozo de pan.

¡El pan es santo! gritaba y volvía a ponerlo sobre la mesa.

El vino debía pagárselo cada uno y lo servían en jarros negros, probablemente de latón, -nunca en botellas- de medio litro y de un cuarto. Nadie recuerda si al pan lo amasaban u horneaban allí mismo. El único lujo en la comida como variante era para el domingo: en lugar de sopa, fideos. Pero para la noche habrían introducido algunas variantes más apetitosas. Alguien recordaba, sin mayor precisión, hígado salteado con cebolla o harina de maíz.

El almacén de Cima fue una institución. Estaba construido enmadera y chapa y tenía una gran dependencia para atender. Había un enorme sótano de más de cinco metros de lado por tres de profundidad, con una entrada de rieles “decauville” a través de los que se descargaban las bordelesas que traían especialmente desde los viñedos de Mendoza, y otras mercaderías de gran porte. Por lo menos dos dependientes atendían tras las rejas que recorrían todo el mostrador⁸.

El baño del comedor de los solteros en Cerro Leones no era sino un espacio grande, cercado con chapa. Los solteros, por no ir a la calle a hacer sus necesidades, utilizaban esa “comodidad”⁹.

La fonda de Soto

Puede que la de Víctor Soto, en Cerro Leones, haya sido la más antigua de las fondas no pertenecientes a la empresa de Cima. Si, como recordó su hija Aurora Soto de Cadona, su hermano Saturnino, el primogénito, había nacido en Cerro Leones alrededor de 1890, el pequeño establecimiento dataría de los últimos años del siglo pasado.

Podría extrañar el funcionamiento de un negocio privado antes de la Huelga Grande, en franca competencia con el almacén de la empresa. La explicación es sencilla: la calle de acceso a la población separaba –como se ha dicho- el campo de Figueroa (que arrendado por Cima alojaba su explotación) del de Santamarina, donde estaba instalada parte de la población, entre ellas la fonda de Soto.

La fonda fue la primera ocupación que tuvo Víctor Soto en Cerro Leones, aunque después aprendió el oficio de canterista y hasta llegó a ser patrón. Las asambleas del sindicato, generalmente se hacían los domingos por la mañana y canteristas de San Luis, Albién y Montecristo llegaban a pie o a caballo el sábado por la noche, y se quedaban en la fonda a comer y a dormir.

La esposa de Víctor Soto, doña Socorro Paso, y su hija Ubaldina se hicieron cargo del negocio. Doña Socorro cocinaba platos españoles y puchero, bifés y empanadas gallegas.

⁸ Ídem ant.

⁹ Ídem de Juan Sverjuga.

Los domingos hacían empanadas gallegas, pollos y lechón. Tenían un comedorcito reservado para los pasajeros, pero los pensionistas comían en el salón grande, a una misma mesa, sentados en bancos largos. Cubrían la mesa con un mantel de hule, usaban jarras de loza para servir el vino y vasos de vidrio para beber. También consumían pan de los tipos italiano y francés y galleta de la denominada “de piso”.

El reservado tenía mesas chicas, con mantel blanco o a cuadritos. Velas y lámparas de kerosén iluminaban por las noches. En un sótano guardaban los barriles de vino, los fiambres, la factura de los cerdos que chacinaban, los frascos de conserva (entre ellos muchos duraznos en caña) que preparaban ellos mismos con frutas que compraban en las proveedurías del pueblo y en las quintas de la vecindad. Los pollos que consumía la pensión eran los que criaban en un gran gallinero, pero hubo veces que tuvieron que comprarlos afuera porque no alcanzaban. El pescado debían comprarlo en Tandil, pero la verdura la llevaban los mismos hortelanos que con sus carros llegaban hasta el Cerro, si no los abastecían las ya mencionadas huertas de las inmediaciones.

Una cocina de leña y calentadores de kerosén recién inventados, constituían los fuegos para cocinar, pero no se conocía calefacción, estufas ni hogares, sino braseros de fundición, o en el mejor de los casos, los cajoncitos de latas de kerosén que describiéramos más arriba.

La pensión en lo de Soto costaba 35 pesos; incluía desayuno (café o té con leche, con pan y manteca), almuerzo y cena. Para dormir cobraban entre 7 u 8 pesos mensuales la pieza, que compartían entre cuatro. Tenían camas de hierro con colchón de lana. La ropa de cama era de la pensión, el lavado se cobraba aparte y generalmente eran las hijas de Soto las que ganaban la changa. Ubaldina cobraba tres pesos por mes para lavarla, incluida la ropa de cama¹⁰.

Otras pensiones

Piazzani y Patti

Hubo otras pensiones.

En la memoria de los antiguos pobladores de Cerro Leones quedaron registradas las de Mariana Bonavetti, la de Zampatti, y sobre todo la de Piazzani y la de Dominga Patti.

Juan Sverjuga recordaba que la señora Margarita Piazzani era muy trabajadora y prestaba su salón para los bailes.

Colgaban los jamones en lo alto de la cocina, y en el sótano se depositaban los barriles de vino. Los hermanos Sampieri memoraban haber comido cuatro años allí, mientras fueron solteros. Era una sola mesa grande, con bancos a los costados, pero no tenía mantel de tela ni de hule, sino una tabla siempre impecable. Comían estofados y puchero, tallarines, polenta y bifes. Otro atractivo de la fonda de Piazzani lo constituían dos cuidadas canchas de bochas que, contiguas al comedor, se animaban cuando caía la tarde y en los fines de semana¹¹.

La cocina más afamada en Cerro Leones fue la de Dominga Patti, que se instaló allí a partir de 1915.

¹⁰ Id. de Aurora Soto de Cadona.

¹¹ Id. de Juan Sverjuga, Jesús Núñez y Antonio Sampieri.

Dominga Merigone de Patti había nacido en Italia en 1869 y a los 9 años llegó a Tandil con sus padres. Alrededor de 1894 casó con Antonio Patti, nacido en Uruguay, pero en los primeros años de este siglo enviudó y quedó con sus hijas pequeñas y sin saber qué hacer. Salvi, entonces patrono de la cantera La Aurora, se compadeció de esta mujer de 35 años que debía luchar por mantener su familia, y le alquiló una casa donde Dominga puso pensión. Llegaron a tener entre 50 y 60 pensionistas y cobraban por dos platos, vino y postre, entre 1,20 y 1,50 por día. En 1915, como consecuencia de la parálisis en la industria de la piedra, la zona de La Aurora (a donde no llegaban ramales ferroviarios) decayó tanto que Dominga decidió trasladarse a Cerro Leones donde el trabajo y la población permanecían más estables. Se instaló frente a la Escuela, en una vivienda de chapa y madera, como todas las del lugar, cuyo alquiler oscilaría entre 15 y 20 pesos mensuales.

Su hija Lucía Patti, nacida en 1904, recordaba más de 70 años después, que la de su madre tenía fama de ser la más célebres de las fondas por su buen comer. Era cocina a la italiana y sus pensionistas, que llegaron a medio centenar en los mejores tiempos, eran casi todos solteros. Jueves y domingos hacían pastas amasadas a mano por doña Dominga, y los demás días servían sopa, puchero y otro plato, generalmente bifés, y alguna vez pollos (que no criaban). Faenaban y facturaban cerdos. Más esporádicamente comían pescado.

El mobiliario era similar a los ya descriptos: varias mesas largas, cada cual su botella de vino, hule que cubría la mesa, platos de loza y de loza, asimismo, las grandes fuentes en las que servían la comida. Las hijas atendían y cooperaban en todo, pero en años de mucho trabajo llegaron a tomar alguna muchacha para que ayudara en la cocina. Después de unos años prosperaron y ahorraron como para comprar una casa, más arriba, un poco más chica que la que alquilaban, cuyo precio pudo oscilar alrededor de los 400 pesos, o sea la pensión de un comensal durante diez meses¹².

Las monacales precauciones de Humberto Luzardi

Para proteger a sus hijas de eventuales asechos masculinos mientras tuvo pensión en la cantera Sabarí, en Federación, Humberto Luzardi adoptó precauciones casi monacales. Ninguna de ellas podía entrar al comedor de la fonda durante las comidas. Servían los platos a través de una ventanita que daba a la cocina, y por la que sólo se veían las manos de quien los alcanzaba. Acondicionaban el comedor cuando estaba vacío de parroquianos. El trabajo para mantenerlo limpio y ordenado no era chico, porque el piso tenía anchos tablones de madera que blanqueaban casi diariamente, y los pensionistas comían en mesitas individuales. Los de primera categoría tenían mantel de hule blanco y los de segunda comían sobre la madera, lo que según reflexionaba Carmen Luzardi de Calvo, una de las hijas de don Humberto, daba más trabajo, porque había que lavar cada mesa a cepillo y jabón todos los días.

Durante dos años cocinó la informante, y recuerda que sus tareas comenzaban muy temprano, con la marcha hasta el manantial a buscar el agua, y en invierno romper la escarcha que la congelaba. Al agua la traían en dos latas de veinte litros cada una, unidas por una pértiga o yugo que cargaban sobre sus hombros. Llenaban luego inmensas ollas con el agua que debían colocar sobre la plancha de la cocina, una hazaña equivalente a la paciencia que se necesitaba para encender el fuego cada día.

¹² Id. de Lucía Patti.

Sopa de huesos y carne, verduras picada y fideos o arroz, iniciaban la vianda del mediodía; luego, seguían bifés, milanesas, guisos de arroz o de fideos, polenta y, por supuesto, pastas en abundancia y con frecuencia. El vino, traído en bordelesas desde Mendoza, era servido cada día por Teresa Mirabelli de Luzardi, la esposa del dueño, que llenaba baldes desde los que trasvasaba luego a medidas enlozadas de azul: de un litro, de medio y de un cuarto, o lo ponía en cada botella, según estuviere convenido.

Doña Teresa, asimismo, manejaba la caja y el funcionamiento general de la fonda, mientras su marido regenteaba la cantera de Sabarí.

Otras pensiones en otras canteras

Las pensiones de otras canteras alcanzaron menos renombre, aunque algunas perduraran por años, como la de Domingo Conti, en su casa de piedra de La Movediza, que servía el mate cocido durante la semana en los mismos platos hondos enlozados de la sopa, salvo el domingo en que cambiaba el desayuno por café con leche, casi siempre con queso del que ponían grandes hormas sobre la mesa. En la fonda de Conti se comía un solo plato, pero abundante y por la noche, casi invariablemente, guisos. La polenta se hacía los jueves, en un gran perol de cobre y los domingos comían fiambre, de cerdos faenados en la misma fonda. Casimiro, un criado que tenían, atendía el sótano donde estaban acondicionadas las bordelesas y habían instalado una carnicería. Pero el “Jiyotti” fue el más recordado de todos sus ayudantes.

Varias esclavas habían abierto pensiones en La Movediza, que fueron muy concurridas: la de la Marta Scacavach, la de María la Zapatera (esposa de José Paskvan) y la de la Franca Benac (ver Capítulo XIV, Las Nacionalidades. “Los Eslavos”).

También don Pedro Pablovich, en Albión, no sólo ejerció una especie de patriarcado entre sus compatriotas, sino que extendió su influencia a través de una fonda que conducía su esposa Rosilda Bugna y su hermana Elvira Bugna de Meleiro, que atendía su cocina, hasta que fue sucedida por Catalina Antonich. La fonda funciona contigua a un almacén en el mismo edificio de madera y chapa que aún se mantenía en pie al tiempo de escribir estas líneas.

Pese a servir a la comunidad montenegrina, su cocina era la corriente en la Argentina, influida fuertemente por los italianos. Pero a veces degustaban la Kastradina, carne de oveja secada al humo, que luego se hervía con abundante repollo. Por lo minucioso de su manufactura, el consumo quedaba reservado habitualmente para el ámbito familiar o las fiestas. En el mostrador del almacén rescataban los montenegrinos su tradición bebiendo perincovach, slivoiļa y rakía. Solían acompañar sus tragos con huevos duros, y cada uno pelaba los suyos, mientras hablaba con sus vecinos y saboreaba la bebida¹³.

En la década del 20, y hasta 1945, funcionó en La Movediza la fonda y boliche de Luis Ghezzi, más conocido por Lusín.

¹³ Id. de Rosilda Bugna de Pablovich.

La vestimenta

Los hombres llevaban al trabajo pantalones de hambrona o corderoi. Las mujeres procedentes de Italia vestían ropas oscuras. Algunos memoran colores más vivos para las ropas de las españolas.

Casi todos los hombres llevaban gorra de gajos y visera, aunque algunos usaban sombrero.

En los primeros tiempos, hasta la Huelga Grande, la vestimenta era sobria y común. Luego de la liberación económica, cuando los obreros canteristas del Tandil figuraron entre los mejor pagados de la Argentina, los hubo que iban a trabajar con camisas de seda natural, por supuesto importadas¹⁴. Estos alardes de ostentación se eclipsaban con cada paralización del trabajo, aunque algunos proveedores de ropa de Tandil afirman que cuando ya muchos de aquellos picapedreros, en los primeros años de la década del 40, se habían radicado en Mar del Plata, solían venir los domingos a Tandil y les forzaban a abrir para adquirir gorras inglesas y camisas de muy fina calidad¹⁵.

Calzado: “Scarpones” y “brocas”: La prenda más característica de los obreros canteristas de Tandil fueron los botines –“scarpones”, según su voz de origen itálico-claveteadas sus suelas con “brocas” (brocos: porotos) o sea tachuelas, para evitar su prematuro desgaste en el roche con las piedras y aprovechar, además, su cualidad antideslizante.

Si bien la alpargata estaba generalizada a principios de siglo, los botines de tales características eran aceptados por la mayoría.

En el Cerro Leones fabricaban botines de ese tipo don Martín Occhi, un eslavo del que sólo recuerdan su nombre: el Iose (José); el Béglico, otro zapatero cuyo nombre verdadero no recordaban nuestros informantes, sin poder afirmarse que uno y otro fuesen una misma persona¹⁶.

Don Rodolfo Paskvan (conocido como “Pascuan” –pronunciación usual de su apellido- el Zapatero) fue por muchos años el que en La Movediza los confeccionó tradicionalmente.

Los “scarpones” tenían una suela muy gruesa, de no menos de dos centímetros de espesor. En total llevaban entre 70 y 77 brocas o tachuelas de hierro, que pesaban ellas solas casi medio kilo. La puntera y la talonera eran asimismo de suela. Cuando un par de zapatos de bien vestir de primerísima calidad, como los Guante, por ejemplo, costaban \$ 7,50, por los “scarpones” de “Pascuan el Zapatero” se pagaban alrededor de 16 pesos¹⁷.

¹⁴ Id. de Juan Sverjuga.

¹⁵ Id. de Bernardo Perfetto (propietario de “New Style”, casa de artículos para hombres) en 1978.

¹⁶ Id. de Humberto Marcovecchio y Carmen L. de Calvo.

¹⁷ Id. de Vladimir Paskvan.

Ajuar y ropa de cama

Las familias italianas en el siglo pasado acostumbraban a preparar a sus hijas, desde niñas, el ajuar para cuando a su vez se casaren.

Aunque muchas de las familias canteristas que vinieron desde Italia hasta el Tandil, llegaron con lo puesto, otras lo hicieron con un baúl en el que se guardaban todo o parte de aquel ajuar¹⁸. Aquel acopio de ropa blanca no sólo sirvió para reponer la que se iba gastando –sobre todo en tiempos de crisis- sino para auxiliar a los más necesitados cuando alguna desgracia los azotaba. Había quienes carecían de una funda y un par de sábanas decentes para acostar a un enfermo¹⁹.

En aquella época las muertes eran frecuentes. Muchas por enfermedad, algunas por accidentes. Diariamente morían niños. No había jornada en que no entrase un fúnebre blanco en el Cerro Leones, en los años de mayor acopio de población.

Los elementos de la capilla ardiente fueron provistos por las empresas de pompas fúnebres (las “cocherías” como entonces se decía) sólo después de 1920. Hasta entonces, el ornato mortuario se improvisaba con los elementos de la casa. Velaban al muerto sobre una mesa, con su mejor ropa de calle. Si había sido muy corpulento, yacía sobre bancos largos. Cubrían el mueble con una sábana blanca. Tejían coronas de flores. Colocaban en la cabecera un crucifijo. Y si no disponían de él, los mismos familiares llegaban a improvisar con dos tablas una cruz.

Rara vez se disponía de candeleros de pie, por lo que generalmente se enviaba al pueblo a comprar velas más largas que la de uso cotidiano, y se las colocaba en el cuello de botellas puestas alrededor del cadáver. El ataúd, sencilla madera de pino teñida (o pintada de blanco para los niños) la traía el propio fúnebre momentos antes de llevar sus restos al cementerio²⁰.

Salud y enfermedad

Eran muy frecuentes entonces la Fiebre Tifoidea (por el consumo de aguas contaminadas), la escarlatina, la viruela, la difteria, el sarampión, la bronquitis y la pulmonía. Esperaban varios días para ver si el enfermo mejoraba y cuando iban a buscar al médico, sobre todo si eran niños, ya era tarde para salvarlos. A veces, un largo tratamiento exigía radicarse en la ciudad, situación sólo posible de encarar si se disponía de buena voluntad de algún amigo o recursos suficientes para costearse el alojamiento en alguna fonda.

Como hasta 1909 sólo cobraban en plecas (moneda interna) no disponían de dinero para adquirir medicamentos. Los que vivían en La Movediza entrevistaban a Conti para explicarle la situación. Conti visitaba la casa para verificar si realmente el familiar estaba enfermo. Entonces le anticipaba en efectivo el costo de la visita médica. Y como tenía un botiquín propio, cuando le recetaban los remedios había que solicitarle auxilio económico nuevamente. Pero él proveía de alguno similar si no disponía del prescripto por el médico²¹.

¹⁸ Id. de María Angela Piagentini de Biaggioni.

¹⁹ Id. de Isolina Polich de Lameiro.

²⁰ Id. de Carmen L. de Calvo.

²¹ Id. de Luisa Partassini de Marcovich.

Prosperaban en aquel tiempo y en esos ambientes, las curanderas: la Condina curaba los empachos en el Cerro. La Nona Poletti (más conocida por “La Poletta”) cuando oficiaba de partera, aspiraba rapé y tenía siempre una botella de vino en el suelo, a mano, mientras atendía el parto, para entonarse ella, no la parturienta²².

Abundaron también los que llevados por sus ideales libertarios buscaban una vida más sana y practicaban dietas vegetarianas y curaciones naturistas. Algunos fueron célebres por su buena salud, como Joaquín Vucomanovich, que rechazaba la asistencia médica y se curaba según las prescripciones del libro del doctor Vander, de lectura frecuente en esa época²³.

Salvador Queiruga, que vivió en la cantera de Puschia, proximidades de La Aurora, era naturista, también, y amasaba su propio pan²⁴.

En la farmacopea casera había variados recursos. Las telarañas constituían los analépticos más difundidos para las heridas sangrantes.

Las recalcaduras (luxaciones) de las muñecas eran muy frecuentes por lo rudo del trabajo manual: las curaban envolviendo la articulación con una bota de las de vino, pero con la pella para adentro.

El empacho (indigestión o “asiento”) era curado con el clásico tironeo de la pie a la altura de la cintura dorsal, o con emplastos de alcohol o incienso y algodón.

Pero el más sorprendente de los recursos era el que utilizaba doña Carolina Lodi para curar la ictericia: el té de piojos vivos, con la convicción de que, incorporados no se sabe cómo, al torrente sanguíneo, absorberían la bilis derramada en él²⁵.

NOTAS Y TESTIMONIOS DEL CAPÍTULO VII

COMBUSTIBLE

Costura y juntada de leña

No había modista. Cada mujer se las hacía como podía. Yo me ponía un diario y cortaba un molde. Usábamos el bombasí y el percal.

Nunca trabajábamos afuera. Pero en casa tomábamos lavados. Cómo me gustaba ir a buscar leña! Eran las chilcas. Es un árbol verde, que tenía unos troncos secos, muy lindos para quemar, en la cocina. Crecían en las sierras. Mi padre hacía pilas para todo el invierno.

ROSILDA BUGNA DE PABLOVICH
Entrevista del 07-08-1987

²² Id. de Bautista Ghezzi.

²³ Id. de Romano Galeazzi.

²⁴ Id. de Virginia Corsi de Queiruga.

²⁵ Id. de Juan Sverjuga.

Leña de vaca y carbonilla

Una señora, Bárbara Mircovich, en el verano juntaba bosta de vaca. La dejaba secar y en el invierno la vendía a 20 centavos la bolsa.

Los muchachos, a la tarde, cuando apagaban la máquina de los guinches, sacaban la carbonilla, llenaban latas de 20 litros y con un yugo se las llevaban a la casa para el fuego.

JUAN SVERJUGA. Entrevista del 20-07-1976

CALZADO

Alpargatas, botas y scarpones

En la cantera usaban scarpones con brocas y alpargatas. Zapatos, poco. Cuando iba yo a un baile usaba alpargatas blancas. Desde que yo conozco, la alpargata siempre se usó en la cantera. Con las brocas Usted andaba arriba de las piedras y no resbalaba. La alpargata era más liviana. Los que hacían adoquines en los primeros años usaban botas, porque como se trabajaba sentado, con los pies a cada lado de la plota, las escallas picaban las piernas. Otros se envolvían las piernas con bolsas.

ABILIO LÁZARO ORTEGA. Entrevista del 05-06/1976

PREVISIONES Y COMIDAS

Carnicería en Albión

La carnicería se proveía de la carne que le traían del pueblo. En tiempos de Seguin carneaban ahí, cuando estaba Lazarte de encargado. Pero después, la carne la llevaba Mariano Suazo. No tenían reparto. Malfatti y Lazarte fueron encargados que tuvo la carnicería en tiempos de Pablovich. No consumían pescado. Tampoco acostumbraban a hacer quinta o huerta familiar.

ROSILDA BUGNA DE PABLOVICH. Ídem.

Compras en el almacén de Cima y otras formas de comer

Yo era chico. Yo iba a comprar una botella de aceite Bao, pero siempre algún pesito más había que pagarlo. Entonces la gente que no podía, iba ahí. Pero otra gente que podía salir, compraba afuera.

Bianchi tenía quinta y vendía repollos, papa, de todo. Iba con el carro y vendía por las casas, después de la Huelga Grande, cuando ya pudieron entrar a la cantera a vender.

Íbamos a lo de Magaró a buscar 10 centavos de ricota en una hoja de repollo.

En 1915 funcionaba la Olla Popular donde estaba el Mercado. Y también íbamos a pie a la estancia de Peña (donde ahora está el Haras) a buscar galleta y fideos. Estaban arando y Ud. llevaba una bolsa y juntaba un poco de papa y se la llevaba. No había para comer. Una miseria única. Cuando le daban puchero grande, llevaba un papel para traer envuelto un poco de hueso y se lo traía también.

Papá iba a la sierra a buscar radicha silvestre. La polenta se cocía en no menos de 45 a 50 minutos de revolver bien. Las paletas y cuartos de oveja se salaban igual que si fuesen de

cerdo, y después se hacían fritas, con huevos. No se usaba más que aceite Bao y grasa de cerdo.

JUAN SVERJUGA. Ídem.

Cazando pajaritos para la polenta

Mi papá cazaba de toda clase de pajaritos, para la polenta, gorriones, benteveos, horneros, cabecitas negras y mistos. Papá preparaba el pega-pega para cazar pajaritos, el “bischo” un cocimiento de lino que era una goma, que debía estar a punto. Mojaba una sogá con él, y la tendía entre los árboles. Llegaba a cazar entre 200 o 300 pajaritos. Así, con las patitas pegadas a la sogá. Luego, todos los chicos en torno al cuentón, a pelarlos. Mi mamá los repasaba con un hisopo y alcohol. Le cortaban patitas y pico. Los freían con manteca y salvia y pedacitos de tocino, en cacerola de barro.

MARÍA CATALINA FORTUNATI DE POLI
Entrevista del 08-05-1976

VIVIENDA Y ROPA

Una casilla y su ajuar

Cundo se casó mi papá tenía ahorrados 1.000 pesos. Se hizo la casilla, le costó no sé, 300, 400 pesos. Una pieza grande y la cocina, entendámonos. Y después, mi mamá ya tenía comprada la cama. El colchón lo trajo mi mamá de Europa. Y toda la ropa blanca la tenía. Cuando nació una hija allá en Europa, entonces las madres cada año le hacían una cosa. Y ella mi mamá, pobre, desde chiquita, se quedó sin madre. Ella se crió en una fábrica de seda. Y aprendió a tejer y al mismo tiempo allí se criaba el gusano de seda. El padre era medio capataz allí. Entonces ella de chica se hizo amiga de las empleadas. Tenía ocho años y ya sabía trabajar mejor que muchas empleadas. Entonces ponía un cajón así de alto y les ayudaba a trabajar. Y entonces ella tenía esa ambición de la ropa de cama y se hizo toda la ropa. Docenas de sábanas, de fundas, todo bordada se hizo la colcha.

En las épocas de miseria había familias que cuando llamaban al doctor no tenían una sabanita ni una funda para ponerle a la cama. Mi mamá tenía una caja envuelta en un pañuelo grande, con dos sábanas, una funda, y una toalla. Eran para prestarlas. Un candelabro y un crucifijo cuando se moría la gente; y una sábana para tapar la mesa. En veinte familias no había una que tuviera una sábana.

ISOLINA POLICH DE LAMEIRO
Entrevista del 17-06-1976

CURACIONES

Analéptico

Yo me corté abajo, en el pie. (Me salvé del servicio militar porque tengo un dedo montado). Estábamos en el Cerro Leones. En aquel tiempo las zapatillas “no se vendían” (“no podían comprarlas”, quiso decir N. de A.). Andábamos descalzos. Hasta los 14 años andábamos en pata. Me corté el Nervo (sic) acá abajo. Mi papá estaba trabajando en la cosecha. Y había un vecino. Andaban juntando telas de araña que en aquel tiempo se encontraban en todos los rincones.

“¿Tres?” “Hacé de cuenta que tenés dos”

A un hermano mío, el tercero, le agarró una pulmonía doble. Lo llevaron al médico, el Dr. Verneti, que andaba en bicicleta, salvo cuando iba al Cerro que alquilaba un sully.

- ¿Cuántos chicos más tenés? -le preguntó a mi papá.

- Dos más.

- Bueno, hacé de cuenta que tenés nada más que esos dos. A éste no lo contés más. No pasa esta noche.

De vuelta, compramos harina de lino y le hicimos cataplasmas, de un lado y de otro. Y a la otra noche no tenía nada. Vivió que era un toro de fuerte.

FILIBERTO SATTI.
Entrevista del 08-05-1976

El interior de una vivienda corriente

Las casillas tenían un dormitorio, a lo sumo dos, con piso de tablas anchas, sin alfombras ni cueros. Algunas fotos de familia en las paredes, y a veces, si eran religiosos, un rosario. Cama de bronce o de hierro, de una y dos plazas; colchón de lana o la “paíasa” (relleno de chalas secas). Mesas de luz con escupidera adentro, o debajo de la cama. Un ropero con espejo, generalmente más alto que ancho, de dos o tres cuerpos, barnizado y en casos excepcionales a fines de 1920, de roble americano de color claro. En un baúl grande se guardaba la ropa no usada con frecuencia. Sábanas, habitualmente blancas; frazadas de lana; acolchados hechos con ropas viejas forradas. Algunos hacían edredones con pluma de gallina o de ganso (piumín). Solían cubrir todo con una colcha, y a veces encima un “poncho matra” (frazada basta y barata).

Cocina: *las de fundición, que quemaban leña, astillas, bosta de vaca, cardo de Castilla, y a veces carbón (el denominado “de piedra” o hulla, que solían “regalar” al descuido los maquinistas ferroviarios). Retiraban los aros que cubría el fuego, en la plancha de la cocina, para cocinar con olla.*

Un reloj despertador (común, de metal) sobre la mesa o en una rinconera de madera. Siempre en la cocina salvo cuando al irse a dormir lo llevaban al dormitorio.

Se sentaban en bancos de madera, bajos, hechos en casa con madera de cajón, sillas rústicas de paja, y a veces, en el dormitorio, algunas sillas de Viena (con esterillado).

Un aparador, generalmente de fabricación casera, pintado o al natural, de dos puertas, no más alto de un metro y medio y otro tanto de ancho, alojaba parte de la vajilla mencionada.

Sobre todo lo ancho de una pared se clavaba una tabla de madera con clavos o ganchos, de los que colgaban la sartén, a veces la olla, un jarro, espumadera y cucharón, el palo para revolver la polenta (llamado “mestón” en toscano y “trilla” en tirolés), la tabla (“tavel”, en tirolés, “távola” en toscano) para volcar la polenta y cortarla con el “fil” (hilo).

En un lugar de privilegio, el perol de cobre para cocer la harina de maíz (“parol” en tirolés, “paliolo” en toscano) y un colador de fideos.

Modo de poner la mesa: casi nunca se ponía mantel. Habitualmente se comía sobre la madera, o cuando más sobre un hule permanente. Vasos comunes, de los de vidrio; el pan, sobre la mesa (tipo italiano, redondo). El vino, suelto, se compraba de a 5 o 10 litros, en damajuanas, propiedad de la familia. Se lo trasegaba a una jarra, habitualmente enlozada, de un litro (no se recuerdan botellones ni jarras de vidrio). Algunos ponían directamente la botella de litro. No se usaba el sifón de soda, y el vino se rebajaba, para los chicos, con un poco de agua. También se ponía sobre la mesa, la aceitera, la vinajera (o vinagrera) y el salero.

Uno de los repasadores se dejaba sobre la mesa y lo usaba en común toda la familia, como servilleta.

Comidas más comunes: Guiso, estofado, rissoto. Polenta. Tallarines, bifés con cebolla. Los huevos y la panceta frita a la sartén era la comida más frecuente entre los solteros.

Preparaban el “Krausti” o “Chucrut” picando el repollo o colocándolo entero, macerado en vinagre, en un barril, cuya tapa se ajustaba con una piedra pesada, para que la fermentación no volcare los repollos fuera del recipiente.

Se preparaba el vino en casa con uvas cosechadas en el domicilio que podían ser la “chinche” o la “americana”. Frecuentemente se la compraba en cajones procedentes de Mendoza. Se lo maceraba en tinas de madera, que pisaban con los pies. Se le agregaba un kilo y medio de azúcar negra. Se lo tapaba con un lienzo. A los 8 o 10 días se había levantado el mosto. Se lo volvía a hundir, esto durante seis o siete veces. Luego se lo trasvasaba colándolo, para guardarlo en damajuanas unos cuatro o cinco días con el corcho flojo por si seguía fermentando. Luego, se las cerraba bien.

Cría de cerdos: Más de la mitad de las familias de La Movediza criaba cerdos. Junto a la casa, el chiquero. Casi todos, techados, piso de hormigón alisado, con frecuentes lavados.

Muchos compraban capones que pesaban entre 50 y 60 kilos y durante 3 o 4 meses los engordaban, preferentemente con semitín.

Dos o tres meses antes de sacrificarlos, los alimentaban con papa chanchera (las descartadas por pequeñas), mezclada con sal gruesa y maíz, todo cocido en una gran olla, que duraba de 8 a 10 días.

La polenta: Para mayor comodidad, algunos, en el galponcito de la casa, colgaban del techo, con cadena, una olla grande, o el parol. Hacían abundante fuego en el suelo. La revolvían continuamente, durante 40 minutos, con un palo redondo. A los 40 minutos la polenta comenzaba a “soltarse” de las paredes interiores de la olla que quedaban virtualmente limpias si estaba a punto. Se volcaba la polenta sobre la “távola” que esperaba en la cocina, en forma de hogaza de pan. Con el “fil” (hilo blanco) cortaban las porciones, pasando el hilo por debajo de la masa y luego tirándolo perpendicularmente hacia arriba, tensado. La servían sobre el plato, mientras la mujer lo rociaba con el tuco del estofado.

La polenta carbonera requería igual preparación con la harina de maíz, aunque un poco más blanda. Aparte, en una olla, se cocían papas, que se aplastaban directamente sobre el fondo de la olla cuando estaban a punto, mezclándolas con el agua del hervor. Las dos pastas -papa y harina de maíz- se mezclaban luego.

En una sartén se había preparado la salsa o fritanga. Dorados y previamente bien picados ajo y cebolla, panceta en trozos chicos y chorizos cortados en rodajas. Hecho, se escurría el aceite.

Se escurría la fritanga en el parol, donde se habían mezclado polenta y papas pisadas, y se revolvía el conunto para mezclarlo bien. Un minuto antes de servir, se echaba queso fresco cortado en dados para fundirlo.

Era el acompañamiento ideal para comer con “ucelli” (en toscano: en tirolés “ugel”) los famosos pajaritos cazados para la polenta.

Además de una lámpara de las de kerosén, también llamadas “de tubo” se usaban velas de cera o estearina (colocadas en un candelero y en tiempos de extrema pobreza en el cuello de una botella), y algunos artefactos de fabricación casera.

Los “lumines” se hacían con un frasco de ¼ litro (de los de alcohol puro, vacíos), tapados con un corcho al que se había atravesado un pedazo de bombilla en desuso, por cuyo interior se hacía correr una mecha con hilo de pabilo. Para que el viento exterior no apagara la llama, improvisaban otro artefacto con una botella de litro desculatada. En el pico, por adentro, se calzaba un cabe de vela, con el pabilo hacia la parte descubierta al romperle el culote. Tomado por el cuello en forma invertida, la llama quedaba en el interior de la botella al abrigo de las ráfagas.

Los chicos hacían los deberes a la luz de la lámpara, que se apagaba tras concluir la comida y prepararse para ir a dormir.

El padre daba cuerda al reloj para llevárselo a su mesa de noche, encendían la vela de un candelero con el que se guiaban hasta el dormitorio, apagaban la lámpara, y a la luz de la otra llama se desvestían. Nadie usaba pijama, aunque las mujeres solían usar camisón. Con la misma camiseta y calzoncillo del día, se metían a la cama. Pero a veces, en las noches de frío más intenso, se ponían (o debajan puesta) una camiseta de las de frisa.

(Testimonio de Américo Bugna, nacido en La Movediza en 1920.
Entrevista del 17-06 y 01-07 de 1989, en Arenales 236, domicilio de José A. Ghezzi,
en compañía de éste y de Filiberto Satti.)

CAPITULO OCHO

LOS ACCIDENTES

El trabajo en las canteras estaba lleno de riesgos.

Ellos derivaban de varias circunstancias cruciales: el desprendimiento de rocas que cayeran sobre los trabajadores; las voladuras con dinamita y su manejo inadecuado; el desplazamiento inercial de las zorras o vagonetas y los imprevistos tales como los abismos, el trabajo a gran altura y la fatídica trampa de las grandes piedras que, cortadas por los picapedreros, abrían y volvían a cerrarse, apresando como fauces a quienes estuvieran arriba de ellas.

Era frecuente perder dedos, un ojo, cargar cicatrices, quedar rengos. Muchas veces, lo que se perdía era la vida.

A veces, el signo de la desgracia enhebraba unos hechos con otros. Juan Poli tenía cantera en Uruguay. Una vez, para San Juan, quiso celebrar su onomástico y encendió unos patarros. Le estallaron en la cara y quedó ciego. Su hijo Vicente era muy joven y lo trajo a Tandil. Trabajaban los dos. Dicen que Don Juan hacía al tanteo, y abría en la piedra pichotes de excelente calidad. Bastaba que le indicaran el sitio donde debía empezar las pequeñas perforaciones. Un día de diciembre de 1897 se desprendió una gran piedra. Vicente no alcanzó a advertírselo y el bloque cayó sobre las piernas de Don Juan. Se las hizo pedazos. “Si no te corto las piernas te vas a morir” le advirtió el médico cuando la ambulancia tirada por caballos lo dejó en el Hospital.

- Prefiero morirme- le dijo. Días después dejaba de existir¹.

Los que sobrevivían a los riesgos padecían dolencias como reumatismo, la artrosis, al parecer consecuencia de los fríos, las mojaduras y el repercutir de ese golpeteo interminable, durante años, sobre la piedra. Leonardo Puggioni procuraba dar una explicación racional sobre tales consecuencias, con su expresiva verba:

- Los canteristas eran generalmente sanos. Pero se resentía su sistema nervioso, por los golpes duros que vienen y rimbomban sobre la agitación nerviosa. Imagínese: subir una escalera, y meter cincuenta, sesenta pinchotes, con la cintura parada, o si no darle de levante, y estos materiales bárbaros. De ahí parte que la debilidad agarre al cerebro, por lo que el canterista, intelectualmente, no está dotado. Porque al golpear el duro sobre el acero recibimos otra vez duro. La cuestión granito no, porque el granito despide.

No es como la piedra blanda de Mar del Plata. Canteristas de Tandil, fuertes como toros, fueron a Mar del Plata, cuando la huelga, y el polvo, la silicosis que le dicen los médicos, se le deposita en el pulmón y le hace como una portland, y el pulmón se agreda y sobreviene la Muerte².

¹ Testimonio de Teresita Sverjuga vda. de Montes.

² Idem de Leonardo Puggioni.

Otras veces, era la prodigiosa fortuna que les salvaba la vida, como el accidente que memoraba Domingo Agostini, uno de los “Furnayín”:

- Una vez tiramos un barreno y cayó del cielo un peñasco terrible. (El barreno sabe hacer por lo general, dos cortes: uno en seda, a todo lo largo, y ahí donde está el barreno, otro de trinchante, pero como a cuatro o cinco metros de donde estaba, invisible, el otro. Empezamos a golpear y enseguida aflojó. Pero con los golpes abrió el corte primero, el del barreno, que estaba oculto y se hizo una cuña. Y yo caí entre ambas piedras. Uno de los que estaban mirando gritó: “¡Lo mató!” Podría haber muerto triturado por las dos caras que luego se habían vuelto a cerrar. Pero yo había alcanzado a agarrarme de una de las dos piedras y salté p’arriba, antes que me apretara”³.

Eliseo Satti había estado trabajando con él y había presenciado el suceso y casi fue apretado con su compañero Agostini:

- ¡Cuando nos paramos, temblábamos que no podíamos estar parados!⁴

José Torres era, en 1925, foguín de barrenos, pero también tomaba la maza e integraba una Cubia, cuando el barreno pasaba de los cuatro metros. Puso un cartucho de dinamita y apurado metió el otro, pero el agujero era chico y entró demasiado ajustado. Fue a tacer la carga con el borrón. Y estalló.

José Álvarez, testigo del accidente, memoraba:

- La mano era una piltrafa. Los ojos hinchados, no podía ver y gritaba desesperado. En el auto del mecánico lo llevamos al Sanatorio. Se habló de cortar la mano. No alcanzó y perdió el brazo también. Pero por lo menos, recuperó la vista. Torres tendría unos 35 años⁵.

Había una especialidad que no todas las canteras tenían: la del desgallador. Atada su cintura a una soga, descendía por el frente de la cantera, desde la cima, tras una voladura, tanteando con una barreta las piedras que hubieran podido quedar flojas y amenazaren desprenderse.

Mancini, nacido en Novate Mezzola, Sondrio, Italia, era desgallador en San Luis. Tanteaba minuciosamente con su barreta cada piedra. Pero una de ellas, que parecía firme, se desprendió cuando había bajado unos metros más. La piedra lo golpeó, se soltó, cayó a la cancha y otras piedras cayeron sobre él. Se salvó, pero quedó maltrecho y ya no pudo trabajar. Con el tiempo se volvió loco, y luego se murió. O se dejó morir⁶.

Varios accidentes con historia

Los que hoy son ancianos y entonces eran jóvenes, recuerdan aquellos accidentes, casi como trágicas hazañas, algo por lo que tener una especie de orgullo morboso, mezcla de luto y heroísmo.

³ Ídem de Domingo Agostini.

⁴ Ídem de Eliseo Satti.

⁵ Ídem de José Álvarez.

⁶ Ídem de Romano Galeazzi.

Dos hechos en Cerro Lugones: Habían abierto una serie de patarros en una playa. El foguín fue encendiéndolos y cada sector estaba a la expectativa de que estallaren para saber si los barrenos habían “trabajado” bien. Encendieron. Empezaron a reventar. El foguín siempre cuenta cada una de las detonaciones, porque pueden quedar barrenos preñados, es decir, sin reventar. Son traicioneros, peligrosísimos, mortales. Se produjeron las detonaciones, y un joven, de apellido Cadona, creyendo que habían estallado todos, salió corriendo sin esperar el aviso del foguín. Estalló, retrasado, el último. Las piedras, como una maldición del cielo, cayeron sobre él y lo aplastaron. Su cuerpo quedó hecho pedazos. Fue alrededor de 1945⁷.

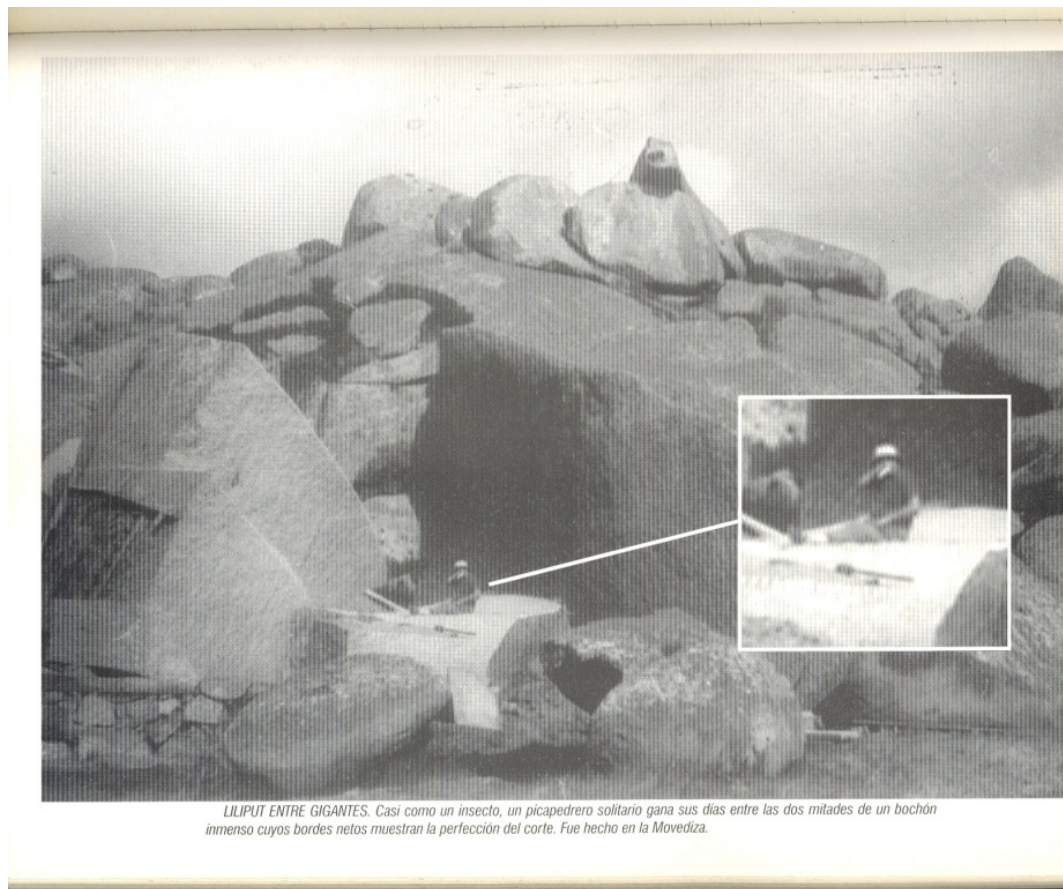
José Prado era un cuarteador de 38 años, nacido en Galicia. Tenía siete hijos. Le encantaba trabajar a caballo. Debía correr un vagón hasta dejarlo bajo la máquina rompedora. Lo traían desde la Playa de la cantera, en Cerro Leones, donde lo había dejado la locomotora. Ya había empezado a moverse cuando el caballo que cabalgaba Prado tropezó en los durmientes recién removidos por la cuadrilla ferroviaria. El animal, al perder el ritmo, cayó sobre las vías, se enredó en la cuarta, el vagón lo alcanzó, y Prado, que no llegó a desestribar, cayó bajo el caballo. El vagón mató al caballo y virtualmente molió la pierna prisionera de Prado. Lo llevaron al Hospital, pero murió en el camino. Fue en la primavera de 1926. su mujer conservó por muchos años, su pantalón reducido a tiras⁸.

A veces los accidentes ocurrían entre familias, y no por desprenderse de piedras, ni rodar de vagones. José de Lucía era un joven herrero, cuyo padre, de los primeros pobladores en radicarse en las canteras de Tandil, aún trabajaba como picapedrero. José templaba las herramientas de su padre. Un día, entre tantos de temple exacto, uno de los pinchotes resultó endurecido en exceso. Don Michele Angelo lo puso en un agujero, fue a golpearlo y se quebró. Lo golpeó otra vez para sacarlo, pero como ya había hecho presión, saltó y le reventó un ojo⁹.

⁷ Ídem de Fermín Mauricio Del Valle.

⁸ Ídem de Claudia Prado de Vázquez y Telva Prado de Villalba.

⁹ Ídem de José de Lucía.



El accidente de Pedro Mazzoni

Las dramáticas circunstancias de este accidente, que ahora vamos a describir, daban un marco especial al relato del suceso padecido por Pedro Mazzoni en la cantera Albión cuando corría el año 1919.

Así nos lo relató cuando todavía vivía con su familia en Villa Laza, en Junio de 1976.

El capataz Bugna nos había mandado a cortar una bocha porque se habían acabado las piedras. Yo fui, la corté, pero no podía abrirla con las cuñas, solo. Fui a pedir pólvora para hacer una carbonera. Bugna miró el reloj y me dijo: La pólvora está abajo. No tenés tiempo de ir y volver antes de las 11. ¿Por qué no vas a ver si podés abrirla con otra cosa?...

Efectivamente, fui, la golpeé un poco, la abrí y después con una barreta la íbamos a tirar. El yugoslavo que me acompañaba hacía poco que estaba en la cantera. El otro era un compañero viejo. Andá a la mier..., trabajás por día, ahora? Si no la volteás en uno, ponele dos.

Tres veces lo llamé. No quiso venir. El yugoslavo me dijo: Parate, que voy yo.

No se veía el peligro. El tenía la maza y yo tiraba con la barreta hasta que la piedra se dio vuelta.

Cuando se dio vuelta se vinieron abajo una montaña de bochas grandes. Y resultó que él quedó como sentado arriba de una piedra. Yo, debajo de

otra, pero calzados los dos en medio de la ladera. ¿Te lastimaste mucho? Preguntó. Quise levantarme. Pero tenía una pierna apresada bajo la piedra. A él lo agarraron y lo llevaron enseguida, porque se dieron cuenta que estaba golpeado por dentro y había perdido una pierna. Le decían Luzan.

Y yo quedé ahí. Vino un compañero, Juan Meleiro, a sacarme. Che, hermano -le decía yo- vení a sacarme esta piedra, que me rompe si no la otra pierna. Miró atentamente y dijo: Si toco esas piedra morimos los dos.

Venían las mujeres subiendo a la cantera. Se escuchaban los gritos. Yo tenía un hermano que trabajaba del otro lado del cerro. Cuando oyó, y me vio boca abajo e inmóvil (yo, para que no se movieran las demás piedras que estaban encima) y empezó a gritar ¡Mi hermano se mató! ¡Mi hermano se mató!

No lo dejaban venir adonde estaba yo, porque en su desesperación hubiera querido mover las piedras y nos hubieran matado a todos. Una hora y cuarto bajo la piedra. Venían los compañeros del montenegro y decían: El otro se salvó, Pedro Mazzoni no se salva. Y yo escuchaba todo.

Hasta que vino Pablovich, el patrón de la cantera.

- ¡Todos a la orden mía!... dijo. Y empezaron a traer ganchos, cables y sogas y fueron atando piedra por piedra, todas las grandes. Había como cien y pico de hombres sosteniendo las piedras. Arriesgaban la vida para salvarme.

Un yugoslavo, Pablo Luquich, dijo: - A la orden mía: yo agarro la barreta, uno que lo sostenga a él. Otro que calce la piedra.

Hasta que me sacaron. Cuando me sacaron, largaron todo y se vinieron a bajo las piedras. Cuando se desprendían, alcancé de agarrarme de una bocha. Me pelé la mano y me hice muchas heridas en el brazo y en el cuerpo. Veinte metros bajé rodando. Y después debo haber bajado así otros 40 ó 50 metros.

Nos cargaron en un vagón del ferrocarril y nos trajeron hasta la estación Tandil, para llevarnos en ambulancia al sanatorio Argentino, el de Domeniconi, que entonces se hallaba sobre la calle Pinto, frente a la Plaza. En la misma pieza estábamos con el yugoslavo Luzan. Había un biombo. El montenegro, pobre compañero, murió a la tarde¹⁰.

Cuando, después de 1945 los trabajos ya fueron totalmente mecanizados, aún quedaban riesgos que solían ser fatales. Los barrenistas no trabajaban ya con las antiguas barras que sostenían a plomo y golpeaban cubias de tres.

Pero las máquinas neumáticas eran pesadas y obligaban a estar en posiciones harto incómodas. Los Lende integraban una pareja de barrenistas. Eran primos entre sí, y muy diestros. Uno se llamaba José, pero le conocían por "Josela". El otro es Antonio, todavía vive, estaba fuerte y lúcido y tenía 77 años cuando lo entrevistamos en 1990. El 24 de Junio de 1950, día de San Juan, alrededor de las 10 de la mañana, habían bajado desde lo alto de un frente, y hacían un barreno de levante, colgados de una sogá, desde

¹⁰ Ídem de Pedro Mazzoni.

un peñasco. Antonio Lende necesitó bajar y dejó a su primo a cargo de la barrena. Una inmensa bocha, como de cinco metros de diámetro, zafó desde lo alto, y arrastrándolo desde donde se hallaba lo aplastó, al pie del cerro¹¹

Muerte de Bargardi y Paoletta

Rara vez o nunca se había trabajado en domingo en La Movediza. Pero cuando finalizaba 1942 hubo una demanda especial de piedra triturada. El capataz Juan Bargardi no lograba elevar lo suficiente la producción para la proporción que pedían, quizá porque la escasez crónica de trabajo de esos años había provocado el éxodo de muchos canteristas, que ahora no podían acudir a este llamado.

La cantera era de Sabarí y Garassino, y la administraban los hermanos Bizzózero. Se decidió hacer una voladura el domingo 28 de Diciembre, pero el foguín Dorado se resistió a cargar el barreno en domingo. Bargardi dijo que lo haría él y que él mismo lo volaría.

Le pidió a Antonio Satti, que ese día atendiera la herrería para afilarle los barrenos. Satti fue acompañado por Aurelio Baliño. Orlando Paoletta, un “bocha” de 18 años, aceptó ayudarlo.

A las seis de la mañana de ese primer domingo de verano estuvieron los cuatro en la cantera. El frente elegido exigía un barreno a plomo. Bargardi y Paoletta trabajaron con Baliño para abrir la perforación, a una altura de 20 metros.

Satti y Baliño miraban cómo Bargardi, asistido por Paoletta, comenzaba a llenar el barreno con cartuchos de dinamita.

En ese instante, serían las 9 de la mañana, llegó un medio hermano de Baliño, Miguel Anselmo Cattáneo, que le llevaba el mate cocido. Los tres se retiraron a merendar, a la sombra de una piedra, mientras Bargardi y Paoletta terminaban la carga con dinamita, antes de encenderlo y producir la voladura. De pronto, una explosión formidable paralizó a los tres que charlaban a la sombra. Cuando la nube de tierra, piedra y cascajo se disipó un poco, Bargardi ni Paoletta estaban ya. Adivinaron que se hallaban sepultados bajo los bloques que volando por los aires junto con los cuerpos de los infortunados operarios, se amontonaban al pie de la cantera.

Aquellos hombres experimentados supieron interpretar rápidamente las causas de la tragedia: al colocar sucesivamente los cartuchos de dinamita en el agujero practicado, quizá alguno se hubiese atascado. Bargardi debió presionarlo más de lo debido con el borrón, y habría estallado. Quizá la piedra, caliente aún por la perforación -explicaban otros- provocó la detonación.

Satti le dijo a Cattáneo: “Volvete a la villa, pero no comentés con nadie”. No querían agravar las proporciones del suceso.

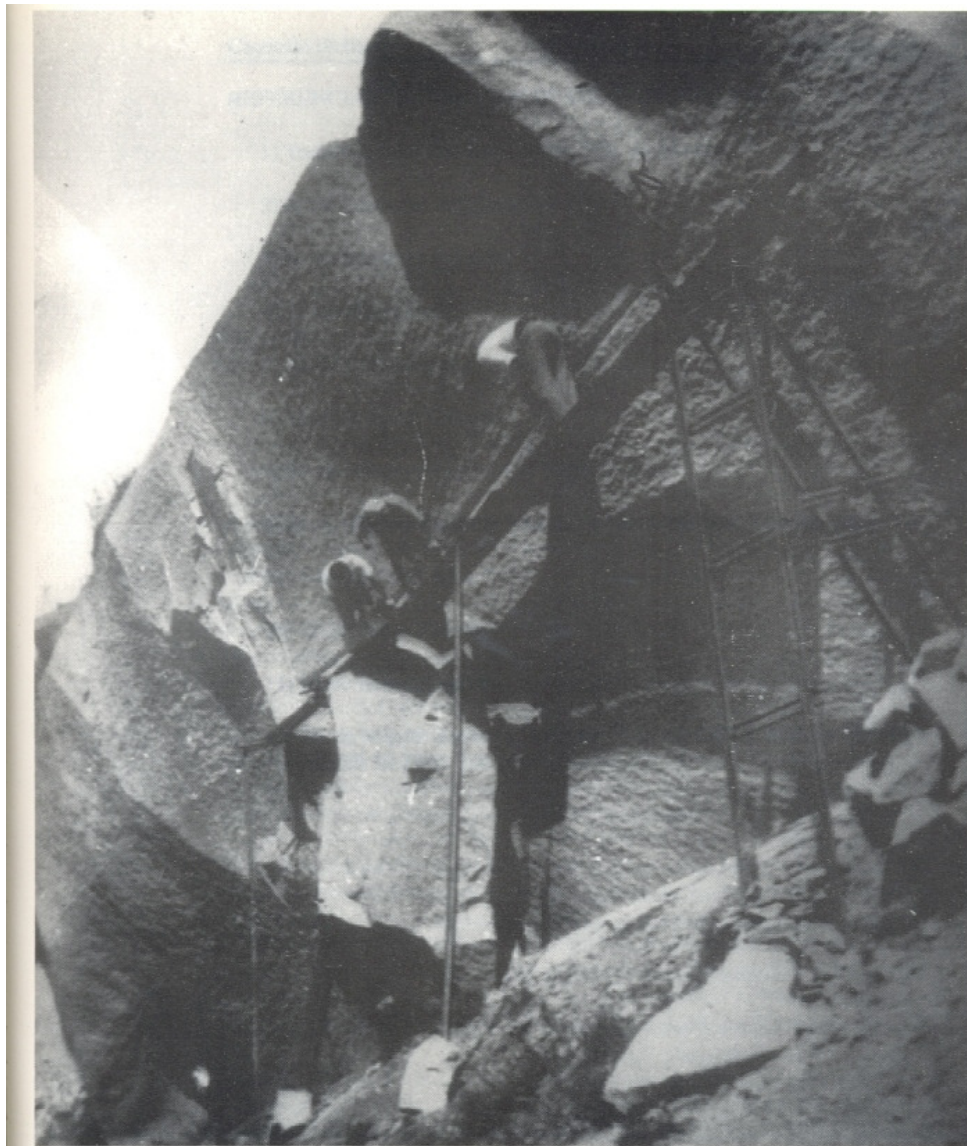
Hubo que remover decenas de piedras grandes y medianas para descubrir los cadáveres destrozados. Vinieron amigos y vecinos a prestar auxilio.

La doble muerte enlutó de nuevo a toda la familia canterista. Bargardi tenía 55 años y era italiano. Estaba casado con Juana María Sarti, descendiente de los primeros pobladores de La Movediza en el siglo pasado, y tenía varios hijos. Los padres del muchacho eran Leopoldo León Paoletta y Segunda María Ghezzi.

¹¹ Ídem de Antonio Lende.

La mamá de Paoletta nunca más salió de su casa, desde la muerte de su hijo. Durante muchos años conservó intacta, como estaba aquel fatídico domingo, la ropa que le había planchado para salir cuando terminare el trabajo, y la mostraba como un íntimo relicario a sus más allegados.

Una o dos semanas después, removiendo las piedras que resultaran de la explosión, hallaron una de las manos de Orlando Paoletta. Tuvieron que abrir nuevamente el ataúd en el cementerio, para reunirla con los demás restos de su cuerpo¹².



Riesgo y equilibrio. Para producir el corte buscado en el bochón de la foto, a tal altura, tuvieron que improvisar andamios con rieles ferroviarios. Los operarios de la foto, tomada por Miguel Jarque, son Domingo y José Agostini y Eliseo Satti, preparados para hacer un gran corte "en trincante de levante" con pinchotes especiales. Pri mero, debieron "rayar" la piedra en el sentido del corte, una canaleta horizontal que corre paralelamente al andamio.

¹² Ídem de Miguel Anselmo Cattáneo, Filiberto Satti y José A. Ghezzi, y Nueva Era, 29-12-1942, 1ra. Pág.

CAPITULO NUEVE

LA VIDA SOCIAL

PRIMERA PARTE: LAS DIVERSIONES

Domingo. La inmensa fuerza muscular había polemizado durante la semana con la piedra. Ahora, ociosa por una jornada entera, tendría que buscar otro cauce.

Dos pasiones: Caza y Huerta

En los meses sin erre (contrarios a los del celo, la gestación y la crianza de las especies silvestres, en el hemisferio sur) los disparos de escopeta reemplazaban el domingo al trueno semanal de los barrenos. A pie por los cerros, a caballo, en sulky, deambulaban los hombres tras liebres, perdices y palomas de monte. En los tiempos de hambre, la caza por diversión se transformaba en recurso para sobrevivir. Y hubo quien llegó a cazar teros y otros pájaros para que sus carnes oscura diesen gusto y sustancia a sus caldos¹.

El ocio no entraba en el cálculo de muchos de ellos. La actitud parecía sobrevivir desde la época en que no había descanso los domingos; o cuando, recién conquistado este derecho seguían yendo a la cantera y preparaban las herramientas del día siguiente, o limpiaban de escallas el sector de su “cancha”, de modo de no perder tiempo haciéndolo el lunes, porque todavía se trabajaba a destajo².

Pero luego de las últimas huelgas victoriosas, (la de 1909, la de 1911 y la de 1913 y la de 1913) los hombres comenzaron a comprender el valor del ocio y les bastó cambiar de cansancio para seguir sintiéndose plenos.

Fondas y boliches, los centros de socialización

En aquella sociedad, fuertemente machista, sus primeras respuestas organizadas, tendían a satisfacer a los hombres.

En fondas y boliches la concentración masculina crecía con las horas del domingo, y el alcohol, todavía en grado de euforia, alzaba las voces y anunciaba que en cualquier momento comenzaría el vértigo de las apuestas entre los que no podían estar sin competir, sin demostrar su fuerza y su entereza, como si royendo el amor propio en la contrincancia, imitaran a las fieras que probando la fuerza de sus garras en la corteza de los árboles, las afilan.

El Tre Siete: ¡Trinco! ¡Nápula! ¡Pico! Y el índice curvándose golpeaba sobre la mesa como el pico de un chimango ¡Striscio! Y la presión del pulgar extendía dificultosamente los diez naipes a los que el uso y el pringue habían velado las figuras.

¹ Humberto Marcovecchio.

² Isolina Polich de Lameiro.

Los jugadores de Cerro Leones eran circunspectos y callaban estudiando al adversario. Los de La Movediza, en cambio, recurrían a artimañas y gritaban para impresionar y confundir al otro³.

Cuando se generalizó el Tute, quizá introducido por los españoles, después de 1920, no se practicaron virtualmente otros juegos de naipes.

Los jugadores de la Murra aprovechaban que los trebejos del juego eran sus propios dedos, y podían elegir cualquier rincón para apostar. Cada par de contendientes tenía el puño cerrado y soltaba al unísono con el adversario, uno o varios dedos, al tiempo que cantaba un número: ¡Dúe! ¡Quatre! ¡Sette! Ganaba quien acertaba cantando su número con la suma de los dedos abiertos por su adversario y por él mismo. A veces, uno de los dos abría de súbito toda la mano poniéndola casi en el rostro del adversario mientras gritaba ¡Tutta la Murra! Especulando con que el otro también hubiera ofrecido sus cinco dedos para la apuesta.

Cerveza, vino, grappa y el perincovach montenegrino, acrecentaban los bríos y las apuestas comenzaban a cruzarse. Bruzzone solía desafiar -y sólo él era capaz de hacerlo- que llevaría cinco bolsas de cal (250 kilogramos) desde el almacén de Goñi hasta la fonda de Piazzani, distante cien metros tras subir el terraplén de la vía, con una condición: que se las pusieran encima. Juan Cáneva alzaba durmientes del ferrocarril, 60 a 80 kilogramos, se los cargaba al hombro y salía al trotecito. Las apuestas de fuerza del herrero Teodoro Palazzo se hicieron legendarias y muchos años más tarde se memoraban en los corrillos, olvidados ya el lugar y su protagonista, al punto de atribuírselos a otros forzudos⁺.

Palazzo podía apostar, por ejemplo, a que correría con un cordón en alto (cerca de 200 kgs.) muchos metros, más de cien. Pero también arriesgaba el prestigio de la potencia y el alcance de su voz de barítono. Siempre se cantaba en las canteras, salvo cuando estaban concentrados labrando la piedra. A veces eran niños y mujeres, canturreando “Bandiera Rossa” o “Avanti Popolo”, con encendidas letras de protesta, sin conocer mayormente su significado tanto como arias de óperas más divulgadas⁴.

Una noche, Luis Luzardi, cuñado de Palazzo y miembro de un coro informal de hombres que éste dirigía, apostó que sus voces desde el Cerro podrían ser escuchadas en La Movediza, distante varios kilómetros. Formalizado el desafío y fijada la fecha, fueron sacrificados corderos celebratorios que serían costeados por quienes perdieran la apuesta. A la orden de Teodoro Palazzo, los coreutas del Cerro apuntaron sus pechos y gargantas hacia La Movediza, al que hondonadas y promontorios ocultaban, aunque sabían que a su cima, estaban trepando los incrédulos desafiantes y los jueces de la apuesta.

Sobre el cerro donde hasta 1912 se había columpiado la piedra prodigiosa que le daba su nombre, aguardaron largos minutos y escépticos, sonrieron burlándose del fracaso aparente de los orfeones canteristas, cuando de pronto, con el viento, llegó ondulante pero nítida, la primera estrofa:

³ Filiberto Satti.

⁺ Palazzo, dotado de físico excepcional y espíritu andariego, se había ido una vez al Brasil y como no conseguía trabajo se hizo boxeador y ganó muchas peleas, pero rehusó profesionalizarse y volvió a Tandil.

⁴ Humberto Marcovecchio.

*Vide el mare, quanto é bello
Spiro tanto sentimento*⁵.

La canción siguió desenrollando su espiral, y hasta los perdedores festejaban haber sido testigos del portento. Era como una bandada de ángeles fieros que sobrevolara el valle cantando sobre sus cabezas. En la noche que el viento sureño se había encargado de limpiar nubes y facilitar el prodigio, volver a escuchar, suspendida en el cielo la canción que evocaba los perfumados naranjos de Sorrento, quizá les hizo pensar en el extraño sino que los había transportado años atrás como en una alfombra mágica desde sus aldeas de montaña hasta estas sierras de la pampa, a través del mar, y que en la alfombra mágica no sólo habían trasladado viviendas, costumbres, y el sabor de la polenta sino las canciones de la tierra italiana.

Otros entretenimientos en la sociedad canteril

Algunos jóvenes se reunían a leer, mientras tomaban mate, y alimentaban su sed de reivindicaciones sociales con literatura anarquista, tras fortalecer su oratoria con polémicas que servían de práctica para sus intervenciones en las asambleas del sindicato. A veces los temas derivaban entre la revolución rusa, el origen del mundo, la naturaleza del Universo, la inexistencia de Dios, el amor libre, la vida vegetariana o la lectura de obras de teatro, origen en algunos casos de cuadros filodramáticos⁶.

Algunos domingos en los montes vecinos había kermesses o pic nics, con juegos antiguos como el Palo Enjabonado, las Carreras de Embolsados, y la Piñata: tres ollas de barro, colgadas, una con agua, otra con harina, la tercera con monedas; vendados los ojos de los participantes, cada uno con un palo tratando de golpear a ciegas la de las monedas, erraban y se desparramaba la de harina, caía el agua, y el engrudo que iba formándose chorreaba sobre los concursantes. Unos reían a expensas de los otros. Todo se interrumpía de súbito cuando dos memoraban en domingo, rivalidades o rencores del viernes. Entonces aparecían cuchillos, a veces revólveres, para subrayar a puntazos o balazos los argumentos de la discordia. Podían ser el radical Recuna y el conservador Cándido Soto, a quienes el aire dando sustento a la tirria soltaba las lenguas y alargaba agresivamente los ademanes. Después la policía arreaba a los beligerantes. Severiano Gavilán, canterista radical seguidor del caudillo Antonena, que aspiraba a ser comisario, iba y gestionaba en la repartición para que soltaran a los presos⁷.

Aislados del tumulto canteril, algunos hombres de la piedra solían sumarse a los toscanos nacidos en la Garfagnana que tenían una diversión aparte: el “tiro a la forma”: con la que hacían rodar a gran distancia hormas de queso duro, auxiliados de una correa y una agarradera metálica, el trichol (así lo pronunciaban), calle abajo, en las orillas del pueblo. Unos participaban, muchos miraban y casi siempre cerraba la marcha un comedido con una damajuana de vino con cuyos tragos los concursantes hacían bajar por sus esófagos los trozos de queso que ingerían arrancados con sus propios dedos del seno de las formas que estrellándose contra postes de la calle solían hacerse pedazos como si fueran de terracota y quedaban fuera de juego⁸.

⁵ Luis Luzardi.

⁶ Filiberto Satti y José A. Ghezzi.

⁷ Américo Bartolomé Zampatti.

⁸ Pedro Speroni (1954) y Filiberto Satti (1976).

Los jóvenes y los “bailes de socios”

Mientras toda la cantera se acostaba a dormir con el oscurecer, los jóvenes se resistían a devolver la noche del domingo. Luego de comer, y por no más de una hora, se reunían en casa de quien tuviera “verdulera” o bandoneón.

A veces, en esas reuniones, quedaba planeado para el sábado o domingo siguientes, un “baile de socios”. Participarían amigos que ellos eligieren, y las muchachas que surgieran de una lista.

Durante la semana conseguían lugar, casa o fonda decente, pedían permiso a los padres de las niñas invitadas, comprometían al músico amenizante (luego lo hicieron con fonógrafo) y por último, se avituallaban de pollos, lechón, otros fiambres, chocolates, confites, tortas y masas, con el aporte financiero masculino, de a cinco o de a diez pesos por cabeza -un platal- y casi siempre cocinando por ellas.

No todos los padres accedían fácilmente a que sus hijas concurrieran a esas reuniones y entonces los jóvenes debían cumplir también durante la semana una tarea diplomática que garantizara su honorable participación en el baile⁹.

Banda, Teatro y demás aportes

En Cerro Leones y en La Movediza funcionaron sendas bandas, para cuya dirección fueron contratados músicos profesionales que formaron a los aficionados que se reclutaban entre los mismos hombres de las canteras. Entonces la música era un ingrediente de la actividad no laboral de la juventud. La del Cerro de los contaba con 15 ejecutantes, en un principio nativos casi todos de un mismo pueblo italiano, Sondrio, en Novate Mezzola. Luego fueron incorporándose los de otras regiones: toscanos, calabreses, baltellínicos, y argentinos nacidos en el cerro. Guanella, Massera, Conti, Stanzione, Maretoli, los tres hermanos Faggione, todos italianos. El director era don Antonio Guanella, que a su vez tocaba el bombardino, y en su repertorio figuraban no sólo canciones en boga, sino trozos de ópera entonces tan populares como aquéllas.

La banda de La Movediza ensayaba en el subsuelo de la fonda de Conti, la gran casa de piedra que al mismo tiempo de escribir estas líneas, 1997, todavía se hallaba en pie.

En la segunda hornada de músicos de Cerro Leones, figuraron hijos -todos argentinos- de Humberto Luzardi: Francisco, con el bombardino, y Adeodato con el clarinete. Otros músicos eran Lodi, que tocaba la trompeta. Algunos recordaban a Massera, que también tocaba el bombardino, y como era de talla pequeña, sobresalía de él sólo su instrumento.

Batelli no tenía presente quién había sido el Director de La Movediza, pero Achille Maretoli, que tocó en Cerro Leones, recordaba a don Antonio Guanella (que luego fue su suegro) como Director de ambas. Para Maretoli, Guanella vino a Tandil como picapedrero y no como músico¹⁰.

Filiberto Satti, en cambio recordaba para 1920, a Baldini como Director de La Movediza.

⁹ Aurora Soto de Cadona, Juan Sverjuga, Teresa Sverjuga de Montes, Antonio Orsatti y Filiberto Satti.

¹⁰ Andrés Emilio Massera, Amílcar Batelli y Achille Maretoli.

El teatro atrajo desde temprano a muchos jóvenes. Era entonces la expresión estética al alcance de la mayoría, en su doble condición de intérpretes y espectadores. Los intelectuales de cualquier disciplina en todo el mundo solían incursionar en el drama teatral para expresar mejor sus ideas y transmitir las al pueblo. Junto con la música, eran manifestaciones de apreciación colectiva. Pero el teatro -al contrario de la música- no requería el aprendizaje previo de un instrumento. Entre los anarquistas, la actividad teatral, nutrida de muchos dramaturgos que, a principios de siglo, habían usado las tablas como difusor de sus ideas, constituía un atractivo, y Rodolfo González Pacheco (tandilense) y Alberto Ghirardo, los autores preferidos, especialmente durante la década de 1920. Ricos y Pobres, Lengua de Trapo, El Hijo del Pueblo, y el ineludible Hermano Lobo, de González Pacheco, Madre Tierra, de Berrutti, los recitados Madre Anarquía, El Inmigrante y Mis Harapos de Ghirardo y las obras de Florencio Sánchez, integraban los repertorios preferidos.



El "fabritto" (herrero) Humberto Luzardi, en los años de su ancianidad, con sus nietos Celestina Calvo, Humberto Marcovecchio, Antonio J. M. y Wilson Calvo. Atrás, el último de los tres picos que habían formado, originariamente, el Cerro de los leones. Luzardi fue uno de los más antiguos herreros que trabajó en las canteras del Tandil.

Los recuerdos más vivos recogidos son de la época del 20, y casi todos se referían a La Movediza. Casi toda una familia, los Restelli, integraron el cuadro filodramático "Pensamiento Libre", bautizado así por el anarquista Jesús Losada.

Gabriel, José, Alberto y Evina Restelli y su sobrina Rosa, hija de Gabriel y de Agustina Orsatti, que también hacían teatro, Elena e Isolina Calvetti, Filiberto Satti, entre otros. Aída Buscaglia, hija del canterista italiano Battista Buscaglia, y esposa luego de Fidel Franchini, había nacido en Cerro Leones, donde hizo teatro, bajo la dirección de un señor apellidado Bozzoni, sin otras referencias. Doña Aída representó una obra

escrita en italiano: “Los Exiliados de Siberia” cuyo autor tampoco recordaba al tiempo de la entrevista.

La habían representado en el entonces Teatro Italiano de Tandil. Y ella protagonizó a Lucía, la madre de aquella hija que aceptó cualquier sacrificio para lograr el perdón del Zar para su padre.

Félix Padellini, que también fue actor, recordaba las funciones teatrales en el Salón sindical de Villa Laza. Incluía en la memoria de su repertorio también a Florencio Sánchez, así como “El Hijo del Pueblo”, “El Sembrador”, y “De contramano” de González Pacheco. Y enumeraba otros actores de ideas libertarias que venían desde el pueblo a hacer teatro en las canteras: Perrota, Juan Reche (que luego fue industrial sodero) y un anarquista, Scalise, ubicado en Tandil, que frecuentaba La Protesta, el periódico libertario, con artículos suyos, y acabó ahogado en las aguas del Río Negro¹¹. En Cerro Leones, actuaban Atilio Mollar y Tristán Spreafico.

Alguna vez, sobre todo en los primeros tiempos, se disputaron carreras cuadreras.

A principios de siglo aparecen los nombres de los Cabarcos y los Soto, cuidadores en Cerro Leones, de caballos de carreras cuadreras, y recuerdan que el hijo de José Cima era propietario de uno de ellos.

Saturno Soto (o Saturnino) hijo del andaluz Víctor Soto que había tenido su fonda en el Cerro, era yerno de Cabarcos, y a su muerte se quedó con el campito de éste, donde también llegó a cuidar caballos que corrieron en el Hipódromo de Tandil. Su hermana Aurora recordaba los nombres de los dos: Horqueta y La Legañosa. Los vareaban en el Barrio Nuevo del Cerro. Apostaban por dinero, pero hubo veces que lo hicieron sólo por la pasión que despertaban las carreras¹².

Después de 1929, se vieron películas en Cerro Leones, proyectadas en un salón de chapa y madera, que se levantaba detrás del almacén conocido hasta nuestros días como “de Ligherini”¹³.

El galpón era de un matrimonio de portugueses, conocidos (el marido y el galpón) como “El Melgadense”. También se hizo teatro en ese salón y a veces se organizaban bailes¹⁴.

Pero la actividad dominguera que concentró, como en todas partes, la pasión de los jóvenes y adultos de las poblaciones, fue la práctica del fútbol.

El interés apasionado se acrecentó especialmente a partir de la fundación de los clubes Figueroa (1922, en Cerro Leones) y La Movediza (1923), cuya rivalidad constituía un campeonato aparte de los que se practicaban en el fútbol local, y del que participaban ambos equipos.

En realidad, el fútbol y sus remedos, se practicaban en todo tiempo y lugar, al menos informalmente.

¹¹ Agustina Orsatti de Restelli, Aída Buscaglia de Franchini y Félix Padellini.

¹² Pedro y Pablo Galbassini, Aurora Soto de Cadona y Amílcar Batelli.

¹³ E. Fadón de Piccinotti.

¹⁴ Aurelia Grossi de Poli.

Por aquel tiempo se disputaban las cinchadas. En La Movediza hubo un forzado famoso, Isidoro Bugna, al que apodaban el Doro y su participación podía ser decisiva. Las cinchadas solían convocar a cinco competidores por bando, y a veces desafiaban a equipos de otros sitios y ciudades. Solían lucir su prestigio en las Ferias Francas, durante los intervalos de los partidos oficiales de fútbol.

Al menos entre los adultos, en la década de 1910, la relación entre hombres y mujeres que no fueran familiares entre sí, eran distantes y recatadas. Solían no pasar de un saludo, pero rara vez una mujer se detenía a conversar con un hombre¹⁵.

SEGUNDA PARTE: LAS MUJERES

“Ellas son la mitad de nuestra fuerza”, decía el Reglamento de 1906 que aprobara el Sindicato Unión Obrera de las Canteras de Tandil, refiriéndose a las mujeres.

Largas razones lo sostenían. Muchas de las mujeres de las canteras habían sido novias o esposas que quedaron esperando en sus tierras de origen: Vezza Doglio, la Garfagnana, Novata Mezzola, el Fiume, Ponte Nelle Alpi, o en Lugo, Ouzá, o Moraleja de Sayago, o en los ásperos peñascos de Montenegro.

Cuando el hombre, afianzada su situación en Tandil, las había llamado, habían viajado solas, con sus hijos, en malolientes y agitadas terceras clases, a través del océano, muchas con sólo un chal sobre los hombros y sus manos.

Aquí criaron sus hijos, atendieron al marido, pusieron en orden la casilla de la vivienda, lavaron, plancharon, cocinaron, proveyeron del agua trayéndola en cubos que pendían de yugos colgados sobre sus hombros, desde lagunas y manantiales, fueron a buscar leña a los montes y recogían la bosta de los campos para la cocina o el fogón familiar. Y muchas veces redondearon los ingresos del grupo tomando lavados para terceros. “Cuando me vine más grande -recordaba Isolina Polich de Lameiro- (esto era en la primera década de este siglo) me tomé dos o tres lavados. Me pagaban un peso cuarenta por mes, cada uno. Pero con eso yo compraba las telas para vestirme. No me gustaba que mis padres tuvieran que mantenerme, porque ellos se habían casado de grandes”¹⁶.

“Al agua la sacábamos con unas latas de kerosén, atadas con sogas a un palo largo que cargábamos sobre el hombro. Al palo le llamábamos el ‘yugo’. Varias chicas se ahogaron por sacar agua de las lagunas. Se inclinaban demasiado y el peso las arrastraba. Sacar el agua era un sacrificio”¹⁷.

Aunque no faltaban mujeres diestras que pudieran cortar y coser vestidos sencillos, no había modistas propiamente dichas como en la ciudad, salvo excepciones. “Yo me ponía un diario -explicaba Rosilda Bugna de Pablovich- y me cortaba el molde. Usábamos el bombasí y el percal”¹⁸. En La Movediza, no obstante, Juana Guidi de Satti fue modista, oficio que había traído aprendido de Europa, y aquí hasta llegó a tener aprendizas. Cosía ropa de mujer y de varón.

Otras mujeres hicieron del lavado “para afuera” (por cuenta de otros) un buen ingreso. Agustina Orsatti de Restelli refería que su madre lo hacía en La Movediza

¹⁵ Antonia Orsatti de Zampatti.

¹⁶ Isolina Polich de Lameiro.

¹⁷ Ídem.

¹⁸ Rosilda Bugna de Pablovich - Filiberto Satti.

(años después que la señora de Lameiro en el Cerro) pero ya cobraba tres pesos por mes y por cliente, y llegó a atender hasta 25 lavados. Y la misma informante, siendo niña, iba a lavar pisos, de los que cobraba un peso si eran de los de superficie corriente, y sólo 50 centavos si eran más chicos¹⁹. Emilia “Nina” Ghezzi de Pellizari fue otra lavandera requerida en La Movediza, donde también tenía muchos clientes Marta Scacavach de Bosanich.

Por muchos años, si llegaron a tener alguna oveja, la esquilaban; de lo contrario, compraban la lana en vellón, sucia, y la hilaban. (La lana tiene que hilarse sin lavar, para que su gratitud, -la suarda- que la impregna, permita su manipuleo. Ángela Piagentini de Biaggioni atestigua que las manos quedaban a la miseria.) Ponían los vellones sobre las faldas y con la rueca y el huso hilaban, hasta hacer madejas y ovillos, esado en que recién se podía lavar. Luego, con el color natural o teñida con anilinas adquiridas en los comercios, tejían medias, bufandas y tricotas para toda la familia. Su madre, doña Catalina Sarti, que desarrolló variadas tareas: modista, lavandera, y planchadora, también atendía partos sin cobrar un centavo, ni haber estudiado, pero con minucioso sentido profesional, al punto que los médicos de aquel entonces, Bernetti Blina, Peré o Domeniconi, aceptaban sus servicios y hasta los recomendaban²⁰.

Abundaron las comadronas. Cuando se abrió en el Cerro Leones la escuela pública (que lleva desde entonces el número 4), se cerró la Escuela del Centenario, una humilde iniciativa privada que ilustró hasta entonces a los niños del Cerro Leones. Una de las mujeres dedicadas a la enseñanza era Teresa Solavaggione de Loiza, que desde entonces ofició de partera²¹.

Cada mediodía y cada tarde, cuando los hombres dejaban sus tareas y desde los macizos en que habían estado trabajando descendían hacia sus hogares, los foguines preparaban la tarea de más riesgo: el encendido de los patarros (petardos), con los que partían las piedras que por su tamaño no podían entrar en las bocas de las máquinas trituradoras. Como se ha dicho, la operación era riesgosa para todos porque los trozos de la piedra volaban a centenares de metros impulsados por la fuerza expansiva de la dinamita, y se transformaban en proyectiles que caían en las calles, en los patios y sobre los techos de chapa que muchas veces atravesaban.

Colocadas todas las mechas, listas ya para ser encendidas, el foguín o el “bocha” que le ayudaba, trepaba con una bandera roja hasta lo alto de un macizo próximo al tiempo que gritando ¡barrenoo...! Advertía la inminencia de la voladura.

Las madres seguramente ya estarían alertas, porque apenas el grito hendía el aire del mediodía o del atardecer, ellas aparecían por el patio o la calle de cada casilla, con un revuelo de largas faldas negras, recogiendo a los más pequeños de sus hijos y llevándolos al interior de la vivienda. Allí, haciéndolos abrazar sus piernas para que, apretados, ocuparan menos espacio, aguardaban el instante de detonaciones cotidianas, el silbar del vuelo, y el cascoteo sobre los techos. ¿Dónde? Debajo del dintel de una de las puertas interiores, el lugar más seguro porque sostenido el techo por los tabiques, estaba libre de ser perforado, en esa parte, por una piedra más pesada²².

El sino de la desgracia siempre rondaba aquellos ambientes mineros, donde las poblaciones se despliegan al pie de las explotaciones. Hay una solidaridad en la espera,

¹⁹ Agustina Orsatti de Restelli.

²⁰ Ángela Piagentini de Biaggioni - Carmen Luzardi de Calvo.

²¹ Juan Sverjuga.

²² Wilson Calvo - Nélida Nelli de Esteberena.

un chorro caliente que cae por dentro y quema el estómago ante la certidumbre de un accidente.

El hombre, el hijo, el padre, el hermano, se batían cada día, diminutos e indefensos, bajo moles inmensas a las que horadaban con desplante ciego de gusanos. Y el bloque de granito a veces, como un monstruo molesto por las moscas, movía esporádicamente su gran cola para espantarlas. Y desprendía toneladas de cascajo, rodaba un peñasco, se dejaba abrir por el rajo de sus vetas y volvía a cerrarse de súbito, en una basculación fatal que devoraba en su seno al insignificante violador de su geología.

Siempre vestidas de negro las italianas, con colores más vivos las españolas, más grises las montenegrinas, la cabeza siempre cubierta por un pañuelo, una mirada resignada y propensa al luto y al dolor envejecía prematuramente sus facciones.

Su participación en las huelgas

Como en todas las sociedades finiseculares las mujeres siempre mantenían su distancia, “dos o tres pasos detrás del hombre”. Pero cuando las circunstancias rebasaban los límites de la fuerza masculina, ellas emergían de pronto, con una ocultada entereza para sostenerlo más allá del límite de la resistencia. A veces, era el gesto airado, otras el grito. Casi siempre el temple o la opinión emitida en la intimidad del hogar.

En los recuerdos de la tradición de las canteras, hay varias gestas femeninas. De ellas, la más importante se ubica durante el desarrollo de la Huelga Grande y su participación en otras de parecida magnitud.

“Se hizo la huelga en los años 12 o 13 -refería doña Isolina Polich de Lameiro, sesenta años después-. Yo ya era casada así que sería en el 13. Entonces habían traído unos “carneros”. Las españolas se pusieron firmes. Qué escándalo hicieron. (Yo no me metí porque a mí no me gustaban esas cosas). A pedrazos recibieron a los “carneros”. Se presentaron al patrón. Querían sacarle la ropa. Le saltaban encima. ¡La guerra que hicieron!

Los corrieron a pedrazos como tres cuadras. Le tiraban agua caliente a los carneros. Caliente y fría. (Costaba mucho trabajo llevar el agua caliente arriba).

“¡Carneros, carneros y cornudos! -decía Teresita Sverjuga de Poli que gritaban cuando refería aquellos sucesos-. Y había hasta algunas mujeres que se levantaban los vestidos. De todo les hacían. Principalmente, si vamos a las naciones, las españolas eran las más bravas. Era una cosa de esconderse cuando pasaban los hombres, las cosas que les decían”²³.

De la bravura de las españolas nos daba fe María Filippi de Alonso la nuera de una de ellas. Se llamaba Antonia García de Alonso. Nuestra informante, la recuerda así:

Sucedió en La Movediza, y debió ser para la huelga de 1913.

La empresa había contratado rompeshuelgas en Buenos Aires, y los traía desde la estación en un tren carguero que recorría los rieles que conducían a La Movediza y al Cerro Leones. “El tren traía policías con armas largas. En los seis o siete vagones había

²³ Isolina Polich de Lameiro - Teresita Sverjuga vda. de Montes.

policías. Eran chatas abiertas, las mismas que se usaban para transportar piedra. Cada uno traía uno o dos policías.

En un tramo próximo a la cantera La Movediza, los rieles corren entre dos barrancas cortadas a pique, cuyas laderas caen a los pies de las vías.

En este recodo algunas mujeres se pararon en el paso del tren y otras tomaron emplazamiento sobre las barrancas, armadas con ollas y otros grandes recipientes con agua y piedras.

Pudieron ser unas quince mujeres, casi todas españolas.

Junto a Antonia García de Alonso, recordaban otro nombre: el de Liduvina Núñez.

Era un día de sol, y sus ropas de colores vivos revoloteaban frente a la locomotora y a los policías, como abejas picándolos.

Varios hombres armados descendieron ante la mirada atónita de los rompehuelgas. Antonia García de Alonso que en la paz era diestra para la costura, llevaba siempre las tijeras atadas a sus ropas con una larga cinta. Cuando se enfrentó con los policías, relampagueaban cuando las empuñó para defenderse amenazando a su vez con clavarlas en el rostro de los hombres²⁴.

El tren, penosamente, avanzó pese a todo, pero con el ánimo de los rompehuelgas, ya conturbado. Les esperaba otra.

Antes de entrar en la zona de Cerro Leones, y luego de correr por un campo llano, las vías despliegan una larga curva tras la que comienza a trepar la pendiente. Los convoyes siempre aminoran la marcha en esa zona, y los conductores van atentos, sobre todo porque los vagones cargados pueden actuar inercialmente y acelerando la marcha perder su control o descarrilar.

Las mujeres se apresuraron a enjabonar las vías en el lugar donde el ascenso es más pronunciado y cuando llegó el tren, sus ruedas comenzaron a patinar. El maquinista soltó arena para contrarrestar el deslizamiento, y la subida se hizo más lenta y penosa. Tras la curva, les esperaba otra sorpresa: sobre las vías, acostadas, las mujeres de Cerro de los Leones, muchas de ellas con sus niños en brazos.

Los ferroviarios se negaron a seguir avanzando. Detenido el convoy, aparecieron desde ambos costados de las vías, otras mujeres. Gritaban, insultaban. Algunas treparon a la locomotora y a los vagones. Aunque sin disparar, los policías trataban de sacárselas de encima, a empujones, tironeando de sus ropas, haciéndolas caer desde la plataforma, y cuando ya no podían de otro modo, rechazándolas a culatazos de carabina.

Finalmente los rompe-huelgas se negaron a bajar, a algunos de ellos las pedradas y el agua hirviente habían lastimado. El maquinista puso la locomotora en retroceso y comenzaron el retorno a la estación Tandil. Una algarabía saludó la victoria femenina²⁵.

Tiempo después nació la leyenda de Ernesta Mosca.

Los recuerdos que encontramos al hacer esta investigación la memoraban como una de las partícipes de la refriega. Decían que Ernesta -joven y al parecer bella- se había trepado entre las primeras a la locomotora y tras forcejear con los vigilantes, había recibido un fuerte culatazo en el pecho. Que poco después, enfermó y que meses más

²⁴ María Filippi de Alonso.

²⁵ María Catalina Fortunatti de Poli, Esteban Corradi y Bautista Ghezzi.

tarde murió. Así lo recordaba María Catalina Fortunati de Poli, aunque otra contemporánea suya, la señora Piazzani de Adamoli, creía que había muerto tuberculosa.

Recorrimos de memoria en memoria, removiendo muchos olvidos, pero nadie pudo agregar más información. Examinamos minuciosamente las columnas de los periódicos de Tandil de esa época y en ninguna se dan noticias de su deceso. Tampoco en las listas de directivos sindicales de las canteras figuran nombres con ese apellido.

Pero un detalle singular vino a darle contornos concretos a la leyenda: En las anotaciones de los libros de Caja del Sindicato, correspondientes al primer trimestre de 1911 figuraba entre las salidas, lo abonado por “una corona para Ernesta Mosca”. Nadie recuerda ofrendas florales del sindicato, menos coronas, y en ningún caso por una mujer. La presencia de la organización obrera estaba dada por el estandarte de seda roja que, desplegado al viento, marchaba al frente del cortejo fúnebre. ¿Qué llevó a la conducción sindical a hacer esta singular diferenciación sin antecedentes en sus costumbres, ni repetición en los años que sucedieron?²⁶.

Lavando en las lagunas

Durante mucho tiempo mantuvieron la costumbre traída de Europa de lavar a orillas de las lagunas, golpeando y blanqueando sus ropas sobre las piedras. Quizá con ello se ahorran la penuria de acarrear el agua hasta la vivienda. Los domingos fue, por mucho tiempo, su único trabajo comunitario. (Comunidad de lugar, pero realización individual, como el trabajo de los hombres en la cantera).

La Movediza tenía lagunas y manantiales numerosos, la mayor parte de ellas con nombres de vecinos próximos, mujeres y varones, de propietarios de antiguas explotaciones que conservaban su recuerdo a modo de topónimo, o de gentes que se hubiesen ahogado allí.

Nombraban así a las lagunas de la Marina, del Joane, de Romeo y de Felice; el manantial de Cattaneo y el del Dinamarqués; el pozo del “finado Gobetto” y los pocitos de la Nona Poletta y el de la Ercilia. Pero la mayor provisión de agua la prodigaba la fuente de piedra provista por la canalización de un manantial, en el patio de la Casa de Piedra de don Domingo Conti.

Los chicos preferían la laguna de Romeo para bañarse, pero la de Polledo era la más grande, y tomaba su nombre del de la cantera.

Muchas mujeres se convocaban los lunes para lavar la ropa en la laguna de Torre. Personas nominadas Felice (Félix) y Romeo se habían ahogado bañándose en ellas. Gobetto era un humilde hombre que había ganado su nombre por su giba dorsal y un día se quitó la vida arrojándose al pozo que desde entonces llevaba su nombre²⁷.

La del Cerro Leones era grande y profunda, y quizá para mantener alejados a los niños del peligro de ahogarse en ella, circulaban versiones que sobrevivían todavía cuando hicimos estas encuestas.

Imaginaban su origen en la desaparición de piedras enormes que en tiempos que retrocedían más allá de la memoria de los más viejos, mucho más que el de las empresas, nadie se atrevía a señalar. Habrían sido extraídas sin que nadie explicara

²⁶ Unión Obrera de las Canteras. Libro de Caja. Años 1908/12.

²⁷ José A. Ghezzi.

cómo y el enorme hueco a merced de las lluvias formó el espejo de agua. Afirmaban que en el fondo había sumergidas vías, zorras y otras instalaciones, como estelas de una ciudad hundida por un cataclismo. Personas nacidas en la última década del siglo anterior nombraban, bajando la voz, a Palmira, una niña de doce años que fuera a cargar agua con dos cubos y cuando los extraía, llenos, su peso la venció, cayó al agua y se hundió sin que nadie la viese y pudiera socorrerla. Decían que el cuerpo de Palmira nunca había sido rescatado y algunos pobladores muy viejos afirmaban si ofrecer probanza ni origen testimonial que en el fondo de piedra de la laguna se iniciaba un túnel que decían que les habían dicho a sus padres no sabían quién, cuando recién llegaran a estas tierras y el cerro era todavía virgen, que comunicaba con el centro de la Tierra, y que quizá fuese por eso que nunca encontraron el cuerpo de Palmira.

Los niños más chicos, semi crédulos, miraban con recelo la laguna y hacían un rodeo para no pasar cerca ya que los mayores les habían asegurado que si ponían atención escucharían el llanto de una criatura y cuidaban de asomarse al borde porque sabían muy bien que podría emerger la mano de Palmira para arrastrarlos irresistiblemente al fondo de las aguas²⁸.

Curiosamente, nadie puso atención cuando algunos de los pobladores afirmaban que algunas veces la laguna se había secado y que en su fondo no había restos de ninguna Atlántida canteril, ni hipogeos ni cadáveres infantiles. Hay quienes sostenían que en 1886 hicieron un gran barreno los empresarios Tonetta y Bini, y que tras extraer las piedras de la voladura se formó el pozo de la laguna.

Pero al poco tiempo la verificación real se olvidaba y la leyenda cobraba nuevamente fuerza y veracidad, por lo menos hasta 1910.

Las orillas de la gran laguna de Cerro Leones blanquearon por muchos años en sábados y domingos de sábanas y lencería humilde pero como de nieve, y decenas de voces femeninas se alzaban en la paz de la tarde, al ritmo de sus puños fregando sobre las piedras. Risas las más de las veces, -que podían escucharse desde muy lejos- y cuando no, cantos, añejas melodías aprendidas de las madres que hablaban de aldeas soleadas, perfume de naranjos y niñas que desfallecían de amor. Las voces se alzaban como pájaros, en el aire del cerro silenciado durante la quietud de la tarde. A veces, desde su casilla en la loma, Antonio Poli, las escuchaba desde su ventana, y descolgando su acordeón salía tocando y acompañando desde la distancia la canción de las mujeres que lavaban²⁹.

- ¡Antonio, venite! ¡vení a tocar, Toni!

Antonio Poli se sentaba entonces sobre una piedra y tocaba. Tocaba toda la tarde. A veces sus melodías suscitaban nuevamente el canto colectivo, acompañando hasta la casa a las mujeres que portaban sobre su cabeza los canastos con las ropas lavadas; las espumas nadaban como nenúfares y Palmira, desde el fondo de la laguna, escuchaba en silencio.

²⁸ Carmen Luzardi de Calvo - Humberto Marcovecchio.

²⁹ Fermín Mauricio Del Valle.

NOTAS Y DOCUMENTOS DEL CAPÍTULO IX

Los bailes de socios

Cuando preparábamos un baile de Socios, no podíamos olvidar a Isolina y Elena Calveti. Eran hermosas, resplandecientes, alegres y sin ellas no había fiesta. Pero el viejito Calveti era chapado a la antigua y sólo aceptaba dejarlas si las acompañaba Tonito, su hermano mayor. Pero a Tonito Calveti no le gustaba el baile sino el vino y los muchachos tuvieron que acostumbrarse a incluir en el avituallamiento cinco litros de tinto, una damajuana que Tonito Calveti trasegaria a su vaso y al de Julio Nelson, a quien tampoco le gustaba el baile, pero que invariablemente acompañaba a Tonito en sus libaciones. La fiesta se ponía de lo mejor. Isolina y Elena eran como dos soles, que el viento de shotis, mazurcas, polcas y valsés arrastraba de giro en giro, alterado a veces por el atrevimiento de un tango esporádico de los de entonces en boga: 9 de julio, Lunes, o Cara Sucia, redimidos por la inocencia de El Pañuelito. Pero cuando estaban en lo mejor, cerca de las doce de la noche, e iban a servirse las mesas, aparecía como un reloj en el vano de la puerta de la cocina Tonito que con Julio habían concluido los 5 litros:

- ¡Isolina! ¡Elena! ¡Vamos!

En los primeros bailes cundió la alarma y se aguló la fiesta, al acabarse el vino para Tonito y Julio. Luego supieron avituallarse a tiempo y tan pronto veían a Tonito en el vano de la puerta de la cocina, aparecían otros cinco litros y Tonito y Julio Nelson seguían tomando, e Isolina y Elena, brillando como dos soles y girando como flores arrastradas dulcemente por los ritmos del acordeón, mantenían encendida la fiesta, para que mañana y por muchos días, sus risas y sus giros aliviaran el agobio de jornadas al sol picando piedra, repitiendo el nombre de muchachas en edad de querer.

(Reconstruido con recuerdos de Filiberto Satti,
Juan Sverjuga, Teresa Sverjuga de Montes, Antonio
Orsatti, José de Lucía, José Ghironi y Achille Maretoli)

CAPITULO DIEZ

LUCHAS FRATRICIDAS. EL TIROTEO DE 1923

En el capítulo IV quedaron expuestas las líneas ideológicas que cruzaron el terreno donde operaba el movimiento obrero argentino, y cómo se manifestaron, particularmente, en Tandil.

Quedó dicho, asimismo, que el anarquismo ortodoxo, puro, descendiente de los adherentes al V Congreso de la F.O.R.A. realizado en 1905, se batía en retirada, aunque con una resistencia briosa y pertinaz. La F.O.R.A. del IX Congreso, surgida a partir de 1914, había asumido una actitud más pragmática y aunque seguía autodenominándose “anarquista”, se alejaba cada vez más de la pureza ideológica, para orientarse hacia reivindicaciones estrictamente laborales, que derivarían en su inserción en la ideología sindicalista. En el camino encontraba como aliados, muchas veces, a socialistas y comunistas. La renuncia sobreentendida a aquella “Revolución Social” que proclamaba el anarquismo “puro”, le permitió momentáneamente coincidir con otras orientaciones políticas. Poco después, las luchas ideológicas se habían acentuado tanto, que el verdadero enemigo ya no era el “chancho burgués” de sus encendidas protestas de los comienzos, sino los “desviacionistas”, “amarillos”, “moscovitas”, “puritanos”, “bolcheviques”, o “policíacos”, según los epítetos procedieran de una u otra trinchera¹.

En Tandil, el Sindicato había arribado a 1920, sin graves enfrentamientos, debido a la lerdura con que el trabajo en las canteras se tonificaba (aunque sin nunca más alcanzar los niveles de la edad de oro de 1913).

Pero en 1922 en todo el movimiento obrero del país, la metodología sindicalista había obtenido un triunfo notable al constituirse la Unión Sindical Argentina (U.S.A.). Era la primera central obrera de alcances nacionales. Comenzaba a acentuarse la organización de sindicatos por industria, sobre los tradicionales nucleamientos por oficio donde los anarquistas habían tenido gran predicamento².

Los anarquistas sintieron claramente que el espíritu revolucionario que venían alentando desde fines del siglo anterior, se enfriaba, remitiéndose para un futuro sin plazos, y creyeron que -como lo proclamaban los primeros libertarios antiorganizativos- los obreros se irían “aburguesando” tras de sus conquistas puramente económicas y perderían de vista la “Revolución Social” anhelada.

La Agrupación Sindicalista

A su vez, los “sindicalistas” de Tandil habían desarrollado en esos años un ponderable espíritu organizativo. Alrededor de 1922 habían constituido una “Agrupación Sindicalista” que actuaba en la discreta trastienda del sindicato canteril que controlaban desde hacía tiempo, como si fuera una Logia, aunque sin necesidad de rodearla del tono esotérico de la masonería.

Como lo prueban las actas de un libro perteneciente a la Agrupación (que guarda el archivo del sindicato, hoy AOMA) se hacían reuniones periódicas, se conseguían previamente y con anticipación suficiente el Orden del Día de las asambleas, y sobre ellas se elaboraba la estrategia

¹ Cfr. Diarios: “La Protesta”, “Bandera Proletaria” (Buenos Aires) y “El Picapedrero” (Montevideo), de esos años.

² MAROTTA, Sebastián: *Historia del Sindicalismo Argentino*, Buenos Aires, 1960, T. III.

a seguir. Generalmente no perdían la cabeza en los debates, porque habían trazado sencillas pautas de acción, y cada uno cumplía el papel asignado: unos serenaban los ánimos, otros los exaltaban, y de una u otra forma paralizaban la acción impulsiva de los oradores anarquistas o disidentes. Se conjuraban a votar en bloque las resoluciones que aprobaran en la Agrupación, y a incidir sobre los más sensibles a sus influencias para obtener su voto favorable³. Menos riesgosas y más seguras, las propuestas “sindicalistas” habitualmente eran más pragmáticas que la de los anarquistas, y sus discusiones iban generalmente con preferencia hacia planteamientos de mejoramiento material que a grandes lineamientos ideológicos. Por eso no era difícil capitalizar la mayoría de una asamblea que, en todos los casos, siempre contaba con sólo una pequeña parte de los obreros afiliados, porque para el resto la acción sindical comenzaba a perder interés, aunque el espíritu disciplinado los llevaba a acatar las decisiones de la mayoría. En otras palabras: nunca hubieran aceptado ser “carneros” porque eso sonaba a anatema. Pero siempre se inclinaban por las propuestas “sindicalistas”, que con frecuencia se referían a temas estrictamente laborales⁴.

Los anarquistas o “quintistas” afinaban, mientras tanto su ortodoxia y su espíritu de sacrificio.

El caso de los canteristas “paperos”

Una situación vinculada a la desocupación temporaria de los trabajadores canteristas vino a agudizar el planteo ortodoxo de los anarquistas.

Seguramente desde los tiempos de huelgas largas y parálisis por falta de demanda de piedra, muchos canteristas habían aprendido “a poner los huevos en dos canastas”, es decir, tener un escape laboral para los momentos de crisis.

Algunos aprendieron a cultivar la tierra en las extensiones baldías adyacentes a la cantera, y vendían su producción. Otros llegaron a instalar pequeños negocios, generalmente despachos de bebidas con algún anexo de almacén.

Las chacras en manos de canteristas conocieron tiempos buenos, y valió la pena seguir manteniéndolas aún cuando el trabajo de la piedra resurgiera. Si la reactivación pedrera se producía en tiempos de cosecha (habitualmente se cultivaba la papa por su primitiva tecnología y sus altos rindes económicos cuando el mercado era propicio) los obreros “chacareros” contrataban peones para recogerla, mientras ellos iban a trabajar a la cantera, no perdían su turno, y cobraban salarios que, en el caso de los picapedreros, seguían siendo buenos, o por lo menos superiores a los de un peón papero⁵.

Esto enardecía a los anarquistas, que lo consideraron una traición a la clase trabajadora en perjuicio de sus integrantes más humildes: los peones juntadores de papa.

Como alrededor de 1922 se había constituido un sindicato de Oficios varios, inspirado por los anarquistas y al que se habían incorporado los peones recolectores de papa de Balcarce (la zona tradicionalmente productora del tubérculo) alzaron su bandera reivindicatoria en Tandil.

Censuraron que los obreros canteristas para no perder su salario de la piedra, contratan un obrero del campo para que le recogiera su producción papera, y sostenían que debería pagarle un salario igual que el que percibía en la cantera⁶.

³ “Agrupación Sindicalista de Tandil”, Libro de Actas. Año 1921 (en custodia en la Secretaría General de A.O.M.A. Tandil).

⁴ Testimonio de Achile Maretoli.

⁵ Testimonio de José A. Ghezzi - Leonardo Puggioni - Félix Padellini.

⁶ Id. de José A. Ghezzi.

El principio igualitario halló, naturalmente, resistencia entre los afectados por la denuncia, aunque no dejaba de provocar simpatía en otros que, no siendo anarquistas, consideraban que ningún obrero podía ser explotador de otro trabajador*.

Por entonces, los anarquistas de Tandil editaban un periódico, “La Verdad”^{**}, y formularon acremente estos planteamientos⁷. Los “sindicalistas”, editaban a su vez “El Obrero Tandilense” cuya plana de redacción era virtualmente de las canteras, conducida por su numen Roberto Pascucci, pero con quien colaboraban a su vez, sus conmlitones Joaquín Bucomanovich, Alfonso Espinosa y Aurelio Recuna, entre otros. Las réplicas no tardaron y los ánimos fueron enardeciéndose⁸. La polémica no hacía sino reproducir, hasta en los calificativos, a las que en el orden nacional sostenían los anarquistas “quintistas” desde “La Protesta”, con los sindicalistas que contaban con varios periódicos, entre otros “Bandera Proletaria” y uno que aparecía en Montevideo desde 1918, y que se llamaba “El Picapedrero”, orientado por el sindicalismo canterista federado de América del Sud. Los anarquistas llamaban “amarillos”, “camaleones” y “comunistas bolcheviques” a los conductores sindicalistas de la U.S.A. que a su vez, acusaban de “divisionistas” a los “puros” quintistas.

El fuego en la mecha: La cuestión de Marcelino Moreno⁹

1923. Marcelino Moreno era un peón que trabajaba en la cantera de San Luis, explotada por aquel tiempo por una compañía noruega.

Moreno, hombre rudo y de pocas luces, según lo admitieron hasta sus propios compañeros de entonces, era anarquista. Los albañiles de Tandil -comandados por anarquistas- se habían declarado en huelga. Moreno creyó oportuno ir por su cuenta y pedirle al Comité Central de Relaciones de la Unión Obrera de las Canteras, que se solidarizara con los albañiles. Le respondieron que si los albañiles tandilenses querían la solidaridad de las canteras, deberían primero adherir a la Unión Sindical Argentina (U.S.A.) de la que el sindicato canterista tandilense era uno de sus más prestigiosos sostenedores. La respuesta de los “sindicalistas” enfureció a Moreno porque la juzgó una coacción; y fuera de sí los acusó de “camaleones” y “amarillos” que traicionaban a la clase trabajadora. El Comité Central juzgó suficientes tales insultos para justificar la expulsión de Marcelino Moreno como afiliado al Sindicato. Considerado el caso en la Seccional San Luis, a la que pertenecía Moreno y donde los anarquistas tenían un buen número, la asamblea rechazó la sanción contra su compañero y exigió su levantamiento. El Comité Central convocó a su vez a asamblea general, cuyo respaldo logró sin mayor dificultad dado el bajo número de asistentes y confirmó al sanción a Moreno: si no pedía perdón por sus expresiones continuaría separado del organismo. Moreno se negó a hacerlo. (Versiones anarquistas afirmaron entonces que se le hizo callar a punta de revólver. Pero no hay constancias de ello).

* El planteamiento de igualdad de remuneración a trabajos iguales, reconocía una memorable tradición, expresada en las denominadas “changas solidarias” y en los “baratos”, que fue común entre los juntadores de maíz y los bolseros, pero que también se aplicó frecuentemente en las canteras: cuando un obrero quedaba desocupado por falta de trabajo los que estaban todavía en actividad cedían una jornada cada uno (changa) o algunas horas (barato) para que las trabajara el afectado. Al principio, el propio obrero cedente de su tiempo de trabajo pagaba de su peculio a su temporario reemplazante, el jornal que proporcionalmente le correspondía, basados en un principio de solidaridad y no de compra-venta capitalista de fuerza de trabajo. Luego lograron que lo hiciera la empresa.

** Existe una colección, aunque incompleta, en la Biblioteca de Amsterdam, Holanda.

⁷ Ídem.

⁸ Testimonio de Delia Pascucci y de Actas de “Agrupación Sindicalista”.

⁹ Secuencia construida de crónicas de: Nueva Era (Tandil), La Protesta (Buenos Aires), El Picapedrero (Montevideo). Testimonios orales de : Leonardo Puggioni, Félix Padellini, Argustina Orsatti de Restelli, Antonio Orsatti, José Álvarez, Domingo Balín y Actas de las Asambleas de la Unión Obrera de las Canteras del 02-09 y 03-10-1923.

La reiteración de la medida contra Moreno provocó nuevas inquietudes, y otra vez la Seccional San Luis pidió una nueva Asamblea General, fundada en su concurrencia pues la mayoría -se escribió luego en “La Protesta” órgano nacional del anarquismo- se hallaba “sacando papa”. Finalmente, la nueva asamblea para juzgar la conducta de Moreno con participación de los afiliados de todas las canteras, se fijó para el 18 de Julio, en el salón Social de Villa Laza, pero fracasó porque se rumoreaba que los anarquistas preparaban un escándalo. Trasladada a una semana después, la Asamblea aprobó lo actuado por el Comité Central y lo comisionó para que pidiera a la empresa que explotaba San Luis que expulsara a Moreno del trabajo^{***}.

Preparativos para el enfrentamiento

Los preparativos para el choque comenzaron más o menos subrepticamente, aunque no lo suficiente como para que no trascendieran algunos de sus pormenores.

Las asambleas siempre se hacían el primer domingo de cada mes, pero esta vez se saltaron Agosto. La nueva fecha sería el 2 de Setiembre. Los sindicalistas, ahora obligados a dar batalla por el frente, se preocupaban por conseguir suficiente concurrencia adicta. La Agrupación Sindicalista diseñaba su estrategia. Pronto se supo, además, cómo estaban haciéndolo la gente de la cantera San Luis, inspirada por los anarquistas que allí tenían también un número considerable de seguidores independientes.

De ese modo corrieron rumores de que algunos de San Luis estaban haciendo práctica de tiro con revólver^{****}.

Más allá de los dimes y diretes del caso, los proyectiles verbales ya habían comenzado a cruzarse antes de la Asamblea, entre los dos periódicos en pugna. “La Verdad” (anarquista) reiteraba acusaciones contra los canteristas “paperos” y “bolicheros”. Alguien -según memoraba Padellini- respondió desde el otro periódico “que el obrero tenía derecho a hacer con su dinero lo que se le antoje, incluso el de abrir un prostíbulo”^{*****}.

Los anarquistas de “La Verdad” arreciaron sus duras palabras. La respuesta esta vez no habría sido otro artículo, sino el remito a uno de los anarquistas de un paquete muy bien envuelto y atado con una buena porción de excrementos humanos.

Las palabras y los hechos se sacaban chispas.

La asamblea trágica

Se estima que fueron unos 200 los concurrentes a la asamblea general del 2 de Septiembre de 1923, que se realizó en el Salón sindical de Villa Laza.

^{***} Desde 1909, las empresas estaban obligadas a tener, únicamente obreros sindicados.

^{****} Cincuenta años después, entrevistados dos de los protagonistas de aquel día, procedentes ambos de la cantera San Luis, produjeron informaciones contradictorias. Mientras Leonardo Puggioni, virtualmente su líder, negó rotundamente que hubiera hecho práctica de tiro en la cantera donde trabajaba, su compañero de ideas y de tareas Félix Padellini lo aceptó. Se habló también de un tal Firpo que, procedente de Olavarría, y sin pertenecer a las canteras de Tandil, habría participado de la asamblea de Villa Laza. “Sí. Era un compañero que vino a ayudar” admitió Puggioni.

^{*****} Por esos días se produjo el asesinato, en la cárcel, del anarquista Kurt Wilckens, que tiempo atrás había ultimado al Coronel Varela, jefe de las represiones en la Patagonia. Se declaró huelga general en todo el país, pero la U.S.A. poco después la levantó. Los anarquistas los acusaron de traidores al movimiento obrero.

Unos y otros están contestes en afirmar que en su desarrollo los oradores se cruzaron duros términos, que los que escuchaban solían interrumpir con fuertes gritos algunos a algunos de los oradores, y que se podía palpar el clima de violencia que reinaba.

Formulados nuevamente los cargos contra Marcelino Moreno, por parte de la conducción de la Asamblea, que fue confiada a la pericia de don Roberto Pascucci (sindicalista), pidió la palabra Moreno.

No sólo no presentó las excusas que le exigían para levantarle la sanción, sino que reiteró sus acusaciones de “amarillos” y “camaleones” confabulados contra la lucha de la clase trabajadora, todo dicho en tono rudo y violento.

Las interrupciones fueron frecuentes. Otros oradores, sindicalistas, defendieron la sanción impuesta por el Comité Central, contra Moreno, a quien a su vez, acusaron de “divisionista” y de alzarse contra la autoridad del sindicato.

El clima había llegado al borde de lo manejable cuando solicitó la palabra el sindicalista Aurelio Recuna, conocido como brioso y arrebatado. Afirman algunos anarquistas que comenzó con improperios para los que acusaban al sindicalismo de “amarillos” y “camaleones”. En su furia, asumió una actitud desafiante y los invitó a pelear.

En ese momento sonó un disparo dirigido contra Recuna que se hallaba sobre una tribuna que utilizaba cada orador en las asambleas, a punto de arrojarla de ella para abalanzarse sobre sus oponentes más próximos. El proyectil hizo añicos un cuadro con el retrato del montenegrino Bekesa Bucolich, que había caído en 1911, en el tiroteo frente a la comisaría.

Se armó una grito infernal. Los balazos estallaban uno tras otro. El pánico se generalizó. Pero poco a poco, tras la pesadilla de instantes que parecieron siglos, fue renaciendo la calma.

En el suelo, fuera del recinto yacía José Castro, un español. Una bala le había penetrado por el lado derecho de la cara, y le había salido por el otro lado a la altura del cuello. Ya había muerto.

Junto a la tribuna, agonizaba Manuel Balín. Un balazo le había abierto la nuca y le había salido por la frente. Castro tenía 38 años, era soltero y trabajaba en Cerro Leones. Balín, de 35 años, era casado y padre de dos hijos, y trabajaba como barrenista en La Movediza.

En gravísimo estado habían recogido y trasladado al Hospital al montenegrino Abraham Bucovich, de 38 años, soltero, perteneciente al personal de la Cantera La Aurora. A él, el balazo le había penetrado a la altura del cuello.

Herido en una mano, quizá de una bala disparada al azar, estaba Roberto Pascucci.

Cuando llegó la policía, sólo hallaron a los pocos que, quedándose, acompañaban los restos de los muertos. Se los detuvo preventivamente. Se incautaron algunas armas, entre ellas una pistola Browning, un cuchillo y varias balas y cápsulas servidas, encontradas junto al cadáver de Castro.

Se creía que había más heridos y contusos, a juzgar por los rastros de sangre hallados y el pánico del primer momento.

La insaciable sed de la venganza

Ante la sangre obrera derramada, se alzaron las voces que clamaron venganza. La óptica indicaba como responsable en primera visión a los anarquistas, particularmente los que provenían de la Cantera San Luis y habían concurrido a la asamblea en solidaridad con Marcelino Moreno.

Viajó desde Buenos Aires enviado por la U.S.A. el directivo Aurelio A. Hernández en calidad de veedor e investigador. (En “La Protesta” su corresponsal en Tandil afirmaba que Hernández, en lugar de investigar, cooperó con la policía local para detener a disidentes).

Aurelio Hernández produjo un informe de los hechos en el que abundaban los epítetos y escaseaba la serenidad.

“Pocos escrúpulos morales y mucha audacia tienen los divisionistas -expresa-. Por esa razón llegaron al extremo de tildar a la Unión Obrera de las Canteras del sindicato amarillo. Estos adjetivos fueron empleados por un eunuco que responde al apelativo de Marcelino Moreno”.

Al hacer la semblanza de éste dice que:

“No hace mucho carnereaba en Gardey, localidad cercana a Tandil, tras lo cual ingresó en la U. O. de las Canteras para sumarse al grupo divisionista”

“La organización le exigió concretara sus acusaciones de “amarillismo” pero todo fue inútil”.

“Ocurrió lo de siempre: era la ponzoñosa calumnia de un desalmado e inmoral. Y fue por esta razón que el sindicato, en una asamblea general, resolvió suspenderlo del puesto que ocupaba en la cantera San Luis”.

El informe continúa diciendo que para la Asamblea del 2 de Septiembre, los Quintistas había convocado a sus adeptos, aunque no fueran obreros. Los acusaba de haber entrado en forma regimentada al Salón, y que previamente habían estado probando sus armas y su puntería en una cantera de arena de San Luis.

La Protesta de esa misma edición, 11 de Septiembre lanzaba otra acusación. Afirmaba que Cristiani, el comisario de Tandil, se disponía a aplicar “la tortura sin asco a los presuntos autores que lleguen a caer en sus manos” y lo denunciaba como al servicio de la U.S.A., para agregar luego que “el temible asesino de Tandil hará gemir su rebenque de inquisidor pampeano a nuestros compañeros que son los sindicatos por los camaleones como responsables del hecho”.

En el futuro, no se reiteraron más acusaciones contra desbordes policiales.

Un acusado, a la cárcel. Veinte expulsados en San Luis

De pronto, la policía tuvo el nombre de un acusado. Cecilio Moreno, sin parentesco alguno con Marcelino, el motivo del escándalo. En la asamblea del 18 de Julio había intentado defender a su homónimo Marcelino, pero lo habrían hecho callar y habría sido echado del local, según denunciaba “La Protesta”.

Tres testigos, Angel Devesa, José Lemeiro y Ángel Lende, habrían afirmado que lo vieron matar a Balín.

Cecilio Moreno siempre negó su culpabilidad. Pero igualmente fue condenado *****.

Mientras tanto, los anarquistas de San Luis siguieron movilizándose, y propusieron que la Seccional de esa cantera se declare independiente de la Unión Obrera de las Canteras.

El Comité Central de Relaciones reaccionó, expulsó a veintiuno de ellos, y presionó sobre la empresa para que los dejara sin trabajo.

***** Jugaron otros nombres, en aquel momento. (Ver notas y Documentos del presente capítulo. Testimonios de Agustina Orsatti de Restelli y Antonio Orsatti), pero nadie acusó oficialmente. Moreno purgó varios años en la cárcel, pero luego salió en libertad. En ningún momento ni él ni sus compañeros -también anarquistas- admitieron su participación en las muertes.

Estos expulsados y otros, no anarquistas, que se les sumaron, solidarios, fueron quienes, pocas semanas después, fundarían, “La Comuna”, una experiencia utópica que duró un año, y que tratamos en el capítulo siguiente.

NOTAS Y DOCUMENTOS DEL CAPÍTULO X

EXPRESIONES DE PARTICIPES Y ALLEGADOS A LOS SUCESOS DE 1923

La situación de Gabriel Restelli:

(En la memoria de algunos contemporáneos del tiroteo, ha surgido el nombre de Gabriel Restelli, obrero de La Movediza, a quien, en voz baja, se le atribuía haber muerto a Manuel Balín, aunque nunca nadie se atrevió a dar su respaldo a la afirmación, ni a aventurar si la muerte había sido accidental o voluntaria).

HABLA LA ESPOSA DE GABRIEL RESTELLI: *A mi marido le tiraron de adentro. Salió por una puerta para ir a la casa de Eva, su hermana, lo vieron disparar y le tiraron. Y la bala atravesó la cocina de chapa y le pasó por encima de la cabeza. Ella gritó y él se agachó, le tiraron porque decían que era él el que había matado a Balín.*

Él (Gabriel) me dijo que no había tirado. Pero hubo quien decía que sí, que lo habían visto tirar. Fue el 2 de Septiembre de 1923, y el 9 nació mi hija (que luego vendría a casarse con un Balín, hijo del muerto).

Me vinieron a avisar lo que había pasado y yo estaba desesperada en las condiciones en que me encontraba. Yo sabía que él estaba en Asamblea. Entonces había una alemana al lado de la casa, Ana Fraimayer. Él vino, se acostó a dormir la siesta, se levantó y volvió. Al rato volvió y me dijo: “¿Me das unos mates, vieja?” “Sí, cómo no” le contesté. Y yo lloraba. ¡Me había asustado tanto...! Y él me dijo: “¿No ves que no pasó nada?”. “Pero, algo pasó. ¿A quién mataron? ¿A alguno de tus hermanos?, ¿A algún conocido?” “Sí” -me dijo que había dos montenegrinos muertos-. Entonces se tiró en la cama a descansar un rato mientras le cebaba unos mates. Pronto se levantó y me dijo: “Me voy al boliche de Luisín (Ghezzi). A ver cómo está Balín”. Porque cuando lo llevaron al Hospital no había muerto todavía. “No salgas” le insistí varias veces.

“-Quiero ver lo que pasa, cómo está-” Y menos mal que no salió. En el momento en que se va a levantar le agarra un calambre en las piernas, tan fuerte, tan fuerte, que debió acostarse nuevamente. Me hizo traer alcohol para frotarse. Con una aguja se pinchaba y nada. Las hijas lloraban, eran chiquitas, al verlo sufrir y gritar. “Llamá a Francisco” me dijo. Francisco era el hijo de la alemana Fraimayer. Le hizo masajes pero él seguía gritando desesperado. Cuando le calmó un poco quedó tan rendido que no pudo moverse. Y no salió. Si hubiese salido por la puerta que iba a salir, estaban dos, tirados en el patio, esperándolo para matarlo. Era la tardecita. Serían como las 8 u 8 media”

AGUSTINA ORSATTI, Vda. De RESTELLI
Entrevista del 24-07-1976.

Habla el CUÑADO: *Cuando el tiroteo, él (Gabriel Restelli) disparó también. A mí me dijo que salió corriendo del salón, en dirección a la casa de la hermana, que estaba entonces cerca. Desde el salón, algunos le han tirado, decía. Porque han pegado las balas cerca de la casa. En la cocina, que era de chapa. Y él me dijo una vez que había tirado, contestando, pero sin mirar, repeliendo el ataque. Él era compañero con los Balín. Del mismo bando, de la misma idea. Restelli era anarquista. Balín era sindicalista.*

ANTONIO ORSATTI, a los 75 años.
Entrevista del 19-07-1976.

De JUAN SVERJUGA: Con el susto, el papá de Félix Padellini montó el caballo al revés.

De ANGEL DEVEZA: Yo estuve pero no recuerdo nada. Cuando se produjo el tiroteo nosotros disparamos por los fondos. Dicen que era para otro. Que era para Recuna. Eran las dos tendencias que estaban dentro del Sindicato. Pero lo odiaban mucho a Recuna.

ANGEL DEVEZA, a los 84 años. Entrevista del 16-05-1976 (Él habría sido uno de los denunciantes contra Cecilio Moreno, acusado de matar a Balín).

De JOSÉ A. GHEZZI: En aquellos días, (1923) algunos obreros canteristas sembraban papa en sus chacritas. Cuando llegó la época de la cosecha, como habían trabajado en la cantera y no podían hacerla, contrataron peones. Por aquel tiempo se había constituido el gremio de los Oficios Varios, en la F.O.R.A., que agrupaba a los trabajadores rurales, y su sede se hallaba en Balcarce. A través del periódico anarquista, "La Verdad", los libertarios denunciaron esta actitud dual de los canteristas "páperos". Sostenían que si querían ganar el jornal en la cantera, de 8 pesos diarios y además sacar papa, que pagaran 8 pesos por día a los peones páperos, y no un peso como lo hacían.

Era un domingo a la mañana. Un día muy hermoso. Yo tenía once años. Cuando venía de La Movediza y vi el tumulto y la gente que corría, me apuré para ver qué pasaba. Y me enteré del tiroteo. No entendíamos mucho lo que era la muerte. Con otros pibes nos pusimos a contar los balazos que había en la pared.

De FÉLIX PADELLINI: Es cierto que habíamos hecho práctica de tiro en San Luis. Vinimos todos los más posibles. Unos 80 quizá. En las otras seccionales también teníamos aliados. Pero la parte más belicosa era de San Luis, más decididos. Salimos temprano ya dispuestos a la guerra. Serían las 8 y media. Era un día de sol. El 2 de Septiembre. Muchos vinimos a pie. Otros en un camioncito. A caballo, en sulky, en jardinera. Mi futuro suegro vino a pie. Puggioni era siempre el que hacía punta. De los 80 armados habría unos 10 o 15, especialmente la juventud. Pero doy fe que ninguno de los muchachos de San Luis tiró.

Las mujeres se habían reunido en las cercanías y gritaban "asesinos" "asesinos", cuando oyeron los tiros.

El hermano de Balín, Domingo, y Marcelino Moreno estaban enfrentados uno con la pistola y otro con el revólver. Yo logré separarlos. Domingo Balín veía a su hermano muerto en el suelo. y se terminó todo, y cada uno se fue para su casa.

Mi padre me echó de casa, porque él era de la U.S.A.

FÉLIX PADELLINI, a los 76 años.
Entrevista del 19-06-1978.

De JOSÉ DE LUCÍA: Balín y Cecilio Moreno integraban una cubia de barrenistas. Un día, Moreno -que era anarquista- sostenía el barreno. Y Manuel Balín estaba golpeando con el otro integrante de la cubia. Y por ahí parece que el Balín le dijo: "Mirá, como jodás mucho te voy a encajar un mazazo". Y de ahí vino la pica.

En la noche del tiroteo, estábamos en el velorio de Balín. Yo tenía el sulky y dije: "Me voy". Estaba Moreno al lado y me dijo "¿Vas p'arriba? Llévame". Y yo entonces tenía el revólver en la cintura que no "se me" caía nunca. Balín, el muerto, era mi cuñado. Si yo hubiera creído que Moreno había matado a Balín, hacía que "se me" caía el látigo, y, pum, lo hubiera limpiado".

JOSÉ DE LUCÍA
Testimonio del 15-05-1976

De JOSÉ ÁLVAREZ: Yo había empezado a trabajar en esos días. Fui a la asamblea. No entendía casi nada. Me parece que presidía la Asamblea Recuna. Vi tanta pelea, tanta tensión, que salí dos o tres veces. Pero no me imaginé la que iba a venir. Yo iba a entrar de nuevo, cuando comenzó el tiroteo. Me tiré al suelo. la gente pudo atropellarme. Salía de todos lados, por las ventanas, por las puertas. Se empujaban, lo volteaban todo. Hasta que pasó el tiroteo me quedé echado y casi sin mirar. Corrían por aquí, corrían por allá, cruzaban las quintas pisoteando todo. Cuando pasó, me vine para el salón. No había un alma. Apareció un tipo grande al lado mío, que no sé quién era. Entré al salón y vi un muerto, que era Balín. Y le ví el tiro que le entraba de aquí (la nuca) y le salía por aquí (la frente). Pero respiraba. Entonces le dije al otro: “¿Por qué no va a pedir un catre y una almohada para levantar a este hombre?”. Y lo pusimos arriba del catre. Y después salimos. ¡Qué íbamos a hacer ahí! Balín tenía la nuca quemada por la pólvora, lo que quiere decir que le dispararon de muy cerca. Castro estaba en el portón de afuera. Tenía una pistola o revólver grande, al lado de él. Pero estaba acribillado. Por lo menos 15 balazos. Lo habrían baleado entre tres, por lo menos.

JOSÉ ÁLVAREZ, de 74 años.
Entrevista del 27-08-1976.

De JESÚS NUÑEZ: ¿Qué recuerdo del tiroteo de 1923? Uy, no me hable de eso, hombre. Allí murieron Baliño y Castro. Ay, no estuviera yo allí. Ajj. No haber caído. Cayó delante de mí una jallina muerta de una bala.

O redor de salón, a parte de abajo. Ah, eu veo o compañero. ¡Pascucci agarraba a cabeza! Escapando, como podía, como hacían los demás... Pascucci estaba con la mano en la cara. De pronto un balazo le hirió la mano, atravesándola. Aquella bala iba a mí. Llevaba buena idea.

JESÚS NÚÑEZ, nacido en Galicia, a los 93 años.
Entrevista del 26-07-1976.

EXTRAÑA DENUNCIA DE LEONARDO PUGGIONI

En nuestra entrevista del 5 de Junio de 1978, Leonardo Puggioni reveló al autor que... “Las verdaderas causas del enfrentamiento de Villa Laza se originaban en la competencia patronal que había nacido cuando Olshon comprara la cantera San Luis. Ésta empezó a ganar todas las licitaciones, lo que afectó principalmente a Cerro Leones y a La Movediza, donde comenzó a faltar el trabajo”.

“Lo que procuraban era sapotear (sic) a Olshon porque como tenía plata agarraba los trabajos y le “daba” al gobierno y a una compañía que le daba como ganancial, cosa con la que los del Cerro quedaban sin trabajo”.

Afirma Puggioni que gracias a su ascendiente sobre sus compañeros en la seccional, impidió conflictos artificiales.

Pero también sostiene que las patronales y la autoridad esperaban acciones violentas para la Asamblea del 2 de Septiembre, a juzgar por las precauciones que tomó la policía.

La actitud de Olshon

Américo Bugna, recordaba en 1989 que Olshon había organizado la explotación en San Luis con criterio tan moderno que hasta llegó a tener siete granitulleras mecánicas, que rendían por lo menos cada una tanto como el mejor de los picapedreros.

Cuando se produjo la expulsión de los anarquistas de San Luis, Olshon sufrió calladamente su disgusto porque casi todos eran buenos operarios..

Dice Leonardo Puggioni que Olshon dio carta libre a SALVI (no recordaba su nombre) para reorganizar el trabajo. En ese tren, fueron dejando de hacer granitulos, cordones, y adoquines,

sino sólo piedra para las rompedoras (trituradoras). “Y los fue echando de a veinte en veinte”. Esa fue la venganza de Olshon”.

Más allá de las reales intenciones del noruego, y las motivaciones que lo impulsaron, podría señalarse la previsión de Olshon: el abandono del trabajo artesanal, que diez años más tarde se haría crítico y patente, y la sustitución por la piedra triturada en el hormigón asfáltico y en el concreto como medios para pavimentar calles y caminos.

De cualquier modo, para 1930 Olshon ya había abandonado la explotación de San Luis, a partir de cuya fecha, la suerte de la cantera fue varia. En 1958 se radicó una empresa norteamericana con metodología muy moderna. Entendidos en la explotación afirman que una administración dispendiosa los llevó al fracaso. Diez años después, en 1970 cuando se produjo una nueva reactivación temporaria de la piedra, el antiguo frente fue abandonado y se abrió uno nuevo, muy distante del primero, dentro del mismo macizo orográfico.

CAPITULO ONCE

DOS EXPERIENCIAS UTÓPICAS

a) LAS EXPULSIONES DE SAN LUIS Y LA COMUNA

Las expulsiones de San Luis provocaron el estupor en algunos, el desconcierto en otros y la furia en los propios expulsados. Los expulsados fueron: Leonardo Puggioni, Félix Padellini, Odilio Bangés, Francisco Murgía, Manuel Fernández, Juan Gallardo, Juan Gallardo (hijo), Antonio Gallardo, José Núñez, Santiago Guitandía, José Arias, Antonio Martínez, Casimiro Pérez, Eduardo Pousa, Silvino Migués, Amador Martínez, Cristóbal Varona, Quintín Maestro, Juan Bartolotti, E. Maurant (7 hijos).

Con ellos se solidarizaron también, y renunciaron al trabajo para seguirlos:

Paco Díaz, Juan Díaz, Luis Díaz, Domingo Bouza, Juan Touseda, Bruno González, Juan Pérez, Salvador Vázquez, José Prieto, Paco Fiego, Benito Vázquez.

Alumbramiento y pasión de La Comuna

Eran las primeras semanas de 1924. Había que decidir qué hacer. Expulsados del sindicato, no hallarían trabajo en ninguna empresa de cantera. Su único destino, si querían seguir siendo fieles a su oficio, era hacerlo como independientes.

Si el ideal y la contrariedad los había hermanado, hallarían camino juntos.

Alguien propuso, alentado por su propio fuego juvenil y el de sus compañeros, fundar una organización libertaria para trabajar, en la que todos ganarían igual y sin más patrono ni autoridad que la asamblea donde todos participarían también, igualitariamente, con voz y con voto.

El nombre marcó la experiencia: La Comuna. Los mentores ideológicos fueron Leonardo Puggioni, Félix Padellini, y otros libertarios como ellos: Bangués, Varona, Maurant. Eran los más jóvenes.

Pero algunos maduros aprobaron con idéntico entusiasmo el proyecto.

Explotarían una cantera. Vivirían, trabajarían y compartirían todo, de acuerdo con sus convicciones ideológicas. Los ingresos serían comunes y las remuneraciones, iguales para todos, fueran peones generales u oficiales picapedreros. La Asamblea General sería la autoridad suprema y no habría otro esbozo de organización. Tres de sus compañeros serían comisionados para ordenar los trabajos de la cantera y formalizar las ventas de la piedra y de la arena con las empresas compradoras. Cobrada la venta y descontados los muy pocos gastos generales, los ingresos se repartirían igualitariamente sin tener en cuenta, como queda dicho, edad, calidad de operario ni otra distinción.

Como a cada uno le había quedado un poco de dinero tras recibir los sueldos al ser expulsados de San Luis, pudieron reunir la cuota para arrendar un campito de 50

hectáreas, en el Paraje La Vasconia, a unos diez kilómetros de la ciudad, en cuyo seno, cerca del desvío ferroviario Aguirre, hecho para cargar piedra, había una cantera abandonada de razonable rentabilidad. Se llamaba Santa Ana y pertenecía a Toribio Lavayén. El nombre del santoral, por supuesto, fue arriado y en su lugar izado el de la inspiración libertaria.

La organización del trabajo

Los doce picapedreros se organizaron en Compañías, es decir en los tradicionales grupos estables de cortadores de piedra para hacer adoquines y cordones. Como se recordará (Ver capítulo II “Las Manos”) para integrar una Compañía se exigía un mínimo de tres cortadores (adelante el cortador, al medio el refrendador, atrás el adoquinero. Las Compañías solían aumentar el número de adoquineros).

Los peones, además de trabajar en el destape de los frentes, explotaban la extracción de una arena excelente. Y para mejor aprovecharlo todo, se subarrendó el predio para pastoreo. Su monto por supuesto, fue repartido igualitariamente.

Para construir sus viviendas se ayudaron unos a otros. Generalmente fueron ranchos de “chorizo” con techo de cinc, aunque algunos prefirieron las de chapa y madera machihembrada como en las que siempre habían vivido dentro del clásico estilo de las poblaciones canteristas.

Otros eligieron la piedra seca, que, paradójicamente, no se utilizó para las viviendas de las grandes canteras (con excepción de San Luis), ya que los empresarios preferían las de madera y chapa lo que acentuaba la característica móvil, y por lo mismo transitoria, de los campamentos. Dos o tres los hicieron con los denominados “panes” o “ladrillos” de césped, según lo habían aprendido a hacer en España. Los menos diestros contrataron mano de obra para que le construyeran su vivienda.

Era la naturaleza -y no el Estado ni las expropiaciones- quien proveía casi gratuitamente, el material para la vivienda.

Familia, Educación y Vida Cotidiana

Aunque algunos anarquistas proclamaban las excelencias del Amor Libre, y sus lecturas solían estar nutridas de propuestas utópicas sobre sociedades ideales en las que se negaba el mantenimiento de la institución familiar por considerarla un “resabio burgués y clerical”, seguramente pesó sobre ellos mucho más la tradición familiar heredada en el hogar, que los preceptos ácratas. Algunos eran casados, la mayoría solteros, y de éstos, tres contrajeron matrimonio en el tiempo que duró la experiencia*.

* Uno de ellos, Félix Padellini, recordaba su casamiento:

- Como no era cuestión de perder días de trabajo, nos casamos un domingo. Le dimos una propina al empleado del Registro Civil y lo arregló todo.

Luego memoraba que en un coche de alquiler regresó con su compañera hasta la Comuna, donde con la ayuda de sus camaradas, había construido el rancho de barro y cinc en el que iban a vivir. - Pero quisieron embromarnos. Habían hecho un agujero en la pared, y pasaron un hilo y atado debajo del elástico, un cencerro, que harían sonar tan pronto nos acostásemos. Pero mi mujer, que tenía sus nervios, se puso a hacer la cama de nuevo y descubrió la broma. Ella movió el elástico y los bromistas, creyendo que lo agitaba nuestros bríos del amor, empezaron a hacerlo sonar. Salimos los dos al patio muertos de risa y se chasquearon.

Mientras los hombres picaban la piedra en la cantera cercana, las mujeres atendían los deberes de la rutina sin diferencia de regímenes sociales, ideológicos o económicos: cocinar, fregar, lavar, planchar e ir a los montes cercanos a recoger leña.

Y cada mañana con el yugo y dos latas sobre los hombros, traer el agua de una laguna cercana.

No había escuela próxima, y la que pudo estarlo fue considerada “burguesa”. Por eso procuraron un maestro de garantizadas ideas acráticas. Se llamaba Francesco Brunini, era muy viejito, pero en su juventud había sido compañero en Buenos Aires de Enrico Malatesta, el pensador y organizador anarquista italiano. Como conocía artes gráficas, antes de esos sucesos lo habían traído a Tandil para que atendiera la imprenta anarquista donde se editaba La Verdad, el periódico de los ácratas tandilenses.

En La Comuna alojaron al Maestro Brunini cada mes en una casa (para no hacer gravoso su sostenimiento) y la escuela funcionó, seguramente itinerando como su maestro, sin que los recuerdos puedan garantizar demasiado la eficiencia con que sembró las primeras letras.

Pero como confiaban además ciegamente en los beneficios de la lectura, sumaron entre todos unos 700 libros, en su mayoría de orientación libertaria y en la pieza de uno de ellos, generalmente la de Quintín Maestro, que permanecía soltero, se reunían para leer algunos capítulos que luego comentaban con la esperanza de orientar a los más jóvenes.

Poder y anarquía:

La Asamblea General

La administración, según anticipamos, era muy sencilla:

Como cada uno tenía sus herramientas, no había capital que exigiera rentabilidad a su inversión, ni instalaciones que cuidar o renovar. A veces contrataban carros que llevaban el material elaborado hasta el desvío ferroviario cercano.

Padellini y Puggioni coinciden en que sus salarios nunca bajaron de los 10 pesos moneda nacional (era superior al jornal de un maquinista ferroviario de 1ra. categoría, uno de los más altos sueldos pagados entonces en la Argentina) pero que muchas veces recordaban haber alcanzado los 14 y hasta los 16 pesos diarios, lo que equivalía a duplicar los ingresos ordinarios de un obrero común, ya que para esos tiempos, un buen jornal estipulado para un picapedrero -la mejor remunerada de todas las categorías- giraba entre los 6,50 y 7 pesos diarios, y en casos excepcionales llegaba a 8.

No depositaban dinero en el Banco, ni cumplían en ellos operación alguna, porque afirmaban que era una entidad burguesa y sostenían su abolición.

Pero la naturaleza humana es más fuerte que los cálculos racionales de la convivencia, y los impulsos instintivos de sus debilidades.

- Jamás en mi vida he trabajado tanto como en la Comuna -admitía Leonardo Puggioni, uno de sus inspiradores-. Pero sucede que había anarquistas de los dientes para afuera. Allí en la Comuna tuvimos más explotadores casi los mismos patronos. Teníamos una arena bárbara, que hasta se podía sacar con la mano, y estaba toda

venta de antemano a Tres Arroyos. Pero los peones -que para ellos era la ganancia- se la pasaban jugando. Y lo mismo ocurría con algunos picapedreros. “Compañeritos -les decía- algún día las vais a sufrir todas juntas las que estáis haciendo”. Y las sufrieron. Hombres que en todo el día no hacían más que unos 40 centímetros en la Comuna, de patarreo, cuando en San Luis no bajaban del metro, bajo patrón.

- Un día yo llevaba como cien adoquines tirados y uno de nosotros, un tal Maurant, no había hecho más que uno. “Che -le dije- en San Luis eras cadenero y cinchabas parejo. ¡Y aquí no has hecho más que un adoquín!”.

- ¡Para qué! -memoraba Félix Padellini- Se ofendió el hombre. Hubo un alboroto. Y hubo que llamar a asamblea general para desagraviarlo. El mes tenía 30 días y había hasta 40 asambleas. Que si uno se ofendía, que si el otro había entendido mal, que si aquél no comprendía y desconfiaba ¡Asamblea!

Extinción de la experiencia

La experiencia de La Comuna apenas duró un año. Resultó evidente que los niveles de convicción ideológica y de cumplimiento solidario del deber no marchaban parejos. Pese a las remuneraciones igualitarias de oficiales y peones, éstos tuvieron otras exigencias.

¿Por qué fracasó La Comuna?, hemos preguntado a sus dos protagonistas sobrevivientes.

“Porque el hombre no estaba educado para vivir en comunidad, bajo los principios de la solidaridad como enseñaba Kropotkin” teorizó cincuenta años después de la experiencia, Leonardo Puggioni, y agregaba:

“Porque había que bajar a la práctica, según decía Elie Faure, pero eso es difícil”.

Menos imbuído de lecturas, Félix Padellini explicaba:

- Porque éramos unos ilusos. Estábamos rodeados de un mundo capitalista y creíamos que veinte muchachos íbamos a cambiarlo todo, sin preparación, sin capital y sin fuerza. Pero ¡fue lindo!

REFERENCIAS TESTIMONIALES

La reconstrucción de esta apasionante experiencia ha sido hecha en especial con los testimonios de LEONARDO PUGGIONI, FÉLIX PADELLINI Y CATALINA GUNGI DE PUGGIONI.

b) LOS INDEPENDIENTES DE LA AURORA

El cordón Serrano

Con el nombre genérico de La Aurora se ha conocido desde antiguo en Tandil un cordón de pequeños cerros, algunos encadenados, que describen un arco hacia el

sudeste de la ciudad, entre dos parajes extremos, vinculados ambos al mismo: El Centinela y Los Corrales. Una tercera cantera, Montecristo, en el mismo sistema, también tenía prestigio propio.

De sudoeste a este pueden enumerarse canteras cuyos nombres sobreviven aún en la memoria de los descendientes de sus antiguos pobladores.

Ellos son: Montecristo. El Centinela. Villa Elisa. Centenario. La Aurora. Puscia. El Águila. La Salud. Santa Elena. El Tigre y Los Corrales.

En realidad, El Centinela y La Aurora están un poco apartados de la línea general.

La zona debió ser explotada desde fines del siglo pasado. Hay referencias de que un empresario, Américo Rossi, trabajaba El Centinela desde entonces. Cierta vez capataces y operarios fueron a disponer el corte del magnífico monumento natural, lo que habría impedido el propio Rossi¹. Desde entonces, el megalito ya no corrió peligro, aunque existen constancias visibles de que alguna vez le hicieron un barreno en su base, según puede verse hoy día.

Los “patroncitos” o “bolicheros”

No ha sido fácil hallar en la memoria de los informantes referencias a antiguos patronos de empresas en la zona, pese a las numerosas canteras que han existido en ese cordón.

Alrededor de 1906 (cuando se constituía el Sindicato) hay constancias en la memoria de algunos² que una firma, Traverso y Chelini, trabajaba allí. Existen “plecas” con el cuño de “Mansueto Chelini”. También uno de los Salvi (apellido muy vinculado a la actividad canteril) se hallaba en La Aurora en 1905³.

Cuando se produjo la denominada Huelga Grande y los patronos expulsaron a sus obreros de los campamentos, el sindicato había autorizado a quienes quisieran trabajar como independientes, a tener hasta 10 o 12 obreros bajo su dependencia.

Hubo incluso patronos con empresas de poca monta, que la jerga canteril denominó “patroncitos” o “bolicheros”. Se dedicaron durante la huelga a explotar establecimientos con obreros, pero con las mismas prerrogativas de los patronos en conflicto que lideraba don José Cima.

Luego de concluida la huelga grande, vino una formidable expansión de la actividad pedrera, hasta 1913.

Domingo Corsi entre 1909 y 1914 tuvo hasta un plantel de más de 40 hombres⁴, luego que en la fecha primera se desvinculara en La Aurora de sus antiguos patronos Traverso y Chelini.

Salvi, con Güerino Dalceggio, explotaban una cantera en El Centinela.

Bruno Tonetta (que ya trabajaba en La Movediza) abrió una explotación en Montecristo.

¹ Testimonio de Rosilda Bugna de Pablovich (Su papá, Bartolomé Bugna era empleado de Rossi y fue su referente respecto del megalito El Centinela).

² Atilio Corsi (su papá, Domingo llegó a La Aurora en 1905, como capataz de Traverso y Chelini).

³ Lucía Patti (su mamá, Dominga Merigoni de Patti, el referido Salvi le alquiló una casilla para ella y sus hijas, cuando enviudó. Cf. *Las Fondas* en Vida Cotidiana, Cap. VII).

⁴ Atilio Corsi, id.

Luis Osvaldo Bartolussi tenía la suya, aunque sus inicios como empresario quizá dataran del tiempo de la huelga grande.

Finalmente se sabe de Juan Puscia, que entre 1909 y 1912 operó en el frente que aún hoy lleva su nombre, y fue el único apellido que sobrevivió entre tantos nombres aventureros, literarios y románticos.

Con la parálisis de 1914 no quedó un solo patrono: todos se fundieron.

Los independientes y el autonomismo

La falta de continuidad empresaria obligó a muchos canteristas que allí quedaron a ensayar formas independientes de explotación.

Pero su tendencia a la autonomía databa de los tiempos iniciales del Sindicato. Como se recordará, cuando en 1911 se reorganizó el Sindicato en forma federativa se crearon seis secciones, una de las cuales se denominó, precisamente, La Aurora y agrupaba a los obreros de todas las canteras explotadas en el paraje que venimos comentando.

La más antigua referencia a su espíritu separatista quedó registrada en el Libro de Actas de la Sección La Mucediza, cuando en la reunión del 14 de Enero de 1912 el directivo Serafín Loureiro informó sobre el encuentro que había tenido con el Secretario de la Seccional La Aurora. Loureiro le habría recomendado la asistencia de los afiliados de esa seccional a una asamblea general del sindicato que tendría lugar el 21 de ese mismo mes. El hombre de La Aurora le advirtió que ellos tenían permiso para una reunión de la Seccional para el mismo día, y que no estaban dispuestos a suspenderla. Loureiro le preguntó si estaban queriendo actuar como autónomos. La respuesta fue seca, evasiva y violenta: lo mandó a la mierda.

Por aquel entonces, como queda explicado en el capítulo XIV, los independientes constituían una modalidad de trabajo bastante generalizada aunque minoritaria. Llegó a admitirse su afiliación al sindicato, pero no trabajaban bajo patrono, aunque solían respetar, habitualmente, jornadas de paro, huelgas y otras medidas de fuerza adoptadas por el Sindicato. Muchos operarios de la ideología anarquista terminaban siendo independientes, sobre todo desde que la corriente sindicalista dominó la vida gremial de las canteras.

Al parecer, un buen número de obreros independientes, coincidentemente anarquistas, se radicaron en la zona de influencia de La Aurora y adoptaron un accionar común.

Con el tiempo, el enfriamiento con el Comité Central de Relaciones de la Unión Obrera de las Canteras se fue profundizando.

Otro factor, éste de naturaleza tecnológica, vino a acentuar el aislamiento de los hombres y el desinterés de los inversores por establecer explotaciones en la zona de La Aurora: El ferrocarril del Sud nunca estimó rentable extender algunos de sus ramales hasta allá.

Esto disminuyó el valor de la explotación porque bajó su rentabilidad, ya que el material debía extraerse con carros que trasladaran los adoquines, cordones y granitullo hasta la Estación.

El desmembramiento de la Sección

Cuando se produjo el tiroteo en el Salón Sindical de Villa Laza, el 2 de Septiembre de 1923, la Seccional La Aurora asumió una actitud crítica, que derivó en un separatismo liso y llano cuando el Sindicato -por decisión del Comité Central de Relaciones- produjo la expulsión de los veinte anarquistas de la Sección San Luis.

La medida de La Aurora se dio a conocer en un comunicado que el diario anarquista La Protesta recogió íntegramente en su edición del 17 de Octubre de ese año.

En ella expresaba su decisión de declararse “autónoma del sindicato al que pertenecía y por lo tanto de la U.S.A. a la cual está adherido el sindicato mencionado”. Expresaba quedar constituida la sección en “Sindicato de los Picapedreros de La Aurora”, pero advertía que no le guiaba “ningún propósito derrotista; al contrario, partidarios entusiastas como somos del apoyo mutuo y de la fraternidad, quisiéramos poder seguir perteneciendo a la Unión Obrera de las Canteras, pero los métodos de lucha que esta entidad emplea y los hechos vergonzosos y por demás censurables que en estos últimos tiempos se han desarrollado en su seno, nos impiden hacer, y optamos por la separación”.

Acusaba al Comité Central de Relaciones de obrar a capricho, y que “ese autoritarismo, con las tendencias libertarias que ibanse encarnando cada vez más entre los afiliados al Sindicato de las Canteras, ha dado origen a los repudiables a los repudiables hechos sangrientos ocurridos el día 2 de Septiembre en el local de Villa Laza, que ha costado la vida de dos trabajadores, y la abusiva y arbitraria expulsión de 20 o 25 compañeros del trabajo que ocupaban la sección de San Luis, entre ellos varios padres de familia, sin que haya un motivo que justifique dicha expulsión⁵.

⁵ La Protesta, Bs. As., 17 de Octubre de 1923, pág. 1ra.



Bogdan Vucomanovich, más conocido por «Vuco», sacrificado militante sindical de los años 30. Mantuvo encendido el espíritu de los pocos compañeros que quedaban cuando se produjo la parálisis de la década de 1930. Aunque fue torturado y llevado muchas veces a prisión, jamás claudicó. Era sindicalista, pero luego de su reclusión de cerca de dos años en la cárcel de Neuquén (entre 1944 y 1945) contrajo tuberculosis y se afilió al comunismo.

Antonio del Río, «Totoi», el célebre «sardeñolo del caballo blanco», pintoresco personaje que rodó por muchas canteras y fue un eximio «expropiador» de ovejas y cerdos que faenaba para que la población canteril comiera en tiempos de huelga o desocupación.

El Comité del Sindicato reaccionó y los acusó de no cotizar a la Caja Central del Sindicato desde hacía un año. Aunque éstos dieron algún tipo de explicaciones, en el fondo eran actitudes que habían preludiado el desenlace. El Comité Central a su vez los acusó de “divisionistas” y subrayó el aire de superioridad que ostentaban por ser independientes “creyéndose más revolucionarios que los que trabajan por día”, y aludían al “baboseado volante criticando al Sindicato y a sus hombres de más responsabilidad por el solo hecho de estar adheridos a la Unión Sindical Argentina y defender la unidad de todos los explotados”⁶. El Comité Central quiso maniobrar con

⁶ El Picapedrero, Montevideo, Uruguay. Febrero 1924, pág. 4.

rapidez y creó una nueva seccional con hombres adictos a su posición, pero los autónomos de La Aurora no debían ser tan pocos, ni tan desunidos ni tan desprestigiados, porque siguieron adelante, y en Mayo de 1924, el todopoderoso Comité Central capituló la aceptación de la situación creada⁷. Desde entonces, el Sindicato aceptó la existencia autonómica de La Aurora, desaparecieron los roces, o por lo menos no hubo brotes irritativos ostensibles.

La organización de la vida independiente

En todo el encadenamiento de La Aurora no hubo, pues, un solo empresario, por pequeño que fuere.

Todos sus miembros operaban de forma independiente, y el Sindicato se transformó en una virtual Secretaría, que centralizaba los pedidos, coordinaba los trabajos y producía las ventas, los cobros y la remuneración. Al contrario de lo que había sido La Comuna -donde todos sus miembros trabajaban comunitariamente- aquí cada hombre, en diálogo íntimo con la piedra, trabajaba sin depender de nadie.

Pagaban pequeños arrendamientos por trabajar aquellas piedras que para los propietarios de los campos eran mera superficie muerta para el pastoreo de sus haciendas y para el cultivo agrícola.

También ellos levantaron sus viviendas, según la modalidad en boga, con piedras, con barro, con panes de césped o de lo contrario, vivían en las tradicionales casillas de chapa y madera. Sobre ellas llegaron a tener un difuso derecho de propiedad. Se sabe que algunos alquilaban a otros esas viviendas y que en ciertos casos las ocupaban por derecho propio y volvían a desocuparlas como si fuesen bienes mostrencos, pero con una particularidad: el techo de cinc lo ponía el ocupante y era para siempre de él y no del virtual o aparente propietario del resto del inmueble (es decir, de las paredes).

Cuando el ocupante se iba, se llevaba las chapas a otro lado, como parte de sus avíos. Las paredes quedaban en pie a la espera de un nuevo morador que trajera su propio techo.

Estas viviendas generalmente no reconocían otro eje urbanístico que el camino que conducía al frente de las canteras y, como centro convocante, la proximidad de un manantial o de una laguna que proveyera de agua.

Los solteros solían aprovechar pequeños frentes de canteras abandonados, para ahorrarse una o dos paredes, y luego la vivienda adquiría casi aspecto de una cueva.

El piso fue, casi siempre, de tierra. El piso de tierra no es frío ni húmedo como podría suponerse. No se ablanda ni en los días de humedad. Y cuando a veces se pocea sólo hay que rellenarlo con tierra seca, a la que se humedece un poco y luego se la cubre con una chapa hasta que se asiente⁸.

Aunque los informes difieren, se estima que en Montecristo llegaron a vivir unas doscientas familias, que luego disminuyeron considerablemente. En la Cantera de Pucia eran cerca de veinticinco las casas. En Los Corrales, otras tantas. En Centenario, en cambio, la población era menor.

⁷ S.U.O.C., Libro de Actas C. C. de R., 02-12-1923, pág. 10.

⁸ Piedad García de Woodllands.

Se llegó a decir -seguramente exagerando- que los afiliados a la Sección La Aurora alcanzaron a ser unos setecientos⁹.

Trabajaban ocho horas por día. En cada herrería (donde afilaban, templaban y reparaban las herramientas) un trozo de riel colgado del alero era la campana cuyos tañidos marcaban la hora de entrada y de salida del trabajo.

Cada obrero trabajaba por sí, aunque eventualmente llegaron a ser dos los picapedreros asociados.

La solidaridad y la fraternidad, principios esenciales de las propuestas utópicas, tomaban en las canteras de La Aurora, formas prácticas y a la vez de elemental sencillez.

A veces, para disponer de un bloque adecuado, los picapedreros necesitaban perforar y detonar un barreno, tarea imposible de realizar sin ayuda. En tal caso recurrían al apoyo de uno o dos compañeros, según la profundidad necesaria, pero no le pagaban la changa al otro con dinero sino con trabajo equivalente cuando aquél a su vez lo necesitare.

Mientras en La Comuna, los trabajos se habían hecho entre todos, cumpliendo cada uno funciones específicas dentro de la división del trabajo, aquí en La Aurora, las labores independientes, individuales, no estaban exentas de espíritu solidario, y parecían más adaptadas a la verdadera naturaleza humana.

No siempre la piedra daba para vivir. Muchas veces no tenía precio, otras no hallaba colocación. A partir de 1930 la demanda de piedra labrada cayó totalmente, primero por la crisis, luego porque comenzó a usarse para pavimentar el concreto asfáltico o el hormigón armado que requerían piedra triturada, y no labrada. El adoquín, el granitullo y los cordones, labrados a mano uno por uno, se batieron en retirada hasta casi desaparecer diez años después, en 1940.

Pero con más frecuencia se sumaban largos meses de parálisis. En esos lapsos los picapedreros anarquistas de La Aurora y Montecristo, de Puscia y de Centenario, no extraían piedra. Preferían respetarla y buscaban otros medios: juntaban barro en los arroyos serranos para venderlo en el pueblo, recogían helechos y yerbas medicinales o atendían más asiduamente sus propias huertas familiares, carpían entre las piedras, hacían surcos, sembraban, regaban y cultivaban con gran esfuerzo. Prosperaban cultivos de papas, zanahorias, lechugas, zapallos, repollos, tomates, en tanto las heladas no los arrasaren o la falta de lluvia no secare los manantiales desde donde los regaban^{**}.

La vida social y el asilo ideológico

La vida transcurría bastante parecida a las de las demás familias trabajadoras de cualquier parte del mundo. Como en La Comuna, los Independientes de La Aurora

⁹ Leonardo Puggioni, Virginia Corsi de Queiruga, Odilia Margarita Piccinotti de Gómez, Eleazar del Corso, Ángela Castiñeiras de Nogués.

^{**} Modelo de huerta era la de la familia Piccinotti, que casi no trabajaban en la cantera. Piccinotti era un anarquista esclarecido, escuchaban su palabra con atención, sus intervenciones en los debates eran atinadas y su conducta era norma. Había enviudado joven y con sus hijos apechugó la tarea de vivir. Cultivaba la tierra, tenían tambo, tomaban pensionistas, sembraban y cosechaban de todo. Pero en los momentos de descanso su casa se llenaba de jóvenes que iban a leer o a discutir con él sobre temas sociales, como si fuera un maestro.

creían firmemente en la institución familiar como base de la sociedad, de modo que se preocupaban por su sustento, su unidad, su abrigo y su educación.

Más prácticos que los otros, enviaban a sus hijos a la escuela pública. Los niños debían cruzar largos caminos, a veces entre las piedras, vadear arroyuelos por pasos no siempre practicables, subir y bajar lomadas cubiertas de pajonales y llegar cada mañana con las zapatillas empapadas. Las maestras ya habían encendido fuego para que ellos recuperasen energías y aprendiesen.

Los vericuetos de las pequeñas canteras dificultaban su acceso a La Aurora propiamente dicha, a Montecristo, a El Centinela. Tras peñascos casi inabordables, había vallecitos encantados, invisibles, senderos ocultos entre yuyales, cuevas escarpadas, montes, discreción, silencio y seguridad.

La policía, en cumplimiento de órdenes represivas contra la ideología anarquista (y en menor proporción a la pesca de algún delincuente refugiado allí) intentó a veces penetrar, pero resultaba difícil. Tras las apariencias abiertas de caseríos a la vista, lo demás quedaba inalcanzable e invisible. Era imposible llegar en automóvil a la intimidad de las canteras, y muy difícil hacerlo a pie si no se conocían exactamente los lugares.

Cuando en la década del 30 las represiones contra los anarquistas y otros rebeldes arreciaron, muchos hallaban allí temporario refugio, en viviendas que improvisaban ellos mismos o con ayuda de los residentes, en cuevas, paredones de piedra y chozas que la comunidad rodeaba luego de discreta reserva. A veces eran agitadores de distintos parajes de Tandil, los que buscaban asilo. Otras, peregrinos ideológicos que hacían un alto en sus inasibles rincones para descansar y reponerse. En la casa de los Castiñeiras, o en la de García, la misma donde cada domingo los jóvenes se reunían a bailar^{***}, se alojaban perseguidos u oradores anarquistas que a veces esperaban allí algunas semanas hasta que despejaran las tormentas de la represión.

Juana Rouco, la fogosa oradora libertaria, vivió largos meses en casa de los Castiñeiras. A veces compartían los deberes hospitalarios con otros vecinos, como los garcía o los Piccinotti, alojando a otros compañeros de lucha como Elido Roqué o el Negro Anderson Pacheco¹⁰.

También aquellos lugares eran discreto refugio para los “crotos” o “linyeras” que pretendieran darle “un descanso al mono” como expresaban en su jerga el deseo de reposar y reponerse.

Algunos crotos, como Manuel Queiruga, habían salido de allí^{****}. Pero también llegaban caminantes, hombres cuyo pasado no revelaban ni nadie indagaba por ellos, y de los que podrían reconocerse algunas modalidades.

Hubo quienes sin embargo arraigaron por meses y otros que retornaban periódicamente, quizá por haber hallado en aquella comunidad el clima de libertad rústica y sencilla que andaban buscando como tras de una quimera, de vía en vía, de carguero en carguero, de un lado al otro del territorio de la Argentina.

^{***} Ver Notas y Documentos de este Capítulo: “Bailes para Jóvenes”.

¹⁰ Piedad García de Woodlands y Ángela Castiñeiras de Nogués.

^{****} QUEIRUGA era español. Se creía que había llegado a la Argentina cuando el centenario, integrando la guardia de la Infanta Isabel. En Buenos Aires había desertado y rodando y preguntando había llegado a Tandil y encontrado refugio, quizá buscando militantes afines, en Montecristo. Desaparecía por meses y ni su hermano Salvador -que hiciera radical allí y aprendió el oficio de picapedrero- sabían de él.

Así, por ejemplo, del Vasco de los Libros nadie sabía sino datos sueltos. Se supone que lo de “vasco” venía por su boina, que alguna vez había sido blanca y el uso había vuelto del color de la espiga de avena madura. Pulcro, vestía bombachas del color bataraz, como cuadraba a un crotto que acostumbraba a ser “galponero” o “saquetero” es decir, especializado en la carga y descarga de bolsas de cereal. Su mono era un cuadrado perfecto, aún cuando llegara de largas andanzas. Y como su más preciado tesoro, prolijamente envueltos en su interior varios libros y recortes de diarios, además de folletos de propaganda del ideal acrático. Quienes le conocieron recuerdan sin mucha seguridad que pudo llevar libros de Panait Istrati, Elie Faure, Kropotkin, Bakunin, Malatesta, la Carta Gaucha, de Juan Crusao; algún libro de poemas de Núñez de Arce y, entre los recortes periodísticos, unos muy deshilachados, con las intervenciones del senador santafecino Lisandro de la Torre en su polémica con Monseñor Gustavo Franceschi en 1936.

Sabían que en las ranchadas de los crotos, el Vasco prestaba sus libros que luego recogía cuando levantaba el mono para irse¹¹. Era paciente con los niños, a los que siempre atraía con caramelos, cuentos e historias del quehacer universal.

Otro personaje inolvidable que apeara por largo tiempo en el paraje era Ramiro Valiño Cedrón, que había llegado croteando desde el Tandil nunca supo nadie desde dónde. Sólo conocían de él que leía al Dante, amaba el teatro y era libertario. Ocupó una casita muy pobre, casi una choza, en La Aurora. Solía dar a lavar su ropa blanca, salvo pañuelos y calzoncillos, que fregaba personalmente en el agua de un arroyo. Cuando el fruto de sus croteadas se agotaban, vendía berro en el pueblo, porque no era picapedrero, pero dialogaba animadamente con sus convecinos sobre temas sociales, sindicales y literarios.

Un día, culminó un acariciado proyecto: integrar una compañía teatral, con gente de la comunidad canteril donde vivía. Durante largas noches ensayaron la obra, cuyo título y autor nadie recuerda ahora pero que pudo ser de Florencio Sánchez o de González Pacheco. Y salieron de gira. La primera etapa fue la última, la noche del debut la misma de su despedida. La compañía se disolvió ipso facto, en Balcarce, tras el fracaso de su única actuación. Pero Cedrón nunca abandonaría las huestes a su suerte. Primero debían comer. Cedrón indicó que lo esperaran y se perdió en la noche por los aledaños de Balcarce. Volvió, alta la madrugada, con varias gallinas “expropiadas”, recién degolladas y un poco de pan y algo de queso que Dios sabrá dónde los procuró y le haya perdonado cómo los obtuvo, con tal que los frustrados comediantes no quedaran con hambre¹².

Entre tantos anarquistas, moraba en paz con ellos un evangélico. Se llamaba Antonio del Río, y había nacido en Cerdeña. Era un discreto picapedrero, con un enfoque muy particular de su vida solitaria. Montaba un caballo blanco, y era el más diestro hombre que conocieron las canteras de Tandil para “expropiar” ovejas en tiempos de crisis y desocupación, las que luego de carnear y trozar, vendía por monedas o entregaba gratuitamente.

De él tuvieron noticias los habitantes de la cantera San Luis, pero más se lo recuerda explotando unipersonalmente una cantera en La Aurora sobre un pequeño

¹¹ Cf. NARIO, Hugo: *Bepo, vida secreta de un linyera*. CEAL, Bs. As., 1988, p. 96.

¹² José A. Ghezzi.

frente en cuya parte superior con gruesos pintarrajos de cal había inscripto su nombre “El Dragón”****.

Lento desangrar y extinción de los Independientes de La Aurora

Lentamente, los hombres y mujeres que alguna vez se llamaron “Los Independientes de La Aurora” y lo que más modernamente Beppo Ghezzi denominó “El Cordón de los Libertarios”, ahora iban envejeciendo en paz. Algunos dejaban el lugar. Otros morían. Pero muchos seguían picando piedra, respetando la Naturaleza, mimetizados en su paisaje bellissimo, casi ajenos a lo que pasaba, sin relacionar unas cosas con otras, sin preguntarse por qué fuera de ese paisaje otros canteristas padecían hambre y debían irse o cambiar de oficio. Quizá nunca alcanzaron a comprender cuánto simbolizaban ellos mismos.

Algunos memorarían el fracaso explicable de La Comuna, y lo discutirían con Leonardo Puggioni, que todavía trabajaba en Montecristo con sus hijos pero que ya había decidido vivir en la ciudad.

De lo que sí puede estarse seguro es que nunca supieron conscientemente que habían sido espontáneos creadores e involuntarios continuadores de una mansa utopía de amor y fraternidad.

Como la rueda que no pudo ingresar en el territorio del Tibet, hasta la segunda mitad de este siglo, tampoco entraron nunca en los dominios de La Aurora, las vías del ferrocarril, y en consecuencia no hubo interés empresario en sentar sus reales allí para explotar a lo grande una cantera. Quizá por eso mismo, aquellas piedras habían quedado protegidas de la avidez económica. Ni la ambición, ni la angurria, ni la haraganería las perturbaban.

Seguían extrayendo el material a la vieja usanza, como si dejaran fluir un manantial más, sin enturbiarlo ni agotarlo.

Cuando mucho después, transcurrido 1960, los últimos canteristas de La Aurora, de Montecristo y El Centinela, de Los Corrales, de El Águila y de El Tigre, se vinieron al pueblo, incapacitadas ya sus manos para sostener con firmeza sus herramientas, todo volvió a quedar en silencio.

Entonces, las lluvias y las polvaredas, los helechos y el musgo, fueron cubriendo piadosamente las arañadas facciones de la piedra, y han ido ocultándolo todo con un manto de inconsciente ternura¹³.

**** De Antonio “Totoi” del Río se habla más detalladamente en el capítulo XII “Los nombres de los Hombres”.

¹³ NARIO, Hugo: “Utopías y Realizaciones”, en Todo es Historia, Bs. As., Junio de 1985, p. 78 y sig.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Funcionamiento administrativo de La Comuna

Yo era el que trataba con los compradores y organizaba el trabajo. Acompañado por Bangués hacía las liquidaciones. Todo se llevaba en un cuaderno. Algunas veces se hacían adelantos en el mes, por pagos de Casimiro Méndez (que explotaba con Pablovich la cantera Albión y nos compraba piedra). Se anotaba la cantidad material que salía. Tantos jornales. Cobraban proporcionalmente a los días trabajados.

LEONARDO Puggioni, a los 80 años.
Entrevista del 06-06-1976.

Las casas de La Comuna

Se hicieron de chapa y madera. La nuestra era de chorizo de barro. Dos piezas y cocina. La habíamos hecho revocar y parecía de material. El techo de chapa, forrado por dentro. Era fresca en verano y abrigada en invierno. Ahora, que no teníamos piso de mosaico sino de tierra. Llevamos la cocina económica (de fundición) y la hacíamos andar con bosta de vaca y leña que juntaba yo. Toribio Lavayén, que era dueño del campo donde estaba la cantera, nos daba permiso para traer leña. Habíamos traído muchas ramas y habíamos hecho un quinchado adelante, que fui a buscar yo al arroyo (Tandileofú). Y se hizo un planterío bárbaro, que nos daba sombra delante de la casa. Habíamos hecho una quinta muy linda. No había pozo y teníamos que traer el agua con el yugo desde el manantial.

CATALINA GUNGUI DE PUGGIONI, a los 74 años.
Entrevista del 03-06-1978.

El espíritu de las mujeres

Entre las mujeres teníamos el mismo sentimiento porque estábamos empapadas en el asunto. Y teníamos ese amor propio de tener ese ideal y acompañarlos. Cuando venían tarde no nos enojábamos. Cuando había asamblea, también los esperábamos. Cuando tenían una reunión en la tardecita, que venían de la cantera, en lugar de venir a casa iban a la reunión cuando tocaba la campana.

Entonces, nosotras ya sabíamos que estaban allí.

CATALINA GUNGUI DE PUGGIONI, id.

Lema de La Comuna

“Cobra según tus necesidades y trabaja según tus facultades”.

FELIX PADELLINI, a los 74 años.
Entrevista del 27-06-1976.

Ideas raras

Había una campana para marcar el comienzo y la finalización del trabajo. Algunos creían que el trabajo debía ser voluntario. Y resulta que con ese criterio algunos trabajaban cuando querían. Había uno que a la mañana le decía a su mujer:

- Che, ¿me levanto, Fermina?

- Quedate otro rato, Salvador...
Por eso hubo que poner anotador y todo.

FÉLIX PADELLINI, id.

Remuneraciones

Los últimos meses en La Comuna cobrábamos 14 pesos diarios. No depositábamos en el Banco porque éramos contrarios a la institución y sosteníamos su abolición.

FÉLIX PADELLINI, id.

Los independientes de La Aurora

Salón Sindical. Éxodo

Estaba en las proximidades de lo de Reboredo. Originariamente era de la Unión Obrera de las Canteras. Lo habían traído a La Aurora para el Sindicato de Independientes. Ellos habían construido sus propios bancos, y otros muebles, una mesa y una biblioteca.

El éxodo a Mar del Plata comenzó después de 1940. Se fueron todos.

ANGELA A. CASTIÑEIRAS DE NOGUES.

Entrevista del 10-06-1978.

Recuerdo de Los Corrales

Mi papá, Juan Gómez, tenía una chata grande a la que le ataba 16 caballos. Hacíamos dos viajes redondos por día a la estación. El primer camión que vi entrar en la cantera fue uno nuevito; sería para 1928, un Chevrolet. Cargaba 2000 kilos. Lo manejaba un tal Grisetti.

Papá en el carro cargaba unos 6000 kilos, unos 500 adoquines.

Otros carreros de la zona eran Antonio Conforti y Crovaldo Martínez.

Canteristas famosos en Los Corrales eran los Poletti, y los Popovich. Eran famosos porque nadie ganó tanto en las canteras como ellos. Alcanzaron a hacer 250 adoquines especiales por día. Era impresionante la plata que ganaban. Sacaban 50 pesos por día. Andaban con los cajones de cerveza arriba del coche de alquiler (mateo). En el boliche del Matadero (frente a lo de Noli, donde ahora no hay nada) se hacían unas fiestas bárbaras.

JOSÉ GÓMEZ.

Entrevista del 05-10-1976.

Primeros recuerdos de La Aurora

En 1901 sabemos por un barrenista que La Aurora ya estaba trabajando. Nunca tuvieron rompedoras. Muy pocas veces hubo patronos; en general fueron pequeños empresarios que no tenían capital y después de un tiempo desaparecían sin pagar los jornales.

Para 1910 había hasta 1200 obreros trabajando en las distintas canteras de aquí.

A Cedrón una vez, en 1932, la policía vino a buscarlo. Era al mediodía.

Estaba en el montecito leyendo y se había quedado dormido. El perrito que tenía oyó a los vigilantes y lo despertó. Alcanzó a disparar para la sierra y no lo agarraron. Pero tenía una novia, y su padre, muy recto. Cedrón nunca quiso volver a la casa de ella porque decía que le

avergonzaba haber sido corrido por la policía. Lo acusaban de un robo, pero todos sabíamos que era por sus ideas.

Íbamos a la escuela Nro. 9. En 1920 eran maestras Susana y Juliana Orbea, que después fue la señora de Laza.

Nos aprovisionábamos con repartidores de pan y de almacén. A veces se abría algún boliche en las cercanías, donde comprábamos muy pocas cosas de emergencia: fósforos, cigarrillos, y poco más.

Juana Rouco vivió en mi casa cuando yo era chica. Cuando se fue, mi papá le compró el ropero en 40 pesos.

Reunía en casa a todos, y después nos daba clases.

Era una negrita chiquitina. Fue por el 20.

ANGELA CASTIÑEIRAS DE NOGUES.

Entrevista del 11-09-1976.

Bailes para jóvenes

En la pieza de mis hermanos los domingos sacábamos los muebles y hacíamos un baile. Los muchachos y otras chicas llegaban a media tarde. Yo nunca supe cómo Mamá ahorra sus moneditas para hacernos a todos chocolate con algunas confituras que nosotras y mis amigas cocinábamos. Y bailábamos hasta el anochecer, con un fonógrafo, o con algún comedido que tuviese acordeón. Una vez estábamos pasando una época mala, sin trabajo. Esa tarde del domingo mamá nos sirvió café con leche.

“Para el chocolate no alcanza la plata” dijo Mamá.

PIEDAD GARCÍA DE WOOLLANDS.

CAPITULO DOCE

LOS NOMBRES DE LOS HOMBRES

Este cronicar de los acontecimientos en lo que va del libro, debía tener, por fuerza histórica, muchos hechos y pocos nombres, sin duda porque los movimientos sociales tienen por protagonistas a los grupos más que a los individuos.

Pese al esfuerzo que hicimos, sólo a algunos hemos podido nombrar hasta ahora. Queremos consagrar este capítulo para hacerlo, poro menos reverencialmente, con algunos protagonistas de hechos heroicos, de pacientes trabajos, de increíbles artesanías, y a las mujeres y personajes que aparecen a la distancia pintorescos, por la suma de modos, tiempos, pareceres y actitudes. Olvidarlos hubiera sido injusto. Cuando los casos cuadren, una anécdota conservada en la memoria de nuestros informantes, les dará el perfil vivo de los que fue su carácter.

Los precursores

Como queda dicho en el Capítulo I, la actividad no interrumpida y de envergadura empresarial arranca en las canteras de Tandil con la llegada del ferrocarril en 1883.

Pero hemos podido registrar que sus comienzos aunque en precarias condiciones, se dieron unos doce años antes, en 1871, en las piedras hasta entonces vírgenes de Cerro Leones.

MANUEL PARTASSINI¹

Había nacido en Pergine (entonces territorio austríaco) entre 1847 y 1851. A los veinte años había llegado a la Argentina, ya con el oficio de picapedrero aprendido en su tierra natal. Quizá atraído por la fama de las sierras tandilenses, se asoció con un paisano suyo, apellidado Papini, y juntos comenzaron a extraer piedra para hacer adoquines que enviaban a Buenos Aires en carreta, donde estaban pavimentando con ellos las inmediaciones de Plaza Constitución.

Partassini debió moverse en un ambiente bravío por el aislamiento del paisaje, y agresivo porque por aquel tiempo (que culminaría en la trágica cacería de extranjeros en la madrugada del 1.º de Enero de 1872 al grito de ¡Viva la Religión! ¡Mueran los gringos y los masones!" en calles y campos del Tandil, atribuida su inspiración al curandero Tata Dios) se presentía un aire hostil a los extranjeros².

Solía contar a sus hijos que los "nativos de acá" -sin precisar si eran indios o criollos- tenían una actitud amenazante, y cierta vez le entraron a su casa y tuvo que esconderse en cuevas de La Movediza hasta que pasó el peligro. Que nunca podían venir al centro sino de a dos o tres, porque los gauchos apostados en la Plaza -que entonces era un cicutal- hacían silbar sus boleadoras amenazantes, lo que los obligaba, además, a vivir armados.

Partassini se acobardó, y seguramente luego de los sucesos criminales que dejamos dicho (o en ese tiempo) abandonó todo aquí, se fue a Brasil, volvió a Europa, se reencontró con quien sería su mujer, se casó, volvió a la Argentina, e instalado en Colonia Caroya (Córdoba)

¹ Luisa Partasini de Marcovich

² Hugo Nario, Tata Dios. El mesías de la última montonera. Plus Ultra, Buenos Aires, 1976.

implantó viñedos. Y luego de estar en Totoral y Cañada de Gómez, volvió a Tandil, con la obsesión de construir su casa frente a una fuente natural (manantial) que recordaba en La Movediza. Murió en 1922.

MARTÍN PENNACHI³

Pasa por ser el pionero de la industria pedrera en Tandil, aunque son pocos los datos precisos que hemos podido recoger, porque todos sus descendientes habían muerto cuando iniciamos estas encuestas. Era italiano, toscano. Pudo haber nacido en San Romano di Garfagnana, fracción de Silicagnana, a mediados del siglo pasado, a juzgar por los datos de primitivos picapedreros que dijeron ser paisanos suyos y haberse radicado en Tandil a sus instancias. Lo recuerdan alto, más bien delgado. Tenía un hermano, Pellegrino, con el que organizaron la explotación. Uno u otro viajaron reiteradamente a Italia para reclutar trabajadores de entre los conocidos de su juventud, que ya supieran el oficio. Don Martín Pennachi tuvo por los menos tres hijos: Ramiro (maestro constructor) y Plácido y Alfredo (escribanos). Inició su explotación en sierras muy próximas a la población, hacia el sud, cerca del Molino de Fugl y de lo que hoy son el dique y el Parque Independencia, en chacra del dinamarqués Martín Eigler, y próxima a otra explotación pedrera que fue la de Agustín Rodríguez. La fecha puede ubicarse en 1883, al tiempo que llegaba el ferrocarril a Tandil. Pero la explotación duró poco allí. Tentado por el formidable mazo que se levantaba en las inmediaciones del tradicional cerro donde se columpiaba aún la Piedra Movediza, trasladó allí su explotación.

En 1886 el Ferrocarril del Sud tendió el ramal ferroviario dispuesto a servir a la explotación pétreo. En realidad fue el empresario canteril Sabarí, que acababa de construir la estación del ferrocarril tras haber erigido el nuevo templo. Interín había tenido cantera y se animó a construir una línea férrea hasta la Movediza que pocos meses después vendió a la empresa del F.C.S.⁴.

MICHELE ANGELO DE LUCIA

Había nacido el 18 de Marzo de 1858 en San Romano de Garfagnana, fracción de Silicagnana (Sima al paese), en la bellísima región montuosa de la Toscana. Según memoraba su hijo, Martín Pennachi era paisano suyo y lo había instado a venir, como picapedrero.

Poco es lo que se sabe de De Lucía, fuera de que su hijo José, que en 1912 había entrado como cuarteador en la cantera, aprendió el oficio de herrero. Un pinchote mal templado por él, que estaba usando su padre, se quebró en el agujero de la piedra. Cuando fue a golpearlo nuevamente para extraerlo y reemplazarlo, saltó con violencia porque había entrado a presión y le dio en el ojo. Michele Angelo quedó tuerto.

Murió en 1925, al parecer porque una mosca que le picara en la nariz pudo ser portadora de carbunco⁵.

HUMBERTO LUZARDI⁶

Muchos lo conocieron por el “Fabritto”, debido a su especialidad juvenil: herrero de cantera, oficio que no obstante, no trajo aprendido de Italia, sino que adquirió aquí. Había nacido en 1868 en Florencia, y su primera actividad, niño todavía, había sido la de ayudar a su padre, mercader que viajaba con sus mulas cargadas de telas con las que llegaban hasta el sur de Italia. Dispuesto a abrirse mundo en América, casi un chico todavía, se radicó con sus hermanos en

³ Ángela Piegentini de Biaggioni.

⁴ El Eco de Tandil, 23-IX-1883, p. 2.

William Rogind: Historia del Ferro Carril del Sud, Bs.Aires, 1937.

⁵ José Da Lucía.

⁶ Humberto Marcovecchio.

Curitiba, Brasil. Allí conoció a Alberto Batelli, que era de Massa Carrara, Italia, donde había aprendido a trabajar finamente el mármol. Al parecer con el propio Batelli acordaron buscar suerte en Tandil, y alrededor de 1884 (cuando Humberto tendría unos 16 años) llegaron a La Movediza. Al llegar trabó amistad con Domingo Conti que ya regenteaba una cantera en ese paraje y con otro canterista, Enrico Terribile, con quien luego serían cuñados.

Luzardi aprendió el oficio de herrero y muy pronto fue uno de los mejores.

Próximo a 1893, ya casado con Teresa Mirabelli (cuya hermana Rosario había formado matrimonio con Terribile) fue propuesto por Conti a dos empresarios que proyectaban instalar una cantera en el paraje denominado Federación (detrás y hacia el norte de Cerro Leones) nombre que tomaba del que los Figueroa-Gómez habían utilizado para el puesto de su estancia Los Bosques que comprendía los cerros de las inmediaciones.

Los empresarios eran Sabarías (que insistía otra vez con la explotación de la piedra) y probablemente Garassino. Luzardi se desempeñaría como capataz general o administrador.

El lugar se transformó y embelleció muy pronto. Los Sabarías -que seguían recordando con cariño a Tandil- hicieron construir un bello chalet de chapa y madera (el mismo material que caracterizaba a las viviendas del lugar), plantaron árboles e hicieron jardines en sus inmediaciones y hasta construyeron una cancha de tenis, cuyo piso hicieron con arena brava del lugar, en tanto que los flejes, postes y redes los trajeron de Buenos Aires.

Sabarías tenía dos hijas que nuestros informantes, sesenta años después, las recordaban como hermosas.

El paisaje “urbano” se fue completando con una casa para Luzardi; otra para su amigo Batelli, que lo acompañaría en el trabajo; la caballeriza para Sabarías y el propio Luzardi; y tres o cuatro galpones para guardar herramientas e instalar las herrerías.

También se construyó una fonda que explotaría el propio Luzardi (según la hermosa descripción en el Capítulo VII “Vida Cotidiana”).

Para la nueva cantera reclutó en principio paisanos enviados por Conti y por otro amigo, Mazzoni. Luego vinieron en grueso los montenegrinos, que eran campesinos pastores en su pueblo y salvo los que habían aprendido el oficio de picapedreros en Italia, debieron adquirirlo aquí. Tras ellos hicieron su aparición los sardesinos. Y por supuesto, los españoles, aunque en menor número en esta explotación.

Los Sabarías vivían en Buenos Aires, y en el principio se instalaban en el chalet todos los veranos. Mantenían relaciones cordiales con la población obrera de Federación, aún cuando conservaban la distancia de su condición de patronos. Cuando terminó la Primera Guerra, los Sabarías no aparecieron más. Casi simultáneamente comenzaron a llegar rumores de una crisis económica general, que a la Argentina afectaba en lo medular de su economía: la caída del precio mundial de la carne vacuna, que había sido durante la contienda, material estratégico junto con el maíz (con el que se movilizaban las caballerías, la más poderosa de las armas, hasta la difusión del tanque blindado). La cantera Federación siguió trabajando y despachaba material para Buenos Aires, pero gradualmente los pagos de los clientes porteños se fueron alterando, y luego ya no hubo dinero para pagar los jornales y los gastos. Luzardi -quizá porque los Sabarías lo tenían como habilitado o quizá por vergüenza, o porque así lo convinieron- se hizo cargo de las deudas.

Sus ahorros de los tiempos prósperos de la fonda y la cantera fueron a parar a ese pozo, al que también aportó lo suyo, su esposa Teresa Mirabelli, (que acostumbraba a comprar algunas esterlinas cada vez que nacía un hijo. Tuvo nueve) pero se quedaron en la calle. El propietario del campo, Miguel Figueroa, cuando Luzardi le informó que estaba fundido, no teniendo otra

tierra disponible para brindarle le ofreció una casa que se encontraba a varias cuerdas de la entrada a la población de Cerro Leones, junto a otra llamada “La Madelón”, levantada sobre 30 hectáreas en su mayoría roquedales.

Luzardi había invertido, antes que finalizara la guerra, buena parte de sus ahorros en vacas que habían alcanzado el entonces fabuloso precio de 150 pesos m/n por cabeza. Pero no le dieron al liquidarlas más de 15 pesos por cada una.

Se reservó las mejores lecheras y algunos caballos. Y tras vender el resto, se trajo la casa de chapa y madera que tenían en Federación, vendió el galpón de la fonda y retuvo por un tiempo el chalet de los Sabarías, hasta que, sin noticia de ellos, también lo habría vendido.

En la tierra apenas libre de piedras, su esposa Teresa hizo huerta, crió gallinas, pavos, gallaretas. Todas las mañanas con su hija menor, Amelia, ordeñaban, cargaban los tarros de leche y enviaban a su nieto, Humberto Marcovecchio (hijo de Colomba, la mayor de sushijas, enviudada joven y retornada al núcleo familiar hasta su nuevo matrimonio) a repartir la leche. Sus mejores clientes eran los herreros, colegas del abuelo Luzardi, porque la bebían en cantidad para neutralizar los efectos del saturnismo. El propio Luzardi, compraba con algunas de las moneditas obtenidas pólvora y perdigones, cargaba sus cartuchos y salía a cazar por las sierras. El día en que cruzándosele una liebre frente a lamira de su espléndida escopeta suiza del 16, caía bajo su excelente puntería, la polenta tenía sabor a fiesta. Su dieta habitual, en cambio, eran en ese tiempo, espigas de maíces tiernos sin madurar, y la producción sobrante de la huerta familiar. La papa, embolsada en unos 40 kilos, se vendía en el pueblo en 50 centavos. No pudieron rehacerse, y para ahorrar el arrendamiento de La Madelón, la abandonaron y fueron a vivir en la falda sur del Cerro Leones, frente a un paraje denominado El Polvorín Viejo. Con la avena y el pasto natural que juntaban hacían parvas. Hasta 1924 la situación fue así de dura. Ese año, uno de sus hijos, Adeodato, con más visión comercial, abrió en el pueblo un almacencito llamado “El Obrero” (en Garibaldi y 9 de Julio) y aprovechando las viejas relaciones de su larga vida de hombre de las canteras, don Humberto marchaba a sus poblaciones dos veces por semana en una jardinera para vender mercaderías por cuenta de su hijo, entre sus antiguos amigos y conocidos.

Los fundadores

LUIS RICARDO NELLI⁷

Era italiano, nacido en 1881.

En Tandil ejercía el oficio de carpintero, y profesaba desde adolescente el ideal anarquista.

A comienzos de 1906 fue llevado a Cerro Leones a construir casillas para su campamento que en esos días debía estar incrementándose como consecuencia de la continuada expansión de la industria de la piedra.

Familiarizado con los planteamientos sociales, puntualizó cómo vivían los obreros canteristas: les pagaban con moneda interna de la empresa, no tenían libertad para comprar (ni tampoco dinero) fuera del predio canteril, que permanecía totalmente cercado, con tranquera, cadena, candado, y a veces centinela armado. Trabajaban unas doce horas (en invierno virtualmente de estrella a estrella) y no gozaban del descanso dominical. Por supuesto, no tenían sindicato ni organización alguna que defendiese sus mínimos derechos.

⁷ Haydeé Nelli de Guillot.

Comenzó a conversar con varios de ellos. Pronto encontró a los más esclarecidos y dispuestos a plantear la necesidad de organizarse. Uno era un tal Palacios, obrero de Montecristo. El otro, Roberto Pascucci.

Los trabajos organizativos culminaron en la mañana del domingo 6 de Octubre de 1906 con la creación de la Unión Obrera de las Canteras de Tandil. Nelli fue elegido Presidente.

Tras las primeras tareas organizativas, en Diciembre de ese mismo año le presentaron al patrono, don José Cima, el primer pliego de condiciones de su historia. Cima lo rechazó, y declararon la huelga que concluyó con la victoria obrera.

Para el año 1908 ya no trabajaba en Cerro Leones, sino que había conseguido tarea como encargado en la Cantera La Aurora, cuando el 14 de Noviembre de ese año, un anarquista, Simón Radowski, ultimó con una bomba al Jefe de la Policía de la Capital, Coronel Ramón Falcón. Se desató una “razzia” indiscriminada entre directivos obreros y militantes anarquistas.

Nelli buscó refugio para no caer en manos de la policía, que lo andaba buscando. Pero su mujer, Carolina Michelli, estaba embarazada y luego de venir en sulky desde La Aurora, se había radicado en la casa paterna, situada entonces en Mitre y Santamarina, donde ya había custodia policial para apresarlo. Nelli, deseoso de estar con su joven mujer, se acercó con precauciones y vio al policía frente a la casa donde ella se alojaba.

Se quedó sentado en un banco de la Plaza de las Carretas y en un descuido temporario de la vigilancia logró meterse por el portón, pero su maniobra fue descubierta. El vigilante pidió auxilio y empezó a dispararle y a perseguirlo.

Nelli fue directamente hasta el fondo de la casa, saltó la tapia y entró en el patio del Hotel Maritorea cuya salida se hallaba por la otra cuadra. Su dueño era directivo radical, lo hizo esconder en una chata y abriendo los portones de la cochera pudo fugarse en ella.

La militancia sindical de Nelli, se pierde luego en la memoria y los documentos. Su última noticia fue del 27 de julio de 1934: estaba debajo de un camión que arreglaba con su hijo. El crique zafó y el vehículo lo aplastó.

ROBERTO PASCUCCI⁸

El principal animador y apoyo que encontró Nelli para crear el sindicato fue, como quedó dicho, Roberto Pascucci.

Pascucci había nacido en Ancona, cerca de Roma, el 17 de Agosto de 1882. diecisiete años después llegaba a Buenos Aires, donde trabajaría por dos más, martelinando piedra de Tandil (sin imaginar que alguna vez sería el lugar de su residencia y de sus luchas). Eran bloques para el edificio del Congreso de la Nación. Recordaba que cierta vez el general Julio A. Roca, entonces Presidente, había ido a inspeccionar las obras, se le había aproximado y había cambiado algunas palabras con él.

Había traído unas pocas liras en el bolsillo, por todo capital, que pudo multiplicarlas (aunque no demasiado) en el barco mismo porque había ganado un premio en las tómbolas que se organizaban en cubierta.

Pascucci conoció muchas veces la prisión, y varias veces estuvo a punto de ser deportado, por la aplicación de la denominada Ley de Residencia (Nº 4144), contra los extranjeros que se consideraban indeseables por su actividad de agitación social.

Las “razzias” desatadas por la muerte del Coronel Falcón le alcanzaron y estuvo preso algunos meses.

⁸ Celia Pascucci, e informantes varios.

Pero era de naturaleza pacífica, jamás incitó a la violencia, y en cambio prefería la paz de la lectura y del trabajo de la tierra. Hasta muy anciano hizo huerta, criaba perros de caza, salía a cazar perdices y mantenía una copiosa correspondencia.

A sus perros solía ponerles nombres de militares europeos que recordaba de la Primera Guerra Mundial o personajes históricos de aquella época: Machinei, Carnot, Salz, Füller.

Su madre había quedado en Italia, y cuando ya era muy viejecita porque su única hija había ingresado en una orden religiosa, Pascucci viajó a Europa y fue a buscarla para traerla aquí.

Con su hermana, la religiosa, en 35 años nunca se habían cambiado una carta. En 1936 recibió la primera de ellas: era una carta amorosa, en la que recordaba su familia. Vino la Segunda Guerra Mundial y ella se dedicó a cuidar enfermos durante la noche. Nunca más tuvieron noticias.

En una de sus tantas prisiones conoció al Doctor Emilio Troise, de militancia izquierdista y célebre médico neurólogo, con el que mantuvo una intensa correspondencia. Cuando algún vecino de Cerro Leones debía atenderse en Buenos Aires llevaba una carta de presentación de Pascucci para su amigo Troise.

Durante mucho tiempo leyó el “Jornale di Italiani” y recibía además la “Doménica del Corriére” cuya colección conservó encuadernada. Cuando advino el fascismo, el diario tuvo que cerrar. Desde entonces se había suscripto a La Nación, de Buenos Aires. Recordaba su hija Celia que era muy prolijo para leer el diario: lo doblaba cuidadosamente donde se hallaba el artículo que leía.

Se había casado con una bella mujer, María Passolini, nacida en Uruguay de padres italianos, que se radicaron poco después en Tandil. Pero al tiempo de casada y teniendo sus hijos pequeños, comenzaron las persecuciones contra su marido. En Cerro Leones se comentaba que estando ella embarazada, le trajeron la noticia de que tras haberlo apresado lo habían matado, y afirman que desde entonces había comenzado a trastornarse su mente.

De Pascucci decía Isolina Polich de Lameiro: “Tenía una paciencia loca para explicar una cosa tantas veces para que uno lo entendiera. Finalmente mi papá se convenció y firmó la afiliación al sindicato”.

Roberto Pascucci sufrió innumerables veces toda clase de presiones. Cuando vieron que era insobornable e intransigente y que no lo asustaba la amenaza de la cárcel buscaron tentarlo con otro tipo de negociaciones. Hasta le ofrecieron ponerle una cantera como empresario.

No obstante, fue siempre prudente en la conducción de los conflictos sindicales: “Antes de ir a un movimiento, muchachos, -aconsejaba- vamos a ver cómo lo planteamos. Porque una vez iniciado, hay que aguantárselo”.

Le gustaba escribir y expresaba sus pensamientos con claridad. Dirigió y redactó el periódico “El Obrero Tandilense” por espacio de casi todo el tiempo en que apareció. Pero no podía con su sentido del humor. Buscaba seudónimos graciosos, como “El Compañero Bepla” (porque el destinatario era de labios gruesos), o “El Compañero Cartú” (raviol) o Volponi (sordo).

A Severiano Gavilán, que aspiraba a ser comisario de policía, lo llamaba Sherlock Holmes, y él mismo se había bautizado “Chamberlain” y así solía figurar en actas que le tocó redactar.

No lo recuerdan como orador. En las asambleas era de muy poco hablar. Pero, según Félix Padellini tenía un gran poder de síntesis y una gran sinceridad que convencía a los más remisos. En las asambleas del sindicato y en los actos públicos del 6 de Octubre y el 1.º de Mayo se limitaba a presentar a los oradores.

En cambio, en su ejercicio de escribir, había desarrollado un estilo ponderado, claro y directo, que hemos podido apreciar en los únicos artículos suyos que logramos rescatar en la colección de “El Picapedrero” que se guarda en la Biblioteca de la Universidad de Montevideo, Uruguay, por ser aquel país sede de la Federación Sudamericana de Picapedreros de la que el periódico era su órgano oficial para todo el continente.

En una polémica mantenida con un anarquista que criticaba la falta de solidaridad de la Unión Obrera de las Canteras con la FORA del V Congreso (anarquista) advertía a su crítico que no se deba cuenta que *“los trabajadores formamos nuestros sindicatos no como anarquistas, socialistas, sindicalistas, o cualquier otra tendencia, sino como trabajadores explotados”* (el subrayado es nuestro, N. de A.).

“Proceder así no es cosa de obrero que desea imponer s derecho y conquistar la libertad económica a que aspiramos. A los patronos no les decimos cuando reclamamos alguna mejora en el horario o en el salario que somos anarquistas o socialistas, sino que como productores (sic) nos negaremos a trabajar y producirle ganancias si se niega a concedernos lo que exigimos”.

Y subrayaba lo afirmado con estos conceptos de clara y pragmática conducta sindicalista:

“¿De qué nos serviría ser anarquistas o socialistas, si no supiéramos ser unidos, solidarios y buenos luchadores en caso de huelga?”.

Pascucci murió el 12 de Marzo de 1956, a los 74 años.

El poeta de la huelga

MATEO GALBASSINI¹⁰

Había nacido en Brescia, Italia, probablemente en Vezza D'Oglio, alrededor de 1870. Con su padre se había radicado de muy chico en Uruguay, donde seguramente aprendió el oficio de picapedrero, antes de trasladarse a Tandil.

Le tocó vivir aquí los años iniciales del trabajo en la cantera y realizó como picapedrero duras tareas que, según sus hijos, le dejaron secuelas neuromusculares. “Papá dormía con el brazo tieso, de noche. Era el trabajo bruto que había hecho durante el día”, recordaban sus hijos Pedro y Pablo.

Tenía la costumbre de llevar en una libreta, según memora José A. Ghezzi, un informe diario de las condiciones atmosféricas de la jornada y su incidencia sobre el trabajo. La llevaba siempre consigo y era frecuente que sus jóvenes compañeros le consultaran cómo había sido tal o cual día. Don Mateo extraía la libreta, buscaba en la hoja el día indicado y les leía por ejemplo:

“Hoy 25 de Marzo. Amaneció nublado. A las once empezó a llover. Se suspendió el trabajo al mediodía. Llovió toda la tarde”.

Fue un sindicalista disciplinado, y su nombre figura en la primera comisión directiva provisoria cuando se creó el sindicato, como vocal número 12. curiosamente su nombre fue anotado como “Mateo Galban”, pero sin duda alude a él.

Pero su proyección en la memoria de las gentes se debe a las ingeniosas cuartetos con las que aludió mordazmente a distintos protagonistas de la Huelga Grande, y sin haber sido seguramente el arma más poderosa, fue la que quedó viviendo en el alma de la gente, quizá en

⁹ *El Picapedrero*, Montevideo, 09-12-1919.

¹⁰ Pedro y Pablo Galvassini - José Américo Ghezzi.

proceso de folklorización⁺, al olvidarse muchos de los que las recordaban su autoría, y haber sobrevivido al olvido, como quizá la referencia más viva a aquella epopeya sindical.

Aunque hemos podido recoger nueve de ellas, la que sobrevivió en mayor número de memorias fue la que aludía a la circunstancia de don Domingo Conti, que casó con una muchacha de origen montenegrino, en el tiempo de la huelga, y en la que Galbassini, no sólo hizo gala de humor sino de fino sentido estético, casi con seguridad intuitivo, porque es de suponer que nunca hubiera recibido nociones de preceptiva literario y su dominio del idioma español debía reconocer las limitaciones de su origen itálico.

La copla en cuestión, repitámosla, decía:

*“El Señor Domingo Conti,
caramba, no me acordaba,
por pasar mejor la huelga
se buscó una novia esclava”.*

De los cuatro versos, el segundo es el de mayor artificio, pero calza naturalmente en el discurso de la pulla, tanto como en la métrica octosilábica con el expletivo “caramba” interpolado con gracejo y oportunidad.

“Tenía tanta afición a la lectura -recordaban sus hijos- que aunque le gustaba tomar, en lugar de gastarse diez centavos en un vaso de vino, se los gastaba en un diario”.

El 17 de Julio de 1942 era la víspera del casamiento de su hija. Él vivía en la Federación. Vino al pueblo, se afeitó y preguntó dónde iba a hacerse la fiesta del casamiento. “Va a hacerse acá, papá -le respondió uno de sus hijos, mientras don Mateo, en un galpón se había puesto a desgranar en una máquina, maíz para las gallinas-. De lo más íntimo. Vamos a ser unos cuarenta”.

- Basta que haya de comer y chupar yo me vengo aquí en el galpón, y ya está.

Esa noche, se murió sin sentirlo. Nada sufrió.

- El día que me tenga que morir, que me venga un “corte poplético. Un corto circuito” solía decir.

Es decir, en paz.

Los sindicalistas

Como quedó explicado en el capítulo IV, la ideología sindicalista había cobrado auge en las organizaciones de trabajadores, y comenzaba a ser dominante en muchos de ellos. En Tandil, aunque debe reconocerse el accionar anarquista en la creación del Sindicato, en 1906, pronto se perfiló la influencia de los sindicalistas. El propio Pascucci, caracterizado por su ecuanimidad, militó en el sindicalismo.

Los anarquistas cerraron filas para criticarlos acerbamente. Los acusaban de actuar regimentados, para instaurar una verdadera “dictadura del proletariado”, cosa que, en el peor de los casos, sólo podía

⁺ Aunque quizá sea temerario hablar de “folklorización” el ejemplo vale para analizarlo desde ese ángulo. Efectivamente, la cuarteta estaba presente en la memoria de muchos contemporáneos y en las de algunos de sus descendientes. Entre éstos, algunos ya habían olvidado la identidad de su autor. Como hecho dinámico, recogí la misma copla con ligeras variantes en el cuarto verso (“Se juntó con una esclava”, “Se casó con una esclava”). Su funcionalidad residía en el valor emocional con que hacía recordar la Huelga Grande. Se trataría de una supervivencia de carácter histórico-literario. La dispersión de la población canterista sobrevino entre 30 y 40 años después, impidió que se conservara con mayor vigor como patrimonio cultural y su localización hoy día, no es física, sino sólo por afinidad emotiva de los descendientes de aquellos canteristas.

circunscribirse al sindicato mismo. Quizá podría tenerse una visión más objetiva si se analizaren las actitudes individuales.

Las conductas personales podían llegar a otras conclusiones no generalizables, como las contradicciones de Alfonso Espinosa respecto a la propiedad del Salón Social de Villa Laza (ver el tema en el Apéndice). Esta actitud en nada se compadeció con la muy recta y clara de Pascucci, sindicalista como él: en todo momento, Pascucci afirmó públicamente y estuvo dispuesto a hacerlo por documento, que el Salón Social escriturado a su nombre y al de Espinosa, pertenecía exclusivamente al Sindicato.

Haremos aquí una enumeración de los más notorios:

ALFONSO ESPINOSA¹¹

Ocupó diversos cargos en el sindicato. Cierta vez ensayó como patrono, pero fracasó. Volvió a ser obrero. Era Secretario General, en 1925, cuando en su balaceo con Eustaquiano Santamarina, perdió la vida. Su último artículo se tituló “Carta Abierta” firmado con su nombre y apellido y publicado en el número 82 de 1925 de “El Picapedrero”, órgano de la Federación Sudamericana de Picapedreros que aparecía en Montevideo, y era de tendencia sindicalista. La “Carta Abierta” desencadenó las iracundias de Santamarina, que replicó con otro violento libelo tras de lo cual se produjo el tiroteo.

Alfonso Espinosa tenía mujer y ocho hijos.

AURELIO RECUNA

Desde distintos ángulos entre nuestros informantes, hubo quienes censuraban duramente a Recuna, sin precisar exactamente por qué, aunque al parecer querían dar a entender que sus procedimientos dentro del sindicato no eran claros. No obstante, tuvo defensores aparentes en Espinosa, en Gavilán y en el propio Joaquín Vucomanovich.

Era un hombre múltiple, se adaptó a muchas destrezas laborales, redactaba con precisión y hasta elegancia, aunque nunca alcanzara el vuelo de los artículos de Pascucci, quizá porque éste lo sobrepasaba en su elevación de miras aún cuando tratase temas puntuales e inmediatos. En su versatilidad llegó a dirigir el equipo de fútbol del Club Figueroa de Cerro Leones.

Fue delegado de la Unión Obrera Local, la central sindicalista tandilense.

Como una prueba de su capacidad laboral y organizativa, poco después de su actividad canteril ingresó en el entonces Ferro Carril del Sud donde tuvo una carrera al parecer brillante, ya que llegó a ser Jefe de la Playa de maniobras Maldonado, en Bahía Blanca entonces considerada la más grande de América del Sur. A su vehemencia oratoria atribuyen el estallido de las incidencias de Setiembre de 1923, en el salón de Villa Laza.

SEVERIANO GAVILÁN

La pluralidad política en los años 20, como consecuencia del perfeccionamiento de las prácticas democráticas tras sancionarse la Ley Sáenz Peña en 1912 y el radicalismo acceder al poder en 1916, permitió que las militancias se manifestaran entre los directivos canteriles.

Habida cuenta que los anarquistas para la década antes mencionada iban perdiendo posiciones y que los sindicalistas, más pragmáticos, no propiciaban ningún partido, pero aceptaba dialogar con aquéllos que momentáneamente favorecieran sus propias luchas, es explicable que entre éstos últimos hubiera simpatizantes y hasta afiliados a la policlasista y hasta entonces populosa UCR. Su propio líder había mantenido una posición equidistante pero no insensible a las reclamaciones populares. Y aunque las contradicciones no hallaran suficiente explicación entre las actitudes represivas durante la Semana Trágica de Enero de 1919, y en los

¹¹ Eleazar del Corso - Catalina Gunghi de Puiggioni - Piedad García de Woollands.

sucesos de Santa Cruz después, había impactado fuertemente a los trabajadores el tratamiento dado a los ferroviarios en huelga, y las mayores garantías de que gozaban los activistas sindicales. Algunos memoriosos atribuían a Gavilán sus aspiraciones a ingresar en la Policía como Comisario. Más allá de la verdad o falsía de tal afirmación, al menos coinciden en que en tiempos en que Manuel Antonena era caudillo influyente en Tandil, Gavilán tenía posibilidades de sacar a detenidos de la Comisaría, entre aquellos infractores por borracheras o pependencias. Gavilán no descolló nunca como directivo, aunque militó junto a los sindicalistas Espinosa, Pascucci, Recuna y Vucomanovich. En la década del 30, en medio de la desesperación intentó explotar por su cuenta, con otros picapedreros, la cantera San Juan, y protagonizó un episodio que queda relatado en el capítulo XVI, "Cuesta Abajo".

JOAQUÍN VUCOMANOVICH

Su actuación más destacada la cumplió durante la década del 20, y llegó a ocupar, como Pascucci y Espinosa, el cargo de Secretario General del Comité Central de Relaciones del Sindicato de las Canteras. Muchos comunicados publicados en "El Picapedrero" llevan su firma.



Otras acciones

JUAN MANUEL CALVO

Entre tantos hombres de la piedra, Calvo había quedado hasta ahora sin nombrar en esta historia, cuando ha sido si no uno de sus protagonistas, hombre de influencia permanente, porque era el Maestro de Cerro Leones.

Calvo había nacido en Pedroso, aldea de El Ferrol, en Galicia, en 1882. No había alcanzado la adolescencia cuando se vino solo a Montevideo donde una hermana suya había casado y formado hogar. Hijo de campesinos, tuvo una insaciable sed de lectura, y trabajando en humildes menesteres, primero en la capital uruguaya, luego en Buenos Aires, se cultivó y adquirió una formación básica que le permitió rendir examen de suficiencia ante el Consejo nacional de Educación que le dio el título de Maestro, con el que se inscribió en la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, la que lo destinó en 1911 a la escuela Nro. 4 del Tandil que funcionaba en Cerro de Los Leones. La enseñanza, hasta poco antes, se había dictado en forma particular. Calvo trajo las metodologías del aprendizaje más modernas para entonces y sus frutos comenzaron a recogerse casi de inmediato. Pero, además, hombre de su tiempo, sensible a los avances democráticos y sociales, se integró en la comunidad canteril, compartió sus luchas (sin azuzarlas), les dio elementos de cultura general que los hizo capacitados para tener una visión más amplia del mundo; e imbricó su vida con la de ellos a través de sus diversiones, sus reuniones sociales tan rústicas, su cotidianeidad fortificada a través de la amorosa relación con los hijos de los trabajadores canteristas, destinados a ser la mayoría de ellos sus herederos. “Fue un padre para nosotros” afirmaba sesenta años después don Ángel Devesa, que equiparaba su acción orientadora a la de Pascucci en el campo sindical. Beatriz Ghezzi de Mazzoni recordaba que en tiempos de hambre, Calvo conseguía galleta y leche y se la suministraba a los escolares.

Su capacidad impresionó a los superiores educativos, que crearon en el mismo lugar una Escuela para Adultos, que llevó el número 14, para que él la dirigiera. Al promediar la década del 20, la provincia lo designó Inspector de Escuela y por un lapso se radicó en La Plata. Pero a través del tiempo y hasta su muerte, acaecida en 1960 en Tandil, nunca se desvinculó del tema canteril. En 1946, fue Diputado provincial por la UCR y entre 1958 y 1960, presidió el Consejo Escolar de Tandil.

Como un símbolo, había casado con Carmen Luzardi, hija del don Humberto, el “fabritto”, uno de los primeros canteristas de Tandil.

ANTONIO (TOTOI) DEL RÍO

El sardeñolo del caballo blanco

Muchos canteristas nos habían hablado de él, pero sólo retenían recuerdos dispersos e imprecisos. Únicamente Eleazar del Corso, que lo asistió hasta su muerte, dejó una descripción de su físico: alto, morocho, de ojos claros, pelo medianamente corto, de buena fisonomía, sano. Para entonces ya no conservaba las grandes guías de sus bigotes de mosquetero que aparecen en una foto de alrededor de 1910/1915. Tampoco usaría cotidianamente el chambergo y el traje negro que evocaba lejanamente a la figura de Alfredo Palacio, sino pantalón azul, de brin, blusa y gorra visera. En la foto, incluso, parece enjuto y menudo como otros sardeñolos que conocimos después.

Seguramente debido a su introversión, poco se sabía de su llegada a la Argentina, procedente de Cerdeña, pero de cualquier modo algunos recordaban su catalejo marino desde los tiempos de la Cantera San Luis, alrededor de 1917 y podía suponerse que cuando bajó del barco que lo

transportó a América ya lo traía y que pudo bajarlo oculto en su bagaje y, además, que ya Del Río en tierra, algún oficial del barco habrá echado de menos su largavistas, pero demasiado tarde. El sardeñolo Miguel Cosellu recordaba haber visto al aparato colgado en el interior de la casilla cuando la tenía en Villa Laza, pero para 1917 Leonardo Puggioni lo referenciaba, columbrando las ovejas de Pereyra Iraola, desde su mirador de San Luis.

En aquel bravío año de 1917, los canteristas de San Luis habían hecho una huelga a Juan Basso, y al tropezar con la intransigencia del patrono, la huelga se fue prolongando y el hambre amenazó con liquidar al movimiento de fuerza. Los canteristas organizaron entonces una carnicería clandestina, y desde entonces siempre hubo carne de oveja. Pero se aseguraba que sólo a Pereyra Iraola le faltaron 500 capones de los más gordos, de su establecimiento San Simón.

Tan pronto los encargados de la Estancia notaron los primeros faltantes, habían tomado precauciones para evitarlos. Habían multiplicado la vigilancia y pusieron luces en el campo y todos los días, al atardecer, cambiaban el corral de encierro de las ovejas, con la creencia de que desconcertarían a los ladrones. La medida sufrió efecto sólo por una o dos noches, porque a la tercera los canteristas ya habían encontrado el modo de burlarla. Caía la tarde, Del Río trepaba hasta un mirador muy alto en la sierra, desde donde se dominaba, casi en el horizonte, el campo de Pereyra Iraola. Y desde allí con su poderoso telescopio seguía los movimientos de la peonada que cambiaba el encierro de las ovejas. Aprendieron los números que tenía cada corral y a partir de aquella noche ya caminaron sobre seguro. Del Río daba la información, pero no participaba de la cuadrilla expropiadora. Prefería salir más tarde, él solo, montado en su caballo blanco, al que dejaba atado en unos alambres a distancia de las casas que impidiera ver su gran masa clara en el contraste de la noche. Nunca quiso Del Río actuar en compañía. Con la madrugada alta regresaba con dos o tres ovejas en ancas. En la mañana siguiente, una bandera (que según del Corso era de arpillera y según Puggioni roja cuando había carne y blanca cuando no la había), ondeaba sobre el techo del polvorín viejo donde vivía. Como hormigas furtivas mujeres y chicos iban a buscar su cuota de carne: varios kilos sólo por veinte centavos -para los gastos- que a veces tampoco llegaba a cobrar.

El “caballo blanco”, era un tordillo de buen andar. Había aprendido a estarse quieto -“sin respirar” decían- cuando salían de robo.

En su montura Del Río le había aplicado varios ganchos para colgar las reses muertas. “Cuando salía a dar vueltas por la plaza parecía el Kaiser de Alemania” evocaba admirativamente Eleazar del Corso. Miguel Cosellu decía que el animal tenía como veinte nombres, pero que ya no podía recordar ninguno. Todos los que hicieron referencia al animal, sólo aludieron al color de su pelo.

El celo expropiador de Totoi no se detenía en ovejas. También arreaba cerdos, gallinas y hasta vacas. Pero siempre cuidó de no entrar en el corral de un pobre. De cerdos se “proveía” en la Escuela Granja. - Mire que era peligroso -comentaba doña Catalina Gunghi, esposa de Puggioni- porque era como robar en un Banco.

“Y sin embargo él sacaba de allí a los chanchos: espiaba al sereno que iba con su farol p’arriba y p’abajo. Cuando iba para allá, él iba y abría una tranquera y la dejaba abierta. Cuando volvía p’acá, se escondía en una retama. Cuando pasaba el sereno p’allá, iba y abría otra tranquera. Hasta que se metía donde estaban los chanchos. Entonces les rascaba la panza y ellos roncaban de contento. Él llevaba un pedazo de tocino asado y se los fregaba en el hocico hasta que uno lo seguía. Cuando lo sacaba fuera del corral espiaba al sereno, abría la tranquera, pasaba el chanco, volvía a cerrarla, y cuando ya lo tenía en la calle, con un martillo grande, de los de la cantera, le encajaba un mazazo así. Se lo echaba al hombro y lo carneaba lejos. Aunque era

fuerte por si acaso elegía chanchos livianos y después pasaba el invierno con la panza llena y a más de un pobre tampoco le faltó qué comer”.

Cuando era carne de vaca, procuraba que fueran animales jóvenes. Una vez a Del Corso que estaba durmiendo la siesta, le dejó en la casilla un ternero: “¿Qué me trae aquí para cortarme el sueño?” “¡Caramba, yo creí que te ibas a alegrar con semejante regalo!”. Ponía la carne vacuna dentro de bordelesas grandes cortadas por la mitad, llenas de agua, sal y vinagre, hasta que “se venía negra como el carbón” -precisaba Catalina Gunghi de Puiggioni-. Después la colgaba para que se secara y me decía: “¡Mirá, vos no sabés, si probás de esta carne te vas a enloquecer! ¡No sabés lo que es bueno!

Una tarde quedó expatriado de la cantera San Luis: los había cansado sus frecuentes raterías. Se fue en una jardinera, tocando su acordeón, al paso altivo de su caballo blanco.

Recaló en Villa Laza, y allí algunos recuerdos ahora se confunden, porque aparece una casilla, de la que dicen que ponía sobre ruedas y llevaba de un lado para otro y que llegó a plantarla cierta vez en la Plaza Independencia, sin que nadie pueda atestiguarlo. En Villa Laza lo evoca Mario Penone, alrededor de 1920. De allí datarían sus incursiones por los chiqueros de la Escuela Granja.

Antonio Orsatti asegura que frente a su casilla había dos latas de kerosén enterradas hasta la mitad. Allá se sentaban los que le visitaban porque adentro casi no había lugar, y también los vigilantes cuando llegaban en averiguación. Tiempo más tarde, la casilla quedó cenizas (algunos dicen que habría sido la policía, harta de no poder controlar sus saqueos) y entonces las dos latas revelaron su secreto: contenían grasa de oveja que Del Río derretía y solía vender.

Del tiempo de Villa Laza es, además, el episodio con Tonetta. Tonetta explotaba una cantera en La Movediza y vivía en las proximidades, donde tenía una casa con altillo y un rebañito de ovejas de buena clase que cuidaba con esmero y encerraba todas las noches en un corral contiguo a la casa. Como notara que periódicamente faltaban animales, se puso a vigilar, noche a noche, escopeta en mano, apostado en el altillo donde guardaba el pasto. Del Río estaba entrando sigilosamente desde un caminito que pasaba por los fondos, cuando creyó escuchar ruidos desde el altillo y volvió a salir a toda velocidad, al tiempo que un fogonazo y un estampido rompían la quietud de la noche. Del Río cayó herido en la calle y se quedó sin moverse, hasta que recuperándose del susto y del dolor, se arrastró hasta su casilla, se lavó y en la madrugada se habría internado en el Hospital a donde fue a buscarlo luego la policía porque Tonetta lo había denunciado: habían hallado el rastro de sangre por el camino que conducía a su casilla. Dicen que cuando curó, Tonetta tuvo que pagarle una fuerte indemnización para que no lo denunciare; Del Río habría podido convencer que había sido atacado en la calle: allí estaba el charco de sangre.

El propio Del Río hizo a Antonio Orsatti una de sus pocas confidencias mostrándole un reloj de bolsillo cuya tapa tenía algunas abolladuras: decía que eran de las municiones de Tonetta, en aquella noche. El reloj habría recibido el grueso de la perdigonada y le habría salvado la vida.

Tras la quemazón de la casilla, Del Río no se afligió demasiado y como algunos amigos que vivían en Montecristo lo convencieron de que debía irse a vivir con ellos, se acomodó en una choza de piedra, abandonada, que techó con cinc y cubrió de paja acondicionándola como pudo. Y allí encontró Del Río su lugar para vivir en paz, aunque su vocación por las “expropiaciones” no lo dejó descansar.

La mayor parte de los canteristas de aquellas poblaciones eran anarquistas. Trabajaban independientemente y velaban por su sindicato, que era autónomo. Del Río no era anarquista sino evangélico. No leía La Protesta sino unas revistas religiosas que recibía por correo. Pero jamás polemizó con sus compañeros sin que para ello tuviera que ocultar su fe mechada de

pintorescas concepciones. A veces iba a las asambleas, pero no participaba de sus discusiones, aunque luego con una tiza blanca escribía en las paredes de las casas y en las piedras, alusiones a sus debates como actas murales o rupestres que levantaba con frases que le habían impresionado.

Eligió una cantera abandonada, decidió que allí trabajaría y con grandes brochadas de cal le pintó un nombre: “El Dragón”.

Pero nunca se le vio labrar un solo adoquín, aunque Puggioni afirmaba que era un buen picapedrero. Al parecer prefería sus andanzas expropiadoras que para esa altura de su vida, le habían permitido desarrollar técnicas y coartadas en las que además campeaba el humor: uno no sabía si robaba para comer o para divertirse.

Aunque estaba en Montecristo, decidió volver a incursionar en la Escuela Granja, pero una noche fue sentido. Intuyó el peligro y aunque se alzó con un buen chanco, fue a la comisaría y denunció que varios días atrás le habían robado el caballo. Pocas horas después llegaba el Administrador de la Escuela y denunciaba el robo del lechón. Y cuando fueron a acusarlo al sardañolo él exhibió su denuncia previa: ¿cómo robaría el chanco si antes a él le habrían robado el caballo? Por algunas semanas el tordillo no fue visto en las proximidades.

Otra vez, en su cueva de Montecristo colgaba un costillar de vaca y su dueño lo vio. Se fue al pueblo a denunciarlo, pero cuando llegó la policía, en lugar del costillar había un papel blanco con un costillar dibujado. “Es que extraño tano el churrasco que cuando no lo tengo lo dibujo para hacerme una figuración” explicó al perplejo vigilante que vino a verificar la denuncia.

A veces conservaba vacunos y cerdos y seguía criándolos en lugar de sacrificarlos. Pero luego se encariñaba con ellos y no los mataba. Los cerdos llegaban a alcanzar los cuatro o cinco años sin que conocieran el rigor del cuchillo sacrificial. Del Corso conservó por años un colmillo “todo dado vuelta” que perteneciera a un chanco que murió de viejo sin que Del Río se decidiera a faenar.

Había impreso a su vida cierto sentido apostólico y tenía por los pecados ajenos un modo original de verlos redimido. Eleazar Del Corso era un muchachito todavía cuando le robó cierta vez una gallina. Al descubrirlo Del Río le reprochó su mala acción, y Del Corso la admitió. “Está bien. Quedás perdonado. Me lo confesaste”. Y sacó de sus ropas una libreta de tapas negras en las que anotó algo con lápiz. Luego se lo leyó:

*Eleazar me robó una gallina
Pero ya está perdonado
Porque yo le pregunté
Y me lo ha confesado.*

Después supo que a esa libreta la llamaba La Agronomía y que consignaba en ella, casi siempre en verso, sucesos que él consideraba importantes. Piedad García de Woollands, que vivió y nació en aquellas proximidades, recordaba que muy de niñas evitaban encontrarse con él por temor a que las anotara en su libreta.

Atribuía al kerosén facultades de panacea. Pero cuando salía a carnear hacía ayuno para acumular apetito y reforzaba la precaución con una purga de yuyos.

De la puerta de su cueva había colgado un trozo de riel al que llamaba la Campana. A veces, sin explicar por qué, como la mayor parte de sus actitudes, se armaba de dos palos y golpeaba al hierro alternativamente una hora o dos, y el sonido del metal fluía hacia los confines de la cantera, sin motivo aparente, porque sí.

En la jerga sardoleña lo llamaban Totoi. En un terreno alto y adecuado decía que alguna vez iba a levantar un salón para que las muchachas pudieran ir a bailar, sin tener que hacerlo en

casas de familia. Transcurrieron años, el proyecto nunca se concretó, pero cierta vez clavó un letrero que decía “El Salón de Totoi”.

Es que en el fondo, siempre vivió enamorado. Todos llegaban a saberlo menos el objeto de sus anhelos. Sólo cada muchacha pudo llegar a sospecharlo por el carácter de algunas atenciones que le deparaba. Así, había unas sobrinas de Leonardo Puggioni, algunas muy bellas, y a medida que fueron creciendo todas pasaron -sin darse por enteradas- a ser novias en la imaginación de Totoi. Nunca encaró a ninguna. Se casaba una y esperaba a la siguiente. Crecían y las veía irse, y aunque en conversaciones íntimas se atrevía a insinuar, en son de broma, su amor, jamás se le conocieron romances ni enredos y seguramente murió en candor de castidad. A la hija de otro sardeñolo que tenía fonda en Pinto y 14 de Julio, todas las semanas visitaba para regalarle un ejemplar de “Para Ti”. Un día supo que la muchacha tenía novio, nada dijo, pero no le llevó más la revista. Sólo a los Castiñeiras les reveló: “Antes le compraba el Para Ti. Ahora lo compro ‘para mí’”.

Sostenía, cuando asiduamente lo apresaban por atribuirle distintos robos de ovejas, que él limpiaba los pecados a los demás, porque cargaba con las culpas de todos. Cierta vez el Comisario Demarchi le increpó:

- Che, carajo ¡siempre estás vos acá! ¿Qué mierda es lo que hacés vos? ¿Para qué robás tanta carne?

Y Totoi, anticipándose a concepciones impositivas, le replicó:

- Yo robo para ustedes. Cada vez que me allanan la casa, me la limpian de carne!

Envejeció con apostura y hasta pocos años antes de morir, aún montaba en su caballo al que trepaba de un salto.

Los amigos se fueron de a poco a vivir al pueblo. Él se quedó casi solo. En 1960 tenía más de 70 años y enfermó gravemente. Lo internaron en el Hospital.

“Murio de la aorta reventada” explicaba Del Corso. Sus papeles anduvieron dando vueltas un tiempo hasta que un día los quemaron.

Otros personajes

La prodigiosa memoria de Humberto Marcovecchio, muerto en 1983, que vivió su infancia en la cantera del Cerro de los Leones, permitió reconstruir -aunque él no fuera canterista- recuerdos sobre algunos personajes que vivieron en aquel medio o en sus inmediaciones¹².

LA FURLANA

Vivía en el paso a nivel del ramal que cruzando por La Movediza conducía a Cerro Leones.

Tenía una casita de dos piezas y cocina, y pastoreaba dos o tres vacas y algunas cabras. Uno de los machos era un chivo negro, muy malo, que corría a la gente que cruzaba por su terreno. Ella también solía correr a los que lo hacían, pero a tiros.

Marcovecchio recordaba que cuando regresaba de la Escuela -en tiempos en que su padre, el carrero, ya había muerto y él, con su madre, habían ido a vivir con su abuelo Humberto Luzardi a la quintita de junto a La Madelón- que tenía dos enemigos: el chivo negro y La Furlana con la escopeta.

¹² Humberto Marcovecchio.

- En la vía mando yo -gritaba- Yo alquilo la casa para eso!... - Y a nadie dejaba cruzar tranquilo.

Era petiza, morruda, le gustaba vestir colores chillones. Su pelo más bien tiraba al rubio, colorada de cara, con venitas en las mejillas y mirada fuerte. Empezaba a hablar suavemente, y enseguida estaba gritando y puteando.

Se peinaba con un rodetito en la nuca y su aspecto era limpio.

Marcovecchio, ya un poco más grande, recibió como regalo de su padrastro, Juan Lodi, un revólver suizo de cinco tiros, que no funcionaba y estaba picado. En la crisis de 1930 lo llevó a un armero de Tandil para que lo empavonase e intentare venderlo. Un día le avisó que había hallado comprador y que podía pasar a cobrar.

- Se lo vendí a una mujer de Cerro Leones -explicó el armero, y con los datos que agregó, Marcovecchio comprendió que el comprador había sido La Furlana-.

- ¿Usted quiere que me mate con mi propio revólver? -le reprochó-.

El revólver no le funcionó bien a La Furlana y un día increpó a Marcovecchio. Éste, haciéndose el fuerte, le dijo que él lo había entregado así al armero para que lo reparase. No se dio por conforme, volvió dos o tres veces a reclamar por el mal negocio, pero al parecer después se resignó.

Su sobrenombre adquirió notoriedad toponímica, desde que en 1906 o 1907 el Sindicato alquiló una casilla, frente a su vivienda, para sede de su Secretaría.

LOS VIDOLI

También a ellos los llamaban los Furlano. A ellos los signaba la tragedia. Américo, uno de los hijos, tenía 14 años y era muy débil. Tenía tuberculosis ósea.

En los restos de una casilla, sobre el cuadrado de lo que había sido el sótano, solía tomar sol. Un día Marcovecchio charlaba con él. Estaba acostado en el suelo.

“De pronto se incorporó y señalándome uno de los brazos me dijo: Mirá, mirá lo que me sale del brazo”.

“La piel se le rajó sin que le sangrara y como si fuera pus endurecido, le salió un hueso finito y largo, tan largo como el antebrazo. Finito y blanco. Y seco. Impresionado, le conté a mi mamá: Pobre ¿no ves que tiene tuberculosis en los huesos? Es enfermo”.

También recordaba a otro de los Vidoli, Severino, hermano mayor, de 21 años. Le salió un grano frente a la oreja, en la mejilla. “Decían que era de una muela infectada que no se la curaron. Con el tiempo se le transformó en cáncer. Le fue comiendo toda la cara, como si fuera lepra. Le agarró la oreja, la carretilla, el cuello. Y cuando le llegó a la nariz, al “triángulo de la muerte”, se murió.

EL YUYI¹³

Quien lo memora es José Américo “Bepo” Ghezzi:

“Nunca nos dimos cuenta cuándo apareció

- Buen día, niños -nos dijo- ¿Tienen un fosforito?

Desde entonces, en cada encuentro con él, invariablemente, aunque fuesen varios en el día, repetía el saludo y el pedido.

¹³ José Américo Ghezzi.

Calzaba zuecos y forraba su suela con restos de cámaras de automóvil. Sus ojos eran claros, casi transparentes.

Fumaba en pipa. Luego le descubrimos otra costumbre : juntaba yuyos secos, y hasta bosta de vaca y de caballo, a los que deshacía pacientemente hasta dejarlo todo como una picadura. Era el “tabaco” de su cachimbo.

- No lé bun, per fa fum. (Alguien tradujo por “No es bueno, pero hace humo”).

“Desde entonces le llamamos el Yuyi. Pero alguien descubrió alguna vez su nombre, - Amadeo- revelado por él, vaya uno a saber en qué momento de lucidez.

Un día don Amadeo apareció en la cantera donde labrábamos cordones varios independientes. Nos miraba absorto.

Uno de nosotros, por jugar o por ser atento con él, ante la asiduidad de sus visitas, le invitó:

- Don Amadeo ¿quiere probar cómo es el trabajo?

El Yuyi asintió en silencio. tomó las herramientas con sorpresiva soltura, acomodó el bloque de piedra, tomó la regla, entreguó las formas, y comenzó a labrar con destreza una cara, luego otra. en menos de la mitad del tiempo que nos llevaba a nosotros, labró totalmente un cordón que resultó de calidad muy superior a la de nuestros trabajos. Le propusimos prestarle las herramientas y dejarle que labrase algunos cordones. Venía casi a la hora de almorzar, cuando íbamos a dejar, y se quedaba hasta nuestro regreso. Muchas veces lo encontrábamos dormido, abrazado al cordón que estaba labrando”.

“Cuando volvíamos a nuestras casillas, en la noche, nos parecía percibir la brasita de su pipa, frente a la cueva donde vivía.

Cierto atardecer estábamos en el bodegón del Olivio, tomando la copa, jugando a la baraja, charlando. Alguien tocaba una mandolina que el dueño tenía colgada en la pared, cuando entró el Yuyi. Fascinado por la música, se acercó casi en puntillas, boquiabierto, frente a quien tocaba el instrumento. Al notarlo, le ofrecieron la mandolina.

El Yuyi la recibió con avidez. La afinó y comenzó a tocar. Los parroquianos fueron haciendo silencio, cautivados a su vez por la música. Era el vals “Sobre las Olas”. Nunca habían escuchado nada tan hermoso.

Dejó de tocar. Lo rodeó un silencio total, mezclado de asombro y admiración. Paseó una mirada muy dulce sobre los presentes:

- Niños, a la música la llevo en el alma -dijo. Y apoyando delicadamente la mandolina sobre el mostrador, se retiró del boliche, sin recordar ya para qué había venido”.

Tiempo después, nuestro informante, Bepo Ghezzi, comenzó a salir de croto. Una vez, de regreso, le contaron: “Habían venido sus hermanos, tras haber recibido información de él. Eran comerciantes, algunos dicen que marmoleros. Y don Amadeo -el Yuyi para nosotros- habría sido escultor. Periódicamente entraba en lapsos de locura, y desaparecía del hogar sin que nada supieran de él”. Aquella vez se lo llevaron y nunca más conocieron en La Movediza de su existencia.

CAPITULO TRECE

CAMINOS DE ODIO Y DE MUERTE

Ocho de Noviembre de 1925. Son las doce de la mañana, en Tandil. Por caminos distintos, dos hombres avanzan rumbo a un mismo punto de la ciudad. Ninguno quizá sepa la marcha del otro, ni tampoco que la Muerte los convoca para una hora después. Pero en la cintura de ambos, sendos revólveres del mismo calibre y distinta procedencia, cargan balas y odio, “por si la ocasión cuadra”. Dos semanas atrás, ambos hombres se han tiroteado con otras armas: una hoja de papel y una lapicera con punta de acero. El duelo ya había soltado, como una jaula de fieras, los insultos gravísimos. Sólo faltaba el remate.

Se produciría 60 minutos después.

Tras de tanto balaceo verbal, se matarán sin hablarse, sin gritarse, sin putearse. Sin pedirse explicaciones. Como si todas las palabras hubiesen sido dichas, y ahora estuvieran agotadas.

La doble muerte volvió a encender las iracundias verbales, pero al parecer se aquietaron definitivamente los revólveres. Como si los protagonistas de las polémicas hubieran alcanzado a comprender que lo mejor era comenzar a escucharse.

La violencia fratricida

Las heridas del año 23 no habían cerrado.

Todo el año 24 y parte del 25 los anarquistas expulsados de San Luis habían estado pujando por su iniciativa ácrata de La Comuna.

Pero persistían las causas de la discordia, que se planteaba en el terreno ideológico y no en lo económico, aunque éste sirviera de pretexto, a través de los planteos reivindicatorios, para realimentar los enfrentamientos.

Una situación así vino a desencadenar otra tragedia.

A mediados de 1925, la Unión Obrera de las Canteras de Tandil -entonces totalmente controlada por los sindicalistas- habían declarado el boicot a algunas empresas pedreras de Tandil y la zona.

A su vez, el Sindicato de Picapedreros y Graniteros de Buenos Aires, controlado por los anarquistas, se hallaban en conflicto con las empresas de la Capital. Pero también mantenía una actitud belicosa con la Unión Sindical Argentina (USA) de la que se había separado. Este sindicato de picapedreros porteños había declarado boicot a empresas que según propias denuncias, recibían a su vez material de Tandil, con la presunta tolerancia del sindicato tandilense. Los anarquistas sostenían que esa violación se perpetraba para atacar la lucha libertaria de los picapedreros de Buenos Aires.

En esas circunstancias, apareció en “El Picapedrero Sudamericano” de Montevideo, una carta suscripta por el Secretario General del Sindicato de Tandil Alfonso Espinosa, de tendencia sindicalista. Si no encendió la mecha, al menos la puso al alcance del fuego con que lo harían sus adversarios.

La denuncia de Espinosa

En su “Carta Abierta” aparecida en el N° 82 de “El Picapedrero” Espinosa afirmaba que los miembros de La Comuna vendían material a canteras a las que había declarado boicot el Sindicato tandilense, la Unión Obrera Local (anarquista), la Federación Sudamericana de Picapedreros y la Federación Obrera Local (ambas sindicalistas). Se refería a La Comuna en términos despectivos, diciendo que “allá por el Desvío Aguirre (hay) una cantera, mal llamada ‘Comuna’, la que de todo tiene menos de “comunidad”, y de la que venden al patrón de Bárker Mariano Sanllorenti (una de las empresas boicoteadas) sus materiales: arena y adoquines”.

Seguían descargando sus críticas contra esa organización ácrata, diciendo que “los obreros de La Comuna, que todo lo saben, ¿cómo no saben que traicionan descaradamente a sus compañeros de Bárker?”.

Relevaba de esa responsabilidad a algunos, diciendo que “Es bueno dejar constancia de que no todos los de dicha cantera traicionaban al boicot. Allá hay (en La Comuna) 25 hombres y 40 ‘fracciones’ que ni ellos se entienden. Antorchistas, barrenistas y de la Unión Obrera⁺ y a cada cual más ‘sabio’ e ‘inteligente’ y se pasan discutiendo de valores para luego terminar tan vergonzosamente vendiendo los materiales al sacamuelas Sanllorenti⁺⁺”.

Aludía luego a la presencia de un agitador uruguayo, de apellido Prieto. Y cerraba su carta con veladas amenazas como: “¡Tenga cuidado con el fuego!... ¡No vaya a resultar que se queme!”.

La violenta reacción de un anarquista

En Tandil era corresponsal del periódico anarquista La Protesta, Eustaquiano Santamarina, un español de 29 años, soltero, que tenía amigos en La Comuna, aún cuando no perteneciera al grupo originario expulsado de la Cantera San Luis. Santamarina también pertenecía al comando de la Unión Obrera Local. El 20 de Octubre de ese año, envió a “La Protesta” una violentísima respuesta a la “Carta Abierta” de Espinosa publicada en El Picapedrero. Los epítetos reemplazaban a las razones. Después de semejante artillería uno podía preguntarse con qué seguiría la polémica.

“En el asqueante pasquín “El Picapedrero” -comenzaba el artículo de Santamarina- “que sale a la vergüenza pública en Montevideo y es el órgano de la Federación S. de Picapedreros, aparece un bilioso jefe del camaleonismo lanzando su baba contra determinados compañeros incluso contra el que suscribe”.

Tras llamar “alacrán difamador” a Espinosa y citar de memoria lo que juzga el párrafo más hiriente de éste, espeta:

“¡Cobarde! Difamas en nombre de tu vieja costumbre. Aquí hay hombres más dignos de respeto de lo que fue siempre tu vulgar personilla. Antes de alcanzar tus alcahueterías deberías haberte molestado en llegar a ésta y enterarte de la verdad, puesto que te incumbe ese deber, como representante camaleón de las canteras de Tandil”.

Y al dirigirse a los propios obreros canteristas de Tandil exclamaba:

⁺ “Antorchistas” eran los que pertenecían aun sector disidente del anarquismo, nucleados en torno al periódico “La Antorcha”. “Barrenistas” llamaban al nucleamiento ácrata en torno a “La Protesta” cuyo Director, Barrena, era acusado de ser policía a sueldo, para infiltrar las filas libertarias. La Unión Obrera Local era un nucleamiento de directivos sindicales anarquistas de distintos oficios que funcionaba en Tandil.

⁺⁺ El Dr. Mariano Sanllorenti era, además, dentista.

“Obreros de la Unión Obrera de las Canteras ¿no os avergonzáis de tener un representante general de catadura moral tan baja como la que posee Alfonso Espinosa, el que está de secretario general en vuestro sindicato?”.

Andanada de denuestos

Por supuesto, en su iracunda respuesta, no se detiene a levantar los cargos sino que formula otros, acusando a Espinosa de “verdugo de los trabajadores”, “carnero”, “delincuente común”. Y lo responsabiliza de haber denunciado a Cecilio Moreno como supuesto asesino de Manuel Balín, en el tiroteo del Salón de Villa Laza, dos años antes.

“Microcéfalo degenerado”, “alimaña”, “Historia personal negra”, “sabemos el mal olor que puede dar todo lo que su figura amarilla (la de Espinosa) aporte en la cloaca ‘El Picapedrero’”.

Esos son algunos de los epítetos lanzados por Santamarina contra Espinosa, el secretario general de un sindicato calificado por el anarquista como “chekista” (por alusión a la CHEKA, la policía secreta rusa) y a él mismo como “comisario rojo”. En la misma carta, tras denostarlos como “cretinos incorregibles” detalla la situación de los picapedreros y graniteros de Buenos Aires, su disidencia con la USA, las irregularidades a su juicio en el desarrollo de la lucha, de las que responsabilizaba Santamarina a los procedimientos de “vergonzosos chantajes” que según el autor se ejercían para que el movimiento de picapedreros porteños fracasare debido a la oposición que ejercían contra la USA.

Este conflicto vendría a actuar como detonador de la tragedia inmediata, si bien durante un tiempo se habló de una celada, que los partidarios de uno y otro bando atribuían al contrario.

Un contratista de adoquines convoca a la muerte

Desde el sábado 7 de Noviembre de ese año de 1925 se hallaba en Tandil Juan Díaz Rato, que según expresara luego a la policía, era contratista de adoquines. Díaz Rato había tenido cantera en la zona de Azucena, pero ahora llegaba a Tandil desde Buenos Aires para gestionar que los canteristas levantaran el boicot que pesaba sobre su empresa a raíz del conflicto de los Picapedreros y Graniteros de Buenos Aires. Averiguó cómo podía conectarse con directivos del sindicato y otros hombres de la piedra. Le dijeron que los hallaría a casi todos en la fonda y restaurante de Domínguez y Turbau, que funcionaba en la esquina de Chacabuco y San Martín. Allí tomó alojamiento, y encontrando a un esclavo de Cerro Leones, Miguel Marcovich, le rogó que buscara al Secretario General del Sindicato Alfonso Espinosa, para entrevistarse con él, al día siguiente, domingo, al mediodía, en el mismo negocio.

Según el mismo Díaz Rato, al día siguiente, cerca del mediodía, el empresario trabó conocimiento con otro canterista, Eustaquiano Santamarina, en el mismo restaurante. Díaz Rato habría aprovechado la oportunidad para proponerle a Santamarina la adquisición de los adoquines y otros materiales que elaboraban en La Comuna, a la que se vinculaba Santamarina, y desde la que había llegado esa mañana, caminando desde Desvío Aguirre, frente a la Cantera San Luis.

La fonda de Domínguez y Turbau tenía el despacho de bebidas separado a medias del comedor, donde se hallaban almorzando Díaz Rato y Santamarina, cuando instantes después de las 13, llegó al lugar Alfonso Espinosa, acompañado de su hermano Gerardo, para cumplir con la cita convenida previamente con Díaz Rato.

Un mozo debió avisarle a Díaz Rato que Espinosa había llegado. El empresario se levantó para salir a atenderlo en el despacho de bebidas y Santamarina siguió sus pasos.

Espinosa y Santamarina se encontraban, después del violento cambio de notas, por primera vez. ¿Alcanzaron a cambiar palabras?

La crónica policial dice que sí. En todo caso la situación debió ser brevísima porque los disparos sucedieron a las voces sin dar tiempo a los otros testigos a intervenir. Ambos extrajeron sus armas. Santamarina, un 38 niquelado, de seis tiros. Espinosa, un Velomith Excelsior modelo 1907, también calibre 38 pero de cinco proyectiles. Espinosa no tuvo tiempo de accionar el percutor, cuando Santamarina ya le había descerrajado un certero disparo en la cabeza que lo derribó muerto instantáneamente. Santamarina hubo disparado dos tiros más, y uno de ellos hirió casualmente a un parroquiano de apellido Riera que nada tenía que ver y fue la víctima gratuita del episodio. Gerardo Espinosa, tras reaccionar frente a la muerte de su hermano, empuñó a su vez su propia arma y le descerrajó tres balazos a Santamarina, uno de los cuales seccionó la espina dorsal del anarquista. Santamarina, internado en el Hospital, murió en la madrugada.

Suposiciones sobre el enfrentamiento

La doble muerte volvió a encender el tono de la polémica y nuevamente se cruzaron acusaciones mutuas, aunque esta vez el tiroteo no salió del marco verbal. Los anarquistas afirmaban que Santamarina había sido víctima de una celada que le habían tendido los hermanos Espinosa para vengarse de los insultos inferidos en la carta de aquél. A su vez, los sindicalistas sostenían lo contrario: que la cita de Díaz Rato había sido una trampa. Cuarenta y cinco años después, Bogdam Vucomanovich, repetía sus censuras a la imprudencia de Espinosa, que no debió aceptar el presunto arreglo del conflicto que buscaba Díaz Rato se hiciera en una fonda, ya que el ámbito natural de esas discusiones era el sindicato.

En todo caso, muertos los dos protagonistas, la única situación a ventilar era la de Gerardo Espinosa, el hermano vengador del muerto.

No costó trabajo a los abogados que luego lo defendieron, demostrar la “emoción violenta” y la “legítima defensa”, y en menos de un año, Gerardo Espinosa estuvo en libertad.

Por supuesto, voceros anarquistas clamaron por la muerte de Santamarina, y atribuyeron la liberación de su matador a las influencias de la política burguesa (entonces gobernaba el radicalismo, filiación que ostentaban los hermanos Espinosa).

El sepelio de ambos contendientes fue dramático.

En la misma fonda donde hallara la muerte, fue velado Espinosa. Tenía mujer y ocho hijos. Su sepelio tuvo escenas desgarradoras. A pocas cuadras de allí, en la esquina de 14 de Julio y San Martín, donde tenía su sede la Unión Obrera Local, fueron velados los despojos de Santamarina, que no tenía familia, pues era español, de sólo 29 años.

La Federación había decretado un paro de 24 horas en solidaridad con su inmolación.

A las 9:30 del martes 10, levantaron tribuna frente al local social anarquista. Cuatro oradores exaltaron su conducta y condenaron su muerte, y al diario local que en su versión de los hechos -decía luego la crónica de La Protesta- “presenta como víctimas a los asesinos y pone en duda la moral de nuestro querido compañero”.

El ataúd de Santamarina fue llevado apulso entre el eco de la multitud -dice La Protesta- que vivaba a la FORA y a la anarquía, acompañados de las estrofas del Himno Hijos del Pueblo.

El doble sacrificio, empero, dio sus frutos, más allá de los enconos irreconciliables que animaron a sus trágicos protagonistas. Por esos días, La Comuna se disolvía, por las razones que apuntamos en el capítulo once.

El sindicalismo ya había tomado el control total del sindicato de las canteras. En cuanto al trabajo, todavía quedaban algunos años de actividad canteril, antes que estallara la crisis paralizante de 1930.

Los conflictos laborales fueron reduciéndose a meras negociaciones parciales con las empresas, cuya prosperidad, asimismo, amenguaba.

La tecnología se preparaba para asestar un golpe mortal a la industria de la piedra labrada: pocos años más y comenzarían a aplicarse con éxito dos métodos para pavimentación: el concreto asfáltico y el hormigón armado.

Luego se crearía en la Argentina la Dirección Nacional de Vialidad, que al trazar un plan orgánico de redes viales dio pie a la instalación de empresas que desarrollaron ambas técnicas, aplicables de inmediato a la pavimentación urbana.

Las luchas obreras de los años siguientes serían sólo por los despojos de aquella industria otrora próspera. La miseria sin remedio aguardaba a los hombres de la piedra.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS Y TESTIMONIALES DEL CAPÍTULO XIII

La reconstrucción de este episodio se ha hecho con las crónicas de:

NUEVA ERA de Tandil.

EL PICAPEDRERO, de Montevideo, Uruguay.

LA PROTESTA, de Buenos Aires,

y recuerdos de algunos contemporáneos.



(arriba) Primera página del periódico «El Picapedrero Sudamericano» que aparecía en Montevideo. Da la crónica de la muerte del Secretario General de la Unión Obrera de las Canteras de Tandil, Alfonso Espinosa, cuando pereció en 1925 tras tirotearse con el anarquista Eustaquiano Santamarina, corresponsal de La Protesta. Semanas antes, ambos habían intercambiado violentísimas cartas, publicadas por Espinosa en «El Picapedrero Sudamericano» y respondidas por Santamarina en el periódico ácrata «La Protesta»



(derecha) Los conjuntos musicales se formaban a veces espontáneamente, pero algunos llegaban a ser estables. Entre los esclavos era frecuente el uso de instrumentos regionales de su país. En la foto vemos un conjunto musical de La Morediza

CAPITULO CATORCE

LAS NACIONALIDADES

Pocas actividades laborales en la Argentina, como la de las canteras, concentraron a tantos grupos de comunidades extranjeras.

En el caso de los italianos, puede atribuírselo en el movimiento inicial a la influencia de los primeros patronos de cantera, la de los españoles en menor medida, y la de los eslavos como una curiosa forma de aglutinarse en torno a una actividad que a juzgar por distintos informantes no era corriente en su país. La mayor parte de los italianos había traído aprendido el oficio de picapedrero; y muchos de los españoles ya lo sabían; pero lo ignoraban casi todos los montenegrinos (reino eslavo que recién en 1919, después de la guerra europea, se constituyó en Estado de Yugoslavia, como nucleamiento de varios pequeños reinos, entre ellos los de Montenegro, Serbia - Bosnia, Herzegovina y Croacia).

a) Los italianos

Fue la influencia de don Martín Pennachi que en 1884 inició la explotación de una cantera en la zona de La Morediza, la que determinó la radicación de los primeros picapedreros italianos.

Pennachi era de San Romano di Garfagnana, fracción de Silicagnana (sima al paese) Luca, en la Toscana. También lo era su hermano Pellegrino. Según referencias de los entrevistados uno u otro (o probablemente los dos) fueron a Italia a convencer a paisanos suyos para que se trasladaran al Tandil, en la Argentina, a trabajar en la piedra. Entre ellos, seguramente fue de los primeros Michele Angelo De Lucía, picapedrero de San Romano, y también Francisco Sarti, de quien según se cree era pariente lejano de Pennacchi.

Por entonces, y en años sucesivos, deber haberse corrido la voz en los ambientes canteriles de Italia. En poco tiempo aparecieron picapedreros de Sondrio (Novate Mezzola) en Lombardía, del Fiumme (entonces Austria) de Biu Sondrio (Balsamónico) Vezza D'Oglio (Brescia), Massa Carrara (Toscana), Giosa (Luca) Ponte Nelle Alpi, Ancona (Roma) Trento, Parma, Pergine (entonces Austria) Torreato, (Veneto).

A comienzos del siglo ya estaban radicados en Tandil familias de apellido Piazzani, Lodi, Poli, Bianchi, Castelli, Buscaglia, Luzardi, Bonavetti, Orsatti, Ligherini, Antonio, Juan, y Luis Ghezzi, César Satti y Romagnoli, entre otros.

Un aporte general de esas comunidades italianas debió ser, seguramente, el de la tecnología. Se deduce que en primer lugar porque la mayor parte de los empresarios eran de origen italiano, y porque los nombres de las herramientas, y de sus técnicas también lo eran: "Scarpel", "bucharda", "martelina", "pinchote", "riga", "seda", "trincante", "filgús". La fuerza expresiva de esa cultura fue tal que cuando los españoles se radicaron en las canteras (aún los que ya sabían el oficio desde su país de origen) adoptaron habitualmente tales nombres en su jerga técnica.

Las costumbres cotidianas, los modos de divertirse y de vivir y convivir han quedado descriptas en los capítulos referidos a la Vida Cotidiana y Social (capítulos VII y VIII).

b) Los españoles

Muchos españoles están ligados a la vida de las canteras desde los comienzos de este siglo. En cambio, no ha sido fácil hallar vestigios de su presencia entre 1883 y 1900. Debería suponerse, no obstante, que los hubo aunque no en cantidad considerable. El más antiguo de los sobrevivientes de origen hispano con quien pudimos hablar en 1976 fue Abilio Ortega, que había anclado en Tandil en 1905 y procedía de Ibea de Juarros, cerca de Burgos, junto con su padre Telésforo y su madre Marcelina Lázaro. Telésforo Ortega en España era campesino pero en los inviernos, con los animales encerrados en establo, iba a trabajar a la montaña, extrayendo piedra bruta, con la que completaba su escasa ganancia.

Jesús Núñez y Ángel Devesa, dos antiguos pobladores canteristas de Cerro Leones, vinieron juntos en 1912, acompañados de Manuel Corredoira, y de Manuel Núñez, hermano de Jesús.

Devesa había nacido en la aldea de Ouzá, distrito de Friol, en la provincia de Lugo. Decidió venir a Tandil porque amigos suyos le hablaron de las canteras de aquí.

Devesa afirmaba que a Cerro Leones le llamaban los españoles: “Pueblo Chico” porque había varios paisanos del mismo terruño. Recordaba entre ellos a los Núñez, a los hermanos Vidal y al herrero Francisco López.

En otras canteras, como las del Cordón de los Libertarios, estaban los García, los Castiñeiras, los Nogués, de origen hispano.

Pero para entonces, no actuaban como una comunidad separada o diferenciada del resto.

Víctor Soto era el dueño de la fonda frente a la cual se hizo la asamblea constitutiva del Sindicato y sesionó en los primeros meses su comisión directiva. Había nacido en Pontevedra, como su esposa Socorro Paso.

Según algunos testimonios un poco diluidos, varios informantes han atribuido a las mujeres de origen español el protagonismo de algunas luchas a favor de las huelgas declaradas por sus maridos. Varias de ellas serían las que atajaron con agua caliente y piedras a los rompe-huelgas a la altura de La Movediza y también de la misma nacionalidad las que se acostaron en las vías con sus hijitos en brazos a la altura de Cerro Leones.

Gracias a un español, José Ulloa, que había nacido en Almería, Andalucía y llegara a la Argentina en 1909 con el oficio aprendido, hemos podido hallar los equivalentes castellanos a los nombres de origen italiano usuales en la tecnología canteril.

c) Los Yugoslavos

Antes de 1919 les llamaban genéricamente “montenegrinos” o “montenegros” a todos los procedentes de aquella región de Europa Oriental, aunque hasta entonces el pequeño reino eslavo perteneciera al Imperio Austro-Húngaro), y también a los procedentes de Croacia o de Serbia, por el mismo tiempo, pequeños reinos independientes.

En algunas partes se registró una importante entrada de súbditos montenegrinos en la Argentina, hacia 1888.

Pero no hay forma de saber cuándo se radicaron por primera vez en Tandil.

En 1891, como consecuencia de las dificultades que militantes masónicos le crearan en el Tandil al Padre Federico Grothe, misionero redentorista que había llegado a la ciudad para desarrollar un ciclo de conferencias, se presentó un grupo de canteristas a defenderlo y garantizar su libertad de expresión, dice el Padre Suárez García, en tu “Historia de la Parroquia de Tandil”. En una llamada al pie de página, refiere el autor que en la cantera de Cerro Leones y

otras adyacencias, trabajaban varios centenares de montenegrinos, “de arraigados sentimientos religiosos”. No hay otra constancia sobre la identidad étnica de esos súbditos defensores de la voz cristiana, ni tampoco podemos decir que sea absolutamente exacta la afirmación del Padre Suárez García en lo que hace a que esos canteristas fueran en realidad procedentes de Montenegro.

De cualquier modo, descendientes de aquellos y otros inmigrantes (Mila Benac’ de Marhonic’ y Milovan Juskic entre otros) y otros contemporáneos suyos de dispar origen (Amílcar Batelli, por ejemplo) sostienen que los montenegrinos eran todos pastores en su patria y que los croatas y serbios tampoco aprendieron en sus lugares de origen el oficio, sino que generalmente lo adquirieron aquí.

Manuel Blazina, por ejemplo, que llegó a Tandil con su padre Maty (Mateo) en 1908, dice que éste había aprendido algunos métodos del trabajo en la piedra en canteras de Europa (Rumania) y de Alemania, pero que aquí tuvo que perfeccionarse⁺.

Cuan do en 1906 se constituyó en la asamblea del Cerro de los Leones la Unión Obrera de las Canteras, un montenegro, Andrea Marohnic’, fue designado vocal, y otro paisano suyo, Cosme Singhich, era tesorero.

En 1911, el mismo Marohnic’ fue elegido vice tesorero de la primera comisión administrativa de la Seccional Movidiza y un Manuel Vucovich, ocupaba por esos días, el cargo de Tesorero en la primera comisión similar de Cerro Leones. Por ese tiempo, data asimismo la actividad de uno de los más aguerridos sindicalistas, Esteban Ilich.

En actas consta que para tener el Estatuto Sindical impreso en lengua eslava tendrían que pagar, quienes lo quisieren, 20 centavos el ejemplar.

El primer mártir de las luchas obreras canteriles data de ese mismo año de 1911, cuando el 27 de Febrero se tiroteó una columna obrera con la policía, frente a la Comisaría, entonces todavía en la calle Belgrano. El obrero muerto fue Bekesa Bucolic’. Una foto suya presidió desde poco después las deliberaciones del salón sindical y estaba detrás de las tribunas.

En la circunstancia de su muerte, en 1911, el sindicato mandó construir un “monumento” en el “cimiterio” decía en su media lengua el autor del acta de reunión respectiva. El “monumento” tuvo su foto impresa en placa metálica y costó en total unos 600 pesos. Años después se organizaban pequeñas colectas a favor de su madre, que era anciana y había quedado sola, viviendo aquí. Los testigos más antiguos no recuerdan a qué cantera pertenecía Bucolic’ ni dónde quedó viviendo su madre.

Algunos se cansaban de vivir acá y regresaban a su patria, como sucedió con Rodolfo Mudrovich, que el 9 de Julio de 1912 pidió al sindicato que le facilitara su regreso a Montenegro: había estado preso 15 meses como consecuencia del tiroteo referido anteriormente donde cayera su compatriota. El sindicato votó 400 pesos de los que entregó una mitad en mano al solicitante y giró la otra al pueblo donde iría a vivir.

⁺ Batelli contaba la siguiente anécdota referida a un montenegrino y que ocurriera a un tío suyo, pastor como todos los demás, en su pequeño país: El pastor se ayudaba en sus tareas con un magnífico perro ovejero que tenía sangre de lobo en sus ancestros. Cierta noche un lobo atacó un rebaño y mató varias ovejas. El perro, con gran esfuerzo, luchó con él y le dio muerte. Por quién sabe qué extraño designio de su instinto, cubrió luego el cadáver del lobo con los de las ovejas que la fiera había ultimado. Cuando al día siguiente el pastor se levantó y halló las ovejas muertas creyó que había sido obra de los ancestros salvajes de su perro y lo mató de un escopetazo. Luego, al recoger los cadáveres de sus ovejas, descubrió al del lobo depredador y comprendió lo ocurrido. Loco de dolor, volvió a tomar la escopeta y se suicidó sobre el cadáver de su compañero equivocadamente ajusticiado por él.

En núcleos dentro de las comunidades

Por razones de aglutinamiento laboral, Cerro Leones concentró el mayor número de pobladores de distinta procedencia y esa sería la razón -según cree don Manuel Blazina- de que fueran más numerosos los esclavos de allí que los de La Movediza. No obstante, quizá porque actuaron con mayor cohesión, los de La Movediza se hicieron sentir más, por lo menos hasta que después de 1918 el montenegrino Pedro Pablovich organizara la cantera Albión, y atraídos por su procedencia, se radicase allí el mayor número.

Los de La Movediza recuerdan por lo menos tres fondas de esclavos, algunas importantes, como la de María La Zapatera, como conocían a la esposa de “Pascuan el Zapatero” (forma de llamar a Rodolfo Paskvan que durante muchos años fabricó los famosos “scarpones” claveteados de “brocas” de uso corriente entre los canteristas). Otras fueron muy modestas y temporarias como la de Marta Scacavac’ de Bosanic’.

La fonda de María la Zapatera reunía hasta 25 pensionistas, pero no todos eran esclavos. Preparaban anualmente dos bordelesas de las de vino de 200 litros, con krauti, repollo fermentado en vinagre, el conocido chucrut, que los esclavos denominaban también kupuskisel, aunque casi todos usaban la voz italiana krauti. Se faenaban también dos cerdos de unos 150 kilos cada uno, para proveer a la fonda.

Sus chorizos se diferenciaban de los que hacían en la otra fonda, la de la Franca Benac, porque se conservaban en grasa, mientras que en lo de la Franca preferían hacerlos sin dividir en tramos, cuan larga fuera la tripa, rellena a mano, y enrollada en torno a cada caña cuando todavía se hallaba fresco, como si fuer una víbora gigantesca que colgaba del techo de la cocina.

También la Franca Benac preparaba krauti. En general era costumbre de los esclavos y dicen los que no lo eran que uno podía cruzar de noche con los ojos cerrados por frente de la casa de un esclavo que la reconocería a cualquier distancia por su penetrante olor a repollo fermentado.

Antiguos montenegrinos seguían elaborando -sobre todo en Albión- la kastradina, que es carne de oveja ahumada, la que luego, cortada en trozos, solían utilizar para guisos y estofados, pero no la recuerdan por haber sido deliciosa, precisamente, aunque con cierto remoto sabor a jamón.

En cambio había mayor número de gustadores del perincovach, una especia de ajeno destilado, de yuyos muy amargos, y la más fuerte aún slivoiļa, destilada de alcohol de ciruelas.

Los pobladores que vieron llegar a los primeros montenegrinos a las canteras, quedaron impresionados por dos prendas particularísimas de su vestir, un gorro muy parecido al fez turco, de color rojo, casi en la totalidad de su contorno envuelto por una ancha banda de color negro y una borla. Era la kapa, y mientras el color rojo memoraba la sangre derramada en las luchas por independizarse del poder otomano que los había sometido durante cuatro siglos, el negro simbolizaba el luto por los mártires y el oprobio nacional. Lucían además, un capote amplio, de color negro, muy elegante, la kavancha.

Los gigantes bravíos

Altos, de casi dos metros, hercúleos, se los imaginaba de aspecto terrible. A esa sensación de fortaleza unían su aspecto sereno, como quien está seguro de la superioridad que ejerce sobre el eventual adversario.

En aquella concentración de la Plaza de las Carretas cuando el comisario de policía entró con la volanta cargada con hombres armados para hacer callar a los oradores, y lo rodeó el círculo de montenegrinos al abrir sus capas (las kavanchas) dejaron ver cada uno un cinturón de

dinamita, como quedó relatado en el capítulo VI (“Los años de la violencia”) habían dado prueba de su ríspido coraje.

Más aislados, pero siempre violentos, otros esclavos llenaron con su presencia el pintoresquismo de cerros y canteras.

El Montenegro del Palo, era un gigante rubio de más de dos metros, que siempre iba con un grueso garrote, a modo de bastón. En las asambleas solía sentarse en el suelo, abrazado a su palo. Nadie recuerda que lo haya usado como arma, aunque todos se cuidaban de probar su contundencia. Cuando hablaba en los debates subrayaba sus conceptos con golpes sobre el piso. En el bisbiseo indocumentado de la cantera, se hablaba de que en el pasado debía una muerte. Cierta vez integró una comisión para entrevistar al Dr. Luis María Varela, que con su socio Troncoso explotaban la cantera Los Nogales y habían abierto otra en Vela. El Montenegro del Palo escuchó en silencio las propuestas de Varela, y en un momento dado le dijo: “Mirá Varela, desde que te escuché hablar me caíste en gracia”, y golpeaba con su garrote el escritorio patronal.

Uno de los Marcovich, de bigotes como manubrios, solía pasearse solo, los domingos, por la Plaza Independencia, con los puños tomados a la espalda. Los italianos, aún los más belicosos y forzudos, preferían rehuir a su tranquila iracundia -valga la contradicción- porque ya habían probado que sus trompadas eran demoledoras y era imbatible, aunque acostumbraba en las trifulcas a pelear solo.

En las ruedas solían recordar a cierto paisano de Montenegro, de nombre Santiago, que una hora antes de terminar el baile -donde seguramente se había planteado alguna rencilla- se retiraba a su casa, para volver al rato, vistiendo ropas viejas, listo para pelear, sin riesgo de estropearse las prendas nuevas. Cuando le veían llegar con el saco viejo y roto sabían que habría gresca.

Pero no siempre hablaban a puñetazos. También eran alegres y festivos.

Aún memoran los antiguos esclavos y sus hijos, las Tábures, orquestas generalmente de cuerdas, que tocaban aires nacionales y canciones de la tierra no olvidada. La orquesta más recordada en La Movidiza eran las que integraban el Svoni, los Comadina, el Peck, el Vitoriza, el Boyo y el Iuru. Violines, violoncellos, un contrabajo y mandolinas la componían. Visitaban distintos lugares, tocaban en los bailes, y sus melancólicos compases acompañaban a los féretros de los paisanos suyos por las calles de la ciudad, cuando el ataúd era llevado a pulso varias cuadras desde el Trento Trieste o La Trentina, los dos hoteles donde los canteristas se reunían y también velaban a sus muertos.

En la fonda de María la Zapatera solía reunirse asimismo un coro de improvisada integración. Pero el mayor número de jóvenes lo hacían en la de la Franca, atraídos por la habilidad musical de los tres hijos Benac’: el Pin, que tocaba el acordeón a piano, el Nicola que hacía sonar el bandoneón, y el Pane, que tocaba la guitarra.

Pero a veces la alegría se desbordaba de los concretos marcos étnicos y avanzaba por las calles. Cierta vez, Mateo Blazina y su amigo Ruzic, muy entonados, transitaba por la calle Mitre, abrazados y alegres, cuando oyeron que en el interior de un edificio, cantaban: era el Templo Evangélico. Curiosos, entraron, y esperaron en silencio a que el coro concluyese. Ellos no entendían lo que estaba pasando ni el alcohol ingerido les permitía reconocer el carácter religioso del acto. Por eso, tan pronto los del coro hicieron silencio, ellos, en su lengua eslava, ante el asombro de los feligreses, comenzaron a cantar una dulce canción de su tierra. Su picaresca letra decía:

*Las guindas se agitan con el viento
Las guindas están a punto de comer.
Debajo de las guindas, la bella María duerme.*

Cuando concluyeron, ante el silencio helado, azorado, del templo, saludaron con sus sombreros y se fueron.

Fortísimos, ingenuos, solidarios, algunos de ellos se destacaron como operarios. Zuzulich fue el maquinista más recordado que tuvo la rompedora de Rosello. El artefacto se había empeñado en no funcionar hasta que la tomó Zuzulich y su ingenio mecánico la hizo marchar y no detenerse nunca.

Era tan habilidoso que atendía al Ford T modelo 25 que tenía Paskvan para viajar a Olavarría de donde lo llamaban frecuentemente para comprarle botines y para arreglar el fuelle de cuero de las herrerías.

La rompedora de Conti era atendida por Vicente Zrinovich, a quien muchos decían Antich, porque resultaba más fácil su pronunciación.

José Vidas fue un canterista muy inteligente y entre 1927 y 1929 se desempeñó en la cantera San Luis como encargado.

Y hasta hubo dos patronos yugoslavos. El más antiguo, Mitre Bieliça, tuvo cantera en Azucena y en Desvío Aguirre, donde lo asesinaron. El más conocido, Pedro Pavlovich, desde 1918 hasta su muerte, en 1948 condujo Cantera Albión.

Otro hecho curioso: aunque originariamente ninguno aprendió el oficio de su propio país, se debe a los yugoslavos una innovación que modificó las condiciones de trabajo de los picapedreros y lo hizo más cómodo: el llamado “banco de los yugoslavos”. Hasta entonces, los picapedreros trabajaban sentados, en el suelo o sobre una piedra, y apoyaban la plota que trabajaban, sobre un cordón acostado. A algunos yugoslavos se les ocurrió cavar un pozo de un metro de profundidad, en el se introducían de pie, y luego con los cordones, uno apoyado transversalmente sobre otros dos, como una mesa o banco de trabajo, completaban la instalación. No sólo era más cómodo trabajar de pie sino que podía recostarse en el borde opuesto para descansar. Quedaban con mayor libertad de movimientos que si estuvieran sentados, ya que los pies y las piernas resultaban protegidos de las escallas que continuamente saltaban al golpear la piedra cuando se la labraba, y que les obligaba a protegérselos con bolsas de arpillera atadas alrededor.

Algunos afirmaban con sus actos, rústica fama.

Iván Vidas, por ejemplo, lo pagó demasiado caro: fue a visitar al médico, que le recetó una bebida preparada en la botica y le indicó que tomara una cucharada cada tantas horas. Pero al impaciente Iván le pareció que eso de tomarlo de a poquito era una zoncera del médico y se la empinó hasta la última gota, de un trago. Poco después murió, creen sus paisanos que intoxicado por la excesiva dosis.

Stánicha Peusovich, en cambio, era habitualmente hombre de pocas palabras, pero en las asambleas su fuerte voz volcaba las decisiones. Todos sabían que cuando Stánicha se atusaba largamente sus mostachos, era señal de que se disponía a hablar y había que prepararse.

El bochita, en cambio, era gordo, peticito, muy alegre y no demasiado afecto al trabajo continuado. Todos le querían mucho y hasta cierta vez se fue de croto.

El Mudito, a su vez, era sordo mudo, lo que no le impidió ser un picapedrero muy eficiente. Era soltero y en esos tiempos de no tener documentos nunca nadie supo su nombre y su apellido.

Estos cuentos solían mezclarse con los que habían traído de su tierra, como el de aquel montenegrino que fue a la relojería a comprar un despertador y cuando fue a pagar pidió de yapa uno más chiquito, de bolsillo.



DOMINGO CONTI, el administrador por antonomasia de las empresas canteriles del Tandil. Hizo construir la casa de piedra que todavía se conserva en lo que fuera la cantera La Movediza. Allí vivía con su familia, tenía escritorio y depósito de herramientas, y además, explotaba un comedor para los obreros pensionistas.



Celestina La eslava (montenegrina) casada por poder con Domingo Conti, durante la huelga grande, y que fuera objeto de una mordaz cuarteta por Mateo Galbassini, "el Poeta de la Huelga"

Pero ese halo de gente rústica se desdecía con actitudes en las que se requería otra capacidad. En 1918 se organizó la Biblioteca Obrera de las Canteras de Tandil y era su secretario Miguel Marcovich. Años después, en 1922, se desempeñaba como bibliotecario otro eslavo: Juan Croscovich.

Joaquín Vucomanovich fue un conspicuo directivo obrero que militaba en la corriente sindicalista con Pascucci, Espinosa y Recuna. Redactaba bien y hablaba mejor. Su labor cubrió toda la década del 20.

Más aguerrido, combativo y con un alto espíritu de sacrificio, su hermano Bogdam fue una de las más prestigiosas figuras del sindicalismo canteril, después de la presencia consular de Pascucci. Bogdam Vucomanovich conoció largos años de cautiverio, maltratos, torturas, tentaciones de soborno y nunca transigió. Le tocó la más dificultosa de las épocas, la década del 30, cuando las canteras se paralizaron, el trabajo virtualmente desapareció y el sindicato estuvo a punto de extinguirse. Sufrió persecuciones durante los gobiernos conservador y peronista. A veces, le prohibían la palabra en el sindicato y sus compañeros imponían el derecho a que hablase. Cuando bajaba de la tribuna, estaba esperándolo la policía para llevarlo preso.

Y hubo también mujeres que simbolizaban aspectos del estilo de vivir.

En La Movediza, por ejemplo, cada comunidad nacional tenía su nona, una viejecita a la que rodeaban de especial protección, porque vivían solas. Los italianos veneraban a la Nona Luisa, también llamada la Poletta (el apellido de su marido había sido Poletti) que oficiaba de partera. Los españoles, quizá a la Vieja Campos.

Los eslavos tenían particular afecto por la Nona Tónicha, o Teta Antonicha, (Tía Antonia) como decían los eslavos. Vivía sola en una casillita de 2 por 3 que le había mandado a hacer el patrono de la cantera, y recibía visitas de otros vecinos. En las canteras se cobraba el diez y el día once ella visitaba las casas de sus paisanos, de donde recibía óbolos con los que sobrevivía. Vestía, como todas las ancianas, de negro hasta los tobillos y con un pañuelo, negro también, cubría su cabeza.

Y entre tantas mujeres memorables, estaba Celestina, la esposa de Domingo Conti, el encargado de Voilack. Celestina había ganado celebridad involuntariamente cuando en la huelga grande (1908-1909) fue destinataria de aquella cuartera mordaz que escribiera Mateo Galbassini, el poeta de la huelga:

*El Señor Domingo Conti,
caramba, no me acordaba,
por pasar mejor la huelga
se buscó una novia eslava.*

La novia eslava era Celestina, luego madre de hermosas muchachas. Celestina recordaba el cumpleaños de todos los niños de La Movediza, y los saludaba en su día.

Curiosamente, ninguno de ellos, ni siquiera entre los eslavos hoy todos mayores, recordaban su apellido.

Los sardeñosos

Varios inmigrantes, procedentes de Cerdeña, se radicaron en canteras del Tandil, especialmente en la década de 1910.

Algunos de ellos alcanzaron notoriedad sindical e ideológica, como Leonardo Puggioni, que casó con una compatriota, Catalina Gunghi, a quien conoció recién en Tandil, pese a haber llegado a la Argentina en el mismo barco.

Juan Bandi, Miguel Cosellu, Sanna, Pina, Lais, Fois, fueron otros pobladores de origen sardo.

Uno alcanzó, asimismo, pintoresca personalidad, y queda retratado en el capítulo “Los nombres de los hombres”: Antonio “Totói” del Río, el “cardoleño del caballo blanco”.

REFERENCIAS TESTIMONIALES DEL CAPÍTULO XIV

La reconstrucción de estas referencias se ha hecho principalmente con los testimonios de las siguientes personas agrupadas por nacionalidades:

Italianos

Ángela Piagentini de Biaggioni
Carmen Luzardi de Calvo
José de Lucía
Romano Galeazzi
José Américo Ghezzi
Humberto Marcovecchio
Andrés Emilio Massera
Filiberto Satti

Espanoles

María Filippi de Alonso
Aurora Soto de Cadona
Ángel Debeza
Teresita Sverluga vda. de Montes
Jesús Núñez
José Ulloa

Yugoslavos

Amílcar Batelli
José Américo Ghezzi
Rosilda Bugna de Pavlovich
Lucas Pavicevich
Bogdam Vucomanovich
Milovan (Emilio) Yuquich

Sardeños

Leonardo Puggioni
Miguel Consellu

CAPITULO QUINCE

CUESTA ABAJO

A) Nuevas pugnas ideológicas: el nazi fascismo

Cuando finalizaba la década del 20, los resortes sindicales iban aflojándose. La USA, que la había comenzado con singular ímpetu, sobre la base de la ideología sindicalista (Ver Capítulo IV: "Las ideologías tienden sus líneas") se había desgastado y el surgimiento de la C.G.T. (Confederación General del Trabajo) en 1930 pronto se haría notar. Había avanzado también la influencia de la ideología comunista, más metódica, sistemática y con apoyo exterior. Sus tácticas eran mucho más penetrantes que las de la cúpula sindicalista, visiblemente burocratizada para entonces.

El mundo marchaba, asimismo, hacia la gran conmoción de la crisis mundial que se desataría entre 1929 y 1930 y en la que muchos creerían ver una señal profética del Apocalipsis anunciado por el marxismo. Pero desde el otro extremo, las ideologías totalitarias de derecha habían adoptado nuevas formas, sensiblemente nacionalistas, a favor del rencor social y político de la post guerra y del nuevo ordenamiento europeo pactado en Versailles. El fascismo gobernando en Italia y el nazismo ascendente en Alemania golpeaban duramente a la democracia liberal, parlamentaria y pluralista, a la que acusaban de ineficaz, corrupta e insensible a las reclamaciones obreras, con lo que -vociferaban sus protagonistas- estaban consintiendo por egoísmo, incapacidad y corrupción, el acceso del comunismo, del que los dos totalitarismos de derecha se proclamaban irreconciliables enemigos. Favorecidos por el creciente descreimiento y desesperación popular metían en la misma olla a la social democracia parlamentaria. Entonces ambas corrientes de izquierda, mezcladas muchas veces en las luchas sociales y sindicales, solían hacer causa común contra el enemigo totalitario. Pero esas alianzas circunstanciales de las izquierdas se disolvían cuando en el plano internacional comunistas y socialistas se enfrentaban.

La piedra moribunda

A los picapedreros tandilenses les amenazaba otra realidad: los exitosos ensayos de pavimentación urbana con hormigón y con concreto asfáltico comenzaron a desplazar, por mucho más baratos y fáciles de colocar, a las tradicionales técnicas del adoquinado y el granitullo. La demanda de piedra tallada comenzó a decaer, los precios del material descendieron, los empresarios locales fueron llevados al borde de la ruina, despidieron gente y la demanda de trabajo se hizo irregular y discontinua.

Era la agonía de la piedra labrada.

La situación repercutió de inmediato en la cohesión sindical. Al menguar el trabajo se debilitaron los lazos vinculantes de los trabajadores y el acto desesperado reemplazó a las antiguas tradiciones solidarias. Los desmembramientos y movimientos autonómicos fueron problema de todos los días, hemorragias por las que manaban, sin que nadie atinase a restañarlas, las voces del pasado, el prestigio altivo, el hombre hermano del hombre, el sagrado respeto por las leyes y el espíritu del Sindicato.

Ningún resorte social estaba preparado para defender a esos hombres desocupados sin remedio y para siempre. Cada obrero, retornando a la individualidad de la que procedía, tuvo que resolver su problema como pudo, reubicándose y reinsertándose en otras categorías, actividades y niveles. Las empresas reemplazaron a los hombres despedidos en cuanto pudieron, con trituradoras mecánicas, cintas transportadoras y barrenadoras neumáticas, para producir piedra molida que devoraban de a kilómetros los planes de pavimentación puestos en marcha por los organismos provinciales y nacionales de Vialidad, y que demandaba el transporte automotor en expansión. Hubo algún iluso que en su delirio organizó un movimiento en Tandil para convencer al gobierno de que debía pavimentar las rutas provinciales con granitullo o adoquines. Vana esperanza. La practicidad se imponía.

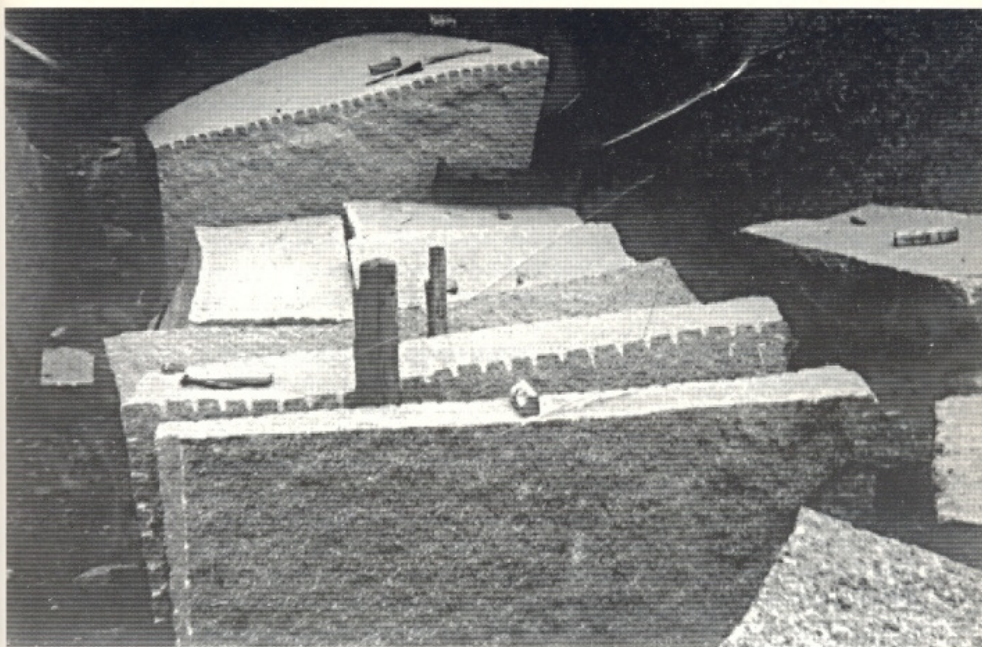
Probablemente habían contribuido a sembrar la indiferencia de los obreros por la suerte del Sindicato, los episodios sangrientos desarrollados entre 1923 y 1925. Los trabajadores quizá comenzaron a sentir que tales pugnas eran ajenas a sus intereses económicos personales que giraban en torno a la permanencia de su fuente de trabajo.

B) Crecen los movimientos autonómicos. El Comité Mixto

El 25 de Julio de 1926, y por iniciativa de los Independientes Autónomos de La Aurora, el Comité Central de Relaciones de la Unión Obrera de las Canteras juzgaba oportuna la idea de crear un Comité Mixto, con el objeto de sostener el precio del material, y que los pedidos se canalizasen a través de la Secretaría⁺.

⁺ La Secretaría era un organismo regulador del trabajo y encargado de la venta de lo producido por los Independientes de cada cantera. El nucleamiento era virtual, espontáneo, sin libros de actas, estatutos ni sede. Su lugar de reunión solía ser la cava de una cantera. La Secretaría cobraba importancia en los tiempos de escasez de trabajo, para organizar los llamados turnos de salida, o sea la venta equitativa de adoquines, cordones y granitullo hechos por cada independiente.

Cuando un comprador quería adquirir, por ejemplo, un vagón de adoquines (4000 unidades), la Secretaría controlaba a cuáles picapedreros independientes correspondía integrar el pedido. Y le daba al comprador un vale para cada picapedrero independiente favorecido. Con esos vales, el comprador recorría en camión el lugar y cargaba los adoquines correspondientes a cada uno.



Claras huellas de la primitiva tecnología. Estos bloques perfectamente cortados, muestran los bordes dentados después de abrirse la piedra mediante el método de pinchotes o cuñas.



Inundación de adoquines: en los tiempos de paro por exceso de material, los picapedreros seguían trabajando, entonces por su cuenta, y hacían lo que siempre habían hecho: adoquines. Con esto incrementaban la superproducción y no hacían sino acentuar las causas de su infortunio.

Pero quizá alguna temporaria demanda de material hizo innecesaria esa organización, porque en las anotaciones sindicales no aparecieron más referencias hasta el 15 de Junio de 1930, cuando se produjo una reunión con los Independientes de todas las secciones, a la que sólo San Luis faltó a la cita.

Asistió también una delegación de Autónomos de La Aurora, la inspiradora cuatro años atrás de la iniciativa.

Los concurrentes acordaron reunir a todos los independientes de sus respectivas fracciones, para nombrar en cada una delegados que concurrirían al Comité Mixto de Independientes, con el objeto de hacer respetar los precios de los materiales.

Se establecía que si alguna fracción perteneciente al Sindicato no acatare la resolución del Comité Mixto, se tomarían las medidas necesarias para que se respetaren los acuerdos.

El C.C. de Relaciones del Sindicato designó para que concurrieran a la primera reunión del Comité Mixto a Tomás Fernández, Bogdam Vucomanovich, Roberto Pascucci y José Núñez.

Para entonces ya habían aparecido otros movimientos autonómicos, el primero de los cuales fue el de la Cantera Federación, desactivada desde 1919, cuando explotada por Sabarí (con la representación de Humberto Luzardi) dejó de trabajar. Federación se hallaba en campos de Figueroa, hacia el oeste del Cerro Leones del que la separaba el Cerro Sebastopol.

El 12 de Julio de 1926, una reunión del Comité Ejecutivo de la Seccional Cerro Leones especificaba que los obreros que habían trabajado antiguamente en Federación no habían perdido el turno, por lo que el empresario, si bien podría tomar a cualquier sin oposición de preferencias por nadie, tendría que respetar a los obreros que en el término de tres días reclamaren su turno.

El 3 de Marzo de 1928, los trabajadores de Federación aprobaron formar una sección aparte, sin consultar al sindicato.

Enterada, la seccional Cerro Leones -de quien dependía Federación- convocó a una asamblea a la que, seguramente, no asistieron los de Federación. Se comunicó a los patronos de dicha cantera que la única comisión que deberían reconocer era la que regía en ese momento en Cerro Leones. Se derivaba al C. C. de R. un referéndum de todas las secciones. Pero, pocos días después, el 12 del mismo mes, una asamblea realizada a cielo abierto en la propia cantera, resolvía reconocer a la nueva Sección. También expresaba su desagrado al Comité Central de Relaciones por no haber notificado el referéndum a las demás secciones. Por todo puede deducirse que el Comité Central había reconocido virtualmente a la nueva Sección. Los del Cerro Leones juzgaron más práctico acatar los hechos consumados.

Poco después se producía otro desmembramiento que tenía como núcleo dispersor, también a Cerro Leones. Esta vez le tocaba a Cerro Chato. La cantera no se explotaba desde los tiempos en que fuera regentada por su propietario, el caudillo radical Raimundo Piñero, que había abandonado su empresa tras la victoria obrera en la huelga grande de 1808/1809.

Ahora la estaba explotando Juan Basso Aguirre (hijo de Juan Basso, de San Luis, y futuro empresario de Cerro Leones y Los Nogales). Hubo largas discusiones porque el Cerro Chato seguramente habría tenido turno veinticinco años atrás.

Intervino la Seccional de Cerro Leones, y se aprobaron las condiciones de trabajo: los obreros pagarían en concepto de alquiler de la cantera, vías, vagonetas, población de vivienda y administración, 1.80 pesos por cada 100 adoquines. Los seguros de accidentes del trabajo serían pagados por partes iguales entre Basso y los obreros. Estos se reservaban el derecho de elegir a los compañeros que creyeran conveniente previo aviso a la Administración.

Basso se reservaba el derecho de ceder las fracciones no ocupadas a quien él quisiera, siempre que fueran obreros organizados. Tendría además derecho a comprar adoquines de Cerro Chato en cas que los necesitare y al precio que pagaren los otros compradores. El pago de los adoquines sería en efectivo y al contado o semanalmente.

En Agosto de 1929 se había creado el sindicato Autónomo de Cordoneros. En esos días denunciaban que el empresario Salvi no respetaba el pliego de condiciones que tenía con la Unión Obrera de las Canteras. El Comité acordó comunicarle a Salvi que a partir de la fecha quedaba sin efecto el pliego del sindicato central antiguo, y por lo tanto debería firmar el pliego con el Sindicato Autónomo de Cordoneros.

Sindicato de Independientes en Cerro Leones. El comienzo del fin

El 17 de Noviembre de 1930 se constituyó el Sindicato de Independientes en Cerro Leones. Diego Legato y Luis Lodi fueron designados delegados al Comité Mixto. Paralelamente comenzaron a aceptar sucesivas rebajas en los salarios y en el precio del material.

Antonio Babera primero, Tarditto y Occhi después, solicitan disminuciones salariales, que son concedidas. Se suceden las suspensiones, el sindicato autoriza a que la gente haga otros trabajos fuera de la especialidad: zorreros que mueven piedras, también los embocadotes cuando estén sin hacer nada. No le imponen al patrono los ocho días de plazo previos a la suspensión: podrá suspender, con el compromiso de pagar enseguida los haberes que corresponden a cada obrero. Los márgenes de seguridad en el trabajo disminuyen: de las dos zorras por zorrero se pasa a admitir cuatro a cargo de un solo hombre.

Los precios ruedan cuesta abajo

En los comienzos de 1932 se reiteran denuncias de problemas por los precios de material, sucesivamente rebajados.

En una reunión mixta, el 17 de Mayo de ese año, se convino en que los compradores deberían dirigirse a la Comisión, la que llamaría a una asamblea Mixta de Cerro Leones y Federación para fijar precio y hacer control.

Ya a esa altura, la Sección Cerro Leones había desaparecido en función sindical y estaba operando como una Secretaría de Independientes, estableciendo turnos y listas de operarios para cargar. Almaceneros y panaderos estaban cobrando sus cuentas con adoquines, pero para venderlos tenían que pedir autorización previa al Sindicato.

Se suceden situaciones personales y dramáticas: a Elicio Cadona se le ha muerto un hijito y tiene que pagar los gastos del entierro. Pide que le permitan vender 2000 adoquines, o sea diez veces la cuota estipulada. (Debe advertirse que la gente ha seguido trabajando a ritmo normal, y acumulando material que no pueden vender sino por el riguroso turno que equitativamente impone el Sindicato.) El 31 de Agosto, la viudad de Carotenutto pide que se le permita retirar del depósito material de José Paskvan, para cobrarse lo que le adeuda de la pensión. La reunión para discutir el tema reafirma conceptos anteriores: todo comerciante (si así lo desea) podrá retirar de su cliente la cantidad de material por el equivalente de lo que le adeuda y depositarlo en la misma cantera bajo la responsabilidad del deudor de que no debe faltar ni un adoquín del depósito. La venta de estos materiales puede hacerla el comerciante sólo cuando el sindicato lo autorice.

Los pobres herreros cobraban su trabajo de afilar herramientas en piedra que le venden a sus clientes -otrora compañeros- picapedreros. Pero en esta situación de obligada independencia no les va mejor: se quejan de que al tener que comprar el

carbón con un solo vale de adoquines, no les alcanza para mantener su familia. Se les acuerda entonces dos vales para cargar.

El sindicato agoniza

El sindicato está agonizando. La disciplina se hace trizas por el hambre y la necesidad. Las violaciones a los acuerdos son frecuentes y los correctivos que se aplican, nulos. Hay obreros que cargan sin control ni autorización del sindicato.

Algunos, para que no se advierta la violación, cargan de noche. La Sección acuerda ampliar el correctivo siguiente: los que tienen turno lo perderán y perderán asimismo todos los derechos de la organización, y serán suspendidos por 15 días en el trabajo.

Pero ¿quién puede esgrimir mano dura ante situaciones apremiantes y aflictivas? Hay obreros enfermos. Se les autoriza a cargar a uno 200; a otros dos, 1200 a cada uno, para completar un vagón. Hasta la cuota sindical se achica. Una asamblea con sólo 16 asambleístas (allí donde alguna vez superaron el millar de hombres) acuerda como única cuota sindical un peso por cada viaje de adoquines.

El 13 de Octubre el Comité Mixto aprueba trabajar sólo 7 horas. A Figueroa, el dueño del campo, le pagan el alquiler con material, pero no podrá venderlo a su vez a las empresas a las que el sindicato les haya declarado el boicot.

Algunas deserciones desconciertan. El otrora caudillo sindicalista Severiano Gavilán se ha pasado a la patronal y ha organizado una pequeña empresa. El Sindicato lo separa. Gavilán desconoce las resoluciones del Sindicato. Las relaciones se vuelven tensas, y se procurará organizar al personal que trabaja a las órdenes de Gavilán. Pedirán al Sindicato de camioneros su solidaridad y además se hará público por qué Gavilán y sus socios han sido separados del Sindicato (ver Notas y Documentos: “El vuelo del Gavilán”).

Manotazos en el naufragio

Los obreros, ahora como independientes, se aferran a lo único que hicieron toda su vida: picar piedra. Se acumulan los adoquines y los cordones y son como montañas que separan a los hombres, pero todo debe quedar bajo el control del Sindicato para que el último resto de solidaridad no salte en pedazos, como dinamitado. Parece la más cruel y paradójica de las contradicciones: pedir permiso para disponer del propio fruto de su trabajo. Los muchachos que van al Servicio Militar piden cargar por 50 pesos cada uno. A uno de los picapedreros van a rematarle la casilla si no le paga a Figueroa el alquiler de su pedacito de cantera. El comerciante no puede recibir adoquines en pago fuera del radio de la cantera. Aunque pasan a ser suyos, para disponer de ellos como nuevo dueño, deberá pedir autorización al sindicato, de modo que ese hombre que tiene adoquines en propiedad para cobrarse lo que fió, es tratado como un canterista y deberá respetar el turno establecido. Como si la piedra poseyera un espíritu que atara los compromisos de los hombres que la manipula. José Pereyra entregó, fuera de turno 200 adoquines al comprador Adeodato Luzardi, a cambio de pólvora. El sindicato castiga a Pereyra, y pierde un turno de 200 adoquines cuando le corresponda.

Un obrero está sepultado bajo sus propios adoquines: ha labrado 30.000 de ellos y su mujer, internada en el Hospital Italiano, no tiene para remedios. El Sindicato no

puede bancar semejante y le propone al empresario Occhi para que tome una parte a su cargo.

Ya no basta con los problemas propios: ahora se infiltra gente al margen del sindicato, que va a trabajar a las canteras: juntan arena, y bochas de piedra de tamaño pequeño que venden a las rompedoras. Los independientes van al paro contra Figueroa, en Marzo de 1933: pero Figueroa no se decide a expulsar a los infiltrados, que también buscan comer.

Entonces, la variable de ajuste es el precio del material. El comité de Ventas queda facultado para efectuar tantas rebajas como sea necesario para no perder ventas importantes.

Hay quienes echan mano a agachadas. Manuel González los convence de que si le permiten vender su material va a volverse a Europa. El sindicato accede, ya que soluciona un problema personal y elimina un competidor. González vende el material pero nunca se va, y hasta pone luego un reparto de pan.

Los obreros que están en la cantera San Juan, al oeste de Federación, crean una Seccional autónoma, el 17 de Mayo. El 24, los independientes levantan el paro contra Figueroa, porque la sanción ya no perjudica a nadie sino a ellos mismos.

Y como la situación no da para más, el 13 de Junio de ese año de 1933 se disuelve el Comité Mixto. Entonces, se reúnen tres Secciones; Cerro Leones, Federación y San Juan, para crear apenas una Comisión de Ventas, que integrarán Roberto Pascucci, José Núñez, Bogdam Vucomanovich, Francisco Luzardi, Luis del Hoyo y Pedro Conforti. Pero el 6 de Julio, Cerro Leones se separa de la Secretaría recién creada: han entrado a trabajar nuevos independientes y no hay cómo controlarlo. El 19 de Octubre de 1933 se realiza una asamblea general: todas las secciones están desorganizadas y trabajan independientes sin control. Diariamente se cometen atropellos sobre antiguas conquistas, no hay garantías de solidaridad en ninguna parte. Pero todavía siguen aferrados a su turno, y reafirman el que tenía vigencia muchos años atrás en Cerro Largo. Al año siguiente procuran remontar las causas de su infortunio, y reiteran que ninguna cantera podrá ser explotada por independientes. El 4 de Agosto vuelve a seccionarse en Cerro Leones la jornada de 7 horas y hasta el 15 de Enero de 1936 habrá moratoria para las cuotas sindicales atrasadas.

El debatirse en la miseria no cesa de un año para otro.

El primero de Abril de 1939 disparan una censura contra el Comité Mixto, que había vuelto a organizarse, por una rebaja inconsulta. El día 4, el Comité Central de Relaciones propone desligarse del Comité Mixto, y el 8 aprueba una nueva escala, inferior a la repudiada ocho días antes contra el Comité Mixto.

Cuando en otros niveles de la producción la reactivación económica se ha registrado, y se lleva adelante la ejecución de un importante plan vial a nivel nacional y provincial, para los antiguos y antieconómicos adoquines y cordones de piedra labrada ya no hay mercado. El 12 de Mayo de ese año de 1939, la corporación patronal se compromete a hacer sus pedidos a la Unión Obrera de las Canteras y el Comité Mixto hará lo propio. Para eso se rebaja otra vez el adoquín especial de granito (de \$ 11,44 aprobado en Abril por el Comité Mixto y censurado se descende a \$ 10,50 el ciento puesto sobre vagón). Los pedidos deberán venir por la Secretaría General que los trasladará a la Comisión de Independientes, que ha pasado a funcionar en Albión. La

Corporación empresaria se compromete a resolver el crédito de almacén en caso de falta de salida.

El pago se hará quincenalmente, el 10 y el 25 de cada mes. Los empresarios se abstendrán de comprar el material a los obreros que estén fuera de la organización, si no se afilian.

Tan pronto entra en vigencia el convenio, comienzan los problemas. El 31 de Mayo denuncian obreros suspendidos que no les pagan hasta el 10 o el 25 según los casos, por lo que se exigirá que las liquidaciones se hagan dentro de las 48 horas. El 8 de Agosto emplazan a la Corporación para que cumpla los pedidos con seriedad, y se estudia el envío directo de material. Pero no alcanzan a sobrenadar.

El vaciamiento del Sindicato

Por iniciativa de Bogdam Vucomanovich y su Compañía de Picapedreros, se compra un cajón de pólvora, del que participan luego otras compañías. Se lo pagará con el adoquín especial. Pero para eso el sindicato deberá autorizar a cargar dos mil especiales. Se les propone que traten de cargar cuatro mil, así se coloca el producto de otros obreros que no forman parte de la compra del explosivo.

En Febrero de 1940 ya no era posible controlar el turno de los comerciantes que tenían adoquines como pago de las mercaderías fiadas de los canteristas. Primero fueron cargas furtivas, luego a plena vista. El 7 de Febrero se resolvió que deberían pedir al sindicato el 50 por ciento del material y el resto lo cargarían del depósito cuando quisieran.

En ese mes ya era manifiesto que compradores como Bertagno y Luzardi adquirirían material a cualquiera. En vano irían a buscar solidaridad a las otras canteras. Lizardi pide por carta al sindicato, al finalizar ese mes, 50 mil adoquines especiales, llanda y granito, sin especificar proporciones a un precio único: 9 pesos ¡Es el desastre!

El 2 de Marzo de 1940, se realiza una asamblea para votar el precio del cordón grueso ¡Concurren 6 afiliados!

Aunque aumenta un poco el trabajo, los precios siguen bajando. El 3 de Noviembre de ese año, Basso -que ya está explotando Cerro Leones- pide al sindicato 600 mil adoquines especiales: los primeros 300 mil los pagara a \$ 4,50 el ciento, y los siguientes, 5 pesos. La asamblea regatea: tipo único, a 5 pesos y especial a 5,50.

La última acta de la Seccional Cerro leones es del 26 de Agosto de 1941, en la página 554 del libro. A partir de ese momento pasarán años antes que los canteristas del Tandil vuelvan a reunirse organizadamente.

La muerte de los adoquines

Aunque la piedra era lo más parecido a la Eternidad geológica, los adoquines que se hacían con ella estaban muriendo.

Sólo en ocasiones contadas, a partir de 1940, se los utilizaría para pavimentos urbanos.

En 1935 había nacido una propuesta local en Tandil, alentada por un empresario soñador a punto de fundirse, el Doctor Luis María Varela que, con su socio Troncoso

habían intentado inútilmente reactivar la vieja industria desde el Cerro Noccetti, en la cantera Los Nogales, (aventura que luego se iría a pique en una quiebra estrepitosa). Varela convenció a los pocos sobrevivientes del Sindicato que debían movilizarse para lograr que la pavimentación de las rutas provinciales que en Buenos Aires dinamizaba su amigo el gobernador demócrata nacional Manuel A. Fresco, ¡se hiciera con adoquines! Arrastró en la propuesta movilizadora a los comerciantes tandilenses y a sus demás fuerzas vivas.

Hubo hasta una concentración popular en el Estadio Municipal de las Ferias Francas. Pero no pasó de un sueño.

Planes de pavimentación sancionó la Municipalidad, cambiando el adoquinado por el granitullo. Pero, salvo excepciones contadas, la mayor parte del material la proveyó el adoquinado mismo. En un baldío entre Rodríguez y 9 de Julio, donde la calle Uriburu se abre en dos brazos, un centenar de picapedreros desocupados halló trabajo por varios años dividiendo adoquines levantados, en granitullo -el bloquecito cúbico- para reponerlos allí donde habían sido retirados los originarios. Años más tarde, la Municipalidad de Avellaneda compró adoquines a la de Tandil, que aquí reemplazaba por pavimento de hormigón asfáltico, y los colocó en una prolongación de la Avenida Pavón. Salvo algún pedido excepcional, fueron en los inicios de la década del 50, los últimos envíos importantes de adoquines tandilenses. Y sin intervención de la extracción empresarial que para entonces sólo se dedicaba a moler piedra de distinto tamaño.

El testimonio quedó, marcado, asimismo, en el cuadro de Turnos de las Canteras.

En Febrero de 1941, cuando ya no podía esperarse más de pavimentaciones con adoquines y cordones del Sindicato se aprobó la siguiente cantidad de obreros por especialidad:

Herreros de perforadoras	2
Ayudantes	2
Herreros de arreglar zorras	1
Ayudantes	1
Herreros de taller	2
Mecánicos de cañerías	1
Herrero mecánico de rompedora	1
Engrasador de rompedora	1
Maquinista de Usina	2
Embocadotes	4
Polveros	2
Vagoneros	2
Zorreros	1
Torneros	2
Manejante patarreras	11
Barreneros	2
Cuarateadores	9
Bochas	8
Foguines	4
Arregla-vías	3
Peones	15
<i>Picapedreros</i>	
Marroneros	103

Canteristas	130
Cordoneros	20
Herreros de cantera	14

De semejante lista, 21 categorías, que incluía a 73 hombres, absorbía el trabajo de molienda de la piedra (la Rompedora, los barrenos, vagones y zorras, y peones).

En cambio, 253 picapedreros -asistidos por 14 herreros- conservaban la tradición de labrar la piedra, si bien la función más modesta era la de los marroneros, que deberían incluirse en realidad, en las tareas de molienda, ya que su destreza picapedrera estaba encaminada a partir piedras que por su tamaño no entraban en la boca de la rompedora.

Mientras no se generalizó la molienda, ésta había sido una tarea apenas secundaria, destinada a producir el balasto para el asentamiento de vías ferroviarias y muy pocas aplicaciones más. No se extraían piedras de las canteras especialmente para moler, sino que aprovechaban los trozos inservibles o descartados por los cortadores. La generalización en el uso del hormigón demandó en forma creciente la piedra de distinta granulometría, y como paralelamente se fue descartando en la pavimentación la piedra labrada, la necesidad de picapedreros disminuyó en las canteras en forma progresiva.

También disminuía su categoría en el cuadro general de las dotaciones canteriles. En 1949, los turnos de La Movediza, requerían para ser cubiertos 50 hombres de distintos oficios y 65 marroneros. Pero ¡no figuraba ningún picapedrero!

En 1952, en Cerro Leones, había 51 marroneros y 64 operarios y peones. Entre los marroneros figuraban otrora diestros picapedreros como Ángel Devesa y Julio Bisogni, que habían tenido que resignarse a partir piedra con sus marrones, porque ya no se les pedía adoquines ni cordones. 1961 es el último año que figuran marroneros. En los cuadros de los años siguientes, aumenta el número de peones y ya casi no hay oficiales especializados en picar piedra. En ése o en otro año, los picapedreros y cordoneros no figuraban.

Si los había, estarían ocultos bajo el ominoso rubro de “etcétera”.

NOTAS Y DOCUMENTOS DEL CAPÍTULO XV

Gavilán levanta vuelo

En el año 1934 la situación económica había empeorado.

No había trabajo en ninguna empresa, y la gente para sobrevivir hacía milagros. A veces llegaban a tener enfrentamientos entre actores que no pretendían otra cosa que trabajar para comer. Así relató Félix Padellini el incidente que tuvieron ese año cuando Severiano Gavilán, recordado caudillo sindicalista de las canteras, intentó organizar una pequeña empresa y explotar por su cuenta la cantera San Juan, cercana a Federación.

“Muchos nos organizamos como independientes. Más de cien estábamos en esta zona donde ahora vivo, en la Federación y en el Cerro. Teníamos una Secretaría y a través del Comité Mixto habíamos logrado establecer el precio del cordón en \$2,50 el metro, bruto. (Los

más habilidosos llegábamos a hacer 10 metros diarios de cordón bruto y unos 3 metros de cordón trabajado, pero lo común eran 5 o 6 metros de bruto.) Gavilán había organizado un grupo de 7 u 8 picapedreros para explotar una cantera en San Juan y decidió vender a cualquier precio”.

“Vinieron unos cordoneros balcamónicos a cargar. Yo era Secretario. Vinieron a avisarme. Yo no quería violencia pero tuve que dar la cara. Fuimos todos. El camionero Acosta no quiso acatar. Varios entonces a balazos le reventaron las gomas y lo obligaron a irse”.

“Se supo que Gavilán había decidido cargar igual sus cordones. Mientras tanto, a raíz de estos sucesos, habían intervenido la policía y nos había citado. Me salvé porque con nosotros estaban los Soto, que eran conservadores y pudieron volcar al Comisario Ramos en nuestro favor, por llevarle la contra a Gavilán, que era radical”.

“Nosotros volvimos, y Gavilán que mandaba los camiones con su carga. Cuatro camiones”

“¡Hay que atajar los camiones! ... -fue la voz de alarma-. Se vinieron con escopetas y revólveres, con palos, con horquillas, con todo. Todos a atajar los camiones”.

“Al primer camión que llega cargado, Buonacorsi que se echa al suelo y le corta las gomas”.

“Gavilán cargó a su gente en otro camión. Lo vimos venir por la cresta de la loma, pero cuando llegó a la calle, en lugar de tomar para donde estábamos nosotros, dobló hacia el camino a Gardey y fue a pedir ayuda en Los Bosques, que era de Figueroa, caudillo radical, y seguramente pidió la intervención de la policía por teléfono. Después Gavilán debe haberse quejado a La Plata y de allí vino la orden de poder cargar libremente”.

“¿Sabe después a cuánto se vino el cordón?... A 60 centavos. Pero como teníamos que pagar 40 centavos el metro por flete, nos quedaban 20 centavos por metro. Nos arruinamos. Y Gavilán también se arruinó. Dejamos de trabajar”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y TESTIMONIALES DEL CAPÍTULO XV

Las referencias testimoniales de este capítulo fueron extraídas del Libro de Actas del Comité Central de Relaciones de la Sociedad Unión Obrera de las Canteras de Tandil. Años 1921 a 1932.

Libro de Actas de Asambleas y reuniones de C. D. de Cerro Leones (luego también Federación y San Juan). Años 1925 a 1941.

(En custodia en la Seccional Tandil de A.O.M.A.)

CAPITULO DIECISEIS

LOS TRISTES AÑOS

El viento mesiánico del peronismo

El peronismo había irrumpido en la Argentina obrera como un nuevo viento mesiánico. Respondía a expectativas concretas que ya no satisfacían las antiguas militancias. ¿Quién no iba a sentirse tentado de adherir a un gobierno que imponía su autoridad haciendo cumplir antiguas leyes obreras que nunca se habían aplicado, en defensa de los trabajadores? ¿De qué podía valer el antiguo espíritu de lucha de los héroes y mártires sindicales, si ahora funcionarios oficiales parecían meter en vereda a los otrora “chanchos burgueses” y “patronos explotadores”? el sindicato ahora era una verdadera oficina de reclamos y vigilancia. Sus controles tenían fuerza de policía y los convenios imperaban como una ley. Así por lo menos parecerían pintar las cosas. Sí; se perseguía desde el gobierno a militantes socialistas, comunistas y anarquistas. Pero éstos se lo pasaban hablando de cómo habían sido las luchas en el pasado, y ahora tenían que comprender que la gente joven quería cosas más sencillas y efectivas.

Además, ¿cómo no comprendían, con toda su experiencia, el error en que incurrirían en oponerse a Perón, el líder de los trabajadores, el que estaba construyendo la Nueva Argentina? Los comunistas estarían bien para Rusia. Pero aquí estábamos en la Argentina. A los anarquistas nada les venía bien, y se oponían a todo, incluso a los comunistas y a los socialistas. Y a éstos, lo que les importaba era tener un puesto político, una diputación o algo así. Al menos así se lo hacían ver a través de un presunto espíritu práctico. Después, naturalmente, sobrevino el miedo. Quizá todo no estuviese bien con Perón, pero no era cuestión de hacerse el loco. Perón manejaba el ejército y la policía y había creado la SIDE. Pero si uno se portaba bien, no se meterían con uno; y finalmente podría disfrutar de la estabilidad en el trabajo, porque ningún patrón lo iba a echar a uno, con eso de la indemnización, el preaviso y la antigüedad; y las vacaciones pagadas al fin eran un derecho, y los feriados nacionales no los descontaban, y las horas extras eran un buen rebusque, y ahora había trabajo para todos; con un crédito del Banco Hipotecario uno podía tener la casita, y si las cosas seguían así, trabajaría unos años más y después con la jubilación ya podría decirse que uno había vivido. De modo que mejor era que las cosas no cambiasen, aunque hubiere que hacer cola para el kerosén, no hubiere azúcar, escaseara la harina, hubiere que conseguir de favor o por contrabando el alcohol de quemar y dijeras los “Contreras” que en la Sección Especial de la Policía Federal torturaban a políticos, estudiantes y obreros díscolos.

Pero en las canteras de Tandil la situación era atípica.

Algunas obras públicas monumentales, como el Aeropuerto de Ezeiza permitieron la colocación de considerables cantidades de piedra triturada que se había acumulado en el tiempo de la guerra, tanto como para no parar la actividad del todo, y ahora desahogaba la situación de las empresas. Por supuesto, la demanda de adoquines, granitulos y cordones escaseaba, y los picapedreros aceptaban funciones de menor categoría, como la de seguir marroneando. En cambio, zorreros, cuarteadores,

revolvedores (o removedores) y polveros al pie de las rompedoras (que pronto aumentarían considerablemente de tamaño) hallaban ocupación. Los camiones habían evolucionado considerablemente durante la contienda en Europa y EE. UU. Pero en la Argentina todavía no entraban, salvo rezago de guerra que los aliados vencedores vendían a los países sin infraestructura de autotransporte. En la Argentina comenzó a ser frecuente la presencia de los camiones “guerreros” hasta entonces sólo familiarizados con ellos por el cine bélico de procedencia norteamericana. Como la crisis de los neumáticos y del combustible continuaba en la Argentina a la que EE. UU. Castigaba por su política dual durante los tiempos del coqueteo entre los aliados y el Eje, el transporte ferroviario de piedra se hallaba en auge y en Tandil el Ferrocarril del Sud (luego de 1947, llamado “Roca”) mantenía dos turnos diarios de trenes de carga a las distintas canteras: Cerro Leones, Movediza, Franco, Conti, Nocetti, Albiión y San Luis, que recibían diariamente la visita de las locomotoras, como en los mejores tiempos de la actividad canteril.

La política penetra en el Sindicato

Los años que van desde 1930 a 1946 fueron particularmente duros para los sindicalizados de ideas izquierdistas. El gobierno conservador, influido por la ultraderecha, desató frecuentes persecuciones. El gobierno militar surgido el 4 de Junio de 1943 no tuvo mano más liviana, ni aún cuando desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, el entonces Coronel Juan Domingo Perón comenzara su política obrerista.

Las primeras anotaciones formales y continuadas del Comité Central de Relaciones reaparecen en 1949. Las últimas databan de 1932. En cambio, en las de la Seccional Cerro Leones se interrumpieron en 1941. En La Movediza de 1941 saltan a 1948.

¿Se extraviaron, acaso, los que correspondían a ese lapso? Protagonistas de aquellos años como Américo Bugna recuerdan, empero que había actividad sindical, pero no precisan si eran los de las Seccionales en sí o del propio Comité Central de Relaciones.

Hay memoria en algunos militantes políticos sobre persecuciones, detenciones y fugas de izquierdistas vinculados a la actividad canteril por esos años.

Asimismo, se había acentuado el éxodo a Mar del Plata de la mayor parte de las familias que aún quedaban. De 1943 a 1945, las detenciones y cautiverios fueron todavía más notorios. El líder canterista Bogdam Vucomanovich pasaría más de un año, preso con otros izquierdistas de distinta extracción en la Cárcel de Neuquén. Había ingresado sindicalista en el presidio y egresó comunista, quizá por la influencia de sus compañeros de prisión Rodolfo Puigross y Luis V. Sommi. A partir de 1946, con el triunfo de Perón, en las canteras todavía sobrevivía el antiguo espíritu sindicalista, y la presencia de los partidos de izquierda en la derrotada Unión Democrática demoró algún tiempo la peronización del antiguo sindicato pedrero del estandarte rojo, maestro y guía de los movimientos de organización sindical en el Tandil anterior a la era peroniana.

No sería por demasiado tiempo.

Pero cuando el peronismo tomara definitivamente las riendas del Sindicato, aún tendría que sofocar rebrotes libertarios y marxistas, debido, entre otras cosas, a la mayor experiencia de los disidentes en cuestiones organizativas y de lucha; al antiguo prestigio de algunos de éstos; y a su propia tradición sindical, inédita en la mayoría de las nuevas formaciones de lo que entonces ya llamaban “la Argentina de Perón”.

Alternativa de esos años

El 24 de Septiembre de ese año de 1949, se hacía un asado en agasajo de los primeros jubilados de las canteras. ¿Quién había pagado su costo?, el empresario Juan Basso Aguirre. Quince años atrás, el gesto patronal hubiera encendido una polémica ideológica. Ahora, se tomaba con naturalidad la “gauchada” de un patrono. Esto parecía ser una prueba concreta de la “humanización del capital” que sostenía la llamada “Tercera Posición” justicialista.

Pero también sobrevendrían los avatares de la adhesión a la política oficialista oficialista, inédita hasta entonces en la historia contestataria del sindicato. En el acta del 8 de Octubre de 1949 se leía el informe de los delegados al plenario de la CGT (que finalmente había comenzado a funcionar regularmente en Tandil). El plenario había resuelto que todos los gremios adheridos deberían concurrir con estandarte para recibir al gobernador bonaerense Domingo A. Mercante, que visitaría Tandil. Aprovecharían para entregarle un memorial con los problemas del gremio.

El 22 de Octubre se elegía nuevo Comité Central de Relaciones. El Secretario General sería Manuel Núñez, de neta filiación peronista. Pero su inmediato, como Pro Secretario canterista, era un comunista, Amado Frutos. Era el espíritu pragmático del sindicalismo canterista, buscando los mejores para la lucha, que debía ser alternativamente negociadora con el poder político (Núñez) y aguerrida en la confrontación (Frutos).

Pero la tranquilidad duraría poco.

Por aquellos años, en su plan de estrategia mundial la Unión Soviética había prohijado a través de sus Partidos Comunistas en el mundo occidental, un movimiento pacifista que debería paralizar o neutralizar el rearme de Occidente hasta que, sin admitirlo públicamente, ella (la URSS) acortase ventajas especialmente en lo del desarrollo de las armas nucleares.

Fuertes personalidades democráticas universales⁺ habían adherido al Movimiento, que había adoptado el nombre del Consejo Mundial por la Paz. En el país se había creado el Consejo Argentino por la Paz, con derivaciones en el campo estudiantil, cultural y obrero, motorizados directa o indirectamente, por los comunistas y sus amigos.

En 1949 se había constituido en Tandil el Consejo por la Paz, y también se había concretado un Comité Obrero por la Paz, al que naturalmente, adhirió entre los primeros, al canterista Amado Frutos, que además era delegado de su gremio al Plenario de la CGT.

El plenario cegetista, en cumplimiento de instrucciones que recibiera el secretariado de la Delegación Tandil de la central obrera, separó de su seno al delegado Frutos por ese motivo.

El Sindicato de las Canteras, en contrario, respaldó al delegado, por entender que su adhesión al titulado Comité Obrero por la Paz era personal, y volvió a sostener su nombre ante el Plenario. Además, elevaba una nota de protesta a la Regional de la CGT y al Comité Central. Y mientras subsistiera el planteo cegetista tandilense, retiraba al otro delegado.

⁺ Entre otros el filósofo inglés Bertrand Russell y el físico francés Premio Nobel Frédéric Joliot Curie.

En Enero de 1950, por éstas y otras razones, las relaciones con el ferroviario Juan Preli, Secretario General de la CGT, se había endurecido. El 11 de Febrero, a propuesta de la seccional San Luis, se reanudaban las relaciones y como prueba de ello se nombraban nuevos delegados, esta vez a Alfredo Conforti y Julio Bisogni. Conforti, de origen peronista, poco después sería miembro del Secretariado de la Delegación Regional de la CGT y posteriormente electo concejal del partido Peronista, en 1952.

Pero los bríos independientes no había sido sofocados. El 13 de Mayo de 1950, el Comité Central, después de un serio cambio de ideas, resolvía adherir al Movimiento por la Paz, y hacía circular notas de adhesión entre los afiliados para que las firmaran libremente.

La compra de una bandera argentina

Once días después, en vísperas del 25 de Mayo, se aprobaba una medida que a la distancia y en perspectiva adquiere una significación especial en el cambio de rituales que el sindicalismo argentino estaba viviendo.

Por iniciativa del Secretario General Manuel Núñez se aprueba la compra de una bandera argentina.

El acto, sencillo y hasta inocente, simbolizaba finalmente la nacionalización del movimiento obrero en las canteras del Tandil. Desde aquellos airados conceptos incorporados en el Estatuto de 1911 sobre la naturaleza universal de la condición de explotados de clase de los obreros y la equiparación de “patria” y “religión” al de “conceptos burgueses que procuraban continuar el sometimiento de la clase trabajadora”, hasta la compra del símbolo de la nacionalidad argentina, había mediado medio siglo de marchas, contramarchas, esperanzas y desencantos. También había concluido el desesperanzado tiempo de “hacer la América” y retornar ricos a Europa de tantos inmigrantes que habían recalado incluso en las canteras de Tandil.

Sus descendientes ahora, había arraigado, tenían familia e hijos también nacidos aquí, habían sido formados en la escuela pública argentina y el sentimiento de nacionalidad - más allá de los esfuerzos de nacionalizar el socialismo como en la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, derrotados ambos en la Guerra Mundial recién concluida- se alzaba sin suspicacias, como un acto natural.

Curiosamente, a nadie se le ocurriría desprenderse del estandarte rojo de la historia canteril. Fue guardado celosamente hasta nuestros días. En sus pliegues, y sus bordados de oro, quedaba almacenada una gesta larga y a veces sangrienta. Había encabezado los desfiles del 1ro. de Mayo y del 6 de Octubre, los dos rituales inviolables del Sindicato. Había precedido los cortejos fúnebres de los caídos en la lucha sindical. Ahora, como testigo de un tiempo de combates que pertenecía al pasado, sin connotación ideológica alguna, dejaba paso -sin cederlo él mismo- al símbolo de la nacionalidad que por esos días daba al movimiento obrero entinte que conserva aún en nuestros días⁺⁺.

⁺⁺ En la década de 1930 cada vez que se desataba una cacería de directivos obreros y militantes izquierdistas, en las canteras ocultaban el estandarte. Una anciana, la viuda de José Mollar, solía disimularlo bajo la funda de su cama, a favor del color carmesí de la tela con que hacían sus almohadas.

Persecuciones ideológicas

Las persecuciones ideológicas continúan manifestándose.

La actitud del sindicato de las canteras es, a veces, ambivalente. Amado Frutos, sigue recibiendo presiones, ataques y represalias, a veces de las empresas, a veces de organismos oficiales. Sobre él se centran los fuegos por cuanto su camarada Bogdam Vucomanovich por esos años está internado en Balcarce, enfermo de tuberculosis, probablemente contraída durante su prisión en Neuquén.

En algunos casos, como en el conflicto con La Movediza, el Sindicato lo respalda.

En Agosto de 1951, la persecución ideológica toma tintes más sombríos. El 1ro. de ese mes, el Secretario General Núñez recibe casi simultáneamente dos citaciones: una del Ministerio de Trabajo y Previsión, y otra de la Policía. El acta del 4, relata lo acontecido:

“Había orden de proceder con energía y se solicitaba a todos los dirigentes una estricta vigilancia en sus sindicatos a todos los elementos anarquistas y comunistas, que el Señor Presidente de la República aconsejaba a los dirigentes obreros el más fiel cumplimiento a todo lo que fueran sabotajes a la producción, huelgas y otras artimañas que estos señores de un tiempo a esta parte venían desarrollando en todo el país”

“Por último se ordena que todos los elementos comunistas y anarquistas deben ser radiados de los puestos de las comisiones. Después de opinar varios compañeros se resuelve proseguir la reunión en la delegación de la CGT”.

Sigue dando noticias del delicado paso, el acta que comentamos:

“El día 2 a las 19 nuevamente se reúnen los treinta y un dirigentes en la delegación de la CGT y el compañero Delegado Regional (Anacleto Ijurco) que momentos antes llegaba de Buenos Aires de una conferencia con su Excelencia el Señor Presidente de la República, dio un amplio informe de la forma en que los dirigentes deben trabajar en sus gremios y liquidar (textual) a todos aquellos que no estén con las órdenes y resoluciones de la CGT. Después de un análisis de lo tratado el representante de este Sindicato en la persona del Secretario General (Manuel Núñez) explicó al plenario lo violento que para él y tal vez todos los dirigentes sería tomar las medidas tan drásticas que se debían tomar pero que se comprometía a explicarle al suyo tal resolución mientras permaneciera en la CGT y que creía que serían aceptadas tales disposiciones porque si así no lo hiciese se comprometía a comunicarlo donde corresponde para que la opinión de los dirigentes dispuestos a respaldar la obra del General Perón hasta si fuera con el sacrificio propio, pero sí podría asegurar que su sindicato estaría siempre al lado de la CGT como lo había hecho hasta el presente”.

El 8 de Septiembre, una asamblea general consideraba lo informado en el acta del 4 de Agosto inscripta, y se aprobaba la separación de Amado Frutos como miembro directivo.

El gobierno peronista pasaba entonces por su primera gran crisis en la que se conjugaba lo interno con lo externo. Agitábanse rápidamente las reservas acumuladas durante la guerra, caía la producción ganadera y agrícola, la expansión industrial de los años de guerra y de post guerra requería combustible y energía de los que el país no disponía.

Ese año se alzaba un grupo de militares nacionalistas comandados por el General Menéndez, y aunque el movimiento fue sofocado, el frente militar que había sostenido a Perón desde 1945 perdía cohesión. Los socialistas -que todavía ejercían influencia en algunos gremios como La Fraternidad Ferroviaria, que nucleaba a los conductores de locomotoras, habían gestado una huelga que aunque conjurada, golpeó duramente al gobierno. Los comunistas habían operado antes en la Unión Ferroviaria, (el otro gremio ferroviario) y habían alentado una adhesión casi unánime en una huelga (la de “los 700”, por ser 700 pesos moneda nacional, el sueldo básico de los peones que exigía el movimiento de fuerza) que había conmovido el monolítico poder sindical peronista. El desgaste de la mística inicial y el reemplazo dentro del peronismo de militantes y directivos peronistas procedentes del radicalismo y el socialismo, por otros con mentalidad de extrema derecha, acentuó estas preocupaciones. Era lógico suponer que siendo el peronismo un partido policlasista pero de sustento obrero, sintiera el gobierno la necesidad de no dejar brechas por donde se filtrasen los disidentes, considerados por eso mismo, enemigos del régimen, que identificaba al partido con el gobierno, y al país con el partido mismo desde que el “justicialismo” fuera declarado por ley “doctrina nacional”.

Las insólitas variantes

A veces se producían variantes insólitas, que nunca hubieran soñado los aguerridos luchadores de las canteras.

El 18 de Marzo de 1952 respondían a la Regional CGT que como no contaban con afiliadas no podrían designar candidata para la elección de la Reina del Trabajo de ese año.

Todo servía para hacer protestas exaltadas de adhesión a la causa oficialista, como quedó documentado en el acta del 23 de Mayo de 1952, cuando la Asamblea General aprobó solicitar la personería gremial.

“En vista de la Era Justicialista que vivimos los obreros argentinos desde que la providencia nos envió un Gobernante como lo es el Excelentísimo Señor Presidente de la Nación y sabiendo a todos los afiliados al mismo identificados con la obra que viene desarrollando la CGT en beneficio de la Patria que el General Perón ha librado de manos extrañas, siendo esta C. A. fiel intérprete del mandato dado al ser elegido y fervientes defensores de nuestros líderes el General Perón y su dignísima Esposa doña María Eva Duarte de Perón, que en todo momento nos está exhortando a estar más unidos, deja que la Asamblea se expida a solicitar la Personería Gremial, para así estar sometidos a las obligaciones que le debemos y ponernos a la altura de todo sindicato obrero del país que se merece en esta hora”.

Esta personería gremial venía a reemplazar a la personería jurídica a la que se habían resistido siempre los antiguos directivos sindicales, y que hubiera dado solución, entre otros casos enojosos, al problema -creado y no resuelto sino en 1990- con la propiedad del Salón Sindical de Villa Laza.

Los choques ideológicos continuaron. En Septiembre de ese año, La Moveriza insistía en elegir a Frutos, Secretario General y a Jesús Fernández, otro militante comunista, para igual cargo en Cerro Leones, actos que contradecían lo resuelto en la Asamblea General, en 1951.

Al año siguiente, la adhesión a un médico tisiólogo con mucho ascendiente entre los obreros, el doctor Víctor Magrini, que había sido separado de su cargo de Director del Dispensario de Vías Respiratorias por razones políticas, provoca nuevas discrepancias, cuando afiliados canteristas firman un petitorio para que se lo reponga y luego aducen algunos haber sido engañados.

Afiliación a AOMA

Hasta ese momento, la antigua Unión Obrera de las Canteras de Tandil había seguido autónoma. Durante la década del 30 había estado afiliada a la FONC (Federación Obrera Nacional de la Construcción) controlada por el comunista Fioravanti. Pero tras el advenimiento del peronismo, el avance organizativo y único de la CGT y la profundización de la organización de otros sindicatos, hacían extemporánea aquella adhesión. En 1954 se llegó a la conclusión de que debía sancionarse su adhesión a la Asociación Obrera Minera Argentina. La asamblea que lo aprobó se hizo el 6 de Marzo de ese año, luego de dar lectura a los Estatutos que regían AOMA.

Integraban la Comisión Administrativa (no se hablaba, desde cuatro años atrás, del antiguo Comité Central de Relaciones) Manuel Núñez, Julio Bisogni, Roberto Bravo, Alfredo Conforti y Antonio Cadona. Había presidido la asamblea el afiliado de mayor edad y antigüedad, don Ángel Devesa.

El acta adhería a “nuestra Central Obrera la CGT” y decía que adoptaba esa actitud “para así hacer una asociación fuerte en defensa de los intereses de todos los compañeros de los diferentes ramos de los minerales del país”.

Naturalmente, no podían faltar las expresiones de adhesión a la política oficial: “... en defensa de los postulados de la argentinidad y de la justicia social predicada por nuestro Excelentísimo Señor Presidente de la Nación General Perón, vista que la unión hace la fuerza de dicha unión podremos defendernos de algunas asociaciones patronales que dicen que se unen en defensa de los intereses de la Patria y de los mismos trabajadores⁺⁺⁺, cuando recién han visto el cambio social de nuestra patria y ellos en cien años nunca han hecho nada en defensa de nacie por lo que aconsejamos unirnos y así triunfaremos en buen plazo porque si en el 1906 los fundadores de nuestro sindicato pensaban en esta Unión nosotros debemos darles el apoyo que aquellos pensaron que en muchas luchas hasta a costa de sus propias vidas lucharon por la unión que hoy a nosotros nos sirven en nuestras manos”.

Por 131 votos, contra ninguno, aceptaron la adhesión a AOMA y el texto de sus Estatutos. A partir del 1° de Abril de ese año de 1954, el Sindicato Unión Obrera de las Canteras se transformaba en filial de la Asociación Obrera Minera Argentina (AOMA).

Su primera Comisión Directiva quedaba así integrada:

⁺⁺⁺ Aludían a la CGE (Confederación General Económica), corporación empresarial acaudillada por José Ber Gelbard, de carácter oficialista.

Secretario General: Manuel Núñez
Secretario Adjunto: Julio Bisogni
Secretario de Actas: Epifanio Ghezzi
Pro Secretario: Emilio Fernández
Tesorero: Roberto Bravo
Pro Tesorero: Antonio Cadona
Vocales titulares: Celestino Ghezzi, Mario Sverjuga, José Bandi, Germán Cadona y
José Zupan
Vocales suplentes: Manuel Pena, Américo Bugna, Atilio Cadona, Manuel Bocha y
Jesús García
Revisores de cuentas: Vicente Solavaggione, Inocencio Inachetti, Antonio Romeo.

En la reunión del 13 de Agosto, se rendía, como era de práctica, homenaje a Eva Perón, muerta el 26 de Julio de 1952.

El 14 de Octubre del mismo año de 1955, producida la denominada “Revolución Libertadora”, que derrocó a Perón, un telegrama procedente de la intervención militar en AOMA, comunicaba que los miembros actuales de la C. D. debían renunciar a sus cargos (Habían sido elegidos en asamblea del 8 de Agosto.

En el acta dejaban aclarado que “los hombres que hayan ocupado cargos en nuestro sindicato a partir del 6/10/1906 fecha de su fundación, nunca han sido designados por personas ajenas al gremio ni por orden de nadie, sino que siempre han tenido el respaldo de los compañeros del propio gremio y su única misión ha sido la defensa de los intereses sindicales propios y de todos los compañeros trabajadores del país”.

El 13 de Octubre del año siguiente, 1956, la asamblea general elegía nuevas autoridades. Como un símbolo de antiguos reencuentros, el Secretario General era José Álvarez, que en su juventud había sustentado el ideario anarquista.

REFERENCIAS DOCUMENTARIAS DEL CAPÍTULO XVI

Las referencias generales de la situación política mundial y del país están frescas no sólo en la memoria del autor, sino de los muchos contemporáneos de aquella época, tan vital como reciente.

Las transcripciones de textos referidas a asambleas y reuniones del todavía Sindicato Unión Obrera de las Canteras del Tandil, y luego Seccional Tandil de AOMA corresponden al Libro de Actas del Comité Central de Relaciones de la organización (Septiembre 1949 a 1953) luego Comisión Administrativa Seccional de AOMA (Marzo de 1953 hasta Noviembre de 1964) en custodia en la Secretaría de dicha entidad gremial.

*Emergían de los cerros, arrogantes, estatuarios,
prodigiosos, como gigantes de las Mitologías.*

*Acontecieron el Ascenso, el Esplendor, las hazañas
laborales, la Epopeya. Su lento declinar hacia el Ocaso,
la Vejez, su extinción: esa muerte pequeña y gris de
flores de papel.*

*Cenizas y cascajos fueron acostándose cada día
como un Párpado, sobre su universo. Desde entonces
amortajaban el limo seminal de sus historias.*

*Al recorrerlo, navegaste por venas coaguladas, de
súbito licuefaciéndose.*

*El Olvido, esa nodriza pertinaz, fuerza volverlas a
su cripta. En vano.*

APENDICE DOCUMENTAL

APENDICE

I- EL SALÓN DE VILLA LAZA

La primera sede sindical de la Unión Obrera de las Canteras funcionó en una pieza que se le alquilaba a Víctor Soto, frente a cuya fonda, en la calle que entonces llamaban “Galicia” se había realizado la asamblea constitutiva del Sindicato. En los libros de caja figuran pagados los alquileres hasta el 30 de Octubre de 1908.

Pero en el balance de Julio a Septiembre de ese mismo año figuran estos dos gastos:

<i>Pagado a F. Madsen por alquiler del terreno para el Salón Social</i>	\$ 50.00
<i>A Joaquín González a cuenta del salón</i>	\$ 50.00

En el resto de las fojas, hasta el último trimestre de 1910 no hay más anotaciones. En este último período figuran:

<i>Alquiler terreno anual donde hállase el salón</i>	\$ 60.00
--	----------

No hay más anotaciones referidas a salón o alquiler, hasta el primer trimestre de 1911, donde consta en las ENTRADAS:

<i>Scarpini, 4 meses de alquiler</i>	\$ 32.00
--------------------------------------	----------

Luego, en los meses de Agosto y Septiembre de ese año de 1911 en Gastos:

<i>Almacén Central, por tejido y madera y útiles para alambrar los lotes</i>	\$ 175.12
<i>Agrimensor, un coche</i>	\$ 18.00

En el segundo balance del trimestre de 1913 constan los siguientes pagos a la empresa FARIAS y NEBILOLO para la construcción del Salón de Villa Laza:

<i>11 de Junio de 1913</i>	\$ 4976.30
<i>1ro. de Agosto</i>	\$ 4976.30
<i>tercer cuota</i>	<u>\$ 4976.30</u>
Total	\$ 14928.90
 <i>½ cielorraso</i>	 \$ 1800.00
 - - - -	 \$ 1800.00
	\$ 16728.90
 <i>del 8 de Febrero al 15 de Abril 1914: 27-2-14</i>	 \$ 3000.00
<i>30-3-14</i>	\$ 1200.00
	\$ 20928.90
 <i>A Fausto Aparicio, por las tribunas del salón</i>	 \$ 280.00

Los salones sindicales

En la sesión del 21 de Mayo de 1911, la U. O. aún no se había organizado en seccionales, según el Estatuto sancionado en Enero de ese año. Tuvo una reunión el 20 de Febrero, previa al tiroteo frente a la Comisaría, y luego otra el 2 de Abril, en la que no se discutieron cuestiones organizativas porque la urgencia era pagar los gastos que demandaba la atención del centenar de presos en La Plata por el tiroteo.

De modo que recién el 21 de Mayo tiene lugar la reorganización estatutaria, cuando La Movediza comunica la integración de su comisión directiva seccional, y Güerino Conforti plantea que el Cerro debe hacer lo mismo.

Conforti expresa allí lo siguiente:

“A mí me parece lógico nombrar la comisión del Cerro ahora mismo porque no se podemo reunir cuando ceremo y que se lleva salón de aquí a Cerro”.

¿Qué quiso decir Conforti, o qué quiso recoger el Secretario de Actas de sus expresiones?

Al parecer Conforti plantea que el Salón en el que están funcionando, ya no pertenece a la Seccional del Cerro, no bien ésta se constituya, sino a todo el Sindicato. O bien, que ese Salón (el de la Furlana) pertenece o fue construido con diversos dineros del Sindicato, en su mayoría obreros del Cerro, y ahora hay que designar la C.D. de la seccional y además, llevarse el Salón.

Roberto Pascucci hace prevalecer su criterio: no es necesario llevar el Salón al Cerro Leones: “¿Por qué vamos a hacer tanto gasto?” se plantea.

Si recapitulamos, podemos hacer la siguiente cronología del Salón:

Desde la fundación hasta el 30 de Octubre de 1908: pieza alquilada a Víctor Soto (seguramente, en la fonda).

Ese año, alquilan el terreno para el Salón Social a F. Madsen según las constancias del Libro de Caja. Es, sin duda, el que se conoció como “la casilla de la Furlana”, por estar frente a la casa de la pintoresca mujer que vivía en las inmediaciones (Ver en Capítulo XII “Los nombres de los Hombres”).

En las anotaciones contables no figuran los gastos de materiales ni de construcción de la mencionada casilla, pero la referencia circunstanciada de Esteban Corradi lo confirma: hay un pago a Joaquín González que pudo ser por hacer la casilla o por venderla hecha.

El 26 de Octubre se inició la huelga grande. Ese día, los vigías que esperaban en Cerro Leones el resultado de la gestión de sus compañeros de La Movediza, vieron alzarse en lo alto del Salón Sindical la bandera roja: indicaba que el pliego de condiciones había sido rechazado. Los del Cerro pasaron la voz, se paralizó el trabajo allí también y vinieron todos al salón.

Terreno en Villa Laza

Pareciera que la ubicación del terreno denominado “de la Furlana” (en realidad era propiedad de los Candia; Madsen, que aparece cobrando un alquiler por él, se los habría subarrendado) buscaba la equidistancia entre los dos núcleos más importantes.

En los comienzos, la iniciativa y el grueso de los afiliados pertenecía a Cerro Leones, y podía admitirse el funcionamiento de la sede en el mismo paraje, pero cuando el número de afiliados de las otras canteras fue aumentando, se buscó perfeccionar esa equidistancias.

Pero con la constitución de ese sindicato en seis secciones era necesario un salón más amplio y de ubicación definitiva. Por ese tiempo, la familia Laza había loteado una parte de sus tierras adyacentes al cerrito que originariamente explotaran.

No figura en el Libro de Actas ni en el de Caja la compra de los lotes en Villa Laza, pero debió cumplirse entre el 21 de Mayo y el 10 de Septiembre de ese año de 1911, porque en el acta de esa última fecha se considera la celebración del quinto aniversario del Sindicato y se aprueba, tras gestionar el permiso policial que “se hará en el terreno de Villa Laza, al que se lo alambrará para ese día”. Esos gastos son los que figuran en los meses de Agosto y Septiembre como

Almacén Central, por tejido y madera y útiles para alambra los lotes \$ 175.12

Y el alquiler de un coche en \$ 18 para el agrimensor que seguramente debió colocar las estacas delimitatorias del predio.

El 26 de Noviembre del mismo año de 1911 se resolvió vender la casilla de la Sociedad “en Cerro Leones” -expresa- que no da ganancia, mitad contado y tres cuotas mensuales, y se venderá el 1ro. de Enero con \$ 170 de base. A su vez en la misma acta consta que se aprueba conservar la que tiene alquilada el compañero Ángel Scampini, por lo que pagaba en cuatro meses de alquiler, \$ 32, según consta en las anotaciones del Libro de Caja en el primer trimestre de 1911.

El 11 de Febrero de 1912, el C. C. de Relaciones trata, sin llegar a conclusión alguna, la construcción de un nuevo local, en Villa Laza, para todas las Secciones.

En la reunión del C. C. de R. del 12 de Enero de 1913 (pág. 81 del Libro de Actas) se expresa:

“Se trata del lote de la Sociedad Villa Laza que nos obligan a hacer la escritura. Se acuerda que ésta se haga a nombre de Roberto Pascucci y Alfonso Espinosa”.

A partir de esa decisión se iniciará una larguísima situación conflictiva, cuando Espinosa haga valer su condición de co-propietario aparente del terreno primero y del salón después, para presionar cuando el Sindicato quiera desconocer su conducción o no atienda sus posturas de la política interna. El problema -que recién se resolvió favorablemente en 1990- motivó reclamaciones judiciales y como Espinosa murió en 1925 sin que regularizaran la situación, algunos de sus herederos se habían creído con derecho sucesorio al bien que era sin lugar a dudas propiedad del Sindicato.

¿Por qué se inscribió la propiedad a nombre de Pascucci y Espinosa? Porque la ley no autorizaba a hacerlo en nombre de una entidad -en este caso el Sindicato- que no tuviera personería jurídica, ni existía entonces, tampoco, la personería gremial.

En asamblea general de 25 de Mayo de 1913, Pascucci informó sobre costos y se aprobó hacerlo de material, y en la del 8 de Junio se aprobó comprar un lote más, adyacente a los otros, para que el salón resultare más amplio.

Las obras se contrataron con la empresa FARÍAS Y NEBILOLO, y a partir de ese momento se entregaron tres cuotas iguales de \$ 4976.30 cada una, en 11 de Junio, en 1ro. de Agosto y la tercera sin especificar fecha. El medio cielorraso costaría \$ 1800.00. Hubo dos nuevos pagos, esta vez en 1914: uno el 27 de Febrero por \$ 3.000 y el otro el 30 de Marzo por \$ 1.200, y un tercer pago, sin fecha especificada, a Fausto Aparicio, por las tribunas del salón por \$ 280.00.

En la reunión del C. C. de R. del 30 de Agosto de ese mismo año, se aprobó poner la escritura a nombre de cinco o diez compañeros con impedimento de transferirla a nadie sin autorización de una asamblea general.

La situación con Espinosa

En Mayo de 1915 va a comenzar la larga situación con Espinosa que se agravará abruptamente diez años después cuando muera en el tiroteo con Santamarina.

En la reunión del 16 de ese mes, se nombró tesorero en reemplazo de Alfonso Espinosa, que había renunciado (o había sido renovado) sin que el acta explicase las causas. Se designó a Pedro Martínez y a Severiano Gavilán para que junto con el vice tesorero fueran a retirar los útiles de Tesorería que aún estaban en poder de Espinosa.

Al mismo tiempo se designaba a Pascucci y a F. González para que siguieran el trámite a fin de traspasar la firma de Alfonso Espinosa sobre la escritura del terreno y el salón de Villa Laza, o sea “pasar la escritura a nombre de un compañero que designare la asamblea general”.

Quizá la renuncia de Espinosa se debió a su intención de entrar como patrono en una parte de Cerro Leones, con un canterista de apellido Gutiérrez.

En esa misma sesión, después de un prolongado debate se había acordado enviar una nota a la Sección Cerro Leones a fin de que aquella estudiare el asunto de si podía permitirse o no a los mencionados señores (se suprimía el tratamiento de compañeros) para que formasen parte del patronato (sic) en el Cerro Leones (pág. 203 del Libro de Actas 1911-1921). La Asamblea General del 30 de Mayo debatió la situación y acordó que podrían abrir su trabajo siempre que cumplieren con el pliego de condiciones y que hiciere (Espinosa) lo posible por entregar la firma del salón y presentar la renuncia a la cual no tiene derecho alguno (pág. 206).

En el acta de la reunión del C. C. de R. del 20 de Junio, sin nombrar a Espinosa se lo alude concretamente al expresar:

“Respecto a la escritura que no quiere entregar el que la tiene en poder de él a menos que le entreguemos \$ 300. Acuerda esta reunión que lo que le puede dar sería % 150 y si no quiere aceptar éstos, lo buscaremos de averiguar el paradero de dicho individuo y sacárselo de alguna manera” (pág. 208).

El primero de Septiembre del mismo año de 1915 se siguió debatiendo el tema “sobre la firma de Alfonso Espinosa y es acordado por esta Asamblea General que se sigan los trámites de arreglo por vía de la escritura del Salón” (pág. 218).

La intransigencia de Espinosa debió ser total porque una nueva asamblea general, la del 27 de Octubre, designó a Esteban Illich y a Juan Como para que le entrevistaren.

El 25 de Octubre se reúne el C. C. de R. y se consigna que Alfonso Espinosa está dispuesto a entregarla firma del Salón si la S. U. O. de las C. “tuviere a bien perdonarlo”. Se aprueba que quedará en él según las buenas obras que haga, lo que significa que no habrá perdón previo (pág. 223/4).

Asamblea del 7 de Noviembre

El 7 de Noviembre del mismo año de 1915, se debate extensamente el problema, y el acta respectiva de la Asamblea general refleja las siguientes posiciones:

Sanjurjo: Si dicho señor entrega la firma del Salón voluntariamente, sin ninguna imposición, la Sociedad lo tendrá en cuenta y según sus procedimientos obrará.

B. López: De ninguna manera la organización se humillará por la amenaza de que dicho señor no entrega la firma, y que si todos los compañeros fuera de su modo de pensar preferiría que se comprara la parte que dicho señor tiene en la firma en caso de que él pudiese venderla.

A. Fernández: Me entrevisté casualmente con él: entregará la firma a la Sociedad siempre y cuando ésta asegure bien las escrituras, porque en ningún caso el salón se vea envuelto en cuestiones judiciales. Él no tiene idea de apoderarse de lo que es exclusivamente de los obreros y para los obreros.

F. Romay: Espinosa le dijo que a cambio del perdón no entregaría la firma, pero sí declara que el salón es de los obreros de la Sociedad y que en caso que él tuviese algún pleito y sus bienes particulares pudieren peligrar, nunca sería la propiedad de la tierra y que él entregará la firma voluntariamente siempre que la sociedad no le haga la guerra ni a él ni a sus camaradas y se aviene a una reconciliación; por su parte hará todo lo que pueda en bien de la sociedad, a la que reconoce haber hecho una mala acción.

Se acuerda no tomar ninguna medida y dejar todo librado a su iniciativa (pág. 225/6/7).

Nuevas tramitaciones con Espinosa

Durante tres años no se registran otras tramitaciones. Pero en la reunión del C. C. de R. del 18 de Mayo de 1918 el tema aflora nuevamente cuando se acuerda que habría que reparar el Salón, pero que antes de hacerlo habría que llamar a Pascucci y a Espinosa, para arreglar la cuestión de la firma de la escritura.

Hay una nueva reunión el día 20 y se designa a Jorge Radulovich y a Francisco Núñez para consultar a un escribano sobre el modo de evitar problemas con la propiedad del Salón.

El escribano no les da una solución satisfactoria y el Comité propone que la Sociedad designe un número de compañeros a cuyo nombre pase la escritura del Salón. Ellos harán un contradocumento entre sí, constando que en caso de fallecimiento de cualquiera de ellos o de sus esposas, su parte de propiedad quede a favor de los restantes. Por consiguiente no puede haber herederos de ninguna clase: hijos, hermanos, etc. Cuando uno o más de ellos se ausenten de las canteras igual pierden el derecho de propiedad y su parte quedará a favor de los restantes.

Cuando el número de ellos quede reducido a dos, la Sociedad nombrará a otros para reemplazar a todos los cesantes.

Harán otro contradocumento donde constará que ninguno de ellos tiene derecho ni parte en el terreno y edificio. Dicha propiedad es sólo de la Soc. U. O. de las Canteras, ella es la única dueña del terreno y del Salón y en todo tiempo futuro.

A nombre del Partido Socialista

Pero el 1ro. de Abril surgió una propuesta insólita para la época: escriturarla a nombre del Partido Socialista. En la reunión del C. C. de R. de ese día, consta que Alfonso Espinosa no se rehúsa a entregar su firma siempre que esta propiedad se

asegure en buenas condiciones. Espinosa dice que para entregar la firma y ponerla a nombre de otros en las mismas condiciones, para eso que también la tiene él. El Comité resolvió entonces que la manera más práctica era ponerlo a nombre del Partido Socialista.

Espinosa accede y se interesaría a Farías para que viera si es factible. Pero como luego no se registran otras alusiones puede suponerse que el trámite no resultó viable.

Personería Jurídica

En la reunión del C. C. de . del 10 de Abril de 1921 hubo un largo debate sobre el Salón y la Biblioteca, y la Comisión nombrada para estudiar la situación produjo su informa tras el cual se acordó por mayoría dar por terminados todos los trámites relacionados con la Biblioteca, o sea la personería jurídica por creer que ésta (la personería) traería graves consecuencias a nuestro Sindicato. Y el salón por el momento quedará a nombre de los mismos compañeros: A. Espinosa y R. Pascucci. También son nombrados dos compañeros para consultar nuevamente a dos abogados, para ver si es posible hacer un documento que salve a estos compañeros de cualquier responsabilidad sobre el salón (pág. 460 del Libro de Actas 1908-1921).

Muerte de Espinosa.

La situación con la viuda

El 8 de Noviembre de 1925, Alfonso Espinosa se tiroteó en Tandil con Eustaquiano Santamarina y perdió la vida (ver Cap. XIII).

En la reunión del C. C. de R. del 17 de Enero de 1926, Pascucci informó respecto de la escritura del Salón que tenía en su poder la viuda de Espinosa y pidió que fueran a retirarla lo más pronto posible. Se designaron a Pascucci y a Tuero (nuevo secretario general) y la guardaría el primero en su poder hasta la siguiente Asamblea General en la que se decidiría dónde depositarla (p. 178 del tomo II de Actas).

Y pasan casi veinticinco años sin que se registren nuevas alusiones a la situación del Salón de Villa Laza, hasta que el 16 de Septiembre de 1950, el Secretario General informa que la Familia Espinosa consiente en escriturar a nombre del Sindicato si los gastos corren por cuenta de éste.

Los últimos años

En el libro de Balance General del C. C. de R. en el año 1952 figura un pago de \$1000.- al Escribano Osa por escritura del Salón.

El 13 de Agosto de 1955, en sesión extraordinaria se aprobaba pedir presupuesto para demoler el antiguo Salón Social de Villa Laza y hacer un nuevo local "sobre el pavimento" (Av. Juan B. Justo). Se aprobaba también vender el Salón de Albión, por las condiciones en que se encontraba.

Pero el 14 de Octubre, Manuel Núñez -que pese a la revolución libertadora aún conservaba su puesto de Secretario General hasta que ese día llegó un telegrama de AOMA (Asociación Obrera Minera Argentina) suscripto por la intervención militar en el que indicaba que la directiva debía presentar la renuncia- informaba sobre una oferta de Santiago A. Selvetti, Presidente de Metalúrgica Tandil S. A., que le solicitaba el salón

de Villa Laza en alquiler, para instalar una sección de dicha empresa. La Asamblea consideró que la instalación de esa sección sería de gran progreso para el barrio, y que -en cambio- demoliéndolo, iría en desmedro del progreso y se aceptó. El alquiler sería de \$ 1.500 mensuales con contrato de cinco años.

El 25 de Enero de 1958 se aprobó en Asamblea General la compra del nuevo lote, sobre la calle Juan B. Justo, en \$ 18.000. Y se nombró una comisión presidida por José Ramil que integraban Manuel Núñez, Celestino Ghezzi, Ángel Balín, Antonio Orsatti, Osvaldo Restelli, M. Sverjuga y Epifanio Ghezzi, para que administraren su construcción.

El 5 de Diciembre se resolvió pedir permiso a la patronal para que Ramil faltare al trabajo con el objeto de dirigir las obras del salón nuevo y en tanto se levantaría el Salón del Cerro Leones y se lo trasladaría al Lote del Sindicato.

Entre Octubre y Diciembre de 1961, se acentuaban las dificultades para terminarlo. Celestino Ghezzi informaba y proponía un préstamo por cada obrero, voluntario, por \$ 1000, para poder terminarlo. Se les devolvería cuando terminaren el Salón. Se integrarían: \$ 500 el 10 de Diciembre y \$ 500, con el aguinaldo. De Moveriza dieron casi todos. En Cerro Leones hubo quien colaboró con \$ 5000. Marroneros de Moveriza donaron 20 toneladas de piedra. Otras secciones no dieron en absoluto.

El 20 de Mayo de 1962 se inauguraba oficialmente el nuevo Salón Social.

II- DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE PROTECCIÓN A LA PIEDRA LABRADA DE ORIGEN NACIONAL (Diputados. Junio - Septiembre - 1914)

En 1914 la industria de la piedra en Tandil estaba pagando las consecuencias de la paralización económica producida por los desajustes internacionales que luego culminarían con el estallido de la I.ª Guerra Mundial. Las estadísticas de producción de los distintos años insertas en Notas y Documentos del Capítulo I, lo demuestran.

Tres diputados nacionales jóvenes, conservadores, parientes entre sí, y estrechamente ligados a Tandil, se inquietan por la paralización canteril de la ciudad. Son ellos, Antonio Santamarina (que había sido primero comisionado y luego Intendente de Tandil en los años inmediatamente anteriores), y sus cuñados Nicolás Avellaneda y Alberto Echagüé. Los tres, con el apoyo de un compañero de bancada, Félix T. Garzón, presentaron y defendieron el 15 de Junio de 1914 un proyecto para elevar el arancel aduanero para la importación de "adoquines para empedrado". El 28 de Septiembre, tomaba entrada en Diputados un proyecto de Ley que autorizaba al P. E. N. a pavimentar calles de acceso y circulación del Puerto de Buenos Aires con adoquines de granito procedente de canteras nacionales, que produjo un interesante debate en el que se revelaron aspectos sugestivos referidos a la industria pedrera argentina en general y en particular a la de Tandil. Asimismo, el 29 de Julio de ese año, el Intendente de la Capital Dr. De Anchorena había producido un amplio informe sobre las razones por las que estaban pavimentándose calles porteñas con adoquines de procedencia extranjera.

Por considerarlo de interés para la historia, aunque fuera de su contexto, agregamos párrafos, conceptos y datos que iluminan estos aspectos.

Proyecto e informe de Echagüe:

Un panorama de las canteras tandilenses en 1914

Al fundamentar el diputado conservador Echagüe su proyecto compartido por Santamarina y Avellaneda, de crear un aforo a los adoquines importados decía:

“Con la extensión dada en estos últimos años a los trabajos de pavimentación en las ciudades y pueblos de la República y en algunos caminos de la provincia de Buenos Aires, se habían establecido en varias partes del país canteras de piedra, para la elaboración especialmente de adoquines. Esta industria se ha desarrollado hasta ahora en plena prosperidad; pero suspendidos o muy disminuidos en la actualidad los trabajos de pavimentación, a consecuencia de la situación financiera que atravesamos, las canteras han encontrado muy pronto con un exceso de producción que las obliga a paralizar o limitar notablemente su trabajo”.

A continuación se refería específicamente a su ciudad adoptiva, Tandil, (Echagüe estaba casado con Dolores Santamarina, hermana de Antonio) y expresaba:

“En el Tandil funcionaban a principios de este año, 35 canteras, representando un capital de doce millones de pesos, y que daban trabajo a seis mil obreros. Su producción estaba constituida por 1300 toneladas de adoquines que se cargaban diariamente en el Ferrocarril del Sud, representando un valor de 17.000 \$ o sea más de 6 millones al año”.

(Creemos que las cifras sobre el número de canteras y canteristas es abultado, no así el de la producción diaria y los costes del transporte, que se ajustaban a lo verosímil.)

“Esta producción de las canteras, daba vida y riqueza a aquella importante zona de la provincia de Buenos Aires, beneficiándose en ella no sólo los canteristas, sino también los propietarios de la tierra, que percibían por concepto de arrendamiento cerca de medio millón de pesos al año; las empresas de carros, que en número de doscientos y con un jornal medio de diez pesos diarios, se ocupaban del transporte de material, y seis mil obreros, picapedreros, barrenistas, marronistas, peones, etc., que con un jornal de \$ 5 diarios percibían en conjunto 30 mil pesos por día de trabajo”.

Agregaba otros beneficios indirectos que se derivaban de la evolución comercial de esta industria:

“Las sucursales del Banco de la Nación y del Banco de la Provincia, instaladas en la localidad, recibían cada una mensualmente giros que oscilaban alrededor de 500.000 pesos para los pagos en la cantera, y la empresa del Ferrocarril del Sud por el transporte de 480 mil toneladas de adoquines solamente, prescindiendo de todos los demás renglones de esta industria, cobraba en fletes cerca de 2.000.000 de pesos”.

Y a renglón seguido exponía dramáticamente la situación de parálisis por la que atravesaban, para dar ejemplo de una cantera, Cerro Leones, que ocupaba habitualmente entre 900 y 1000 obreros, y había reducido su dotación a 150.

Insistía en la cifra de 6.000 obreros (que cuestionamos) y de los que quedaban empleados unos 800 o 900.

De los 200 carros, había sólo 10 en actividad, y en los primeros 6 meses de 1914, el Ferrocarril del Sud llevaba transportadas 70.000 toneladas menos que en igual período del año anterior.

Informaba sobre los costos del producto tandilense sobre vagón:

Adoquín tipo común: 11 pesos.

Común especial: 12/13 pesos.

Especial o a medida: 16 pesos.

“El tipo común especial -especificaba Echagüe- trasladado a la Capital, costaba entre 18 y 20 pesos, mientras que el similar extranjero, noruego o sueco, podía obtenerse entre 17 y 18 pesos.

Echagüe sostenía que **“con la elevación del aforo al adoquín importado se lo pondría en igualdad de condiciones con los foráneos y podría competir y ser preferido por los contratistas”**.

(Cámara de Diputados de la Nación. Diario de Sesiones. 1914.
Sesión del 15-6-1914. Pag. 772 y sig.)

La opinión de la Intendencia Metropolitana

El Presidente de la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados de la Nación Dr. Saavedra Lamas, requirió al Intendente de Buenos Aires su opinión sobre el proyecto Echagüe-Santamarina-Avellaneda para elevar los derechos de importación de los adoquines. El Intendente de Anchorena respondió a través de un informe del Director de Obras Públicas de la Municipalidad, cuyo dictamen, en general, fue desfavorable para los adoquines de Tandil, a los que calificaba como de inferior calidad a la de los importados. En cuanto al cese de trabajo en las cantera que lo producían, expresa la respuesta municipal metropolitana:

“Las canteras del Tandil han trabajado durante ese período (1909-1913) y cerradas algunas recientemente se ha atribuido este hecho a la importación de adoquín extranjero, cuando en realidad la verdadera causa consiste en la suspensión de las diferentes obras que se constituían en diversos pueblos de la provincia y en la que tenía fácil colocación el 60 por ciento de su producción, que era precisamente la proporción de adoquines elaborada en ellas y que por sus dimensiones de corte, forma y naturaleza no se sujetaban al tipo empleado en esta ciudad” (Bs. As.).

A continuación daba una interesante noticia sobre el ritmo de pavimentación de la Capital.

En 1910 se habían colocado casi 22 millones de adoquines.

En 1911, empleó 23 millones setecientos sesenta y seis mil adoquines.

En 1912, empleó 38 millones de adoquines.

En 1913, empleó 34 millones más.

A juicio de la Dirección de Obras Públicas de la municipalidad capitalina, “de no haber existido la importación de adoquines europeos, no hubiera sido posible pavimentar aquellas grandes extensiones por no alcanzar a producir las canteras de

Tandil tan gran número de millones de adoquines en condiciones reglamentarias como los que se han empleado”.

La municipalidad porteña se pronunciaba en contra del incremento del aforo a los adoquines importados porque además de encarecer los trabajos de pavimentación, aumento que recaería sobre los vecinos contribuyentes, no habría producción suficiente que abasteciera de adoquines nacionales a los planes de pavimentación, y provocaría, asimismo en su concepto una elevación artificial de su costo porque “los operarios que se sabrían los únicos productores, exigirían por el corte del ciento de adoquines 10 o 12 pesos, en vez de \$ 7 que hoy cobran”. (La Nación, 30-7-1914)

Pavimentación de calles del Puerto

Insistencias en el proteccionismo y oposición de radicales y socialistas

Del proyecto Santamarina-Echagüe-Avellaneda no hubo más noticias, por lo que podría suponerse que nunca volvió a la Cámara. Pero el 28 de Septiembre del mismo año, se reabrió el debate proteccionista, a raíz de un proyecto sobre pavimentación de calles de acceso e internas del Puerto de la Capital.

En Septiembre de 1914 agobiaban al país, particularmente en Buenos Aires, los muchos obreros desocupados. Las finanzas nacionales no eran holgadas, (aunque el negocio de la exportación agropecuaria con motivo de la guerra, pronto mejoraría uno de los aspectos de su economía). El país había perdido los ímpetus pavimentadores que precedieron al Centenario, y ahora las empresas pedreras, que habían sido sobredimensionadas, languidecían sin posibilidad de colocar sus excedentes de producción.

En el gobierno conservador de entonces, surgió una idea de doble efecto: proyectar una obra que por un lado movilizara las canteras argentinas paralizadas, y por el otro diera ocupación a algunos de los miles de desocupados de esos momentos. En aprovechamiento de esta situación, se pagaría a los obreros que se contrataren para pavimentar esas calles, un jornal general de 1,60 pesos moneda nacional (contra cinco y hasta seis de tiempos prósperos o normales). Y como se estimaba que, al poder contratarse mano de obra abundante, la obra podría estar lista en unos cinco meses, los peones utilizados en esa tarea quedarían con las manos libres para la cosecha próxima que comenzaría seis meses después.

Quizá por influencia de los diputados Santamarina, Echagüe y Avellaneda, que intervinieron varias veces en el debate, se reflató la idea expuesta al principio, en Julio de ese año, cuando quiso implantarse un aforo sobre el adoquín importado que la propia Municipalidad de Buenos Aires desaconsejara entonces.

El artículo primero del nuevo proyecto de ley en discusión establecía que la pavimentación de las calles del puerto que se aprobaba se haría con adoquines nacionales.

El proyecto encontró dura oposición en la bancada socialista, que se expresó mayormente por boca del legislador capitalino Zaccagnini, quien había viajado a Tandil para informarse sobre el estado de funcionamiento de las canteras, había requerido información estadística en la Municipalidad (entonces administrada por el diputado nacional Antonio Santamarina), y complementada con información recogida por el Centro Socialista de Tandil. Los socialistas hacían especial oposición al proteccionismo industrial, que tendía, en su concepto, a proteger a los capitalistas que no se

preocupaban por modernizar sus métodos de producción canteril, y a los bajos salarios que se pagarían a los obreros que se contrataren.

Zaccagnini afirmaba que solamente en las canteras del Tandil había depositados más de 4 millones de adoquines. Los diputados de las distintas bancadas demostraban un conocimiento bastante detallado de los aspectos de la industria. Así, el propio Zaccagnini señalaba que al haber estallado la guerra en Europa, no había provisión de adoquines suecos y noruegos, por lo que sólo quedaban los procedentes de Uruguay. Y recordaba al respecto el intercambio humano y de capitales que fluía entre Colonia (Uruguay) y Tandil (Argentina) según hubiere enano u otro lugar, alternativamente, desocupación o demanda de trabajo respectivamente. Al pasar, mencionaba el legislador socialista que empresarios argentinos tenían cantera en Uruguay, y al dar algunos nombres como ejemplos, mencionó los de Traverso y Gregorini (Empresarios, o conocidos operarios de esos apellidos, habían estado operando por esos años en Tandil).

“La industria de la piedra en Tandil -expresaba Zaccagnini en respuesta a aclaraciones de Santamarina- progresará algún día, pero no con impuestos a los adoquines extranjeros; progresará cuando se perfeccione, cuando se empleen los medios técnicos necesarios para competir con la industria extranjera”.

Agregaba que en Tandil había 55 canteras, de cierta importancia de las cuales sólo siete tenían desvíos ferroviarios, y sólo cinco máquinas rompedoras. Santamarina le replicó que las máquinas rompedoras no tenían importancia porque sólo hacían pedregullo. (Al joven y agudo legislador conservador oriundo de Tandil le asistían las razones para afirmarlo, pero le faltaba la visión de futuro: por entonces no se aplicaba en la Argentina otro método de pavimentación que el adoquinado o empedrado. Pero pocos años después se generalizarían los ensayos del hormigón armado y el concreto asfáltico que arrasarían con el lento y oneroso adoquinado, de tanto valor agregado manual)

III- LA FEDERACIÓN OBRERA LOCAL Y LA AGRUPACIÓN SINDICALISTA

El liderazgo de la Unión Obrera de las Canteras de Tandil en las luchas sindicales de la ciudad quedó demostrado en las huelgas generales como la que se hizo en apoyo de los panaderos, en 1921, y está fundada no sólo en una clara concepción de clase, sino en su continuidad organizativa. Algunos gremios se constituían a veces, desplegaban una intensa lucha durante un breve lapso y luego se eclipsaban y desaparecían, hasta nuevos intentos organizativos. En realidad, hasta 1946 no se estabiliza la organización de los sindicatos en forma regular, continuada y estatutaria.

Quizá un testimonio de ese liderazgo virtual que mantenía el gremio canterista se desprenda del hecho sencillo pero elocuente de haber sido el depositario de la documentación que acreditó el funcionamiento de la Federación Obrera Local.

La Federación Obrera Local

Los intentos de organizar a los sindicatos de Tandil en un nucleamiento que coordinare su acción de lucha, tuvieron materialización el 3 de Septiembre de 1919,

con una asamblea constitutiva de delegados. Roberto Pascucci y Santiago Buscaglia representaron a la U. O. de las Canteras. Las otras representaciones estaban así integradas:

Albañiles: Francisco Torzillo y Alberto (¿Gisberto?) Valentini.

Pintores: Alfonso Lützelschwab y Bartolomé Pereyra.

Panaderos: Sergio Brauntón.

Molineros: Alfonso Esteban.

Carpinteros: E. Salvi, Leonardo Demarco y Enrique Boetner.

U. O. de Canteras de Bárker: representado por R. Pascucci.

Semanas después se incorporaron:

Herreros: Ramón Cadarri y Francisco Gayoso.

Sociedad de Sastres. Pascual Nigro.

Municipales: Ciriaco Martínez.

Llaman la atención tantos nombres que luego fueron vecinos notorios en distintos campos de la actividad comunitaria. Así, Pascual Nigro, que era de ideas socialistas además de ser sastre de profesión, fue uno de los animadores de la Biblioteca Bernardino Rivadavia. Torzillo y Valentini constituyeron diez años después sendas empresas constructoras.

Bartolomé Pereyra, descendiente directo y puro de las tribus catrieleras del Azul, siguió siendo pintor “cuenta propista”, y conspicuo militante socialista, y concejal. Se lo conocía como “Camarada Pereyra” o “El Indio Camarada”.

Don Leonardo Demarco, fundador de la Biblioteca Juan B. Alberdi y militante socialista. Enrique Boetner tuvo carpintería propia. Más romántico, Alfonso Lützelschwab tuvo que ser separado de la Federación porque en realidad no era pintor sino periodista, escritor y poeta.

La Asamblea constitutiva fue presidida por Roberto Pascucci.

Poco después de constituida aprobaban editar un periódico. Consiguieron presupuestos, y el más bajo, presentado por Pereyra, cobraba 40 pesos moneda nacional por 1000 ejemplares. Se lo llamaría “En Marcha” y serían sus redactores Pascucci, Lützelschwab, Pereyra y Andión.

El 1.º de Mayo de 1920 fue celebrado esta vez con unión de otros gremios. Ese día se hicieron 500 ejemplares de “En Marcha”, y se volanteó la ciudad con afiches que aparecieron pegados en las paredes. Se organizaron dos columnas, una de las cuales partió de Pinto 269, sede de los Sastres, proclamada por Pascual Nigro, y una segunda columna, de la Unión Obrera de las Canteras, que como era tradicional, se concentró en el Puente del Azul, avanzó por Rodríguez, hasta España, donde se le incorporó la columna organizada por los Sastres, que había bajado por Independencia (hoy Yrigoyen) hasta España. Las dos columnas siguieron por Rodríguez hasta Pinto, de allí a 9 de Julio y por ésta a Constitución (hoy Mitre), desde donde marcharon hacia la Plaza Martín Rodríguez. La FORA del IX Congreso -a la que había adherido la Federación- designó orador a Aurelio S. Hernández.

La Federación, pocas semanas después, proponía crear una Cooperativa de Consumo, pero luego no hubo noticias del intento.

A partir del 2 de Febrero de 1921, cupo a la Federación un importante papel en la organización de la Huelga General a favor de los obreros panaderos, que culminó con

la victoria obrera el 22 de Marzo, y por la que el Sindicato Pedrero pagó su tributo con la vida de su miembro Mariano Díaz.

La Federación promovió otras acciones a favor de las luchas obreras, como su apoyo en un conflicto de empleados de comercio con la tienda La Capital, la organización del Sindicato de Cocheros y la reorganización del de los Municipales y el de Oficios Varios.

El 2 de Septiembre de 1922 “En Marcha” dejaba de aparecer por falta de fondos. Que sepamos, no se ha conservado ningún ejemplar.

La Federación comenzó a languidecer. El 9 de Junio de 1923 sólo concurrieron delegados de las canteras de Tandil y de Bárker y de Conductores de Vehículos. El 27 de ese mismo mes fue la última reunión.

En 1925 se intenta su reorganización, con fecha 21 de Febrero, que se extinguirá en 10 de Enero de 1926 sin desarrollar ninguna acción prominente.

La Agrupación Sindicalista

En el Capítulo IV (“Las ideologías tienden sus líneas”) dimos un panorama general de las distintas corrientes de pensamiento que formaban el movimiento obrero argentino, entre ellas la del sindicalismo.

Posturas sindicalistas, (como ideólogos) ya podían advertirse desde el comienzo de la Unión Obrera de las Canteras, según lo hemos comentado. Pero, cuando los sostenedores del sindicalismo fueron suficientes, se hallaron en condiciones de conducir con exclusividad el Sindicato, especialmente a partir de la constitución de la Unión Sindical Argentina (de neta filiación sindicalista).

Los anarquistas, llamados por sus adversarios sindicalistas “quintistas” (por su adhesión a la FORA del V Congreso) “comunistas” (por su adhesión al comunismo anárquico), o más peyorativamente los “puros”, aunque desde hacía muchos años habían perdido representación mayoritaria en las Canteras, eran lo suficientemente activos y mancomunados como para preocupar a la conducción sindicalista. Para neutralizar la acción ácrata se propusieron crear la Agrupación Sindicalista. La entidad duró nueve años, sostuvo con tropiezos y discontinuidad, pero sin interrupción, el periódico “El Obrero Tandilense” (del que si bien no se conserva ejemplar alguno, al menos ha sido recordado por muchos de nuestros entrevistados) y lo que es más importante: marcó las pautas de acción del sindicato, o mejor dicho, de sus conductores.

También su libro de Actas fue conservado en los archivos del Sindicato (hoy seccional Tandil de AOMA).

Su constitución se concretó el 1.º de Enero de 1921, y el acta inicial da cuenta que la iniciativa parte de un grupo de “compañeros canteristas”. Establecía que podría ingresar todo compañero organizado sindicalmente, y que esté de acuerdo con los métodos de lucha de clase, o sea con la FORA. (Se refiere, obviamente a la FORA del IX Congreso, constituida en 1915 y que se disolverá en 1922, para dar paso a la USA)

Esta es la constitución de su comisión:

Secretario General: Ottorino Ghezzi
Vice: Aurelio Recuna
Tesorero: Alfonso Espinosa
Revisores de Cuentas: Juan Conforti y R. Orsatti

En actas siguientes aparecen los nombres de Antonio Poli, Diego Legato, Ángel Devesa, Joaquín Vucomanovich, Efigenio Mulas, Juan Malinarich, Serafín Fernández y Manuel Balín.

Una constancia en la Asamblea del 29 de Marzo de 1921 sobre los objetivos da la idea de su modo de funcionar. El acta dice textualmente:

“La Agrupación Sindicalista no es para criticarnos sino para ayudarnos mutuamente, y defendernos, tanto en los lugares de trabajo como en cualquier parte; proporcionar trabajo a nuestros afiliados, ayudarles en los accidentes o enfermedades, y lo mismo a las familias, y para evitar los malentendidos entre nosotros”.

Este principio de solidaridad en círculo cerrado se parece bastante al de las logias masónicas. Luego, su operativa para el manejo de las asambleas, recordaba más bien a los nucleamientos ideológicos de los que sería ejemplo el comunismo marxista. Decía el acta:

“En adelante, cada vez que haya Asamblea en el sindicato o en la Seccional, previamente, el Secretario de la Agrupación deberá enterarse del temario y los compañeros estarán en la obligación de sostener nuestras resoluciones por todos los medios a su alcance. Ningún compañero debe proponer en el sindicato otra proposición que no sea la aceptada por la Agrupación”.

También se discutieron previamente problemas como el suscitado en torno a las remuneraciones de los peones de campo que algunos canteristas contrataban para recoger la papa que habían sembrado. La Asamblea del 29 de Marzo de 1921 acordó sostener que “cuando tengan que ocupar peones tendrán que pagarles el mismo sueldo que gana en la cantera y trabajar 8 horas”. Asimismo, en caso de paro o de otras resoluciones importantes, mecanismos que al parecer no llegaron a ponerse en práctica, porque no se los ve registrados en las resoluciones de las Asambleas Generales del Sindicato en esos años.

En la Agrupación se tratan todos los asuntos, cuestiones del periódico “El Obrero Tandilense”, de la Federación Obrera Local, de las relaciones con las centrales, notas de empresas locales con referencia al trabajo, polémicas y controversias.

La Agrupación Sindicalista no era una creación tandilense, ya que en el país estaban funcionando otras agrupaciones, a tal punto que se constituyó la Federación Sindicalista Nacional, cuya adhesión se resuelve en la sesión del 26 de Agosto de 1922.

Se acuerdan otras cuestiones internas del Sindicato en el seno de la Agrupación, como la Comisión Directiva o el Comité Central de Relaciones que deberá regir sus destinos (los del Sindicato) a partir de 1922: Ángel Devesa, como Secretario General, Francisco Luzardi como Vice, Serafín Fernández, como Tesorero y E. Maffezzoli como pro.

Hay “bolilla negra” para admitir nuevos socios de la Agrupación, o por lo menos se establece una Comisión Fiscalizadora que “filtrará” su ingreso: la integran Joaquín Vucomanovich, Maffezzoli, García y Aurelio Recuna.

La Federación de Agrupaciones Sindicalistas debía tener ingerencia en la actividad del comunismo marxista, a juzgar por la decisión de enviar un Delegado a Rusia, según se lo trata en la sesión del 2 de Octubre de 1922 y la decisión, al año siguiente, 28 de Abril de 1923, de aconsejar a la USA su adhesión a la Internacional Sindical Roja, “siempre que dicha adhesión no provoque una secesión en el orden nacional al proletariado argentino”.

La documentación prueba, asimismo, que los sucesos vinculados a la expulsión del canterista anarquista Marcelino Moreno, que derivaron en el tiroteo del 2 de Septiembre de 1923 en Villa Laza, antes fueron ampliamente considerados y debatidos en las sesiones de la Agrupación Sindicalista y allí trazado el plan de acción.

La Agrupación Sindicalista tuvo su última reunión el 9 de Abril de 1929, y su constancia quedó registrada en la página 79 del Libro de Actas.

IV- LA BIBLIOTECA OBRERA

Con el propósito de “propender a la elevación intelectual del pueblo, mediante la difusión de libros instructivos, sala de lectura, conferencias, etc.”, se creaba el 10 de Noviembre de 1918 la Biblioteca Obrera de las Canteras de Tandil.

Anunciaba que podrían ser socios, los mayores de doce años, sin distinción de razas, creencias, nacionalidad o sexo, con sólo pagar un peso m/n de ingreso y una suscripción mensual del mismo valor.

La C. D. de la Biblioteca podría también designar en los centros del país o del exterior Socios Correspondientes a las personas que se ofrezcan a suministrar a la Sociedad (el Sindicato) las informaciones, datos, etc., que ésta necesitare para su funcionamiento general o para algunos de los socios suscriptores.

La Biblioteca estaría atendida permanentemente por tres socios designados por la C.D. que proveería a la renovación de libros, aconsejaría compras de otros, muebles, etc.

La Biblioteca actuaría, evidentemente como un centro irradiador de cultura ya que era facultativo de su C.D. la creación de Secciones de la institución en los puntos que creyere conveniente, y la aceptación de nuevas bibliotecas como adheridas a la institución ad referendum de la Asamblea.

La Biblioteca permanecería abierta los domingos.

Una estadística trimestral con especificación de obras, lectores, materias, etc., mantendría informada a la C.D. y a sus socios de su marcha.

La institución dedicaría atención preferente a la cultura general mediante cursos y conferencias populares. “Con este objeto la Asociación podrá aceptar en su seno, con carácter autónomo, a las instituciones que tengan ese propósito y que acepten los estatutos sociales, o bien podrá designar una comisión especial dedicada exclusivamente a organizar conferencias populares”.

Previo convenio con la C.D. podrían entrar a formar parte de la institución, en calidad de socios colectivos, las sociedades obreras que lo solicitaren, haciéndose extensivas a sus socios todas las prerrogativas propias de los asociados individuales en lo que concierne al uso de la Biblioteca solamente.

Los libros podían retirarse por 30 días, renovables a otros 30, previo pago en depósito del importe del libro.

Los diccionarios, enciclopedias, obras de importancia y de ediciones agotadas, Atlas, autógrafos, grabados, vistas, revistas, diarios y periódicos, no saldrían de la Biblioteca.

Los domingos la biblioteca abriría de 8 a 10 y de 2 a 4 de la tarde.

La Comisión Directiva quedaba presidida por José Romy, a quien asistirían como vice Domingo Balín, como Secretario Miguel Marcovich; pro, Anunciato Romeo; Tesorero, Antonio Gregorini; pro, Antonio Tamburini; y vocales, Ángel Devesa, Celeste Vallata y Américo Bianchi.

Habían sido elegidos en una asamblea de la que también habían participado Sante Salvador, Antonio Di Rado, Ángel Martínez, Manuel López, José Polifroni, Cornelio Poletti, Antonio Sancovich, Antonio Gregorini, Juan Car, Mario Si Castelli, Severiano Gavilán, Lázaro Lacovich, Emilio Guanella, Santiago Buscaglia, Antonio Poli, Cándido García, Bernanrdo Antonini, Lorenzo Penone, Fidel Franchini, Tristán Spreafico, Pascual Guazzone, Umberto Romagnoli, Serafín Fernández, José María Janeiro y Ángel Galdini.

La Biblioteca evolucionó con suerte varia. Hay alusiones a su funcionamiento en distintas actas o a lo largo de los años. Se advierte que a veces ha permanecido cerrada por lapsos, al parecer por falta de interesados en atenderla. A veces se quejan de cantidad de libros no devueltos. Pero son numerosos los actos públicos y conferencias. A partir de la construcción del Salón Sindical de Villa Laza comenzó a funcionar allí. En otras canteras hubo también bibliotecas más pequeñas que al parecer lo hicieron en forma autónoma.

Aún se conservan en la Seccional Tandil de AOMA algunos volúmenes de aquella época, mayormente literatura libertaria, y una colección encuadernada de la sección literaria de “La Protesta”.

V- EMPRESARIOS EN CANTERA

Ha sido muy difícil reconstruir la nómina de los distintos patronos que explotaron sucesivamente las canteras de Tandil. Muchos de ellos fueron foráneos. Otros no dejaron descendientes aquí. Las contabilidades -salvo en muy escasas oportunidades- no han tenido continuidad entre las empresas sucesivas de una misma cantera.

En algún caso nos hemos valido de antiguas guías comerciales de Tandil. En otros, por reconstrucción parcial gracias a la memoria de las gentes, o por referencias eventuales en la documentación del Sindicato.

Los primeros nombres

De acuerdo a la historia que hemos desarrollado en estas páginas, los primeros nombres corresponden a:

Manuel Partassini (Cerro Leones)
Agustín Rodríguez (Chacra de Eigler, actual zona del lago)
Martín Pennachi (La Movidiza)
Fidel Giannotti (Cerro Leones)
Abelardo Maderni (Cerro Leones)

José Papini (¿Cerro Leones?)
Mitre Bieliza (La Movediza)
Antonio Filippi (probable socio de Maderni en Cerro Leones)

No incluimos nombres que aparecieron más adelante, por no tener seguridad de que su presencia fuese anterior a las fechas en las que se registran documentados.

Despachos del F.C. Sud en 1904

En Abril de 1904 apareció en Tandil el diario “La Democracia” fundado y dirigido por José A. Cabral, que dejó de editarse en Agosto del mismo año. Durante casi dos meses dio a conocer diariamente los despachos de piedra que hacía cada cantera por medio del ferrocarril. Para entonces, éstos fueron los nombres que aparecieron en sus nóminas:

Antonio Tonetta (La Movediza)
José Cima (Cerro Leones. Los suyos son los más voluminosos y frecuentes)
Francisco Eguileta (arena)
Repetto y Ferrero
Juan Basso (¿San Luis?)
Juan Papini
Gregorini
Fidel Gianotti
Pinelli y Gipitía (arena)
G. Vannoni (cal)
Juan Scuffi (arena)
Fidel Granatto
Carrau y Fernández (hoy Albién)
Juan Scola
Domingo Conti (La Movediza)

Exportación de adoquines a España

Una curiosidad: Carrau y Fernández -cuya actividad tradicional había sido antes, y lo fue después, el almacén de ramos generales- despacharon el 26 de Abril de 1904, para exportar a España, 16.310 kgs. de adoquines.

Empresas

Hasta 1909

La nómina siguiente está extraída de la Primera Guía Rural del Partido del Tandil, confeccionada por Osvaldo Feregutti, en el año 1909, e impreso en el Establecimiento Tipográfico “La Provincia”, de Tandil. En la página 8 da la siguiente nómina:

José cima y Cía. (Cerro Leones)
Antonio Tonetta (La Movediza)
Sabaría Hermanos (Federación)
Pedro Vicuña (Albién)
Nicolás Brozichevich & Co. (Santa Elena)
Blas Jacobo Larsen Bille

Julián Scalitano
E. Nocetti & Co. (Cerro Nocetti)
E. Poublot & Co.
Domingo Conti (La Movediza)
Francisco Polledo (La Movediza)
Bartolomeo Bossio
Ferro-Carril del Sud (La Balanza)
Osvaldo Bartolussi
Francisco Mariani y Cía. (Cerro Leones)
Benito Soto
Bartolo Conforti
Francisco Fernández
Rafael García
Domingo Corsi (La Aurora)
Modesto Bruchella
Augusto Appel
Redolatti Hernanos (Arena La Negra)
Luis Nelli
Antonio Mazzoli y Cía.
Julián Dufau

Esta nómina debió ser preparada durante la huelga grande que finalizó en Septiembre de 1909 o poco después, habida cuenta que no figura, por ejemplo, Raimundo Piñero (Cerro Chato) que cerró para siempre, tras la victoria obrera.

A esta lista, y desde poco después, hasta 1914 (año de la primera gran parálisis de la industria) deberían agregarse nombres tales como:

Spreafico
Domingo Cassini
Lorenzo Poli
Barbé
Rosello
Salvi (La Aurora, hasta 1914)
Mansueto Chelini (La Aurora)
Juan Puscia (La Aurora)

VI- INFORMANTES

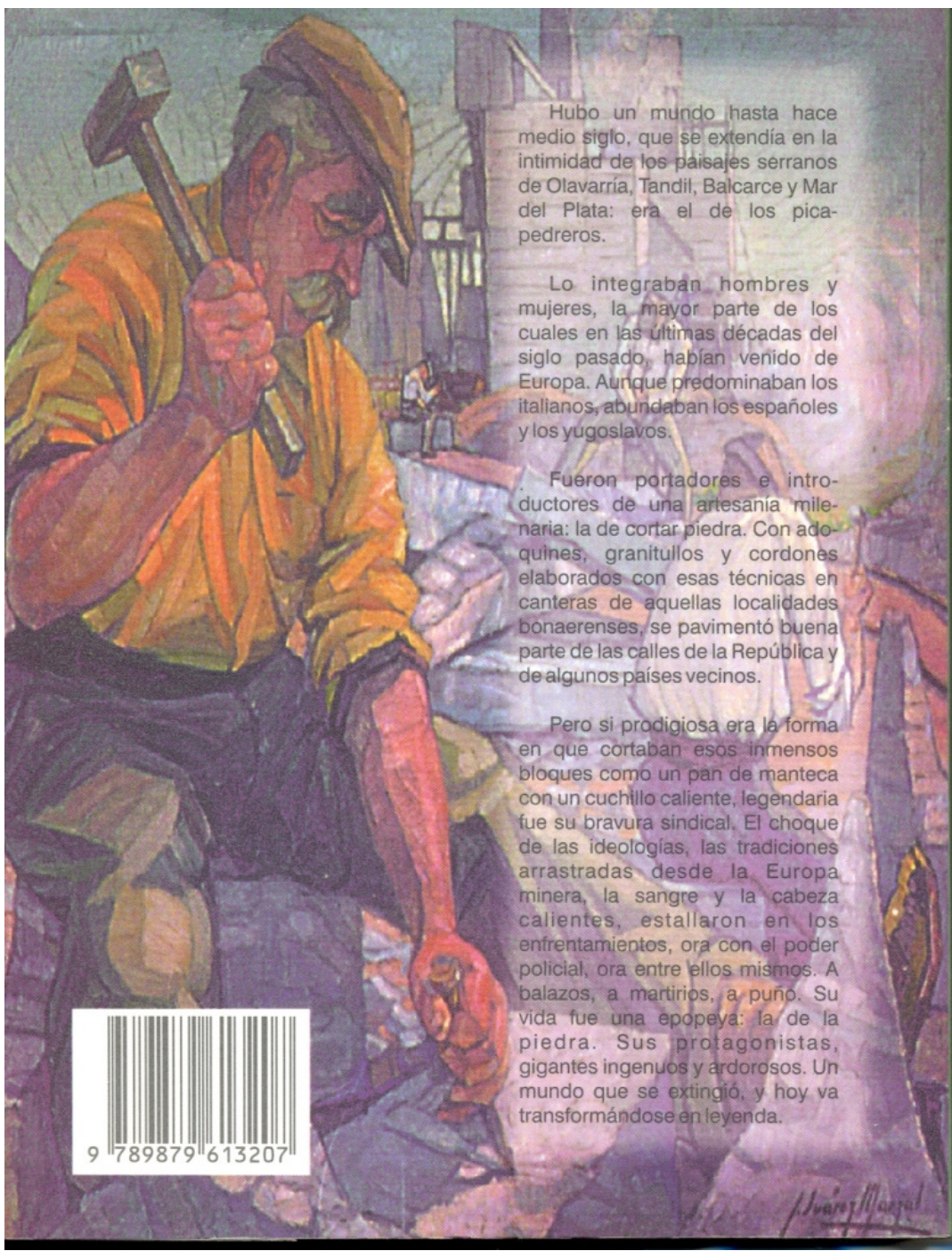
Ésta es la nómina de las personas con cuyos testimonios orales hemos reconstruido buena parte de aquel mundo que giró en torno a la producción pedrera. Aquí reiteramos el reconocimiento expresado en el prólogo de este libro. Ellos confiaron sus recuerdos, y lo hicieron con autenticidad y amor.

En orden alfabético, fueron:

Domingo Agostini
Juan Alonso
Domingo Balín
Amílcar Batelli

Ángela Piagentini de Biaggioni
Julio Bisogni
Américo Bugna
Aurora Soto de Cadona
Carmen Luzardi de Calvo
Wilson Calvo
Miguel Anselmo Cattáneo
Eudosia Conti
Güerino Conforti
Esteban Luis Corradi
Eleazar del Corso
Miguel Cosellu
José De Lucía
Ángel Debeza
José Mauricio del Valle
Aída Buscaglia de Franchini
Pedro Galbassini
Pedro Pablo Galbassini
Romano Galeazzi
Avelino Ghezzi
Battista Ghezzi
José Américo Ghezzi
José Gómez
Odilia Margarita Piccinotti de Gómez
Emilia Guanella de Concetti
Amador Isala
Isolina Polich de Lameiro
José Lameiro
Humberto Marcovecchio
Luisa Partassini de Marcovich
Aquiles Maretoli
Andrés Emilio Massera
Beatriz Ghezzi de Mazzoni
Pedro Mazzoni
Teresita Sverjuga de Montes

Haydeé Nelly de Guillot
Ángela Castiñeiras de Nogués
Fernando Núñez
Jesús Núñez
Abilio Lázaro Ortega
Antonio Orsatti
Amelio Pascucci
Celia Pascucci
Lucía Patti
Lucas Pavicevich
Romilda Bugna de Pablovich
Vladimir Paskvan
Carlos Paskvan
María Fadón de Piccinotti
Aurelia Grossi de Poli
María Catalina Fortunati de Poli
Leonardo Puiggioni
Virginia Corsi de Queiruga
Agustina Orsatti de Restelli
E. Sampieri
Eliseo Satti
Filiberto Satti
Juan Sverjuga
José Ulloa
Bogdam Vucomanovich
Milovan Yuquich
Piedad García de Woollands
Américo Bartolomé Zampatti.



Hubo un mundo hasta hace medio siglo, que se extendía en la intimidad de los paisajes serranos de Olavarría, Tandil, Balcarce y Mar del Plata: era el de los pica-pedrereros.

Lo integraban hombres y mujeres, la mayor parte de los cuales en las últimas décadas del siglo pasado, habían venido de Europa. Aunque predominaban los italianos, abundaban los españoles y los yugoslavos.

Fueron portadores e introductores de una artesanía milenaria: la de cortar piedra. Con adoquines, granitillos y cordones elaborados con esas técnicas en canteras de aquellas localidades bonaerenses, se pavimentó buena parte de las calles de la República y de algunos países vecinos.

Pero si prodigiosa era la forma en que cortaban esos inmensos bloques como un pan de manteca con un cuchillo caliente, legendaria fue su bravura sindical. El choque de las ideologías, las tradiciones arrastradas desde la Europa minera, la sangre y la cabeza calientes, estallaron en los enfrentamientos, ora con el poder policial, ora entre ellos mismos. A balazos, a martirios, a puño. Su vida fue una epopeya: la de la piedra. Sus protagonistas, gigantes ingenuos y ardorosos. Un mundo que se extingió, y hoy va transformándose en leyenda.

